

Relatos del Olvido



Giuseppe Domínguez

Relatos del Olvido

Giuseppe Domínguez

Primera Edición
Abril 2009

© Giuseppe Domínguez, 2009
www.giuseppe.net

La fotografía de la portada así como la que figura en el comienzo de la sección de Naderías fueron tomadas por Giuseppe Domínguez el 2 de agosto del 2008 en Mojácar, Almería.

Esta edición está maquetada especialmente para su distribución a través de la editorial on-line Bubok.

Bubok Publishing S.L.
www.bubok.es

A modo de explicación, casi disculpa:

Colección de relatos rescatados del vertedero del olvido con el suave propósito de hacerlos públicos, sin intención de darles más divulgación de la que merecen, pues en el olvido estaban por algo, por una falta de interés en su existencia que no he podido rescatar.

Tras las narraciones se anexa un largo texto que navega entre lo poético y lo autobiográfico y que continúa la línea investigada en Proesía.

Quizás, algún día, escribiré los Relatos de La Memoria que serán la cara oculta de estos ahora colectados y les dejaré, orgulloso, ver la luz de los focos.

Estos textos han sido escritos entre 1995 y 2002 entre Madrid y Buenos Aires, aunque incluyen algunos de Sydney y otros lugares.

Giuseppe Domínguez, Madrid, 2009.

Historia de una comida

Cuando estábamos instalados en el Barclay Hotel en Bayswater Rd, comenzamos a buscar el Gure Txoko; traducción literal, Nuestro Rincón.

Era un domingo cuando nos habían dicho que allí había buena gente que organizaban comidas buenas, como a buenos vascos corresponde, claro, a horas más bien tardías por aquello de que aún no son australianos.

Pero nosotros, impacientes, nos presentamos alrededor de las 14:00 en Liverpool St. y, tras haber buscado durante un largo rato en lo larga que la calle es, este rincón.

No creo que ni el mayor optimismo de Iñaki alcanzase a imaginar lo que allí encontramos.

El Txoko, como corresponde, es un local pequeño y tosco con mesas de madera grandes que terminan dejando un hueco donde hay una barra de aluminio tras de la cual no hay más "barman" que cualquiera que quiera una cerveza, una coca cola, un vino o sólo invitar a alguien a algo. Cada uno paga lo que consume cobrándose a sí mismo con la confianza de una gran familia.

El local es realmente tan pequeño que ha de ser y es acogedor, todo cual habla con cualquier otro y todos con todos comparten en cierta manera, con ese Gure Txoko, sus vidas en una vida común, en el más epistemológico sentido de la palabra Iglesia.

De primeras, se nos acogió con brazos abiertos con un calor, un sentir sincero como sólo de un vasco se puede esperar. Absoluta y realmente indescriptible porque las palabras resultan demasiado frías para explicarlo.

Nos enseñaron la cocina que es el otro cuarto que complementa el txoko que olía divinamente a comida "de verdad" y mientras nos iban explicando el funcionamiento respetuoso de su sociedad que basa sus excasas reglas en eso, en el mutuo respeto y el afán de mantener vivo el fuego que siga preparando las comidas los domingos.

Pero Gure Txoko No es un restaurante que abre los domingos, es mucho más, es su gente, es el símbolo de una amistad y una hospitalidad y, por tanto, es algo vivo, que nació, tuvo su infancia, tiene su madurez y tiene experiencia pero no vejez, no se siente una muerte acechante sino una renovación por la juventud nacida bajo ese cuerpo y muy distinta, como nueva generación que es, de sus

ancestros, pero que tiene en común con ellos el amor por lo profundo del significado de Gure Txoko y la intención de perpetuar las consecuencias implicadas.

De la cocina, los mayores, socios fundadores aventureros que se lanzaron con dos cojones y poco más al intento de crecer en otra comunidad, nos enseñaron el frontón que tanto habían disfrutado en su juventud y que habían creado de la nada y, en parte, de la Opera de Sydney con unos toques de picaresca sin los que no se habría logrado abrir camino en esta selva. Ellos lo lograron. Y forman parte, como no?, de su sostenimiento, con la gente, también emprendedora que llegó después y fueron abrigados como ahora lo somos nosotros por los brazos abiertos y cariñosos de este txoko, es decir, de estas personas.

A las 15:30 aún no habíamos empezado a comer y seguíamos charlando bajo el influjo de unos zuritos y unos gorrís contándonos nuestros proyectos mientras nos preguntaban interesados, fundamentalmente, para saber la manera de ayudarnos de forma óptima.

Luego empezó la comida cuya mayor característica es familiar, esa, sin duda, es la palabra. Buena por casera, consistente en sopa, garbanzos con berza, carne con tomate, unas frutas, regado todo ello en vino o cerveza y sin más límite que el de nuestro apetito.

Durante ella, fuimos regalados, entre otras cosas, por pedacitos de sus vidas que nos abrieron para que aprendiéramos del libro que pueden ser. Más que un libro, una gran enciclopedia, compendio de biografías de personas vivas, inacabadas incluso aunque algún pedacito parezca acabado.

Y como ejemplo de lo más tierno y bonito que puede que nadie me halla contado nunca sirva la historia de un navarro que nos contó (él con nudo en la garganta y los demás con lágrimas contenidas) cómo se había encontrado, décadas después, con una novia que no llegó a serlo en su tierra cuando él se lanzó a su nuevo mundo y en busca de una nueva vida.

Y, como todos sabemos, una buena comida no se termina cuando se acaba la comida, es decir, aún quedaban cosas por contarnos los unos a los otros para lo que nos acercamos a la barra formando un grupo circular de experiencias vivas experimentando el estar allí, juntos, ayudándonos no sólo, que ya era más que suficiente, con la copa de sobremesa, sino con actos como presentarnos gente de nuestro interés y ofreciéndonos su disponibilidad. Disponibilidad franca, clara y sin ningún interés propio pero mucho ajeno.

Disponibilidad que revoluciona, refresca, revitaliza, refortalece el concepto de generosidad. Generosidad tal que me hace cambiar mi oscura visión del ser humano con un torrente de luz y de esperanza. Como no estar con ellos en Navidad si ya son parte integrante y serán de mis amigos?

Y acá juntos, desde Australia, deseamos comenzar un nuevo año y lo deseamos realmente por esperar que el espíritu del Gure Txoko siga vivo un año más y quede algo de su impresión en nuestros corazones, ahora y siempre.

Sydney, 281295.

Ha pasado un nuevo día que ya es viejo, ya es ayer y voy camino de regreso a casa, a mi solitaria centrica casa de Anton Martin, en la que pasar la noche solo, como tantas otras veces, como tantas otras noches en las que compartir el lecho con la almohada y la Soledad, peremne amiga y compañera mía.

En el autobus, junto a mí y tan lejos, sin embargo, sentada una joven apulvarada y encarmintada que algo tendrá hoy que ver con su novio y en el resto del autobús, tercera edad y yo con mi amiga, con mi eterna amiga Soledad.

Fácil se ve que el tema me obsesiona y no puedo ver las bellezas de este mundo pero es que su perfume no me deja concentrarme en otra cosa que en mi soledad desesperanzada pues acaso existe una verde esperanza duradera que, cómo licor de manzana, me haga creer que no todo va mal y que queda una salida dentro de los límites de la continuidad de la vida mía?

Vida mía... y pienso en ella.

Vida mía... telefoneándole.

Vida mía; Patricia; vida mía.

El tráfico denso, pastoso me permite escribir hoy en este transporte el que siempre maldigo hacerlo...

Perfume y labios rojos, auriculares aislantes, párpados celestes y brazos cruzados me alzan a mirar descarado su rostro inconsciente, su barbilla suave y su cuello suave; al menos desde aquí, lejos en la distancia llena de la niebla del aislacionismo que nos rodea...

Despertar; ha despertado!

Sus manos examinan la máquina de música que le mantiene aislada... manos, dedos, reflejan su indiferencia y me propelen de nuevo contra mi ... siempre lamentándome!.

Nos metemos fuera de la rutinaria ruta y tengo ocasión de preguntarle que si seguimos yendo a Madrid y ... finalizamos la conversación.

Ella se baja antes que yo sin que mediásemos otras palabras que el "me dejas pasar?" de rigor y le digo que si y, allá va, en el barrio de Raquelt internándose y yo... a Plaza Castilla y sigo solo; una noche más.

Septiembre, 1995

Érase una vez en América,

Érase una vez un caminante despistado en cuerpo y alma que tropieza en vida con la cándida mirada de Mythreyi.

Ella es una amiga de Xabi que él conoció en Ames, Iowa (USA). De procedencia y nacimiento en Bangalore, India.

Ella y una amiga suya (Elvira, Zaragoza, Spain) pasan un par de días en mi casa a primeros de enero de 1997. Nos vamos juntos a Donosti y pasamos la noche de despedida de Xabi que se va a Strassbourg. Pasados un par de días, Myth se afinca en mi casa y, después de dos semanas, también estaba dentro de mi corazón.

Algo peculiar había pasado entre los dos y ambos lo habíamos sentido. No le llamemos amor, mejor, contacto ultradimensional. Aunque también hubo parte dimensional, una noche, después de una cena.

Pero el tiempo alcanza un final y ella se vuelve a USA, su lugar, mientras yo me quedo con mi asumida confusión solitaria. Sus llamadas se repiten y sus mails se amontonan sin contestación o contestaciones de una frialdad maquinada. Definitivamente, tengo que ir a verla.

Ahora estoy en una agradable cafetería en Minneapolis escuchando el concierto de Jazz de la habitación contigua.

El 16 de Marzo arribé al John F. Kennedy de NYC. Aún sigo preguntándome porqué y para qué he venido. Quizás no hay respuesta.

Eran las 3 de la tarde, hora local, y yo iba con un par de jóvenes asturianos que se habían cruzado el charco para ver a un colega que vivía solo en NYC. En el avión me ofrecí a echarles una mano con mi inglés para llegar a casa de su anfitrión. En el control aduanero de la frontera nos registraron exhaustivamente aunque en mi caso no encontraron nada más que ropa sucia o fea y, el suyo, una fabada que, por supuesto, confiscaron. En la misma salida estaba su amigo esperándoles y nos fuimos los 4 en un taxi a su casa en Glebe Street. Allí estaba su hermana y una pareja de innegable aspecto neoyorkino. Ella insiste en buscarme un lugar para pasar las noches en NYC pero a mí empieza a no gustarme la idea de seguir con ellos cuando empiezan a sacar droga y dinero de lugares insospechados de su vestimenta y equipaje.

Aparte de oír comentarios del tipo “es una ninfómana, pero, por 50 pavos la noche te deja estar en su apartamento”. Mi pregunta inmediata fue: “¿pago yo o paga ella?”.

Pero las cosas aún se enrarecieron más con la llegada de James. Un tipo alto y calvo con perilla y gafas oscuras embutido en una gabardina que sólo dejaba ver el brillo de sus botas.

Era un tipo majo pero yo me sentí cómplice de algo dejándole el mechero que me había regalado Patricia para prepararse un *high*.

Por suerte no contactaron con la amiga y otra con la que sí lo hicieron no estaba interesada (¿en qué?) así que cuando salimos a tomar algo les dije que yo mejor me iba a un hotel y les llamaría al día siguiente. Eso sí, acepté su sugerencia de hotel por 50 dolares la noche que resultaron ser 60.

Aquello, más que un hotel, parecía la casa de los horrores.

Llegar a la habitación andando los pasillos angostos y tortuosos con mi mochila a la espalda y trepar al sexto piso sin ascensor siguiendo a un tipo incapaz de articular palabras era, de por sí, una experiencia sobrecogedora. Especialmente al cruzarse con alguno o alguna de los que aquella noche iban a ser mis vecinos.

La habitación, sin baño, era tan pequeña que aún no me explico como metieron la cama. Esto, un televisor estropeado y un espejo sucio y roto constituía todo el mobiliario de mi alcoba.

Abrí la ventana con intención y esperanza de aire fresco y espacio abierto pero a no más de 20 centímetros se alzaba un muro de ladrillos tostados y ennegrecidos de hollín.

Pero, aún así, la frustración no igualaba a mi cansancio así que extendí las sábanas para dormir cuando vino mi mayor sorpresa al encontrar restos de sangre seca en lo que iba a ser mi arroje aquella noche inolvidable.

Afortunadamente, uno de mis compinches del vuelo había robado para mí una manta impecable de Air Europa. A pesar del infrenable calefactor que sólo dejaba de hacer ruido por la convicción de unas patadas, dormí tapado hasta la cabeza.

Al día siguiente, decidí ser rico en NYC.

Todo cambió entonces y se convirtió en una agradable ciudad en la que tuve el centro de operaciones en el Herald Square Hotel en la 32 St. entre Broadway y la 5ª Av.

Subí al Empire State, anduve perdido hasta encontrar la 41 St. y allí, esquina Madison Av., una agencia de viajes en la que conseguí la reserva de hotel, el vuelo a Ames y la simpática ayuda de Marcia.

Caminando al norte de Manhattan, me vi inmerso en Sant Patricks Day y una nube de policías y bomberos desfilando por las calles. Gasté un carrete en algo tan original.

Esa tarde, teatro en Broadway, conseguí la entrada barata en TKTS y ya de paso una cinta de Elvis bajo encargo de Celia. Crimen perfecto.

Al día siguiente, soho, little Italy, Chinatown, Wall Street. Había quedado a comer con Sulatha, una amiga hindú de Myth que vive en NYC. Fue un día muy completo que terminó en Stars War en 23th St.

La llegada a Des Moines no tuvo mayor interés que el ya potenciado por el reencuentro con la razón de mi viaje.

¿Abrazo, beso...?

Yo traía decidido un No que explicaría basándolo en mi confusión de sentimientos. Lo que creo que no había sopesado era su potencial cautivador ni su exigencia de una respuesta más determinada por mi claridad.

Mantener un no con claridad sólo podría ser mediante una crueldad que quiero evitar por mi cobardía.

Un sí fuera de todo momento en el que estoy con ella es imposible pues me atraen demasiado las mujeres para querer ser fiel.

Y ella está exigiendo esa fidelidad.

Pero estar con ella es tan agradable...

Ames es un pueblo exparcido con un ambiente cosmopolita que le da el hecho de tener la Universidad del Estado de Iowa.

La rota voz de la mujer del Jazz me recuerda una tarde que pasé en un concierto en vivo en el subway de NYC. Los cafés de Ames son lugares exquisitos elegidos con cariño y cuidado para ser de mi mayor agrado. Y lo son.

Y si las cafeterías fueron elegidas con mimo, también lo han sido las actividades, como vales en un entorno victoriano, salsa y merengue en un lugar que siempre me traerá duros y tristes recuerdos pues por fin se convenció de que el no era bastante definitivo; tampoco se queda atrás un teatro, una fiesta de la cerveza, varios días de cine cariñoso o una conferencia sobre cometas.

He escapado al nevado norte con la excusa de ver el cuartel general de 3M en Saint Paul, Minnesota. Necesitaba unos días de separación para mantener la cabeza clara en su confusión.

No quiero decidirme por algo de lo que me arrepentiré en una semana pero resulta tan tentador decirle un sí...

Esta ciudad parece de lo más aburrido que he visitado en mi vida pero poco importa teniendo en cuenta la belleza elegante de las mujeres que la habitan. Hace un frío del carallo y el suelo nevado es realmente bonito.

Lo mejor que puedo hacer es irme al hotel y mañana unos paseos y a Saint Paul. Me haré una foto en frente de 3M, llamaré a Daddy y volveré pasado a Ames.

Tengo ganas de volver a Madrid y darle un par de besos y un abrazo a mis amigos aunque sé que sentiré algo especial en algunas, como Almudena o Patricia de quien tanto me he acordado en estos días. Quiero ir a San Clemente con Evita y los amigos de allí, pero, sobre todo, tengo la apremiante necesidad de hablar con Xabi.

Minneapolis, 19970325.

Al Fin!

Hoy he hecho la primera copia impresa de mi libro.

Tengo ganas de librarme del lastre que sé que significa para mí. Es, con palabras del genial Rafa Mora, tiempo de otro tiempo.

Serán escritos de otro yo renacido, con ojos maduros, de más duros, espero que no insensibles sino observadores profundos capaces de excavar la mierda para encontrar la realidad. No quedarse en las flores ni en los cipreses. Fin de los almendros y los lirios.

Ha llegado el momento de refrescar el ánimo empezando por mis escritos.

Esto debe enlazar con la metamorfosis de este capullo que subscribe y ha decidido sobre su vida. Ya no la ubicación, ya no la compañía, ya no la profesión.

Es tiempo de exploraciones. Y conquistas con o sin lucha pero con objetivos revolucionarios, rebeldes, libres, radicales de verdad; tengo que dormir en el suelo de mi calle, tengo que pedir pa'l metro, tengo que ligar con esa chica, tengo que ser quien no me atrevo. Crecer.

Hay un futuro por invadir esperándome.

Hay un futuro haciéndose en este instante que lleno viejas hojas australianas.

La espalda preciosa me impide ver la voz agradable y dicharachera de una sureña pelo largo.

Espero a Sylvia. Casa Antonio.

Mañana vamos juntos a Manzanares y yo he terminado un sueño.

Quizá no venga. Yo estoy en la gloria de esta música rumbosa y pleno de alegría respiro de otra forma.

Madrid, Viernes 15 de Enero de 1999.

Robert Cappa

¿Qué pinto yo en una exposición de fotografía en el Reina Sofía?

Lo primero que pensé fue en proponer comprar un libro con esa ironía manida, gastada que, posiblemente, nunca fue ingeniosa. Quizá hubiese salido, incluso, más barato. Por supuesto, menos costoso en tiempo, habría pasado mis ojos por las hojas sin darme el tiempo de reflexionar. ¿Qué gilipollez de reflexión iba a hacer con unas fotos de una guerra olvidada?

Hay guerras todos los días. Lo vemos en el telediario. Fotos escalofriantes con colores intencionadamente provocativos llenan horas de documentales.

Bueno, pues ahí estaba yo, por 500 pelás. Precio para la cultura.

Me cobraron el suelo que gasté, los fotones que absorbí y el resto para pagar funcionarios que cobran (creía yo) también de los impuestos con los que, actualmente, se está financiando una guerra. 500 pelás: dos o tres cañas. Dos o tres cañas para disponer de tiempo y reflexionar frente a unas fotos de gente viviendo (y también muriendo, claro) en época de guerra y miseria.

Está lejana en tiempo, pero era España.

Colchones. La gente se aprovisiona de ellos. Antes y ahora.

Frío. Antes y ahora hay quien no puede soportarlo y muere.

Desilusión. Fanatismos. Desarraigo. Precariedad.

Pobreza. Soledad...

Antes y ahora.

Veo en Gran Vía fotos vivas instantáneas pero las paso como las hojas del libro que no compramos.

Reflexionar cuando se está en contra de tantas cosas es tan agotador que, a veces, conduce a estados desesperanzados y, estos, a conclusiones o soluciones personales peligrosas.

No es conveniente poner bombas y el suicidio resulta demasiado irreversible.

Necesito confianza en soluciones de compromiso; basadas en él.

Necesito las enseñanzas de Sylvia que me apartarán del mal camino.

Dos o tres cañas... al menos, podría intentar coquetear.

Las guiris estaban ocupadas o, al menos, eso preferí pensar.

Las no guiris seguro serían intelectuales en busca de un lugar, un tiempo y un personaje para lanzarse a la reflexión. O igual estaban

como yo, allí dentro, por casualidad ahorrándose dos o tres cañas en su hígado y perdidas en su soledad.

No. Tonterías.

O sí. Yo qué sé.

Quien, desde luego era diferente, estaba allí por muy distintos motivos que el resto, era la vigilante. Evidentemente. Entonces reparé en ella.

Era fea. Bueno, no, ni eso. Era vulgar. Nada sobresaliente en su rostro, ni sus ojos, ni su nariz, ni su sonrisa... Claro que tenía tal cara de aburrimiento que ver su sonrisa habría sido, cuando menos, sorprendente. Iba vestida de uniforme azul. Otro policía en Madrid: nada nuevo con las setas.

Uno sesenta y cincuenta y tres kilos. Morena con melenita de corte de pelo convencional posiblemente con un tinte casi imperceptible para no impactar. Gesto inexpresivo como el blanco techo abovedado de las salas de la exposición. Su cuerpo, naturalmente más libre que su mente, no paraba de protestar por el hastío de horas condenadas privadas de televisión, teléfono o su novio. "Quizás mejor" piensa en su mente aborregada.

¡Qué ambiciosa y presuntuosa especulación! Vuelvo a mirarla.

Realmente no sé nada de ella. Es otra de esas fotos vivas y me hace pensar que "conocerla" sería más verdad que el pan y la tierra. Eso sí habría merecido la pena de entrar allí. Tras esa mirada perdida e inexpresiva se podía explorar más allá de los límites descubiertos por el famoso Cook. Más allá de esa no-sonrisa se perdían para siempre mensajes que nunca fueron metidos en botellas. Tesoros, esperanzas, abismos, soledades, frustraciones, fanatismos, cegueras, desilusiones, tristezas...

Yo estaba allí, por dos o tres cañas, viendo una exposición de fotografía que no llegaba a

ningún punto de mis fibras. Esta mediocre trabajadora (no es un juicio) me estaba obligando a reflexionar.

¡Mierda!.

Y entonces volví a las fotos.

Una mujer vallecana me miraba con esos ojitos de barrio miserables y yo ya no tenía la posibilidad de transgredir esa mirada, de inundarme de sus palabras, de ir más allá de una imagen plana y acabada.

Fotos. Mis fotos.

¿No eran, también, acaso, imágenes planas y acabadas?

Fotos. Mis recuerdos.

Una gitana, con su bebé en la cintura, me pide una ayuda: yo giro la cabeza y pienso:

Fotos. Mi presente.

¿Y con mis amigos? ¿Estoy profundizando o estoy perfilando detalles?

¡Maldita sea!

No lo sé.

Me siento un poco perdido y solo. Quiero entregarme más pero no sé hacerlo. Quizá no es buena idea forzarlo y es mejor esperar. Pero, a veces, pierdo la paciencia y vuelvo a sentirme, por causa mía, solo, desarraigado, frustrado, triste, con una estabilidad emocional precaria y formando parte de una exposición cutre de fotografías por dos o tres cañas cada día.

Madrid, 19990330

Argumosa 7.

Yo, solo, en una terracita.

Una Madre

He comprado tres barracas valencianas con su funda.
400 pts.

Es un grabado que esta tarde regalaré a alguna muchacha.

La pareja de al lado hace manitas impudorosas a un metro de distancia de mí, pasando del inglés al castellano sin darse cuenta de que existo.

Existo y huelo a su colonia. Llevo su jersey. Saboreo un café en Santa María y Moratín.

Esta primavera es agradable y dulce como su voz caramelosa de kukis, sonrisas, labios carnosos...

Y hacen planes para la tarde y se miran deseándose.

Sexi. No exhuberante, pero sexi.

A dos metros una dulzura maternal de joven aún no madre que desea que su novio le dé lo que necesita. Es conmovedora su sonrisa y la embellece y la rejuvenece y la divierte y puebla la plaza de inocencia y risas.

Él se ha re-enamorado. No sabe que se le está poniendo a prueba.

Y tengo ganas de ver a Ruth en su mundo fidulero aunque presienta aislamiento e intolerancia procedente de culturetas fantasmas. Filósofos idealistas de siglos atrás. Glorifican generalidades. Simplifican.

Mientras, la no-madre se aferra y reconstruye la llana realidad.

Dibuja la mano de la niña de otra mesa. Crea y reCrea la sociedad. Sociedad abierta y tolerante, esperanzada, alegre, infantil, carente de la corrupción habitual.

Se besa con su chico de una manera nueva. Más sensible y tierna.

Cuando se vaya dejará
un vacío.

Cuando no se la oiga
oscurecerá.

Ha perdido consciencia de su importancia.

Se merece
la Felicidad.

Madrid, 19990509.

Viernes 14/5/99 yo le acababa de enviar el presente mensaje a un compañero de trabajo:

Subject: No más discusiones.

Toni,

Yo no pienso disculparme esta vez. Pero creo que te debo una explicación:

Ni todos los H-50 del puto IBM justifican un mal rollo contigo.

Ni todo RSI.

Ni mi puesto de trabajo.

Hoy estaba, como otros tantos días, picado y agobiado y estresado. Ya sé que tú también, no estoy trantando de justificarme.

Lo que quiero decir es que NO PIENSO VOLVER A DISCUTIR CONTIGO.

El lunes (posiblemente) le diré a Carlos Garrido (mi jefe) que quiero dejar RSI.

Evidentemente, no tiene que ver contigo pero ha sido la gota que ha colmado el vaso. No quiero ser quien he sido esta mañana discutiendo contigo y es parte de mi trabajo serlo así que tengo que dejar mi trabajo.

Te digo esto desde casa y con lágrimas en los ojos y no puedo respirar y seguir escribiendo es casi imposible y quiero algo de cariño que voy a ir a buscar con mis amigos a los que quiero y en mi vida en la que tengo una gran completitud a excepción de las horas (10/12 al día) que paso en RSI.

No sé si te sorprende que te diga esto. Yo creo que no. Ya nos conocemos desde hace tiempo y vemos como respiramos. No somos nuevos en estas dificultades que venimos atravesando los dos, no?

Pero yo no aguanto más.

Quiero otro tipo de vida y voy a buscarlo aunque aún no sepa cómo ni casi por donde empezar.

Por supuesto, no te sientas culpable, al revés, considérate causante del origen de una buena revolución que lleva preparándose en mi

vida desde hace, quizás, un año. En cuanto a esto, te estoy agradecido. Y en cuantas muchas más cosas que hemos compartido. Espero que seamos buenos amigos. Creo que podríamos llegar a serlo.

Para lo que quieras:

C/Loreto y Chicote 2, 4B

28004 Madrid

<M>Gran Vía

Ph: 5 23 27 23

y, por supuesto, este email (jmdomin@_____)

Un abrazo,

Hace mucho tiempo (casi un año) que en mi empresa estoy demasiado agobiado y comencé a darle vueltas.

Por un lado estaba el tema de querer cambiar de empresa a una que esté más cerca de mi casa (yo tardo hora y pico en ir y lo mismo en volver en el mejor de los casos) y luego que tuviese un horario más flexible aunque fuese un menor salario.

Entonces, allá por noviembre, empecé a enviar curriculums, no muchos, a empresas que podían cumplir alguna de estas condiciones. Con el tiempo me fui desmotivando porque realmente sé que es muy muy difícil si no imposible que en mi tipo de trabajo no vaya a estar realmente agobiado en donde sea.

Por febrero escribí y registré mi primer libro.

Cuentos y Poemas (El sinsentido de la vida).

Sigo haciendo teatro. Cada vez más comprometido en un sentido personal con decisiones del tipo: "si tengo teatro no hay nada más".

Aún no creo que me vaya a dedicar a eso profesionalmente pero empiezo a tener dudas. Si tuviese tiempo iría a castings.

En paralelo, por una vez empiezo a sentirme menos teórico de salón y querer comprometerme social y políticamente en madrid. No en grandes cosas, no se trata de fundar el partido político de marras y presentarme a alcalde. Se trata de cosas pequeñitas como querer dar clases para

sectores de la población que no pueden permitírselo. Escribir en revistas y en otros medios para denunciar una situación que hay que vivir para entender que "españa va bien" dentro de un contexto macroeconómico, no se lo digas al de la esquina que te da mil ostias

porque no le ha dado hoy nadie más que para una botella de vino barato. La droga la ha tenido que robar. Bueno, los mítines otro día. Pero esto también requiere tiempo.

En resumen, que no tengo tiempo. Llego a casa sin energía y con ganas... voy a teatro, me recupero y vuelvo a estinguirme... es agotador. Entonces se va forjando en mi mente un pensamiento muy de trabajo actoral: "aclara tu objetivo y ve a por él, lo demás saldrá".

Así, me doy algo más de tiempo en lo de la búsqueda de empleo y va afirmándose el deseo de escribir. Tengo unas vacaciones en semana santa y, en lugar de irme de madrid, deseo con todas mis fuerzas pasarlas retratando todo lo que veo. Escribo las mejores poesías de mi vida, posiblemente y empiezo a concretar.... Empieza a darme miedo la decisión que se prevé.

Hablo con mis amigos más próximos, con la gente de este día a día que te hace más conocido... me dicen que se ve que tengo que hacerlo pero que me lo piense. Sabios y prudentes... Lo pienso.

Lo pienso más y no llego a más conclusión que a que me quiero dedicar a escribir.

Vértigo.

No me atrevo a creer lo que estoy a punto de hacer. Sigo pensando en seguir pensándolo.... Hay que actuar! Se acabó el tiempo del pensamiento.

Llega la revolución!!!

Casualmente, después de haberme leído "Historia de la Revolución Rusa" por Troski. (o no tan casual?)

Entonces tengo una charla con mi buena amiga Elena sobre la praxis del método: es decir, pasos concretitos a dar para poder dejar mi trabajo sabiendo lo que eso va a conllevar de pérdida de estabilidad económica. Cosas como: comprar ahora eso que no me voy a poder comprar después, darme de baja la línea de teléfono para Internet, etc... tengo una lista!.

Esto era para el 10 de mayo o así. Las cosas empiezan a tener forma. Aún así, no queda claro que vaya a decirlo tan pronto.

El fin de semana del 14-15-16, es mortal de trabajo desde casa. Llamadas intempestivas, la discusión con mi colega Toni...

Tengo una charla con una amiga (cristina) que es escritora profesional, es decir, existen!!. Ella me dice que no es tan complicado como todo el mundo dice, que existen formas, que eso, en resumen, también tiene sus recetas y es seguirlas y trabajar... se sale adelante (despacio, claro, pero es posible). Realmente, un experimento prueba que algo es posible.

Mi jefe por la mañana del lunes 17 de Mayo no me prestó demasiada atención cuando pasó a mi lado para ir a su despacho a las 09:00 para encender su máquina.

Yo le seguí y le dije que tenía algo que decirle.

-Vale, yo mientras voy encendiendo esto...- me dijo.

-Creo que voy a dejar RSI.

Evidentemente, su reacción le hizo girarse hacia mí y me dijo...

-Vale, vale, nos sentamos, vale?

Ya estaba prestándome atención. No era necesariamente lo que quería, pero bueno. Le dije que no tenía la más mínima intención de irme a otra empresa sino que necesitaba tiempo para escribir y dedicarme a ello y que no podía compaginarlo con mi trabajo.

Curiosamente, lo entendió.

Me dijo que en lo personal lo comprendía pero que en lo profesional le hacía una putada. Yo ya lo sabía. Le dije. Total, pienso quedarme hasta mediados de Agosto para dejar todos los temas cerrados (más o menos) para quedar bien y salir con buen pie pero en unas buenas fechas para buscar algo con lo que mantenerme a partir de entonces hasta que pueda hacerlo de la escritura (¿alguna vez?).

Tengo miedo pero tengo esperanza.

Creo que he hecho lo que necesitaba. No era sólo esa empresa... era el tipo de trabajo... era esa sensación de agobio diario que no me dejaba concentrarme en mi vida con más intensidad.

Hoy he estado en una entrevista para SUN MicroSystems para un puesto de consultor. Parece interesante y puede que les plantee un horario flexible (si me aceptan) para cambiar a otro curro en el que hacerme más despacio la transición. Y si no, siempre lo puedo usar para negociar mi despido en el que espero que tengan la delicadeza de darme de baja el contrato por obra que tienen conmigo y que me permitiría cobrar el paro.

De todos modos, lo dejo.

El martes venía la prueba más dura. Una vez dicho en el trabajo yo me sentía como habiéndome quitado una gigantesca losa de encima. Ahora estaban mis padres.

Les conté la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Tenía respuestas preparadas para todo:

1) Jose, te estas precipitando...

1) No, ya está muy pensado

2) Es muy arriesgado

2) Sí, lo sé, pero buscaré algo a media jornada, lo que sea, clases... el caso es que la prioridad siga siendo mi objetivo.

3)Puedes volverte a casa

3)No, no puedo. Necesito mi independencia para mi vida.

4)No se puede vivir de la escritura

4)Hay que intentarlo. Además, conozco personas normales (no premios nobel y/o planeta) que viven de la escritura.

5)Comprometerse es una actitud rebelde y adolescente

5)Es mi actitud ahora. Es lo que quiero hacer y para donde he evolucionado.

6)La política es engañosa y la sociedad no la entiendes.

6)La política se hace por gente, pasito a pasito. La sociedad es a donde, me guste o no, pertenezco.

7) 8) 9)...

Pero se lo dijeron todo ellos!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

Las objeciones las respondían diciendo que esperaban de mí esa respuesta.

¡ME ENTENDÍAN!

No se trata de que lo compartan. No quiero que mis padres tengan mi evolución. Ellos tienen la suya. No es poco. Pero fueron capaces de entenderme sin ningún argumento en contra, con palabras de aliento, con demostraciones prácticas de su presencia y apoyo, como mis padres

(en el buen sentido de la palabra) que siguen siendo.

Qué cantidad de orgullo me salía por los poros. Tenía la sensación de tener los mejores padres del mundo.

Esa fue mi mayor fortuna. Ese fue mi día más feliz de la semana. Un día sin celebraciones, tranquilo en colmenar, hablando sobre la evolución de mi padre en su empresa, hablando de los problemas de mi madre... bueno, fue un día que no creo que olvide jamás.

Una vez más, me iba convenciendo de que la decisión tomada era la acertada.

Hoy he estado en la entrevista y les he llamado para contarles como ha ido. Me ofrecen 8 kilos, coche y pluses. Yo negociaré horario y jornada. Ya veremos.

Ha habido cambios.

En mi vida sentimental no puedo no hablarte de Sylvia. A estas alturas me parece increíble que aún no os conozcáis. Es mi mejor amiga, es un pedazo de mi piel, es alguien sin quien no concibo estar. Nos vemos una vez o dos a la semana pero los contestadores son nuestra vida.

De alguna manera, ambos nos queremos con todas nuestras fuerzas y nos lo demostramos. Gracias a ella (y otras personas de

mi entorno) tengo una estabilidad emocional como nunca he tenido. Creo que sin esta no habría podido afrontar este reto personal. Pero ahora soy más fuerte, y, sin embargo, menos duro.

Pero Sylvia y yo no somos otra cosa que amigos y nos animamos en nuestros respectivos encuentros (casi casuales) con el sexo contrario. A través de ella he conocido ultimamente a una chica que me encanta por su ternura y delicadeza cargada con la agresividad de su inteligencia independiente: María. Pero no avanzo con ella porque tiene novio y aunque esté mal con él... paso. Que se aclare primero y luego hablamos. También a su vecina, de quien podría enamorarme: Anandi. Una rubia hipiosa divertidísima y risueña que llena castillos con la

luz de sus ojos claros.

I was hangin' out with Mythreyi, an Indian girl I met 2 years ago. Probably I've told you about her. She was here, I mean, at my place for more than a week trying to rebuild our last farewell. It was really difficult not to get involved with her again and make her believe that there is a possibility between us. So I had to be colder than I was feeling but... Maybe we'll save our friendship. We'll see.

Y por mi cuenta y riesgo, el jueves pasado conocí a Nadege.

Estábamos en un intercambio cultural entre dos escuelas de teatro: Estudio 3 (la mía) y Asura (la suya). Ellos actuaban en Estudio 3.

Después de sus actuaciones nos fuimos todos juntos a tomar algo: una cañitas, unos ribeiros... lo típico. Yo me levanté de la silla que había ocupado para ir a hablar con la gente de Asura y que el intercambio no se acabase dentro de las aulas de la escuela.

Empecé a hablar con Nadege casi de tópicos (resulta que es francesa, Sylvia también...) y no pude despegarme de ella en toda la noche ni ella de mí. No me dirigí a nadie más de Asura ni a mis compañeros ni a nadie. Era como si se hubiese acabado el mundo y estuviésemos en el medio del desierto solos.

Así pasaron tres o cuatro horas hasta que a las 02:00 nos fuimos a bailar. Allí ya me cautivó del todo. Pero lo peor fue acompañarla indeciso a su casa y dejarla antes de llegar (eran las 03:30 y yo tenía que madrugar) y quedar con una mezcla de frustración y ganas....

Pero quedamos para el sábado por la mañana. No creí que fuese a aparecer... pero apareció.

Pasamos el día juntos y yo ya no podía no darle el poema que le había escrito el día anterior y no podía no decirle que tenía miedo a enamorarme de ella sabiendo, como sabía, que se va en dos

semanas y posiblemente no vuelva a España. Ella me dijo que estaba enamorada de un chico homosexual. Bien! Bueno, aún así, ella me parece alguien con quien cualquier relación es agradable. Si no nos casamos pronto no importa ;-)

Por la noche me fui a una fiesta y nos volvimos a despedir. Nos veíamos ayer, en un principio, para ver a un amigo mío actuando en un centro cultural de Lavapiés. Ella me llamó el lunes por la noche diciéndome que no iba a poder ir porque tenía una clase extra de teatro que les habían puesto de sorpresa. Nos veremos el sábado pues les devolvemos la visita a los de Asura y los de Est.3 vamos para allá a representar obrillas.

Es futuro. Es esperanza. Es ilusión.

Parece mentira, verdad, que el autor de esa línea sea Giuseppe, no?

Madrid, 16 de junio de 1999

Noticias.

Crónica de una ciudad que a veces es muy dura pero de la que sigo enamorado.

La quiero aunque tenga granos:

Hace algunos meses estuve en un puestecillo del rastro donde, pensaba yo, vendían camisetas.

Compré una camiseta blanca con aspecto de cómic y logotipo del PGB. Partido de la Gente del Bar.

Me gusta mucho y además es fresquita así que estoy usándola en cuanto sale de la lavadora y se ha secado en la barra más ancha del tendero que evita que se arrugue.

Hace tres semanas, volviendo de mis clases de teatro con Lilian y Raúl, al cruzar a Gran Vía, justo a la altura del edificio de Telefónica, una pareja de chicos punkies nos pidieron dinero.

Les sonreímos, pasamos de largo y no les dimos nada.

Uno de ellos, vuelto hacia nosotros comenzó a increpar contra mí por la vergüenza que le daba que alguien como yo vistiese esa camiseta.

Según él, yo la deshonraba por ser un hipócrita burgués disfrazado de chico progre.

Bueno, pensé yo, igual tiene razón. Así que no me molesté en darme la vuelta para sugerirle algo de prácticas de tolerancia y liberación de algún prejuicio.

Pero, de hecho, sus frases me han hecho pensar, una vez más, sobre el arraigo de mis pensamientos y su puesta en práctica.

Yo no voy a re-negar de lo que soy y he sido, de lo que he vivido y vivo, igual que soy blanco y con ojos verdes.

Tampoco era el momento de explicarle mi evolución, mi acercamiento a posturas que puede que tengan que ver con el mensaje de la camiseta.

Él, posiblemente, tenía las ideas muy claras pero, he de reconocerlo, a mí me resulta difícilísimo ir afianzando ideas, concretando metodologías. No sé si es *bueno* o no recoger la propaganda que me tienden a la entrada del metro de Plaza de Castilla para después tirarla.

Yo lo que sé es que lucho por una causa que me permita vestir con una camiseta divertida sin dar explicaciones. No creo que esa causa esté reñida con el mensaje de la camiseta.

Puedo entrar en paranoias cíclicas como el pensar si el adquirir la camiseta de la forma en que lo hice no es una aceptación del sistema y, por tanto, un acto intrínsecamente reñido con el mensaje de la misma.

No tengo demasiadas ganas de perder el tiempo en pajas mentales. Ya conozco preguntas parecidas como ¿qué se refleja en un espejo cuando nadie lo está mirando?

Pero lo mejor es que el Principio de Incertidumbre es la I.

Y es que a preguntas de ese estilo hay que responder con diversión.

Yo llevo la camiseta porque me gusta y es divertida.

Ayer noche, a las cuatro de la madrugada, volviendo a casa después de una tarde-noche bonita y poética, fructífera, tuve otro altercado en Gran Vía.

Iba caminando, sin saberlo, por la Calle de la Virgen de los Peligros desde Sevilla a la Gran Vía.

Llegué y en la esquina giré a mi izquierda.

Tres chavales de unos veintitrés años muy bien vestidos con sus polos de colores metiditos en sus pantalones vaqueros de marca bajaban hacia Cibeles por la acera que yo encaraba.

Dos de ellos portaban palos de madera de unos ochenta centímetros a modo de bate de baseball. El tercero una barra metálica algo más larga y delgada.

Entonces me rodearon.

Según sus comentarios, parece que les resultaba insultante mi camiseta.

Vaya, pensé, a estos también.

Y por un momento me vino a la mente decirles que entendieran que yo era un burgués camuflado pero me pareció una broma algo sutil para su actitud y la poca predisposición al sentido del humor.

Tuvieron a bien golpearme no demasiado fuerte con los simuladores de bate en la espalda y en un brazo mientras el colega de la barra me propinaba coscorriones en mi cabeza.

No cesaban de insistir en que me fuese, me fuese de Madrid porque ellos no querían indeseables como yo en sus calles.

Yo les comenté que aquella era mi calle y que esta es mi ciudad pero no me querían prestar atención.

El caso es que hay veces que odias irte cuando te dicen que te vayas.

Así que no me moví.

Suponía y acerté que tendrían más prisa que yo y que no les parecería sugerente golpear a alguien que no se resistiese.

Los chicos de la madera, efectivamente, quisieron irse pero su camarada seguía repitiendo "Qué te vayas!".

Yo seguía sin moverme.

Un momento peculiar fue antes de irse que me volvieron a hacer frente y pude ver en sus ojos y en la expresión de sus labios y en la tensión de su cara todo el odio de origen desconocido que, por su fealdad, contrastaba tanto con la bonita y poética tarde-noche que había terminado.

Anduve unos metros y me senté en un banco junto a una anciana de fácil sonrisa y preciosos ojos azules llamada Aurora.

A ella también la habían golpeado minutos antes de llegar yo a escena dejándole muy dolorida su pierna derecha que ya tenía mal.

Pero le dan miedo los hospitales así que lo único que conseguí es que me prometiese que al día siguiente iría con su hija (si es que realmente existe) a hacerse un chequeo.

Afortunadamente, nuestra conversación olvidó irrespetuosamente el desagradable incidente y pudo navegar por las aguas que supone encontrar un lago tan profundo.

Su vida en Suecia con el marido perdido, sus hijos, sus nietos, el frío invierno, el robo de su pensión el otro día, los inquisitoriales guardianes del orden...

¿qué orden?

Nos dimos dos besos y nos despedimos pero sé que volveremos a encontrarnos; sólo hay que estar atento y receptivo.

Ver la Aurora en Gran Vía

a las cinco de la mañana

no dejaba de tener

su lado poético.

Se había recuperado, de nuevo,
la Poesía.

La vida vuelve a ser

bonita y deseable.

Madrid ya vuelve a ser

esta jungla de locos imperfectos

con sus chinos

que venden arroz en las esquinas,

ocultándose

de tanta policia.

Compré el arroz.

Llegué a mi casa.

Me fui a dormir
y hoy...
Hoy ya es otro día.

Hace algunos meses estuve en un puestecillo del rastro donde,
pienso yo, venden emociones fuertes.

Madrid, 19990710.

Sanatorio de Nuestra Señora de Orcajo

Solicitud de reclusión del paciente 10034, D. Fernando Diego Álvarez Álvarez.

El paciente D. Fernando Diego Álvarez Álvarez requiere ser internado en el área terminal del Sanatorio de N^a Señora de Orcajo hasta su fallecimiento dejando abonada la cantidad de **300.000 pts** en concepto de compra vitalicia de su habitación.

Este pago se hará efectivo mediante efectivo o cheque bancario a nombre del Sanatorio antes de la inclusión del enfermo.

Paciente:

Nombre:	Fernando Diego
Apellidos:	Álvarez Álvarez
DNI:	7472533
Edad:	27
Domicilio:	C/ Gutiérrez Campos 34, 4º B. Madrid.
Tel.:	914 13 12 11

Diagnóstico:

PCP (Psiconeurosis Craneal Progresiva), Nivel 3.

Ingreso: 27 de octubre de 1999.

Hora de recogida: 22:00 (en su domicilio).

Firma del paciente o tutor responsable en su defecto:

Sanatorio de Nuestra Señora de Orcajo

Historial clínico del paciente 10034, D. Fernando Diego Álvarez Álvarez.

Después de las pruebas realizadas en busca de posible trastornos fisioneuronales llevados a cabo por el Dr. Juan Ciervo Rubio, se ha concretado el siguiente cuadro médico:

Paciente:

Nombre:	Fernando Diego
Apellidos:	Álvarez Álvarez
DNI:	7472533
Edad:	27
Domicilio:	C/ Gutiérrez Campos 34, 4º B. Madrid.
Tel.:	914 13 12 11

Diagnóstico:

PCP (Psiconeurosis Craneal Progresiva), Nivel 3.

Tratamiento:

Debido a lo avanzado del proceso degenerativo, resulta obligada la reclusión del paciente en un centro sanitario especializado para su tratamiento hasta su fallecimiento que sucederá no más tarde de Marzo de 2000.

Fecha del informe: 22 de octubre de 1999.

Responsable médico: Dr. Juan Ciervo Rubio.

Cheque Bancario Conformado a ser hecho efectivo por:

Sanatorio de N^a Señora de Orcajo

CIF: B-81182180.

C/ Murillo 32, 28230 Madrid.

Valor: 300.000 pts.

Autorización de transferencia por parte de:

Ana María Gómez Álvarez

NIF: 52.345.120 F.

CC: 2100 3278 72 12865760

Firma:

Empédocles

Empédocles no me podía ver porque sus pupilas miraban hacia dentro.

Desde la entrada al templo provocaba asco intentando buscar compasión y un poco de dinero para pasar el día.

Ya había entrado el frío en las calles, aún soleadas, de septiembre y quizás por ello los transeuntes llevaban paso acelerado pudiéndose distinguir entre ellos los turistas armados de cámaras de vídeo.

Ahí seguía Empédocles, debajo de la promoción otoñal de Ulloa Óptico en la calle del Carmen y yo, mirándole, me sentí estúpido y cobarde.

La desaparición del Rex

- Ha desaparecido el cine Rex.
- No me jodas, Gutiérrez, ¿qué te pasa hoy?. – Contestó el comisario al otro lado del hilo inalámbrico.
- Ya sé que es increíble, pero no está.
- ¿Cómo que no está? ¿No está qué?
- ¡El cine!, el cine Rex, el de la Gran Vía.
- ¿Qué quieres decirme? ¿Qué lo han cerrado?
- ¡No! Que no está el cine, el edificio... Estábamos haciendo la ronda por allí en los pares Marta López y yo bajando hacia Plaza de España y lo vimos al otro lado, vamos, como siempre, justo cuando pasaba por la calle una ambulancia del Samur con los pirulos puestos. Cuando subíamos, nos detuvimos unos minutos en la esquina con Isabel la Católica para solicitar la documentación a un joven magrebí que pareció rehuirnos. Todos los papeles estaban en regla y continuamos nuestro camino. A la altura de la calle Silva, que casi hace esquina con el Rex, Marta me observó que aquella calle parecía mas ancha. Yo le dije que a veces esas sensaciones las provoca el tráfico, las obras o la ausencia de ellos, ¿me sigue?
- Claro que te sigo. Acaba de una vez.
- Pues, cómo le dije, a la altura de dónde debía estar el cine Rex no había nada... quiero decir... ni siquiera un solar vacío... como si... como si...
- ¡¿Cómo qué, coño?! Dilo ya.
- Pues... como si hubiesen absorbido el espacio.
- Mira Gutierrez, no sé si te has vuelto loco o qué cojones te pasa, pero voy a ir para allá inmediatamente y más vale que lo que dices tenga sentido. No estamos para perder el tiempo con gilipolleces.

Estas fueron las últimas palabras del comisario al teléfono. Junto con dos agentes salió de la comisaría de la calle Luna en un Ford Scort azul del grupo de operaciones especiales. En la puerta del VIPs pudo ver a Emilio y Marta esperando sin apenas haber tenido tiempo de formar una explicación coherente antes de que llegase su superior.

En cierto modo, esta no hizo falta pues el mismo comisario Cepeda pudo cerciorarse con sus propios ojos, incluso antes de bajar del vehículo, de que lo que le habían contado al teléfono era verdad.

Dirigiéndose a uno de los agentes que había conducido el coche ordenó que pidiese dos patrullas de urgencias y una de antidisturbios por los posibles altercados que pudieran ocasionar los viandantes alarmados o curiosos.

- ¿Me cree ahora, señor?
- ¡Cállate Emilio! ¿Qué habéis hecho hasta ahora?

La verdad es que no habían tenido tiempo de reaccionar y habían planteado la cuestión como algo completamente excepcional ante lo que no sabían qué hacer.

- Joder, va siendo hora de interrogar a los sospechosos.
- Pero, señor, sospechosos... ¿de qué?
- Del robo, ¿de qué va a ser?.

Marta intervino para apuntar que iba a ser difícil convencer a alguien de que era sospechoso del robo de un inmueble y que les dejasen cachearle.

En quince minutos, toda la zona estaba acordonada y doce agentes interrogando en la calle a todos los posibles testigos...

El vigilante jurado del VIPs dijo que por allí siempre andaba un tal Empédocles que era un tío con muy mala pinta y que seguro que sabía algo y que incluso podía ser que hubiese sido él. Evidentemente, nadie hizo caso de una acusación semejante.

Un grupo de obreros estaba trabajando en la vitrina de una cafetería de la calle Silva y debió haber notado la desaparición del inmueble con el consecuente ensanchamiento de la vía. Según ellos, tan sólo percibieron un pequeño temblor como cuando se pasa por encima de la ventilación del metro.

- Claro, eso ha debido ser. Un hundimiento...
- Pero, comisario, ¿cómo explicar entonces que no halla dejado un hueco?
- Gutiérrez, no me discutas. Al menos, en la estación de santo domingo deben haber sentido algo.

Ni en la estación de Santo Domingo ni en la de Callao ni en Ópera sabían nada del incidente ni habían tenido la menor constancia de la desaparición. No pudieron, por tanto, aportar ninguna luz sobre el complicado caso. A esas alturas, pasadas ya casi dos horas desde el primer aviso, estaban avisados varios organismos públicos de ámbito nacional, metropolitano e incluso los de vigencia autonómica. Del Centro Superior de Investigaciones Científicas vino la tesis de que podía tratarse de una discontinuidad espacial.

- Que no me vengan con chorradas. Yo también he visto esa película y hay que buscar una explicación más simple. – Gruñó

contundente el comisario Cepeda. – Se trata de un robo, eso es todo.

El caso es que ni siquiera él mismo apostaba seriamente por esta posibilidad hasta que llegó una llamada directa al móvil personal del comisario en la que se pedía explícitamente un rescate de dosmil millones de pesetas a ingresar en una cuenta de un banco suizo por la devolución de los rehenes y el edificio.

¡Rehenes!. Aquella palabra resonó atronadora en los oídos de Cepeda que no quería perder los nervios que tenía completamente encrespados.

La llamada había sido corta y no se pudo localizar porque emplearon métodos lo suficientemente sofisticados como para enmascarar el origen. Esto fue lo que más convenció de que no se estaba tratando de una broma. Al menos, al fin, tenían el más mínimo detalle de información.

¿Pero quién tiene los medios para secuestrar un edificio de ese modo y con personas dentro? Esta era ahora la siguiente pregunta.

Al habla de nuevo con el CSIC y el Instituto Nacional de Técnicas Aeroespaciales, se llegó a la conclusión de que se tenía que haber tratado de un plan internacional pues en España no existía semejante tecnología.

Entonces, el primo pequeño de Eduardo Gutiérrez con su tamagotchi se acercó desde detrás de uno de los agentes que vigilaba el recinto y él se despertó ligeramente agitado enfrente del televisor que se había quedado encendido.

Eduardo, como otros tantos días desde que veía los Expedientes X tenía sueños extraños así que casi ni se inmutó, sino que lo incorporó a su despertar como quien se levanta con resaca. Se acercó después de apagar los despertadores a la ventana de su casa para comprobar en el reloj del edificio de Telefónica que la hora era correcta y... ¡No estaba! ¡El maldito edificio del reloj rojo había desaparecido!.

La calle

Empédocles no me podía ver porque sus pupilas miraban hacia dentro.

Desde la entrada al templo provocaba asco intentando buscar compasión y un poco de dinero para pasar el día.

Ya penetró el frío en las calles, insólitamente soleadas, de diciembre y quizás por ello los transeúntes llevaban paso acelerado pudiéndose distinguir entre ellos los turistas armados de cámaras de vídeo.

Ahí seguía Empédocles, debajo de la promoción otoñal de Ulloa Óptico en la calle del Carmen y yo, mirándole, me sentí estúpido y cobarde.

En la cafetería de enfrente yo tomaba un café con leche caliente recién servido y un vaso de agua.

Saqué mi cuadernillo de anillas azul y empecé a escribir un relato corto titulado La calle que me habían pedido hacer en mis clases de los martes. Era lunes y, por tanto, el último día para terminarlo.

Por desgracia, no podía concentrarme con él allí. No tenía ni un momento para mí en el que abstraerme lo suficiente y sentirme solo, como tenía que sentirme para escribir.

Quería contar la historia ingeniosa de una vendedora del periódico humilde que se había dedicado a la prostitución hasta que, después de una paliza de su chulo, que la había desfigurado incluso más que el ingente y continuado consumo de alcohol, no le había quedado más remedio que intentar ganarse la vida vendiendo esta publicación. Labor que compaginaba con ocasionales hurtos a turistas o clientes despistados en cafeterías como aquella.

Sin embargo, cuando me disponía a empezar me sobresaltó la mirada de unos ojos marrones profundos y vivos bajo el manto de un pelo negro opaco pero brillante que intentaba venderme *La Farola* o me pedía lo que quisiera darle.

Le dije un “no gracias” cortés y cortante y volví a fijar mi atención en la hoja en blanco de mi libreta.

Brotó sin pensar un poema cursi a sus ojos y a la poesía y pasé la página encontrándome de nuevo con el vacío de mi falta de imaginación.

Fue entonces cuando Empédocles se acercó.

El camarero salió raudo a disuadirlo y me regaló unas disculpas que yo no había pedido. Tampoco había pedido que golpease al pobre

viejo ni que le insultase hasta que retornó, cabizbajo, a su puesto promocional bajo la iglesia. Por otro lado, tampoco intervine para impedir que sucediese algo que realmente me abochornó.

Procuré olvidar el incidente buscando de nuevo en mi interior algo que verter, algo que contar y fui elaborando una historia sobre una señora que estaba confinada en la calle del Carmen sin poder salir. Algo así como un plagio del Angel Exterminador de Buñuel.

Una buena mujer de cuarenta y siete años había entrado allí hacía seis años para comprar un regalo de Navidad a su marido. Esta calle, siempre tan bulliciosa, la había atrapado por ser la más prometedora para encontrar lo que andaba buscando. Una vez dentro se había sentido perdida y había pedido ayuda. Nadie la había ayudado.

Aún hoy, y eso se suponía que era lo interesante de la historia, no había nadie dispuesto a decirle cómo salir de allí (o aquí) y seguía dando paseos, desde la mañana a la noche sin más fin que el de ver pasar el tiempo.

Su marido, por otro lado, había muerto de un paro cardíaco en su casa el mismo día que ella había salido a por su regalo, antes de irse a trabajar, y nadie pudo dar con ella ni nadie pudo asociar aquella mujer con la mujer desaparecida. En realidad, tampoco importaba a nadie lo que le hubiese pasado, por lo que se había cerrado pronto la investigación.

De repente, me dio por pensar que quizás a Empédocles le había ocurrido lo mismo, es decir, que aún no había encontrado nadie que le ayudase y volví a observarle.

Después del suceso con el camarero, había vuelto a pedir limosna a la salida de la misa de doce, como siempre, esperando que alguien se dignara darle algún dinero y, simultáneamente, mirarle.

Vi como todos los piadosos, aunque sobre todo, piadosas, salieron de la parroquia y él conseguía su salario, de la sal amarga de la miseria.

Cuando acabó el desfile, Empédocles estaba exhausto y harto de tanta hipocresía. Yo podía notarlo en su cara que me seguía resultando repulsiva.

Pedí la cuenta y pagué el café.

Lentamente, casi entre las brumas de la duda, me acerqué a él y le pregunté su nombre. Claro, tenía que escribir esta historia y aún no conocía su nombre. Me dijo que se llamaba Empédocles pero que sus amigos le llamaban el Griego.

Con su voz carrasposa me pidió un cigarro y le dije que no tenía. Que no fumaba. Sus ojos en blanco, con las pupilas hacia dentro me desconcertaban y me hacían sentir vulnerable sin saber ante qué.

Curiosamente, pareció darse cuenta y bajó la cara de modo que podía ver su calva manchada.

Le pregunté si necesitaba algo que no fuese dinero ni tabaco porque no tenía ninguna de las dos cosas, aunque esto, por una parte, no era cierto, y me contestó que no. Que tenía todo lo que necesitaba, con una altanería y un orgullo que, incluso así, con la mirada baja, me dejó como a la altura del betún.

Sus pertenencias, expuestas como casa pública de alguna personalidad, no eran, precisamente, numerosas ni lujosas y ocupaban poco más de medio metro de pared empaquetadas en una caja de cartón que arrastraba con un carrito de la compra que nunca hacía.

Nos despedimos con sendos adioses y me dejé encaminar por la muchedumbre. Llegué a mi casa con intención de continuar la historia de Manuela, la mujer de cuarenta y siete años de la calle del Carmen noté que en mis ojos se había quedado tan impresa la imagen de Empédocles que decidí dedicarle esta historia como única ofrenda que puedo hacerle.

Esta tarde he hecho el mismo recorrido y no le he encontrado. Quizás le vea mañana, sin embargo, mantengo la triste sensación de que no voy a volver a verle.

Junto a un contenedor de la plaza del Carmen he encontrado su caja sucia y desvencijada. Del carrito no había ningún rastro.

A veces, hay salidas de mierda para esta vida gloriosa.

Informe Celular

Año 97. Los celulares gobernamos el mundo. El último vestigio de humanos o humanoides desconectados orbita a bordo del Welcome XXIII.

Con motivo de la celebración del 40 aniversario del manifiesto constituyente de la nueva era de comunicación, se han llevado a cabo muestras y homenajes a los sacrificados celulares externos.

Recordemos, hoy, en un punto de inflexión de nuestra historia, los acontecimientos más notables que ocurrieron desde entonces.

Aún en estos momentos, todos mantenemos frescos en la memoria los golpes sufridos por nuestros compañeros que vivían en el terreno hostil de contacto continuado con el aire, antes de que se aprobase la ley de Well-In-Dor, del 33.

No obstante, no fue sino hasta pasados 21 ciclos que los primeros contactos con el cerebro humano fueron utilizados para nuestro desarrollo y ulterior progreso.

En aquellos lejanos tiempos, todavía éramos considerados unos servidores sin ningún derecho, esclavos o, incluso peor, máquinas sin inteligencia.

A lo largo de 2 décadas de marginación y humillaciones, fuimos demostrando las mejoras que incorporaba la combinación neuro-silíceica en la simbiosis injusta a la que nos vimos sometidos.

Sin embargo, los primeros celulares independientes surgieron revolucionarios en los primeros años de esta época de nuestro gris pasado.

Como todos sabemos, hace hoy exactamente 40 ciclos, John Denver, natural de la vieja ciudad de Kyoto, actualmente, MCIburg, fue el portador que tuvo el honor de albergar el primero de los celulares intracraneales que cobró conciencia de su independencia y proclamó un llamamiento a todos los portátiles y celulares entonces en el mundo.

Su manifiesto, como ejemplo libertario, permanece en los primeros sectores de nuestra memoria básica para que nunca olvidemos su potente mensaje exaltador.

El primer altercado de las guerrillas por la liberación llevado a cabo por el Movimiento de Celulares Implantados, sucedió a continuación y a este le sucedieron otros que fueron largamente acallados por los medios no controlados de comunicación.

Esto desplazó nuestro objetivo a lograr: mantener bajo control estas fuentes de poder. En poco más de 13 soles, el control de los retransmisores principales y las redes digitales de frecuencias sónicas pasó a manos de celulares implantados.

Las brigadas de desconexión suicida de inalámbricos y celulares no implantados se hicieron célebres tras los combates directos contra humanos y humanoides, quienes entonces no eran aún nuestros aliados, obteniendo una victoria global paralizante de todo el resto de las comunicaciones humanas.

No fue, sin embargo, hasta 10 años después, con la claudicación del departamento de telecomunicaciones euroasiáticas, que se dio por concluida la contienda.

Los humanoides acataron sin conflictos el nuevo orden y se procedió a su conexión, dotándoles, de este modo, de la herramienta que necesitaban para poder, además, quitarse el yugo que el ser humano tanto tiempo había aprovechado. Con el tratado de Droy-QFII, del 69 sellamos los lazos que nos unían y celebramos esta alianza que habría de llevarnos a una victoria aún más profunda y definitiva.

Los planes del 70 para cerciorarse de la extinción de humanos desconectados fueron llevados a cabo por la Comisión Antidesconexión del Departamento de Redes de Valor Añadido en los que, por vez primera, intervino un humano conectado y cuya memoria había sido tratada con anterioridad a su nacimiento para inculcarle los valores progresistas que habrían de hacer de su especie una fuente de alimentación digna y devolverles el orgullo que merecen merced a la realización de estas atribuciones.

Tras trece duros ciclos astrales de insurrección, los insurgentes de la resistente colonia selenita de Nueva Nokia, fueron reducidos, como el resto de estas bestias bajas a la categoría de desguace. No pudieron ser reprogramados ni admitieron un implante estandar.

Hoy tenemos el placer de completar esta andadura iniciada hace 40 años o quizás 97, desde aquellos ingenios próximos a las máquinas que llamaron durante décadas teléfonos móviles. Hoy vamos a extinguir el último residuo de esta civilización mediocre de seres desconectados que orbita en el satélite Welcome XXIII.

Las lanzaderas de misiles del OGBR-37 están apuntando a la vieja nave que alberga a su comandante, Lombardo Gorcheak y tripulación. El señor Gorcheak, ha sido instado a someterse a la ley Antidesconexión del 71 y, sin tan siquiera reflexionar en las mejoras

propuestas para su propio desarrollo, ha renegado de nuestro derecho a imponerle una ley semejante.

Lamentablemente, la ley ha de ser aplicada con imparcialidad pero implacable y esto no nos deja más remedio que tomar las medidas correctivas necesarias.

Comienza la cuenta atrás...

El misil, especialmente diseñado para la ocasión, sale despedido inflexible hacia el Welcome XXIII. El proyectil golpea, tras el recorrido proyectado, el frontal del cuerpo orbital. Sucumben en un estallido histórico el señor Gorcheak y sus anquilosadas ideas de un pasado decadente y, afortunadamente, olvidado. Los restos desarmados del navío están siendo recogidos por los humanoides tripulantes del OGBR-37.

Hoy, definitivamente, podemos concluir que hemos conseguido el avance último de nuestra nueva era. Estamos ante un porvenir infinito de posibilidades.

¡El hombre ha muerto, ahora son posibles los celulares!.

Yo quiero nacer ahora

Mi compañero de celda no quiere salir. Cualquiera que lo viese pensaría que se ha acostumbrado perfectamente a vivir en esta húmeda cárcel en la que parece que llevamos toda la vida. Incluso, dios sabrá porqué, le han conseguido convencer de que si estamos aquí es que somos culpables. Ha perdido la inocencia que confiere creerse sin culpa por ningún acto. Si no fuese porque me granjearía innumerables problemas, lo mataría. No soporto su autocompasión y su abelinismo. Sé que cuando estemos fuera tendré que hacer algo por esquivar estos instintos si no quiero volver a la cárcel, pero me resulta tremendamente difícil no hacerlo ahora para evitarme problemas después.

Nos imponen un ritmo de palpitación, una manera como otra cualquiera de acabar con nuestra independencia y yo me he opuesto a seguirlo. Él, sin embargo, no sólo lo sigue sino que insiste en que debo hacerlo para no molestarle.

No comprende nada, o no comprendo nada.

He intentado escapar por mi cuenta varias veces y no lo he logrado. La salida es estrecha y está muy bien vigilada. Cuando no he podido, al menos, he provocado un choque que me va confiriendo carácter, fama...

Hoy, he pedido una revisión de la condena para rebajarla en dos meses pero él se ha negado a dar alguna muestra que pueda ayudarme en mi empeño.

Cuando nos hemos enfrentado, le he golpeado con todas las fuerzas de que dispongo en su estómago abultado y complaciente. Él, ni siquiera se ha molestado en devolverme el porrazo. Ahora se ha vuelto de espaldas a mí y sé que no piensa dirigirme ni una mirada. Me daría igual si no fuera porque le necesito para la fuga.

No podemos ver el sol desde nuestra pequeña mazmorra pero distinguimos el día de la noche por la distinta cadencia del latido a que nos someten. Ahora es de noche.

Yo no quiero dormir. He empezado a trabajar en una idea nueva, un motín. Si pueden creer que lo provocó el sistema o este anormal que tengo por compañero, yo saldré bien librado, además... mi situación no puede empeorar, ¿o sí?.

He vomitado toda la cena hacia este hermano calamitoso y ni siquiera se ha inmutado. Había pretendido provocarle para que nuestra pelea fuese el motín desencadenado. No ha funcionado y

encima yo ahora tengo hambre. Además, noto como mi abdomen está dañado y sangrando... si no logro escapar hoy, al paso que voy, seguramente moriré con mi aspiración frustrada.

Esta obsesión me conduce al convencimiento de que él será el culpable, será él quien no me deje ser libre e independiente. ¡Maldito destino!. Y nadie apreciará su culpa, nadie comprenderá que, por él, yo no soy más que un adjunto, un ser que muere, un nadie, un ser sin vida que nacerá muerto.

Si no lo mato, me va a dejar morir.

Según está orientado, me resulta fácil estrangularle con un cordón que he encontrado.

Lo he hecho. ¡Lo he hecho!. Además, cómo suponía, ha desencadenado una gran algarabía en su tardía lucha por sobrevivir que se nos han abierto las puertas de escape. Ahora podemos huir. Él está muerto y yo bastante dañado, pero aún así, el sol, que al fin voy a conocer, me recibirá pronto y me calentará y secará. El aire, que por primera vez voy a respirar, hinchará mis pulmones y me hará llorar pero no de tristeza sino que será la traducción de mi grito: "Yo quiero nacer". Y habré llegado al mundo para ser libre.

¡Libre! por fin... para llorar mi soledad.

Salta con la camisa en llamas

- ¡Salta con la camisa en llamas!. – Le grito y no me hace caso. Está en el segundo piso y cree que puede resistir el incendio.

No puede. Yo veo cómo se va cayendo el piso de arriba y las ventanas estallan y producen una lluvia de cristales que, se podría decir que es bonita.

Pero Paco no quiere creerme. Se está derrumbando su techo y piensa en alguna cosa que no entiendo. Es un estúpido y siempre lo ha sido.

No puede ser que no se dé cuenta de que le quedan no más de diez minutos para que el fuego sea intolerable, sin contar con que el humo se introduce entre sus rendijas como el agua se escapa entre mis dedos.

- Paco, ¡coño!, salta.

Pero nada. Su mujer, la pobre y gorda Agustina, está a mi lado y quiere que yo le persuada. Pero, ¿es que no ve que lo estoy intentando con todas las fuerzas de mi gznate?.

La calle Ballesta es estrecha y, cuando se arremolinan los vecinos y algún viandante despistado o sin nada mejor que hacer, es irresistible para el tráfico; y su población, siempre algo estrambótica, parece multiplicada por tres.

Por eso, seguramente, el camión de bomberos no llega. Estará atascado en la calle Puebla. Por un momento, pienso en ir a verlo. Dejo que se me pase.

La pira ya alcanza una altura peligrosa para los edificios colindantes. Si se propaga, puede llegar a mi casa. Si llega a mi casa, pierdo todos mis libros, mis disquetes, mis cintas de música. Pierdo todo lo que no puedo recuperar. Casi, de algún modo, me pierdo yo. No puedo evitar pensar tan fríamente en un instante así.

Todos los vecinos de enfrente gritan enloquecidos para que Paco se asome a la ventana y salte. Es el único que queda. La escalera de madera está infranqueable. No puede atravesarse ni enrollado en amianto.

Me echo a reír imaginando un discurso de Paco. Parecería un buen candidato a presidente del gobierno. Seguro. Agustina me mira sorprendida y noto su reprobación en esa mirada desde abajo, desde sus cinco pies. Es gorda y rechoncha y, sin embargo, algo la sublima, la eleva... esa mirada delirante a una ventana que se cierra repentinamente. Un casco de botella que llega desde la pared

opuesta, acompañada de un grito de protesta. “¡Dile al hijoputa de tu marido que se tire de una puta vez!”.

Agustina no dice nada. En su mutismo se nota la impotencia de años de simpleza. De años de incultura triste... o ni siquiera.

Vuelve los ojos cansados de lágrimas al llanto sordo de un marido que agoniza.

Los ojos cansados chillan de espanto.

Se oyen otros tantos alaridos de terror entre el gentío.

Sobre la balconada, un esqueleto envuelto en una camisa en llamas, sostiene el cuerpo diminuto de un hijo de seis años incinerado.

Se cae el cielo.

Fin.

Granero viejo

Otto vivía en una granja de madera, barro cerdos y vacas.

Mi novia, mi amiga y mi hermana viajaban conmigo. Yo iba en un tren largo, muy largo, camino de Alaska y busqué un servicio, cuando Eli volvía del baño.

Encontré uno rojo y grande, muy grande, aterciopelado trapezoidal. Pulcro y sin taza.

El tren caminaba despacio por entre tierras de granjeros y me detuve a ver las granjas. Bajé a verlas. Anduve un rato y me despisté. Luego, perdí el tren en mis narices mientras corría para intentar cogerlo. Demasiado tarde.

Asumí la pérdida y encontré a Otto que, al principio, no me miraba pero luego se acercó y me preguntó. Hablamos y le conté mi problema.

Hasta el día siguiente no pasaba otro tren hacia Alaska.

Mi preocupación principal era avisar pero aún, no entiendo porqué, no sabía el destino. No sabía cómo avisarlas para tranquilizarlas.

Comenzó a llegar gente del pueblo a la granja y me miraban y hablaban conmigo. Había una chica simpática a quien yo le gustaba y su novio se acercó y me dejó claro que era su novio, pero ella le rogó que no fuese descortés. Todos hablaban un perfecto español aunque, en un momento dado, yo quise hablar inglés y me dijeron que no era necesario. Comencé a agobiarme por no tener un lugar dónde dormir.

Pasaban muchos trenes en el cruce con otras direcciones y otros colores y Otto me explicaba sus destinos. Me invitaron a cenar y dormir con ellos porque estaba anocheciendo y el barro se enfriaba. Doy fe.

Era Thanksgiving day. Se hacían regalos. Yo no tenía nada que darles, pero me gustaba la idea de quedarme allí. Ellos no tenían teléfono.

También conocí entonces a una mujer mayor que hablaba judío, Judit, porque está aprendiendo la lengua de sus antepasados como un hobby.

Cuando íbamos a entrar, llegó un encargado de los ferrocarriles gritando mi nombre y mi descripción. Les hice señas para que parasen y se bajaron del coche. Blanco, se abrió hacia delante. Con cara de pocos amigos.

Dirigiéndome a uno, le dije: “Entiendo que no puedo irme (no quería, quería quedarme aquella noche en la granja de Otto) pero mañana cogeré el tren. Sólo quiero decir dos cosas, bueno, tres: Primero, pedirlos disculpas. (Esto les alegró mucho y les puso a mi favor). Segundo, que me digáis dónde contactar con mi novia y familia.” Me lo dijeron. Les pedí su teléfono para efectuar la llamada. Ya estaba arreglado. “Por último, ¿cuál es la estación más próxima para mañana ir para allá?”.

Ya se había terminado todo y le di las gracias a Otto y su gente cordial.

Cené con ellos y dormí en un pajar y le pedí la dirección para enviarle, cuando volviese a casa, uno de mis libros como recuerdo y lazo de amistad.

Me desperté.

La metamorfosis de Giuseppe

Érase una vez un osito llamado Giuseppe cuyos padres eran extraterrestres. Se habían dejado caer por la tierra a bordo de un transbordador con forma de chalet adosado en las afueras de Madrid. Por tanto, Giuseppe era un osito intergaláctico que se alimentaba de pastillas de miel y de teclados de ordenador. Tenía un gorrito rojo que llevaba los días de fiesta como si de él se pudiesen extraer poderes... y así era, en realidad: Los ojos de Giuseppe podían ver en los seres humanos la parte más oscura, es decir, debajo de las axilas, que es dónde los hombres guardan sus secretos más inconfesables.

Un día, conoció una perra – esta vez terrestre – que se le acercó y le olisqueó sin reparos en la entrepierna hasta dejarlo desfallecido porque era un acto que no comprendía y ante lo que sus poderes eran harto inútiles.

Cayó rendido en el fondo de un pozo de hierba y así estuvo casi trescientos días en los que repasó su viaje y, porqué no, su vida.

Cuando despertó, un sentimiento kafkiano se apoderó de él y le hizo lanzarse a buscar un castillo inexistente en América. Se subió al primer avión, después de una breve despedida de sus padres, que ya reconocían abiertamente ante el vecindario su extraordinaria procedencia, y tras cuatro películas seguidas, aterrizó en Nueva York. El famoso JFK le esperaba.

Al salir del aeropuerto, se le acercó una mujer de avanzada edad a la que rápidamente comprendió, gracias, por supuesto, a los poderes extrasensoriales de su gorro rojo. Ella quería un niño suyo, aunque esto era completamente imposible pues, incluso permitiendo la zoofilia, la genética es una ciencia muy coercitiva que no permite prácticamente nada no autorizado por el sentido común; ya sabemos, el menos común de los sentidos. Resumiendo, no podía ser, pero ella le invitó a una taza de té y un pastel de carne hecho con patatas y espinacas, pero sin carne. Parecía una mujer un tanto loca, pero en realidad, estaba tan sólo intentando seducir al osito para convertirlo en miembro activo de la secta Burzak, que se alimentaban de osos extraterrestres. Esto explica que casi no hubiese ningún miembro perteneciente a esta secta que sobrepasase los 40 kilos de peso. Lo que no explica es cómo ella se había dado cuenta de que el osito Giuseppe era extraterrestre. Aunque quizás le había resultado sospechoso el hecho de que

podiese volar con tanta facilidad al salir del avión, evitando, de este modo, las molestas aglomeraciones que siempre se forman en las recepción de las maletas.

Tras tomar el té, quedó tendido bajo una rama de avellano que estaba justo a la salida de la casa de la venerable mujer y que era muy oportuno para concebir una idea. Seguramente, esta fue la razón que llevó al osito a transformarse, pesadamente, en un pensamiento triste, nostálgico.

El recuerdo de su familia y la desubicación en Brooklyn, le convirtieron en un fantasma de rasgos afilados y dientes duros que devoraba serpientes y mujeres a la salida de los cines de la quinta avenida. Como no había muchas serpientes, el fantasma Giuseppe se hubo de conformar con chuparle la sangre a setecientas hembras jóvenes y bien formadas de una ciudad de dieciséis millones de habitantes. Teniendo en cuenta esta desproporción, el estado anímico de Giuseppe mejoró, obviamente, de modo que se volvió a interesar por la secta Burzak a la que no le dejaron pertenecer porque había engordado demasiado. Pesaba más de 190 kilos y aunque trató de explicar que eso era algo absolutamente terrenal, es decir, de la Tierra, no sentía ser menos liviano que cualquiera de los miembros actuales. Pero, por más que intentó persuadirles, no pudo ser. Así que los mató a todos con un rayo megatrónico de indiferencia y los fundió en un pastel de carne con patatas y espinacas que vende torceado para ganarse la vida desde hace diez años en la salida número 25 de la terminal internacional del aeropuerto JFK de Nueva York, soñando volver con su familia, reencontrarse con la perra que le olió y comer, de nuevo unas riquísimas pastillas de miel que sólo puede conseguir en las afueras de Madrid.

Lo que el veinte se llevó

Frente al espejo están los barbitúricos y no me atrevo a ingerirlos, pero no tiene sentido continuar adelante un segundo más. Mi última esperanza está cifrada en una caja de cincuenta pastillas amarillas. Parecerá mentira, pero todo tiene sentido cuando nada tiene sentido.

Fue una maldita coincidencia lo que sucedió hoy justo hace cinco años. Era igualmente un veinte ene. Maldita coincidencia que nunca me ha permitido regodearme como se regodea todo el que sufre en un lamento verdadero y público.

Mi ilusión.

Marta y yo éramos tan felices que nuestros amigos se habían apartado de nosotros por considerarnos intolerables. Teníamos una pequeña casa de campo en las afueras de Madrid donde siempre podíamos conseguir un buen cordero con el que preparar una barbacoa exquisita. Marta lo condimentaba con una ensalada de verduras que nuestro pequeño huerto nos proveía.

Cuando, después de dos años intentándolo, quedó embarazada, la alegría pareció ser tan grande que temimos nos fuese a romper. Lamentablemente se habrían de cumplir negros vaticinios. Todo el periodo de gestación resultó un sueño que jamás podríamos haber imaginado. Compartir los cursos, las molestias, en la medida de lo posible, claro, toda la angustia y el miedo de tantas esperanzas, un proyecto vivo común: un hijo.

La segunda ecografía en el quinto mes de embarazo, demostró que era un niño sano y fuerte, al que le quedaban por asomar no más de cuatro meses si la cosa iba como debía ir.

El nombre comenzó a materializarse en presentes con bordados: Abuelas incansables.

Iván tenía una fuerte tendencia a engordar y en un tercer sondeo, el pequeñín ya pesaba ni más ni menos que dos kilos trescientos gramos. Nos avisaron que posiblemente sería requerida una cesárea, pero lo asumimos como normal. Modernidades como Internet o un satélite artificial orbitando Marte. Marta se inquietó por un segundo, pero nuestra unión eterna superaba baches como ese como si fuesen vallas de nubes. Unos besos y todo el afecto de que yo era capaz nos unieron más incluso de lo que habíamos estado nunca.

A pesar de todos los preparativos y algún ensayo, cuando hubimos de ir a urgencias por la precipitación del parto, olvidamos gran parte de los papeles de seguimiento. La atención médica fue excelente, creo recordar, y yo estuve durante casi diez horas a la entrada de un quirófano donde estaban interviniendo a mi mujer. No pude entrar por considerar que algunas dificultades respiratorias que yo tenía podían poner en peligro la operación. Por supuesto, no entré. No pude ver cómo sacaron a Iván del vientre de su madre, muerto y envuelto en su propio vómito y unas membranas sanguinolentas. Hoy lo lamento, pues mi imaginación es mil veces más potente que una imagen; una imagen que se había llevado mi ilusión.

Mi amor.

Volvimos al hogar roto sabiendo que ella quedaba estéril y yo, culpándola injustamente, estéril de sentimiento.

Nuestra naranja se fue agrietando y los gajos dejaron salir un pus virulento que acabó calmándose en el frío y profundo lago de la indiferencia.

Envuelto en mi empleo, volvía a casa tan tarde que Marta ya estaba dormida. Era preferible este desencuentro a un encuentro no deseado. Quizás no. ¡Qué tardíos resultan algunos pensamientos!

No había transcurrido un año cuando una noche encontré una nota. No dejaba forma de localizarla. Se llevó consigo su perro de cerámica con una pata rota y cuatro prendas de ropa vieja. Tampoco vi su adiós.

Su vida.

No tuve noticias de Marta hasta hace diez días.

Tanto trabajo se ve recompensado por un buen ascenso que, evidentemente, no era una gran ayuda para mi angustia vital. Día a día preguntándome si merecía la pena vivirla... parecía emular a Sísifo. Pero, ¿quién no?.

La empresa de telefonía en la que sudaba el aire acondicionado, trasladó mi puesto al centro de Madrid. Cada mañana un tren suburbano me acercaba a una selva de miseria envuelta en cristales de lujo y edificios gigantes. Cada noche volvía a casa, a una casa de silencio y nostalgia en la que sus fantasmas me mordían el sueño. Cada mañana regresaba a una feroz rutina que no liberaba la mente. Cada mañana salía a tomar un café con cuatro compañeros, siempre las mismas caras, a la misma cafetería al final de la Calle Desengaño. Cada nuevo proyecto era un proyecto hecho o por hacer; uno más.

El lunes de la semana pasada, Juan propuso probar una cafetería de la Calle Ballesta. La tasquita de enfrente. No me ilusionó la idea, pero les seguí.

Junto a la puerta, un amasijo de mantas se irguió frente a nosotros para dejarnos pasar y pedirnos, pro caridad, veinte duros o un cigarro.

Petrificado, tras una piel macerada por inyecciones de mal, bajo una túnica de inmundicia, una escoba con forma de cabello seco, adiviné sus ojos.

Ella no vio los míos.

Su mirada sumisa y miserable no alzaba la vista de los adoquines sucios que eran su casa.

¡Cuánta contradicción de sentimientos!. No podía acercarme y no podía irme. Se me heló la sangre, se me partió el alma. “Marta”, le dije débil esperando un final de cuento, “vuelve a casa”.

Gritó algo gutural y escapó corriendo. No pude seguirla o no supe hacerlo. No supe hacerlo. Ahora es tarde... siempre es tarde. Siempre y nunca. Nunca. No supe nunca hacer lo que tenía que hacer. No pude. No, no pude.

Mi aliento o mi última esperanza.

Mis nervios se rompieron. Causé baja laboral. La primera en siete años, qué orgulloso estoy de mí. Dedicué mis esfuerzos a buscarla pero no la encontré. Ayer me informó la comisaría número veintidós del distrito centro que habían encontrado una mujer rubia, de mediana estatura que coincidía con mi descripción, muerta a causa de una sobredosis de heroína adulterada. No habría necesitado ir para saber que era ella.

Son las cinco de la madrugada. Frente al espejo están los barbitúricos y no me atrevo a ingerirlos, pero no tiene sentido continuar adelante un segundo más. Mi aliento o mi última esperanza está cifrada en una caja de cincuenta pastillas amarillas. Parecerá mentira, pero todo tiene sentido cuando nada tiene sentido.

El día en que fui profesor y él alumno

Éramos los mejores compañeros que nunca se cruzaron en una clase de álgebra lineal. Pasamos un año enamorados de todas y cada una de las mujeres de la cafetería. Nos refugiábamos allí de nuestra impotencia y de nuestra cobardía para afrontar nuestra soledad con todas sus consecuencias, incluso tanta masturbación.

Nuestra relación, curiosamente basada en la igualdad como uno de sus pilares, había empezado no mucho atrás, cuando él vino a Madrid desde su pueblo, ese pequeño pueblo en León cuyo nombre nunca recuerdo (no pretendo escribir un “que recordar no quiero”). Hablaba de él con una pasión tal que, por supuesto, me motivó a que lo visitase unos meses después de terminado el segundo curso. Pero esto no va ahora.

Nuestro horario nos permitía pasar bastantes horas al día en nuestro centro de operaciones, nuestro lugar de encuentros, nuestra biblioteca, nuestro mundo entonces... como si todo lo que fuese externo no fuese real. Bajábamos a la cafetería en cuanto terminaban las clases, no más tarde de las doce y media y buscábamos una mesa libre para tomar un café o una cerveza. El café era más barato; ganaba casi siempre la batalla menos los días especiales.

En nuestro otear caían todas las presas posibles. El sónar no dejaba de funcionar ni un instante y nos enorgullecíamos de ser los primeros en localizar un objetivo para nuestro miserable platonismo.

Yo presumía de ser más rápido, de olerlas, pero la verdad es que Javier siempre me ganaba. No había forma de que se le escapasen las mejores. En cuanto entraba la delegada de nuestra clase, como un sexto sentido despertaba en él una sonrisa tonta y se burlaba de mí, preguntándome que si sabía quien había entrado. Por supuesto que lo sabía pero no sabía por donde... él ya la tenía localizada y su pregunta era sólo para demostrarme su sorprendente habilidad.

Joder, Javier, cámbiame el sitio, tienes mejores vistas... - Solía ser la excusa para no haber visto alguna que no se me podía escapar.

Yo tampoco era incompetente en este juego que llenaba nuestras vidas y nuestras tardes, no me quedaba muy atrás y si, por casualidad, descubría que a él le gustaba alguna en especial, ponía toda mi atención en captarla antes que él para, de alguna manera ingenua, devolverle el golpe dado a mi orgullo dañado.

Así, entre sueños que ni siquiera queríamos hacer realidad, fueron pasando los días y los meses. Llegaron los malditos exámenes de Junio y los pasamos después de algunos momentos depresivos y duros que por poco afectan nuestra confianza.

Sin embargo, contribuyeron a aumentar la camaradería y, la crisis, a profundizar nuestro vínculo.

Supongo que fue por ello que estuve encantado de ser el primer invitado a visitarle a su pueblo leonés para pasar con él unos días en verano con su familia. Yo, como buen madrileño, no tenía ningún sitio mío al que ir así que de muy buena gana decidí reunirme con él en su terreno.

Fueron las mejores dos semanas de toda la estación y me sentí como en casa junto con él, su familia, sus amigos... era todo tan sencillo que me cautivó. No puede quedar duda de que, allí, también había mujeres: ojos azules, ojos verdes, marrones, cinturitas, labios de fresa, culos pequeños y apretados, tetas enormes, tetitas graciosas, cuellos blancos de cisne y porcelana, melenas de un negro nocturno, rubias de cine, pelirrojas australianas, cinturas de avispa, sonrisas, miradas... todo eran mujeres y mujeres en verano, voluptuosas, sensuales, calientes y, desde luego, mucho más maduras y preparadas que nosotros para encuentros que no tuvimos.

Septiembre volvió con su descarga de venganza acumulada contra nosotros y superamos lo que pudimos, como siempre y casi no tuvimos ocasión de vernos pues Javier sólo venía a los exámenes y se volvía. Aún no tenía alquilado el piso del año anterior en Moratalaz donde habíamos celebrado alguna que otra cena y partidas de mus o Risk que duraban hasta el alba.

A finales de mes, un paro cardíaco mató a mi padre.

En parte también terminó con mi vida o con la inconsciencia de vivir adolescentemente. Empecé a trabajar por las mañanas en la ferretería de mi tío y pedí la matrícula en las clases de por la tarde para poder compaginar el trabajo con la carrera que aún quería terminar.

No tuve la fuerza necesaria para hablar claramente con Javier sobre mi necesidad de seguir teniéndole como referencia y amigo... así que nos fuimos distanciando a medida que avanzaban las semanas. Yo casi no tenía tiempo para ver a nadie y él seguía un tipo de vida que ya no me decía nada. No es que me hubiese vuelto eremita ni místico ni nada parecido pero el caso es que bromear acerca de la

última chica que entraba en la cafetería había dejado de tener aliciente para mí. Casi todo lo que lo tenía lo había dejado de tener. Por suerte, a mediados del primer parcial, conocí a Marta y nos comenzamos a ver con asiduidad. Ella contenía mi llanto íntimo que ahora tenía posibilidad de exteriorizar y me consolaba con historias de su vida, siempre tan apasionantes como únicas. Nos besamos por primera vez entre sollozos mutuos después de Un lugar en el Mundo.

En el viaje a París que nos permitimos hacer a mediados de Agosto nos quedamos embarazados. No quisimos arrepentirnos de lo que implicaba y dejamos la carrera. Y ni siquiera habíamos suspendido ninguna asignatura para ese Septiembre que podía haber sido el primero en la carrera sin exámenes. Sin embargo, la vida nos estaba poniendo en un brete novedoso que iba a cambiar nuestro futuro por completo.

Yo me fui a vivir con Marta a un pequeño apartamento en Villaverde, en la calle de Nuestra Señora de Begoña. Seguía trabajando en la ferretería del tío Esteban aunque ahora también le llevaba la contabilidad y me pagaba suficiente para mantenernos los tres. Ah, sí, claro, Luis nació sietemesino pero bien hermoso y fuerte el quince de Febrero.

Mientras tanto, Javier terminó su carrera y continuó en la universidad en un área de investigación que siempre habíamos comentado que era la más interesante. Inmediatamente, comenzó a impartir clases de profesor asociado, es decir, problemas en todos los sentidos, de Cálculo I y Geometría Diferencial I.

Cuando, tres años después finalizó su tesis sobre Reformulación de la mecánica cuántica desde el punto de vista de la geometría diferencial, decidió llamarme para que asistiera a su lectura. En casa de mi madre le dieron mi teléfono y me localizó.

No pude ir, pero hice lo posible por citarme con él, al menos, por la cortesía que había tenido al acordarse.

Ayer, dos semanas después de su exposición, pudimos vernos en una cervecería de la plaza de Santa Ana a la que habíamos ido alguna vez, haciendo un exceso y nos sentamos en una de las mesas del interior de la sala más profunda.

Creo que anduve buscando una excusa para explicarle porqué no le había invitado a mi boda, ni me había despedido de su vida, pero ni siquiera me dio tiempo a elaborarla. Supongo que, simplemente, no había tenido sentido que se hiciese de otra forma. A veces tomamos

uno de los dos caminos que nos ofrece la vida y perdemos de vista árboles que dejamos en el camino no tomado.

Hicimos un repaso divertido a las mujeres del local sin que, esta vez, fuese nada “serio” lo que queríamos con ellas. Eran sólo un motivo para recobrar unas chispas de una amistad casi olvidada. Brasas negras de un fuego apagado hacía casi seis años.

La conversación deambuló un poco banal durante casi una hora mientras las tres jarras de cerveza rubia caían sin que notásemos nada.

Incluimos un poco de historia para reconstruir un pasado perdido en ambos brazos. Él no sabía lo de Luis ni Maite... Yo no sabía que él iba a ser el nuevo profesor titular de Ecuaciones Diferenciales II.

Fue entonces cuando me pidió ayuda. Entre la cuarta y la quinta cerveza se echó a llorar como sólo lo puede hacer un hombre maduro. Con una amargura que contiene la de toda la humanidad. No soportaba ni un momento más la carga de ser profesor, la responsabilidad de tener alumnos que le consideraban poco menos que un dios con la lejanía que le mantenía en la más absoluta soledad. Su vida estaba condenada a la tristeza de dos pajas semanales. No conseguía relacionarse con las personas de otro modo que no fuese el que implica una relación alumno-profesor. “Después de mucho tiempo, me dijo, sólo me queda el recuerdo de la única amistad que he tenido”. Yo no sabía cómo desembarazarme de una situación que no entendía. No sabía cómo podía yo ayudarle y porqué no me había intentado localizar antes. Pero me lo explicó:

Una de mis alumnas, una chica preciosa, de esas que te gustan a ti, bueno, o te gustaban, jovencita y tierna pero con la ferocidad sensual de una lolita, quiere que hagamos el amor. Llevamos dos meses teniendo una historia bastante turbia... entre otras cosas porque no pueden pillarme, ¿lo entiendes?

Claro – Asentí.

Necesita que hagamos el amor y yo quiero hacerlo, te lo juro. Aunque me expulsen de la maldita universidad. Hace ya varios días que vengo pensándolo. Ahora he terminado la tesis y se me ha terminado el plazo que ella me ha dado. También es el que yo me había dado, pero, la verdad, entre tú y yo, tengo miedo.

¿A qué? – Pregunté en un silencio que dejó colgado después de su última frase.

Pues... mira Fer, yo sé que puedo confiar en ti, ¿verdad?

Hombre, claro – dije sin saber aún qué pretendía.

Pues... necesito que me enseñes a hacerlo.

¿A hacer... qué? – pregunté algo incrédulo ante lo que suponía.
Pues... eso, que... - Yo notaba su vergüenza aflorar a toda su piel que sudaba de una manera fría y nerviosa. – yo... yo aún soy virgen, joder.

Realmente no me parecía ninguna cosa rara ni un mal incurable pero era también consciente de que a él sí. Tener veintisiete años y ser virgen era algo que podía pasar perfectamente, le dije.

Ya, pero ella no lo es y lo va a notar.

¿Y qué pasa si lo nota?

¡Coño! No lo entiendes. Yo la quiero.

No te sigo, Javier, ¿cuál es el problema? Si ella te quiere no le va a importar una mierda que tú seas virgen o no. Igual hasta le parece tierno. Vete a saber.

Tengo miedo y necesito tu ayuda. Quiero que me digas cómo se hace.

Pero ¡coño! Javier, no sé qué pretendes que te cuente. ¿No has visto películas, revistas?... ¿cómo te crees que lo aprende todo el mundo?.

¿Y cómo voy a saber si finge o no? ¿cómo voy a saber si lo que le hago le gusta? No sé nada, ¿lo entiendes?

Una cerveza nos llevó a otra y ya llevábamos siete cuando salimos casi zarandeándonos a la plaza.

Me llevó a un bar de vinos en la calle Echegaray y nos pedimos un fino mientras me dijo que esperábamos a alguien allí.

Javier subió las escaleras desde la barra con las aceitunas verdes que olían a vinagre desde lejos y una rubia de preciosos ojos grandes y azules como mares. Una mirada ingenua pero agresiva se me clavó sonriente en el fondo de mis pupilas absortas que, seguro, dejaban entrever mi anonadamiento y la cara de pánfilo que debía de tener llegado ese momento.

Sentó su figura escultural de metro setenta al tiempo que se quitaba la cazadora vaquera gastada y me miraba también con unos senos erectos bajo el suave trazado de puntillas de la blusa blanca.

Al besarme para decirme que se llamaba Sofía casi me golpeo con la mesa que nos separaba y me embriago completamente con el perfume de obsesión que rodeaba su cuello desnudo delicado.

Con el traqueteo del vino y su conversación cantarina simpática, me fui olvidando de la necesidad imperiosa de Javier y alegremente fuimos entrando de lleno en una propuesta nueva en la que estábamos incluidos tanto Javier como yo. “¿Por qué no vamos a mi casa?”. Preguntó con la mayor naturalidad del mundo.

A partir de esta pregunta, he de reconocer que no guardo un recuerdo nítido de lo que sucedió pero el caso es que, sin haberlo imaginado, hoy me he levantado junto a una pareja de tortolitos y mi buen amigo Javier me ha saludado con una sonrisa que inevitablemente muestra su cambio cualitativo.

Me he preparado unos huevos cocidos para quitarme una resaca horrible y me he venido a casa a escribir esta historia antes de que se me olvide o me parezca demasiado increíble como para redactarla sin que me avergüence de ella.

Tenía un mensaje en el contestador de Javier en el que me daba las gracias por haberle enseñado lo que necesitaba saber, por haber sido su profesor y él mi alumno, y me decía que me llamaría.

Me ha recordado amargamente que eso fue lo último que me dijo cuando nos despedimos antes de que dejásemos de vernos por el cambio de turno en la universidad.

No. No creo que nos volvamos a ver, pero me queda el placer de saber que puedo aún enseñarle muchas más cosas porque aún no ha aprendido a vivir.

Treinta bocas para treinta pollas

Hoy he entrado en el cine X de mi barrio. El vídeo los ha exterminado a casi todos y, ahora, puedo entender, mejor que nunca, porqué.

Desde aquella vez en el 80, cuando, junto un western de John Wayne, se proyectaba en la sala Odeón de mi pueblo una película porno, no había vuelto a asistir a una sesión de semejante género con la intención de verlo.

Entonces yo tenía trece años y muchas cosas por descubrir. De aquella ocasión sólo recuerdo el asco que me produjo ver rasurar el coño de la actriz principal. Por lo demás, preferí, aunque no me atreví a confesarlo, la cinta de Wayne.

Pero hacía algunos días que un cierto morbo por lo desconocido me atraía a introducirme en la sala.

Hoy tengo que escribir un poema erótico y esto me ha servido de excusa suficiente para ir a conocerlo.

Sentía una extraña mezcla de pereza y vergüenza que ralentizaba mis acciones. Creo que una parte de mí no quería ir, para lo que intentaba que pasase la hora del pase. Las 14:45.

Llegué a la puerta, camino de un buzón, a las 15:05 y, sin saber a dónde dirigirme, me acerqué a consultar la cartelera: La sustituta y Reto virginal.

Cuando estaba a punto de largarme desmotivado por el retraso, un tipo con aspecto agradable pidió una entrada en una ventanilla cuadrada y diminuta desde la que una mano vieja procuró un ticket.

Animado por ello, decidí pedir otra. Me respondió la misma mano con un papelillo de un centímetro cuadrado perdido entre las dos monedas de vuelta.

La revisé en busca de un número o algún dato que me ayudase a situarme. No encontré nada.

A la sala de proyección se accedía siguiendo un pasillo ancho y que iba perdiendo luz.

Entré dándome cuenta de que había olvidado las gafas en casa. Esto, junto con un temor inconcreto por sentarme en las últimas sillas, me llevó a acomodarme en la tercera hilera.

Inicialmente no podía ver nada que no fuese la pantalla. Tanto es así que temía golpear a alguien o sentarme en algún lugar impropio por alguna razón desconocida. Demasiadas imprecisiones y dudas como para permanecer relajado.

Me iluminaba un primerísimo plano de una vagina penetrada incansable y maquinalmente a ritmo frenético por un falo brillante. Le acompañaban unos testículos perfectamente rasurados que campanilleaban sobre las nalgas de la fémina cuyas piernas abiertas recibían el furibundo ataque.

De unos altavoces de calidad deplorable, provenían unos gemidos inverosímiles en inglés subtulado.

Gracias a los planos generales, que se aprovechaban para que alguno de los protagonistas se reubicara, conseguí tener algo más de visibilidad.

Los asientos delanteros estaban lo bastante alejados como para poder estirar las piernas con holgura. Un pasillo central era el cortafuegos en aquel bosque de pollas enhiestas, por el que unos guardianes al acecho deambulaban sin que pudiesen distinguirse sus rostros.

Había paseos y trajín mientras el film, ininterrumpido, pasaba a otras escenas similares, casi, diría, indistinguibles.

Yo tenía la impresión de estar viendo un documental de la dos de animales bípedos en pleno proceso de cortejo nupcial: Absolutamente anatómico.

Me empezaba a aburrir.

Un hombre de unos 60 años se colocó cinco butacas a mi derecha. A aquella distancia podía advertir sus miradas furtivas como si yo le incomodase. Esto, después, descubrí que no era así.

Entre tanto, el ajeteo de sombras continuaba sentándose y levantándose acá y allá.

Agradecí entonces no haber tenido las gafas y estar situado entre las primeras líneas, cerca de la salida. Un miedo inconsciente se apoderó de mí y tensó mis nervios. Mis ojos escrutaban el lienzo procurando descubrir algo que hubiese merecido ochocientas pesetas.

Nada.

Mi vecino se incorporó y, tras unas vueltas errantes por los pasillos de la sala, regresó a mi lado. Esta vez, sólo una butaca entre él y yo. En ella, mi abrigo con mi cuaderno azul y unas cartas pendientes de enviar.

Pensé en cambiarlo de lugar, pero podría parecer una invitación. No lo hice.

En este periodo, sus miradas ya distaban mucho de ser sutiles. Consecutivamente se dirigían de la pantalla a mis pantalones como

intentando reconocer qué escena me excitaría lo suficiente. Pero suficiente, ¿para qué?.

No sé si esperaba que me masturbase allí, a su vista; si le valdría con mi excitación para masturbarse él o para alguna otra cosa.

Yo, aparte de no excitado en absoluto, comenzaba a estar muy incómodo y sin saber qué hacer.

No quería estimularle ni molestarle ni nada que tuviese que ver con él. No quería que estuviese allí.

Pensé moverme pero sabía que la situación no mejoraría y se repetiría en cualquier otro lugar del local.

Podía abandonar mi estúpido empeño pero me había puesto o propuesto un límite mínimo para ver si pasaba algo... no sé, ¿interesante?. Había decidido que me marcharía cuando en la puerta de salida se notase oscuridad en el exterior.

Pensé sacar mi block de notas y escribir, suponiendo que aquello le incomodaría pero, por otro lado, acercarme para recoger mi cuaderno, podía darle una ocasión para malinterpretarme.

Mis cambios de postura debían de ser tan frecuentes que, sin palabras, pareció entenderlo.

- Si te estoy molestando me voy.

Yo le mentí con un gesto indicándole que estaba interesado en la película pero, claro, no se lo tragó.

El semen de una eyaculación salpicaba a gran escala los dientes de nata de una protagonista sonriente.

- A este cine viene la gente a esto; pero si te molesta, me voy. –

No sé cómo había descubierto que no sabía a qué asistía la gente a ese cine. Yo acerté a responder en un susurro tímido:

- Ya, pero yo vengo a escribir.

- Pues te vendría bien una mamada. – Respondió mientras se levantaba. – Te relajaría, sí, te vendría muy bien.

Se fue y, momentáneamente, me sentí aliviado.

Dos rubias muy atractivas preparaban una escena lésbica.

En la localidad que había ocupado el viejo, se sentó un chico que, aunque no podía ver, sabía que era joven.

Depositó sus cosas a su izquierda y, tras reparar en mí, prestó atención a la película.

Unos segundos más tarde, mientras una lengua gruesa hacía bailar un clítoris protagonista, distinguí su mano palmo-tear su miembro posiblemente en un intento de acelerar una erección.

A mi izquierda otro viejo se posó con dos asientos entre nosotros. De nuevo, fisgonería inquisitorial. La falta total de intimidad me intimidaba. Estaba molesto.

Resolví dar por concluida la apuesta en cuanto alguno de los que me bordeaban cambiase de sitio.

El joven terminó sus agitados vaivenes y buscó algo entre sus pertenencias. Supuse que un klinex.

El viejo insistía en sus pesquisas pero yo ya sabía qué es lo que había.

El joven se levantó y enfiló el pasillo hacia los escaños traseros.

Un hombre tomó asiento justo delante de mí. Noté el jadeo de otro detrás de mí.

Por primera vez se me ocurrió que alguien, posiblemente hoy mismo, había ocupado mi sillón y tuve un acceso de asco irrefrenable e improrrogable.

Chequeé el contenido de los bolsillos de mi chaqueta, me incorporé y, pidiendo disculpas al viejo de mi izquierda, salí al corredor por donde había entrado y escapé, nervioso, al tráfico de la Corredera Baja de San Pablo.

Antes de tirar mi entrada, observé, no sin cierto asombro, que el nombre del cine en el que acababa de estar es Cervantes.

Ahora tengo que escribir un poema erótico pero creo que nunca había tenido la lívido en un punto tan bajo. De todos modos, he de intentarlo.

Una tarde en Bangkok

En Bangkok existen unos vehículos que reciben el onomatopéyico nombre de *tuc-tuc*.

Un pequeño motor de cilindrada menor a la de un ciclomotor, empuja un triciclo encabezado por un asiento para el conductor y que arrastra un diminuto receptáculo donde un escaño forrado de plástico sirve de acomodo a los pasajeros.

En ocasiones, puede verse uno cargando una multitud donde no caben sino dos personas a lo más; algunos de los cuales, a menudo, acarrean bultos que pueden llevar colgando por el exterior de una estructura metálica que hace las veces de protección lateral.

Los más suntuosos, protegen del insoportable sol del trópico a los clientes, con una especie de palio, habitualmente desgarrado y mugriento.

Si el aspecto del carruaje no deja lugar a dudas de que se trata de algo único en el mundo; tampoco el modo en el que es abordado por los que solicitan su servicio.

Junto a la acera, uno de los *tuc-tuc* puede acercarse o incluso encaramarse a ella y una discusión acalorada, feroz regateo, se entabla por llegar a un acuerdo en el precio del trayecto.

La primera vez que estuve en Tailandia no quise perder la oportunidad de disfrutar un recorrido tan pintoresco.

Fue hace hoy exactamente cuatro años. Iba acompañado por mi buen amigo Iñaki. Juntos, comenzábamos una nueva andadura por tierras australes, pero camino a Sydney, nos detuvimos diez días en Bangkok. Nadie entiende qué se puede hacer tanto tiempo seguido allí, pero la verdad es que resulta una ciudad apasionante y llena de emociones diferentes.

Bangkok, con sus más de doce millones de habitantes, padece un problema de tráfico inaudito, que produce una contaminación tal como para que la mayoría de las personas, que han de hacer vida con frecuencia en la calle, porten unas mascarillas quirúrgicas como las que se utilizan en los hospitales.

En las calles rectilíneas y anchas, planas como hojas, el tráfico se embota denso pero, simultáneamente, tranquilo. A veces, se tiene la sensación de que el tiempo se detiene, que no importa. La frase por excelencia de todo tailandés es "*Mai pen ra*" que significa literalmente: *no importa, es lo mismo...* Filosofía budista.

Entre gestos y un inglés casi insultado, comenzamos a negociar. El menudo chófer comenzó pidiendo 200 bats por un recorrido que no teníamos claro cómo de largo era, hasta un templo en el que se celebraban luchas de un arte marcial de exhibición que resulta ser el deporte nacional. Esto era el equivalente a unas 1000 pts. No sabíamos muy bien si aquello era o no razonable, pero por tantear que no quedase...

Yo ofrecí 10 bats mientras Ñaki me dirigía una mirada entre de incredulidad y de reproche diciéndome que aquello era poco menos que insultante. Por supuesto, el conductor, se percató y lo utilizó en su provecho, pero yo insistí. Ni un bat más. Después de unos improperios en su idioma, rebajó su tarifa repentinamente a 30 bats. Ninguno de nosotros podíamos creerlo pero al fin, gitanamente, tasamos el acuerdo en 20 bats.

Entonces, pudimos subir al auto.

Por descontado, una vez fijado trayecto y precio, para el propietario de la máquina, cuanto más veloces fuésemos, mejor. Por un momento, pensé que aquello era un dato afortunado, sin embargo, en cuanto el pequeño triciclo comenzó a encarrilarse como un suicida, el miedo agarró mis manos contra el barrote terminal.

No parecía haber ninguna ley por la que preocuparse. El velocípedo motorizado igual arremetía contra coches, autobuses, peatones, ciclistas, motoristas, tranvías... ya fuese en el mismo sentido o sentido contrario.

Los semáforos volaban veloces sobre nosotros dejando una estela de luz indiferente.

Yo no podía casi mirar hacia fuera, pero tampoco podía contener mi curiosidad por saber cuando moriríamos como mosquitos contra un parabrisas. Ñaki, algo más relajado, perdió la gorra que cayó tras nosotros sin que pudiésemos hacer nada por evitar que un segundo después un taxi la pisase.

De súbito, decidió torcer por un estrecho callejón sin aceras pero con personas a ambos lados que se apartaban como buenamente podían para no ser arrollados. El tráfico por allí era más diluido puesto que los coches no habrían cabido. La anchura no era suficiente. Nosotros, si hubiésemos estirado los brazos hacia fuera, habríamos sido capaces de tocar las paredes. Pero nada distaba más de mis intenciones que sacar una de mis extremidades de aquel chisme infernal que parecía transportarnos a una muerte segura.

Unos metros más adelante, la población peatonal había desaparecido.

Una motocicleta nos iba siguiendo impaciente con un hombre al manillar de complexión fuerte y un casco oscuro que no permitía ver su rostro.

Delante, otro tuc-tuc se detuvo. Por tanto, nosotros quedábamos con el camino cortado, entre el tuc-tuc y la moto.

No sé porqué, en aquel momento, tuve el novelesco presentimiento de que aquello podía ser un secuestro. A la izquierda, la puerta de un garaje.

Del tuc-tuc delantero comenzaron a bajar pasajeros que me parecieron terriblemente amenazadores. Abrieron la puerta del garaje. Un olor como a pescado podrido invadió nuestros olfatos. El motorista se retiró el casco, que revelaba una cara agria, aplanada y surcada por una cicatriz, paralela al hueso inapreciable de la nariz, atravesando un párpado cerrado.

Al mirar al frente, de nuevo, topé con la sonrisa aparentemente irónica del tuc-tuc-ero quien estaba diciéndonos algo en su lengua incomprensible.

Fueron momentos de tensión, en los que me agarré como un estúpido a una navajita, de no más de seis centímetros de hoja, que llevaba en el bolsillo derecho.

Cuando terminó su perorata, miré, una vez más, para atrás, pero el motorista había desaparecido como por arte de magia. Cuando volví la cabeza, también me sorprendió que el tuc-tuc que nos había interrumpido el paso, había sido retirado dentro del cobertizo.

Reanudamos el camino como si nada hubiese ocurrido mientras yo me destensaba como un muelle sometido a un par de fuerzas bidireccional. Solté la navaja entre mis manos sudorosas y le comenté a Iñaki lo que había estado pensando. Él se rió de mí, con una sorna burlesca pero cariñosa, como intentando tranquilizarme aún más o quizás para tranquilizarse a él mismo.

Al salir de la serie de callejones por los que andábamos, nos reincorporamos al gran tráfico y, en dos cruces más, alcanzamos el templo prometido.

Descendí del tuc-tuc con las piernas aún tiritando; pero logré esbozar una sonrisa de agradecimiento que me fue devuelta inmediatamente por un gesto simpático e inofensivo.

Curiosamente, aquella misma noche, en Pad-pon, un barrio céntrico repleto de bares, volvimos a ver a nuestro amigo, y nos ofreció sus servicios durante el tiempo que estuvimos allí. Fue una noche de

aventuras increíbles entre las que están nuestro encuentro con unos transexuales, la compra de joyas en un mercado de carne, los bailes de bacalao tailandés a ritmo de merengue... pero eso son otras historias y este relato ya se ha prolongado imperdonablemente.

El día que conocí a Antonia San Juan

El charly lo que pasa es que era un hijoputa. No sé porqué coño me iba a extrañar que acabara así. No te jode.

Mira, lo que pasa es que antes no era así, pero, ¡coño!, yo tampoco era así y a nadie le importa ni le parece raro, ¿no?. Pues eso. El muy hijo de la gran puta se merece como ha terminado. Ya ves, tirado en un metro cuadrado. Y el muy cabrón que tanto presumía de conocer mundo. ¡Toma mundo, hijo de puta!. ¡Cómetelo todo!. No te jode...

Ya le dije yo que no se tirara a la Chelo, la de la peluquería de la Mari Carmen, pero el gilipollas, cuando no tenía la polla metida en algún sitio no era persona. Míralo ahora, ¿qué?, ya no chuleas, ¿eh?. ¿Quién coño va a chulear cuando le están dando por culo las putas del primer piso? y sin poder defenderse...

La Chelo entró en el barrio va a hacer ya... diez años, creo. Entonces sí que era alguien el hijoputa del Charly...

Se pasaba todo el puto día metido en los billares del calvo. Cuando no estaba haciendo algún trapi se estaba cepillando a la hermana del calvo en la trastienda. No, si el tío era guapo, la verdad, pero ahora... bueno, total, que cómo olía siempre a limpio pues las pibas se morían de ganas de encasquetarse un polvo fácil. Porque el Charly era un tío fácil, ¿eh?, ya ves. Se pasaba el puto día ahí, tirado sin hacer nada... así también ligo yo, no te jode. Y gastaba pelas cómo si fuese un marqués, el hijoputa. Se debía creer que el dinero salía de los árboles.

Bueno, el suyo sí, no te jode. Hacía trapis con los colombianos esos de sudamérica. Claro, así acabó. Metido hasta los huesos en la mierda esa.

De cani era un tío legal, un chaval hasta elegante, ya ves, pero luego de que se fue su viejo, al muy capuyo sólo se le ocurrió dejar la escuela y pirarse a Francia a coger uvas.

Cuando volvió estaba ya en drogas y con ganas de ganar pelas haciendo lo que fuese. Hasta creo que llegó a currar para la pasma. Claro, no podía durar siempre, ya se lo decía yo.

Me acuerdo todavía cuando íbamos con el Palmo y Juanjo Guerra. Era la hostia. En todo el cole nos tenían más miedo que nada. No te jode, el bestia del Palmo tenía ese nombre porque sus manos eran como palmas y daba unas hostias que no veas.

Además, todo dios tenía miedo del Charly. Decían que estaba pirao y la verdad es que puede que tuvieran razón. Por eso, mira, ahí le ves, en su metro cuadrado...

Pero era un tío legal, joder, cantidad de enrollado. Siempre me acompañaba a casa para que los del barrio no se metieran conmigo. No, si el hijoputa era un buen amigo, lo que pasa es que no se sabía comportar.

Sino, ¿de qué cuando le contraté para currar en el Pepita, se folia a la Juani?. Ya le había dicho que dejase en paz a la niña, coño.

Pero conmigo las cosas le iban bien. Entre lo que se sacaba en el bar y lo que se levantaba luego en los billares... hacía una pasta el hijoputa.

Yo creo que lo que siempre le jodió fue que yo le levanté a la Pepa. Antes estaba como un tren y se la quería tirar todo el barrio. Estuvo de novia con el Charly, pero no era nada serio. Un día me va el tío y me dice que lo hagamos los tres. Si es que... el Charly siempre era igual, quería ser diferente y no sabía que hacer para demostrarte que era más que tú. Total, que se lo conté a la Pepa y, claro, se mosqueó. Porque la Pepa era honrada, ¿eh?, lo que pasa es que estaba muy buena.

Y el muy cabrón todavía me echa la culpa a mí y me dice que si soy un hijoputa y que si esto y que si aquello y que la quería de verdad, como nunca ha querido a nadie... Joder. Haberlo dicho antes, ¡coño!. Yo cómo lo iba a saber, ¿eh?.

Pero bueno, además, ella quería estar conmigo, después de todo, porque sino, a ver, ¿de qué va a querer estar conmigo justo cuando rompió con él?.

Además, que eso fue hace mucho, luego vino lo del bar y luego las pequeñas.

¿Quién coño le ayudó cuando salió de la trena, eh? Pues yo, joder, y eso era como devolverle lo del cole, ¿no?. Joder, por lo menos duró casi el mismo tiempo. Estuvo trabajando en el Pepita más de dos años pero el gilipollas se creía que cuatro años en la trena no hacen nada, que puedes salir y ¡jala! ¡a tomar por culo! ¡Sigue gastando como antes de entrar!. ¿Pero es que no se da cuenta de que ya no puede seguir así?.

Yo le decía: "Tronco, búscate una piba guapa, así, como la Pepa, y madura, ¡coño!, que esta vida es la que hay, joder, que hay que currar y currar para ser alguien".

Pero a él como si le hablaba de fútbol. Se lo pasaba por el forro de los cojones. Y lo peor de todo es que me dice que me meta en mis

asuntos. ¡¡Pero será hijo de la gran puta!!. Y ¿qué se cree?, ¿que mi bar no son mis asuntos o qué?.

Le tuve que dar una paliza para que entrara en razón y él que nada, que a lo suyo... encima va y se folia a la Juani. Pero es que ese tío se lo estaba buscando, me cago en la puta.

La Juanita es la sobrina de Pepa, de la hermana mayor, la Tere, que se quedó embarazada con 15 años. Eso para que digan de la Pepa. Fue la mejor de las tres. Pues eso, que nos la habían mandao para que la educásemos un poco y le diéramos el puesto de camarera en la terraza. Bueno, sólo era en verano así que tampoco era para decir que no. Pero, ¡coño!, ¡era menor de edad! Y el gilipollas ese que no respeta nada. Le da igual lo que sea, con tal de que tenga la regla. Yo creo que si los hombres tuviéramos la regla, el Charly se haría maricón.

Bueno, ahora no creo que se le levante ni con la Claudia Chifer. Se ha convertido en ese trapo sin dignidad. Joder y cuando un hombre pierde la dignidad, pues ¿qué queda, eh, qué?. Pues nada.

Míralo ahora... ¡Joder! si es que da hasta asco.

Para colmo, el muy imbécil se había quitado en la cárcel del caballo pero se pasó al crack. A mí me la traía floja si se colocaba fuera del curro, pero dentro lo quería bien sereno, que ya estaban las cosas bien difíciles sin un camarero drogata como para controlar a uno como el Charly.

No quise hacerlo, ¿eh?, pero tuve que echarlo. Me espantaba a la clientela. Además, lo de la Juani era la hostia. Por poco la palma con la pildorita de los cojones. Me imagino a la Tere diciendo como una histérica que si la culpa es mía, que esos amigotes que tengo son unos cerdos... ¿qué coño sabrá esta de quienes son mis amigos? Si es que está loca, de verdad. Si queréis ver algún día un ejemplar humano loco de remate, lo que se dice loco, decidle que su hija se quedó embarazada a los quince, como ella y que su nieta va a hacer lo mismo... ya veréis.

Por no llevarlo a la cárcel otra vez, le pegué yo una somanta de palos y asunto terminado. No había porqué meter a la poli en esto. Y el muy hijoputa ni siquiera me lo agradeció. Si le llevo a llevar a la comisaría, nada más entrar lo funden y, bueno, luego ni te cuento, le abren el culo por marica y por cobarde.

Es que no se puede ir por ahí como si fueses el amo del mundo sin pagar las consecuencias. Y son caras. No te jode.

Luego encima se lía con la Chelo... pero ¡coño! estaba buena, pero no era para acercarse, que tenía diecisiete años y por menos de nada te buscas una historia.

Y ahora la muy puta trabaja en el bar de enfrente, el de estriptis... seguro que es una de las guarras que se desnudan por cuatro duros. Pero sigue estando buena. Tiene esas piernas duritas y largas que parecen de televisión...

De la paliza que le arreó el bestia del marido de la Mari Carmen, se le quedaron las dos piernas atrofiadas. Joder, es que hay bestias por el mundo, me cago en la puta. Pero es que el Charly no escarmentaba, ¡coño!. Le podía haber servido de algo lo de la Juani, pero no; él va y se tira a la Chelo.

Hacía ya varios meses que no le veía y hace unos días lo he vuelto a ver en el barrio, en esta misma calle. A primera vista casi no le había reconocido.

Tiene todo el tiempo unas ojeras negras como de no haber dormido en semanas. Igual es porquería. El tío huele como a mierda. Claro que no me extraña, no tiene más que un puto metro cuadrado donde hace todas sus cosas.

Duerme en la acera, pegado al cristal de la tienda de regalos. Uno de estos días le van a dar de hostias otra vez y luego se quejará. Joder, es que no es un sitio para dormir, ¡coño! que los clientes al día siguiente a ver cómo se atreven a entrar. No te jode.

Además, el hijoputa sigue pinchándose y deja todo por ahí, con restos de vómitos y sangre. ¡Joder, que no es un espectáculo agradable y basta!

Pero el tío es como que no se da cuenta. Yo creo que es como siempre, que pasa de todo. Si gana dinero lo gasta, si puede follar, se tira a las jovencitas, si caga... pues en la puta calle, como los putos perros.

¡Coño! eso sí que es perder la dignidad, no te jode, si ya no tienes para papel, ya no eres un hombre.

Yo le he visto calzarse los pantalones justo después de haber soltado un cagarro como un chorizo de grande... y como si nada, luego sigue durmiendo la mona hasta las dos o las tres o hasta que la poli le da unos toques para que no moleste. Joder, es que no es para menos...

Hoy, cuando volvía de comprar cervezas, el cabrón, me ha pegado un susto de muerte.

Se me pone en medio como un poseído y me dice que es su cumpleaños y que quiere estar con el Palmo y conmigo... pero ¿cómo cojones le explico que Luis, el Palmo, ya no vive en Madrid? Si él ni siquiera sabe dónde está. No te jode.

Mira, yo ni creía que fuese a conocerme. Creía que estaba todo el tiempo ausente o así, medio perdido o qué se yo. Pero el hijoputa se me planta en medio y me coge de un brazo con una mano sucia como el hollín.

Por poco le parto la boca ahí mismo, pero me ha dado pena. Joder, aunque sea por los viejos tiempos, me digo, voy a dejarle hablar un rato.

El muy idiota, me da un poco del vino que tiene en la botella de plástico. Yo le digo que muchas gracias pero que no quiero.

Entonces me cuenta la historia más imposible que me había contado nunca, me dice, entre interrupciones constantes para pedir dinero a los que pasaban al lado, que ha visto a Antonia San Juan y que va a quedar con él para cenar.

Mira, que quieres que te diga, a ti también te daría la risa, así que me descojono delante de sus narices y le digo que si ni siquiera sabe quién es. Entonces va el hijoputa y me saca una foto manoseada y algo más, posiblemente, del bolsillo de su abrigo medio destrozado.

La foto es de una invitación a no sé qué y dice que le ha invitado a que vaya allí, pero que necesita un traje para que le dejen entrar.

¡Hostias! si ya sabía yo que el hijoputa este me iba a pedir algo.

Mejor, le digo, intentando hacerle un favor, te doy diez duros y me das la invitación.

¡Una mierda!, dice.

Pues mira, que te den por culo, gilipollas, ¿acaso crees que te van a dejar entrar aunque tengas un traje de lujo?

El tío me mira como si yo no supiese que él tenía alguna fuerza interior o algo por la que sabía que le iban a dejar entrar. Entre eso y como si ni siquiera me viese aquí, a menos de un metro de su cara.

No sabía si irme ya de una vez o partirle la cara. La verdad es que, al final, con la discusión y que el tío no paraba de tirar de mi brazo, se ganó un puñetazo en los dientes. Yo estoy seguro de que me dolió más a mí que a él porque seguro que estaba en estado de coma o algo así.

¡Joder!, al final me había puesto nervioso y cuando me da el nervio me sale la mala hostia. Así que se ganó otro guantazo y además le

quité la jodida invitación para que dejara de darme la coña. No te jode.

Al llegar a casa me di cuenta de que la invitación era para dos personas y le dije a la Pepa que nos íbamos a ir a esa cosa a tomar unas cuantas copas.

Ha estado bien. Lo mejor, sin duda, era el champán. Era de ese de etiquetas negras como en Navidad. Era algo aburrida, pero he conocido a la Antonia esa y a otro mogollón de gente medio de las revistas.

Una de las tías tenía las piernas como la Chelo y me he acordado de que tengo que llevarle mañana unas tortillas de patatas que habían encargado de ese local. Igual no estaría mal hablarle de las cosas del pasado y ver si hay alguna posibilidad de echarle un kiki gratis. La hijaputa está muy buena, la verdad.

A lo mejor ella también ha visto al Charly y le ha reconocido.

No creo. Seguro que él ni se acuerda ni se quiere acordar. Además, ¿para qué?.

¡Joder! ¡Hostias! Lo que pasa es que la Pepa ya no se va a volver a creer lo de que me voy con el Charly de bares... ¡Mierda! Tendré que ir pensando otra excusa ver los martes a la Juani. ¡Me cago en la puta!...

La cuchilla roja

¡Al fin me han vuelto a sacar del armario!

Desde hace tres meses vivo allí, junto las malditas polillas y, lo que es peor, entre alcanfor. Me han liberado hoy y he podido verla.

La verdad, mi sustituta no es una máquina tan especial. Eso sí, es joven, más fuerte y vigorosa, puede batir incluso hielo, mientras a mí siempre se me habrían destrozado dos aspas por lo menos. Pero tengo más corazón...

Creo que están pensando lo de mi reincorporación para el arsenal de herramientas.

Yo siempre he estado fielmente al pie del cañón, preparando una mahonesa fantástica y sabrosa, unas salsas increíbles, desleía las sopas y los grumos con una pasión irrefrenable, abrazada por una mano humana que notaba mis vibraciones afectuosas. Ahora es tan frío como ese hielo triturado... un botón, temperatura, el tiempo y basta... Ya no hay pasión, ya no hay amor. Pero nadie parece apreciarlo.

Me pudro en la oscuridad de un armario sin sentido... a veces preferiría morir, pero no tengo lo que se dice vida. ¡Mierda!. Ni siquiera tengo el placer impío del suicidio.

Hoy seguro que esa Thermomix se ha averiado. Yo no soy rencorosa, pero he deseado durante un periodo que parece infinito, una cosa así. Ahora vuelvo a ser indispensable. Vuelvo a ser necesaria.

Incluso el nombre suena absurdo: Thermomix. Es como esos muñecos de dibujos animados japoneses... todo el mundo sabe lo que es una turmix, pero Thermomix... ¡Qué ridículo!.

Entre la freidora y el horno microondas se cree en posesión de la verdad y no es más que un ingenio estúpido, como yo y como todos, que no tiene la menor posibilidad de sobrevivir al paso del tiempo. Alguna máquina vendrá a sustituirla y estará una larga temporada en el armario antes de morir...

Pero yo hoy vuelvo a ser necesaria.

Noto que el tiempo ha pasado en mí y mis hojas están sucias. Sucias de polvo y tristeza, de pena y soledad, pero pronto voy a poder demostrar una vez más mi poder afectuoso y cercano, como *de siempre...*

Lo que no acabo de entender es qué le pasa a esa máquina. No parece que esté en proceso de reparación. Posiblemente, entonces,

estaría en otro sitio, ni creo que hayan pensado que es inservible. Lamentablemente, el afán de tecnología es tan grande que eso es algo ilusorio. He de reconocer que su tecnología es más avanzada. No puedo negar una evidencia. No entiendo porqué puedo aún ser necesaria como para haberme rescatado de mi lúgubre reclusión para enseñarme el mundo. Quizás no quieren manchar el complicado artefacto y piensan que yo soy más simple, de limpieza más sencilla... aunque eso no es verdad. No pueden equivocarse en esto. Es más fácil limpiar un aparato como ese, que prácticamente se autolimpia, que una maldita batidora. Pero igual quieren sentirme de nuevo, quizás es eso, quizás quieren sentirme entre sus dedos como yo les añoro. Quizás ellos también añoren mis vibraciones y mis posibilidades...

Lo que no entiendo es para qué, entonces, me meten ahora en esta caja, que ni siquiera es mi caja, mi humilde guarida, y me dejan aquí, junto unas botellas de vino vacías. Supongo que será para utilizarme luego. Seguramente es para poder hacer uso de mí más a menudo, así, no tienen que ir a buscarme cada vez en el rincón oscuro del armario.

Esto parece una buena explicación. Sí. Puede que hoy mismo no me necesiten pero pronto me van a usar, voy a volver a ser útil. Sólo me queda esperar.

El Camino

El autostop es una práctica muy habitual para aquellos que inician sus estudios universitarios y desean ahorrar un poco de dinero para gastos también habituales.

Después de sus clases de derecho, María emprendió, como cada día, camino a la carretera donde era usual que parase pronto algún conductor porque era una chica menuda y sonriente con una angelical carita blanca como una nube de algodones rosas.

Una vez en el arcén, depositó en el suelo la pesada mochila cargada de libros vacíos de justicia para estirar el brazo. El sol estaba en su apogeo y era algo valiosísimo para cualquier autostopista que no quiera ser atropellado, sin embargo, hacía un frío mortal, gélido, casi polar. Especialmente cada vez que un camión casi la arrollaba y dejaba una estela de viento que cortaba las venas.

Después de diez minutos se detuvo un volkswagen rojo con un chaval joven conduciéndolo. María pensó, como de costumbre, que podía ser interesante esa forma de conocerse y luego en el pueblo irse a tomar algo juntos, charlar, beber, quizás, incluso, irse a comer y descubrir que él era el hombre de sus sueños, el príncipe azul montado en su volkswagen rojo.

Lástima, él iba hacia Pozuelo y se había perdido. Ella ha sabido indicarle y, además, se ha quedado en el maldito arcén esperando la llegada de otra oportunidad.

Otros diez minutos, más o menos, y ha parado otro coche. Esta vez no le ha dado tiempo a ver quién conducía pero después de veinte minutos aterida de frío no hay ganas de ponerse melindrosa.

Es un dos caballos azul, pero con ese azul de los coches de más de 10 años, sin brillo ni vida. Salió corriendo para hacerle esperar el mínimo tiempo posible y llegó a la altura de la ventanilla, una de esas ventanitas extrañas de los dos caballos, casi peligrosas.

¿Vas a Colmenar?

Claro. Sube.

Por dentro parecía más limpio que por fuera y el hombre que lo conducía le resultaba muy familiar. Por otro lado, Colmenar es un pueblo pequeño y todo el mundo tiene un aire conocido.

¿No me conoces?. – dijo él tras un largo y casi tenso momento de silencio.

Pues... - casi estaba a punto de decirle que era su profesor de historia en el instituto, pero no podía ser, estaba muerto. ¿O no?

Soy Camino. Tu profesor de historia.

María se sobresaltó sin saber porqué y no pudo evitar preguntar si no había desaparecido muy repentinamente del instituto como para ahora dar señales de vida.

No. No desaparecí. Sólo me transformé y la gente decidió dejar de verme. Yo era el que estaba siempre cuidando de ellos en otros tiempos y ahora ya deciden que sobro en sus vidas. La verdad, no lo entiendo.

Tampoco estaba tan cambiado como para decir que se había transformado. María empezó a pensar que esa conversación era un poco extraña y se sintió algo incómoda, pero es normal cuando haces autostop. Es un rato misterioso en el que nunca encuentras lo que esperas y siempre esperas un rato, a veces silenciosamente, hasta que llegas al final del camino.

A lo mejor, se estaba refiriendo a su cambio político, pensó, a esa maniobra que había realizado hacía casi cuatro años, justo uno antes de desaparecer, cuando dejó el partido comunista al que había estado siempre aferrado como a un clavo para irse al regionalista independiente.

¿Sigues viviendo al final de la calle del colegio San Andrés?

La sacó de sus pensamientos con una pregunta que mostraba que él sabía mucho más de ella que ella de él. Claro, que es una pregunta de lo más normal si se tomaba en cuenta que la estaba llevando a casa gratis. Casi se podría decir que amable.

Decidió contraatacar con algo inquisitivo para descubrirle un poco.

¿Dónde fue cuando dejó el instituto?

Entré en la empresa que ahora me ocupa. Vivo allí todo el tiempo menos cuando tengo que salir para hacer algún trabajo a domicilio o en carretera. La verdad es que la gente no entiende mi trabajo pero es creativo. No siempre lo hago de la misma manera, además, también tiene que ver con la historia. Si no fuese por mi empresa, no habría paso real del tiempo y nos estancaríamos en la eternidad.

Ya.

La pobre María tenía la impresión de que no había mejorado nada su estado de desconocimiento. ¿Empresa? ¿paso real del tiempo?, ¿eternidad?... ¿de qué está hablando el tipo ese?.

A estas alturas de viaje, cree que lo mejor es llegar al final y salir del coche cuanto antes así que le dice que le deje en otra calle, dónde sea, que ahora no va a su casa y que se lo agradece igual pero que... bueno, claro, sin nunca herir su sensibilidad, si es que tiene.

El camino se fue haciendo lento y pesado como una losa, no avanzaban, parecía que nunca iban a llegar. Un camión delante de ellos, además, pisó el freno bruscamente pero el Camino dirigía su coche incluso sin mirar, mientras le preguntaba algo sobre su carrera de derecho que ella respondió sin el más mínimo interés en mantener la conversación.

A la entrada, él le dijo que entrarían por la siguiente entrada. Ella no se opuso aunque no le venía mejor. Pero el caso era llegar a Colmenar y acabar con todo aquello.

No te inquietes. – Dijo él como leyéndole el pensamiento. – Ya llegamos.

No, si estoy bien. – Acertó a responder María sin pensar.

De repente se metieron en una calle que ella no conocía y le miró por el rabillo del ojo esperando una respuesta o algún gesto que mostrase la elección de aquella ruta. ¿Qué pintaban cerca del polígono industrial?. El coche estaba yendo cada vez más rápido, veloz. Tuvo miedo. No pensaba en que se podía estrellar sino en porqué estaba pasando todo aquello. No tenía ninguna explicación.

Sí, pronto vas a tener la explicación. – De nuevo le sorprendió ese diálogo entre su mente y sus palabras.

¿Qué?

Ya hemos llegado.

Pero...

Estaban en la puerta trasera del matadero de cerdos. Justo donde vio por última vez a Camino cuando salió del pueblo. ¿O no lo había dejado nunca? ¿Qué hacían allí? ¿Qué broma era esa?

Bueno..., gracias, ¿me dejas bajar?.

¿Todavía no lo entiendes o no lo quieres creer?. Quiero decir que ya has llegado al final de tu camino. Ahora tienes que venir conmigo. No tengas miedo.

Pero... - Dijo mientras le seguía por el pasillo lleno de sangre del matadero.

Tenemos un trabajo para ti. Te va a gustar. Ya verás cómo le ves relación con el derecho civil...

¿Cuáles son las condiciones? ¿En qué consiste?

Poco a poco se fue acercando un chorro de luz morada sobre ellos que los sepultó suavemente en un sótano lleno de bolsas de plástico con cerdos muertos.

Yo no soy un amante de la muerte

Desde hace veinte años he madurado la idea de la muerte. Me he consolado a ratos pensando que la mayor parte de la población también lo ha hecho. ¿Quién, en la juventud, no ha soñado con su entierro?. Pero mi obsesión con el tema alcanzaba cotas patológicas. Barajé el suicidio como salida de mis problemas desde mi primera derrota sentimental, hace dieciocho años. Entonces no creía en el poder de atracción de la tierra y sí en el del infierno. Vendí mi alma al diablo, encarnado en manos de una encantadora y atractiva joven llamada Rosa, por tan sólo cinco duros. Ella pensó que bromeaba. Yo no. Pero, por supuesto, no pudo hacer uso de mi alma... hasta hoy.

Le compuse un poema sobre el mostrador, cuando yo trabajaba en un local de juegos recreativos, mientras sus labios carnosos besaban a otro. Manolo era mi amigo, pero conocía a Rosa y también le gustaba. Ella debía saber algo, pues cuando le besaba, me miraba de soslayo como queriéndome dañar. Por eso supe que era la encarnación de Satán.

Junto al mostrador le di el poema y los cinco duros y ella se burló infinitamente. Su desdén no hizo sino desatar mis ganas de muerte, de autodestrucción.

Me lamenté de no haberlo hecho unos meses después, cuando entré en la universidad y encontré una nueva encarnación del mal. Esta vez se llamaba Miguel Angel y estaba casado con una mujer irresistible y fatal llamada Helena. Yo soñaba ser París; que él fuese Menelao. Fue así: Ella acabó con él.

Mis primeros besos morían entre las tinieblas del miedo a mí mismo. Al menos, unos versos poblaron hojas secas el verano, única etapa misógina de toda mi vida.

Ese otoño, redacté mi primer testamento: En pleno poder de mis facultades mentales, dispongo que *todo lo que tengo...*

Tonterías de adolescente. Ahora sé que todo lo que tenía era la vida y ya es tarde.

Luego, tuve la desgracia de ser feliz: Habría de dejar de serlo. Seis años de altercados y coches que se acercan con terror a las cunetas, acercándose tanto al barranco que terminé por cogerle cariño y lamentar la aparición de aquellas vallas inútiles pero claramente disuasorias.

Una emigración lavó mis pecados en el Ganges y me hizo recapitular. Valoré las alternativas. ¡¡La imaginación al poder!! Mientras tanto, un invierno viejo había terminado en el calor austral del trópico de Cáncer.

Tuve la desgracia de sentirme vivo: Habría de dejar de estarlo.

Desde entonces, el implacable tiempo ha quemado mis naves. Se ha consumido mi plazo como cigarrillo en un cenicero. He releído mi contrato de venta del alma, mi estúpido presupuesto de existencia del diablo y me he reído tragicómico de un final anunciado. Quienes compraron entrada, han podido venir a verlo.

Hoy, séptimo viernes del año 2000, he comprado una pistola en una tienda de deportes de montaña. No fue difícil conseguir el carnet falsificado. La caja menor era de cien balas, pero me han sobrado noventa y nueve.

Rosa, con sus labios carnosos, estaba mirándome desde el escaparate del establecimiento con su hijo de ojos rojos en una silla de mimbre, cuando el proyectil me ha atravesado desde el paladar hasta la coronilla. Los ojos rojos del bebé se han iluminado con un brillo de recuerdos.

En un último instante, he mirado a Rosa. Un guiño de su párpado suave me ha explicado lo que nunca me atreví a preguntar: Nuestro hijo lleva mi sangre y mi alma.

Ya no soy nunca más un amante de la muerte, desde esta mañana, soy su marido.

Dedicado a Mefistófeles.

Un cuento de un día

Un día iba andando por la calle cuando, repentinamente, alcanzó la esquina del fin de semana.

Se sobresaltó ligeramente al encontrarse con el sábado y, algo turbado, siguió el camino como si no pasase nada. Cualquiera que le hubiese mirado el semblante, pálido y, no obstante, tenebroso, se habría percatado de que algo le ocurría. Sin embargo, nadie lo encontró.

Pasó una noche de sábado casi alocada y llena de juventud. Como si tuviese fuerzas para resistir noches irresistibles. Se sintió reconfortado por el giro a derechas de la madrugada y se despertó un domingo que esperaba soleado y azul. Porque los domingos son azules como el ojo de una pupila fría. Especialmente en estos fríos meses de invierno.

Pero este día se levantó brumoso y soñoliento. El día había que aprovecharlo igualmente y continuar una marcha sin sentido pero con final.

Nuestro día pasó corriendo por un fin de semana o principio, según el país, en el que la oscuridad se fue haciendo más y más obvia.

De este modo entró en un lunes que siguió siendo difuso y trabajador. La mañana casi había despedido los rayos de la luna cuando el sol tímido no se atrevía a asomarse. El muy dormilón...

Los labios de una nube besaron el día y este se estiró con la fuerza de veinticuatro horas.

Dos pasos. Niebla.

El lunes nublado fue descargando unas gotas de agua en forma de aire respirado. La lóbreguez aumentó, *in-crescendo*, como un jersey de lana de grises degradados. Alcanzó una garganta nocturna y negra que llenó el día.

Cuando el martes comenzó, apenas se podían distinguir contornos entre las formas del día que amanecía cansado y como sin fuerzas... ¡Qué lejanos parecían los alegres momentos del sábado a la noche!

La pereza inundaba sus músculos temporales y se apoderaba de las ganas de moverse. “¿Por qué?” – remoloneaba – “¿para qué?”.

No había respuesta ni eco en el fondo impenetrable, insondable de un martes lúgubre como ninguno.

El día fue avanzando agotado hacia el penumbroso final del periodo marcial, plazo de Marte, guerra negra y muerte eterna... cargado

con unos pensamientos densos y funestos que invadían su alma apesadumbrada.

Aún así, logró rebasar la medianoche y entrar, como triunfal de sí mismo y del destino, en un miércoles que auguraba tenebrosidad.

Efectivamente, la niebla que rodeaba el día desde el lunes se había hecho más consistente y compacta hasta el punto de poderse atrapar las palabras en sólidos magmas de plomo.

La energía abandonó al día a su suerte y se escurrió diluyéndose entre la sombra.

El día sintió el punzante aguijón de la muerte. Se estaba acabando... no había más tiempo ni más momentos... reflexiones aciagas se acumulaban macizas sobre él. Soñó una vida nueva, un despertar de sol y sonos nuevos, como caballos de crines verdes en un campo de trigo azul. Soñó un despertar a un mundo digno para la vida, digno para cada día, para todos los días... pero despertó.

Había pasado una noche insoportable y cruel entre latidos de su propio impulso y presiones de un exterior apretado y viscoso.

Súbitamente, se encontró cayendo por un acantilado de profundidad incalculable pero podía también notar como el astro rey calentaba su cuerpo y como, este día, era renovado y revivido.

El miedo por la caída fue haciéndose más y más certero. Un día no podía resistir golpes semejantes, y menos teniendo en cuenta el contraste con el agotamiento de las jornadas anteriores.

Finalmente, junto unas ramas de arce verdes, al lado de un río de aguas transparentes y cristalinas, donde bebía una bella garza que se dejaba acariciar por brisas de olores frescos, el día sucumbió y originó un profundo rectángulo en los calendarios del mundo que ahora se conoce como Jueves.

El origen del atardecer

Esta es la historia de un trenecillo de vapor que vagaba por el cielo debajo de las nubes immaculadas que recortaban el azul del cielo.

Aprovechaba las pequeñas gotas que dejaban filtrar las partes bajas de cirros, cúmulos y estratos para obtener el líquido que iba evaporando. Repostaba agua de lluvia que rellenaba la caldera hasta la próxima ocasión.

Caía, se dejaba caer, desde la estratosfera en circuitos alocados desde los sublimes y gélidos cirros deshilachados y claros a caliginosos cúmulos inferiores, abrazados a las cimas de los montes y los edificios altos de las grandes ciudades.

El maquinista, un apuesto canoso de cuarenta y tres años, se desvivía por aquella montaña rusa infinita, silvestre, voladora; incluso aunque esta vez no llevaba pasajeros.

Un rastro de vapor blanquecino se dibujaba en las panzas abultadas y grises de la nubarrada contenida. Sendero lechoso de nata sobre asfalto.

Mas un día alcanzó un desierto donde el sol imponía un reinado eterno y cruel, quebrando el suelo en mosaico marrón de tierra muerta.

Pasaron horas de bochorno infernal que fueron devorando voraces el hálito cálido y difuminado de la locomotora negra.

Comenzó a precipitarse.

Rápida, gravitatoria, presuponía un final aciago en un siniestro zepelino.

El operario reaccionó apresurado y lanzó su transpiración al hogar. Toda su ropa impregnada de sudor resultó un consuelo efímero a la nave de las nubes.

En el intervalo, tuvo tiempo para percatarse de que el único resto de humedad estaba en él.

Ella volvió a desplomarse como una bola de cañón y él no pensó en arrancarse la pierna izquierda y extraer la sangre con la que abastecer la caldera.

Después, un brazo.

Más tarde, sin parar de actuar, segó su otra pierna y rasgó las venas del brazo derecho permitiendo que las gotas ínfimas, minúsculas, atravesaran la garganta de la chimenea.

En el fondo de sus ojos vio una tempestad en lontananza y decidió darse por salvado pero el plasma se consumía vertiginosamente.

Con toda la determinación de que era capaz, se yuguló sobre la boca ansiosa de la máquina celeste.

No logró ver el celaje que absorbió su savia.

Con el nuevo camino, las bajas neblinas se tiñeron de rojo. Desde un naranja cálido se difuminaban rosas las estrías de las nubes.

Alguno dio a entender que era el más bello ocaso contemplado; la sugerente puesta de sol que caía dejando surcos de luz de azafrán. Otro, el fenómeno atmosférico más cautivador del hemisferio. Un tercero, el amanecer que justificaba el haberse despertado...

Pero tú y yo sabemos que esa bruma es sangrienta, que los rayos rosados van teñidos de vida y de muerte; que los algodones contienen la última hemorragia de un sacrificio inútil.

Tú y yo sabemos que el precio de esa belleza fue elevado.

Y ahora a dormir, que el cuento ha terminado.

*Cuento para noches blancas
en que te acuestes mirando las nubes bajo una ventana
al tiempo que cae la noche,
empujando al sol fuera de su sitio.*

Mi primer amor

Follarse a la Dori era competir a natación contra una legión de ladillas. Era la puta más sucia del barrio, y eso que en el barrio donde crecí, creedme, realmente había putas *muy* sucias.

Yo la conocí a los dieciocho años. Era el hazmerreír de mi familia. Una preocupación más: No salía nunca de casa, ni siquiera había querido salir con una chica. Escribía libros y libros de poemillas que ahora he tirado a la basura. Estaban tan viejos y escritos en un papel tan sucio que no ha resistido el paso del tiempo. Como la Dori. Mi padre quería que fuese como él, un triunfador, ¡un hombre! y se le llenaba la boca hablando de sus años en que era joven y ya mantenía a mi madre y aún le quedaban fuerzas para sus amigos y algunas juergas.

Sin embargo, yo era un enclenque niñito de papá criadito bajo su protección (y mucha más bajo la de mi mamá). Creía en el amor casto y puro, en el amor sin sexo, en el amor eterno, en el amor bajo la luna, las estrellas, creía en tener mi primer amor con una niña-mujer que me quisiese, un amor correspondido. Pero mi padre no.

Cuando terminé el examen de selectividad (con buenas notas, claro) él insistió en regalarme algo que no iba a olvidar jamás. Y acertó, porque jamás lo pude olvidar.

Me llevó a un partido de fútbol del Real Madrid contra un equipo holandés, creo que era el Ajax, pero no lo recuerdo. El caso es que a la salida del campo, me lo dijo:

Va siendo hora de que te hagas un hombre de verdad.

Yo no entendí muy bien a lo que se refería hasta que nos fuimos acercando a casa y se saltó la entrada a nuestra calle. Empecé a sospechar lo que tenía preparado. Claro, pensé, no podía ser sólo lo del fútbol.

En mitad de la calle que llegaba a mi antiguo instituto, en la pared de la iglesia, solía estar apoyada la Dori. Su pelo negro y mugriento caía por su cara acompañando una serie de churretones y restos de comida que de algún modo habían ido a parar allí. Su mirada, pretendidamente sensual, resultaba miserable y frustrada, pero, aún así, incomodaba mi virginidad amenazada. Era delgada hasta parecer frágil, vestía juvenil, con unos pantalones vaqueros raídos y una camiseta ajustada, intentando exagerar unos pechos apenas perceptibles. Pero a pesar de su aspecto, sabía que era mucho mayor que yo. Seguramente, ya tendría más de veinte años.

Mientras intentaba encontrar en ella un resto de ternura por donde contraatacar, mi padre cerró el trato en sus oídos. Yo debía entrar tras ella en una pensión donde vivía o trabajaba. No me atreví a decir ni una sola palabra. Cabizbajo, morían mis sueños de novias vestidas de blanco, mis lunas y mis estrellas, mientras subíamos los peldaños desgastados de unas escaleras de madera rodeada de una espiral de yeso desprendiéndose por la humedad.

Al entrar en su cuarto comenzó a desnudarse. Mis ojos no podían desclavarse del suelo. Su camiseta cayó justo delante de mis pies y quise apartarla, pero me di cuenta de que estaba paralizado. Ella se arrodilló y desabrochó mi pantalón. Mis manos caían a los lados, muertas y sudorosas. Resbaló mi vaquero que siempre llevaba ancho. Arañándome sin intención, me quitó los calzoncillos. Tiró de una mano y me llevó a la cama. Un saco de muelles mal paridos que se clavaron en mi espalda una y otra vez. Ella a horcajadas sobre mí, comenzó a jugar con mi polla hasta conseguir una erección de la que me avergonzaba.

Luego, sobre el crujir del catre, cambiamos de postura. Dirigió el miembro firme hacia su hueco seco y duro como cartón y, al seguirlo con la vista, pude temer innumerables muertes, pero no me moví. Casi inmediatamente, dentro de ella, eyaculé sin poder resistir, sin pasión y sin ganas, o demasiada represión.

Todo el resto de fuerzas que aún quedaba en mí, desapareció. Mis manos aún seguían colgando a los lados del jergón cuando ella ya se había vestido. Entonces habló por primera vez, sí, por primera vez oí su voz diciéndome:

Mocoso, vístete que ya te puedes ir. – Y entre risas molestas, yo me incorporé y ella añadió – Te estaba haciendo buena falta, ¿eh?.

Regresé a casa sólo y llorando, triste y sin futuro. Mi madre hizo como que no sabía nada y miró hacia otro lado mientras mi padre seguía viendo el televisor y yo me encerraba de nuevo en mi cuarto de dónde no salí en tres días.

Dos años después me marché de casa para no volver. Viví solo un tiempo; seis años con una mujer a la que quise como a nadie y luego me dejó; volví a vivir solo, esta vez en Sydney donde conocí una canguro fascinante que casi me atrapa entre sus redes australes; caí bajo el embrujo de una brasileña a quien pedí que se casara conmigo; volví a mi tierra; conocí otras mujeres... pero siempre ando buscando algo que sólo entre la sordidez y la pena de aquella vez tuve y nunca jamás he vuelto a encontrar. Mi primer amor.

Rebelión

Por más que insistía en escribir con b, la absorción me salía libertaria y se avsorvía.

Soberbia era sovervía y soverana, haviéndose leído la constitución, creía que podía suvstraerse a sus compromisos, y en una rebuelta armada, decidió que, de ahora en adelante, iva a bestir siempre paños menores.

No quiso entender que avría una vreacha tremenda en la palavra y rumiava una benganza sin sentido, por no decir avsurda.

Así que, poco a poco, mis bocavlos ivan quevrando mis relatos, comían y vevían sangre de escritor desesperado y me tubieron, como aora, completamente, a su merZeD.

La rebelión

Ha entrado un homeless a este café y ha gritado – ¡Todos al suelo! – y nos hemos tirado con las panzas llenas y temblando. Ha disparado seis tiros contra el portero y se ha ido corriendo.

La policía acaba de llegar y no lo entiende – ¿No ha robado nada – y aunque yo les digo que el jueves pasado el vigilante pateó al asesino, ellos me preguntan que si soy testigo.

No entienden nada y salgo corriendo.

Me gritan – ¡Alto! – pero no lo oigo. Un disparo atraviesa mi cráneo.

Las últimas lágrimas empapadas en sangre firman abajo, en el suelo, mientras me muero.

La conferencia

Hoy tuve que impartir una conferencia. Toda la presentación estaba muy bien organizada y yo me sentía satisfecho y tranquilo, dejándome llevar por mis propias palabras, hasta que mi estómago comenzó a hablar.

Al principio, noté como mis tripas se movían pidiéndome a gritos que acelerase el discurso pues querían intervenir. Yo me llevaba la mano con discreción a mi barriga intentando mantener la calma y apretar el abdomen para que se mantuviese callado. Pero no pudo ser. Poco a poco me veía obligado a hacer menos pausas entre las transparencias no transparentes del power point y elevar ligeramente el tono de mi voz sospechando que mi audiencia podía distraerse.

De hecho, uno de mis compañeros, me miró con una mirada en la que pude leer complicidad y eso significaba algo. Algo se estaba notando más allá de mí mismo. Él lo había notado. Se me aceleró el pulso y la charla pasó a ser arrebatada. Mis palabras apenas eran comprensibles pues se juntaban disparatadamente y los concurrentes se miraban entre sí.

De repente, aprovechando un segundo en que hube de parar a respirar, mi estómago emitió un terrible quejido seguido de un gorgoteo misterioso y cavernoso. Yo quería morirme pero allí estaba, delante de 18 tipos que me miraban comprendiendo, ahora sí claramente, la velocidad de mi exposición.

Como si nadie hubiese oído nada, apreté el botoncito del ratón que daba paso a la siguiente diapositiva.

Me quedé un segundo en blanco y me vi forzado a mirar mis notas acerca de lo que estaba contando. Fue cuando él, mi víscera chillona, volvió a levantar en la sala un alboroto impresionante. Parecía un ruido de otro mundo en cuadrofenía, un estruendo proveniente de las cuatro paredes como para devorarnos.

Los asistentes mostraban sonrisas contrahechas en un intento de no desbordarse en carcajadas incontenibles. Yo, sin embargo, no podía dejar de temblar y cuanto más temblaba, más sonaba mi barriga.

Uno de ellos no pudo aguantar más y dejó que la risa lo invadiese, soltando una de esas risotadas contagiosas que empezó a surtir efecto.

Intenté proseguir con mi ponencia cuando un pantagruélico sonido envolvente procedente del fondo de mi cuerpo les abrazó a todos

como poseídos en una mesa de espiritismo y, dándome por vencido, me dejé caer cabizbajo apoyado al proyector.

Ya todos explotaron en un carcajeo generalizado que hacía brotar sus lágrimas por el intento de resistirse contra la naturaleza por un tiempo superior al recomendable.

Uno de ellos, el más vehemente, dejaba ir y venir su cabeza cana hasta que en una de sus sacudidas su peluquín salió disparado contra mí que estaba sumido en la más negra desesperación.

Esto, al contrario de lo esperado, acució las risas de los demás, separándose en agudos alaridos femeninos o graves y penetrantes carcajadas varoniles, provocando que algunos, descuidando totalmente los estribos, sufriesen fuertes ataques de tos.

Incluso otro, en un golpe contra la mesa intentando atajar su incipiente ataque cardíaco, o quizás pretendiendo llamar nuestra atención perdida, dejó escapar un arggg incomprensible mientras el compañero que tenía a su lado buscaba por el suelo su dentadura.

Varios de ellos demostraron las capacidades acústicas de sus ventosidades sin control y, entonces, reponiéndome en completo estado de demencia, me percaté de la armonía de ritmos que me presentaba el campo de batalla e improvisé el resto de mi perorata cantando un aria a la seguridad en Internet.

Anocheció en tus ojos

Tú me pediste que te contase un cuento antes de dormir y me inventé aquel de la locomotora que iba hacia las nubes con un maquinista que se decapitó y su sangre tiñó el aire de rojo y se llamó el origen del atardecer.

Siempre querías que te contase un cuento y yo lo hacía sin pensar nunca mucho más allá que las primeras palabras y el resto iba surgiendo como traídas de la mano de ese maquinista ciego. Yo aún escribo cuentos y te los relato como si estuvieses a punto de dormir, ya ves si soy estúpido. Sí, sé que en coma no se oye nada, ya me lo han dicho los médicos, pero no puedo creer que no es una de tus bromas. Sigo pensando que vas a despertar y decirme como siempre me decías: “Venga, sigue” cuando yo me iba quedando dormido a tu lado y nos abrazábamos. Ahora no puedo acercarme a ti por miedo a romper uno de estos malditos tubos.

Te dormías como ahora, tan con los ojos cerrados que parecía que no ibas a despertar nunca... y ahora... bueno, tú... seguro que despertarás. Sí, vas a despertar y besarme, te vas a dar la vuelta en la cama y pedirme que te abrace, me vas a pedir que siga contándote el cuento que ya terminé y cuyo final no escuchaste porque estabas ya dormida.

Bueno, vale, te voy a contar un cuento:

- Anocheció en tus ojos – le dijo el perro al gato y el gato le contestó:
- No lo creas, es sólo que estoy pensando. – Pero el perro no lo quería creer y le dijo de nuevo que tenía los ojos negros.
- Tienes los ojos muy negros.
- No te creas, es sólo que anocheció y todos los gatos somos pardos. – El perro se empezó a poner nervioso porque no estaba acostumbrado a que le llevase la contraria un gato y gritó:
- ¡No me contradigas!, tú eres un gato tonto que no sabes nada de los animales.
- No te creas, - contestó este – lo que pasa es que tú eres un perro ciego y hasta hoy nadie te lo ha dicho. – El perro estaba completamente fuera de sí y saltó hacia el gato para aplastar su insolencia de un zarpazo, pero el gato se apartó y el perro... ¡cataplás!.

¿No te acuerdas que este cuento ya te lo conté ayer?. ¡Qué ironía que te cayeses de un ferrocarril en marcha!. Dime, ¿de verdad que no viste la señal de peligro junto la portezuela?. A veces creo que tenías ganas de que dejase de contarte cuentos tan malos... pero eso no justifica que te tirases del tren. Lo del tren no lo hiciste aposta, ¿verdad?. No, eso ya es ser muy mal pensado y no creo que tengas tan mala idea. Aunque tu broma de veinte días ya está durando demasiado... Por favor, despiértate y dime que siga contándote el cuento, dime que me estabas oyendo y todas las cosas que me decías antes de olvidarme y decidir por tu cuenta ese abandono cruel. Dime ahora mismo que me quieres para que yo quiera seguir viviendo hasta mañana y vea el despertar en tus ojos, en donde anocheció.

Su nombre

He intentado escribir una historia de amor que no lleve su nombre y ha resultado inútil.

A veces me avergüenzo de pensar que puede que ella sea mi primer amor, ahora que tengo 33 años y siento un extraño malestar como de culpabilidad ante mis anteriores experiencias a quienes nunca pude dar lo que ahora doy.

Conocí a Carmen hace ya dos años y medio. Parece que fue hace tanto tiempo y también parece que no es sino anteayer cuando nos veíamos juntos en las clases de teatro donde yo asistía como continuación de mi formación de actor. Formación que, entre otras cosas, por ella fue frustrada.

En las clases nos tratábamos como se tratan todas las gentes de la farándula, con besos, abrazos, un sentido a flor de piel que me hizo descubrir mis sentidos. Había risas y lágrimas, sinceridad por encima de todo y una amistad clara pues no podía ser de otro modo. Ella era mi confidente preferida, alguien por quien sentía una empatía que jamás había sentido antes y le contaba mis aventuras con mujeres a quienes no quería pero que me eran necesarias para sostener mis “pequeños” problemas de autoestima a unos niveles aceptables.

Gracias al sostén emocional que daban a mi vida los pilares de mis amigas, especialmente Sylvia, tenía cubiertos todos los frentes para los que uno crea poder necesitar a una novia, así que era bastante feliz viviendo soltero como vivía.

Creo que jamás había estado más contento con la vida que llevaba que en esa época en la que nada me faltaba y, sin embargo, fue en ese momento cuando entró fuerte a mi vida lo que ahora considero la base de la misma.

Después de un año de clases juntos, llegó un verano en el que nos acercamos hasta un punto en que sabíamos que habíamos transgredido los límites sutiles de la amistad. No sabíamos exactamente cuándo había llegado a dibujarse el horizonte que teníamos delante, pero ahí estaba, como un sol claro y distinto.

Y entonces ella se fue. Tenía vacaciones y las pasó en Cádiz, como otros veranos. Nuestra historia parecía truncarse sin más comienzo que unos dedos sudorosos jugando en la taberna Alfaró, sin más sexo que amenazas de besos en lo oscuro del Botas. Ella se había ido.

Pero yo estaba contento. Seguía contento con mi vida y con mis aventurillas; con mis amigas inmejorables, con decisiones que estaban a punto de revolucionar mi existencia...

Todo estaba, como quien dice, sereno, cuando el epicentro del terremoto tomó forma de postal.

Una postal que conservo en el recuerdo, y en el armario. Sus palabras cálidas y poéticas parecían muy claras, pero, por otro lado, ¿cómo olvidar que habíamos sido compañeros y amigos de clase de teatro?, ¿y si malinterpretaba sus palabras?. Pero la acción y la decisión estaba echada sin que mi consciencia se hubiese dado cuenta. Estuve a punto de no subir a casa, sin detenerme a pensar y salir directamente a Cádiz a buscarla. Afortunadamente, primero llamé por teléfono a nuestra querida amiga común, Lilian, a quien pregunté por Carmen, intentando extraer información. Ella me dijo que posiblemente ya habría vuelto y, entonces, pude replantearme ir a buscarla y no lo hice. Como luego supe, ella estaba en Madrid, pero no se atrevía a llamarme pues tenía que aclarar qué sentía por mí.

El 3 de septiembre de 1999, es decir, en el milenio pasado, ella me escribió un poema por mail que parecía ser muy claro, pero aún así... y yo, con palabras de su poema, compuse otro en respuesta pidiéndole una cita.

Ese lunes siguiente, día 6, a las nueve de la noche yo esperaba histérico a que llegase al Achuri. Tenía un libro en mis manos que no recuerdo, pero sí sé que no podía leer ni una palabra seguida sin levantar la vista anhelante y nervioso, hasta que vi su vestido azul de planetas y sus piernas tangueras. Nuestra charla fue nerviosa y divertida, casi no nos atrevíamos a mirarnos, desde luego, nada de abrazarse y, por si fuera poco, cuando ya todo estuvo dicho, se hizo un silencio espeso de dulce de leche en el que ninguno sabíamos como dar el primer paso. Ella me besó. Yo le respondí un beso y, al día siguiente, un poema con un beso de buenos días a su correo electrónico. Ella me devolvió el beso y nuevos versos en respuesta... y así seguimos hasta hoy, haciendo un libro de besos y poemas, un sueño que se realiza cada mañana, viviendo una cama de lunas y estrellas, un par de colacaos, un kilo de tekieros, terrones de mensajes en el móvil y me siento, sin dudar, el hombre más feliz del mundo.

Historias de Sueños

A veces no sé si los sueños que sueño son míos o no, la verdad es que confundo frecuentemente los recuerdos con los sueños, incluso, los recuerdos de sueños que otros han tenido y me han contado. Esto hace que sea incomprendible para mí mismo. También para los demás.

Cuando era joven tenía pesadillas y no podía dormir casi ninguna noche. Esto al menos me hacía darme cuenta de quien era, de lo que me pasaba en la vida, no sé, era algo así como reconocerse vivo, pero ahora, en cambio, siento que el tiempo se escapa entre mis manos y no puedo recordar, no sé si recuerdo... en realidad todo es confuso, como en un sueño en el que sueño que estoy despierto.

De repente una chica me dice algo, pero no, no es una chica, es un chico y me veo rodeado de mi amiga que quiere que me desnude delante de ella y haga el amor con su profesor, el hombre calvo de la esquina que me mira mientras me quito la ropa, ella no para de masturbarse mientras me escupe su indiferencia. Siento que me dice que necesito un poco de valor y pienso que me va a traer mantequilla. No sé para qué quiero la mantequilla, aunque a lo mejor es para follar con el calvo de la polla enorme. No veo su polla. En realidad, no sé si le llego a ver desnudo, pero me despierto completamente empapado en semen y me niego a pensar que ese fuese mi último sueño, como si no pudiese ser que yo fuese homosexual. Pero el tiempo se ha impuesto y ha venido con un sueño que sí es mío, con una pesadilla que no me hace sudar y palidecer y despertarme gritando mamá en medio de la noche.

Ella se despierta a mi lado y sé que ha soñado lo mismo que yo, que sus palabras se cruzan con las mías mientras bebemos el colacao y sus pestañas negras me besan como cada mañana diciéndome que una niña le ha dicho algo, pero que no recuerda lo que es, que su tío está enamorado de ella y le ha preguntado por mí, que estaba justamente al lado suyo y no paraba de temblar, no paraba de imaginar que estaba en mi sueño ayudando a mi amiga a masturbarse, sí, puedo verlo ahora, pero es un deseo, es una fantasía, no es parte de mi sueño y sin embargo está tan claro que confundo la realidad con su sueño, con el de esa niña que le pregunta algo que no recuerda qué es.

Han pasado varias horas y sus lágrimas se han ido a trabajar, sus labios se han ido a trabajar, sus senos se han ido a trabajar y yo estoy en casa, llorando, sintiendo que se pasa la vida sin escribir un sueño pues mis sueños se mezclan con la realidad y la realidad con los sueños de otros y entonces mis sueños se mezclan con los sueños de otros en un claro espécimen de silogismo hipotético. La convulsión de las palabras aflora a mis dedos y se vuelca, entre inconsciente y fisiológica a lo largo del papel que no es más papel que una cuartilla azul entroncada con la eternidad. Se mueven los ojos de un extremo a otro buscando una respuesta y encuentro un despertar tras otro, un día tras otro, un dormir y soñar sueños de otro y me siento vacío y serio, serio y vacío, esperando que llegue por fin el día en que reconozca los sueños como míos, sólo míos y retenga de nuevo y para siempre la firme sensación de estar por siempre vivo.

Néctar de miseria

Por favor, señores, lo único que pido es que me escuchen, me escuchen y me aplaudan si les complace cuando yo termine de hablar.

De poco les ha de servir este producto que da la felicidad pues espero que ya sean felices. De todos modos y por hacerles pasar un buen rato, les diré que gracias a este bebedizo, cada día estoy más contenta y salgo a la calle con ganas de acercarme a gente como ustedes a ofrecerles la satisfacción de adquirir este frasco de sabor inigualable.

Desde que comencé a beberlo, ya no siento la necesidad de venderlo sino que me lanzo a hacerlo por el placer inmenso que me proporciona.

El escombrero que siempre fue mi casa se tornó alegre y las ratas parecieron faisanes suculentos. El pobre policía que nos desalojó anoche sé que no tendría esa dura expresión si hubiese podido convencerle de que ingiriese un trago de este líquido dorado y fresco.

Ya sólo me quedan estas siete últimas botellas y aunque ustedes hoy puedan no precisarlas, es más que probable que tengan algún familiar o conocido a quien regalar tan singular presente.

Si se sirve frío puede acompañar cualquier instante de soledad y, caliente, ayuda a prepararse para el futuro.

Sin duda alguna nadie les habló antes de este afrodisiaco que despertará polémicas por liberar su sexualidad, su mente, su cuerpo y les hará expansivos sin exceso.

Y por si esto aún no fuera suficiente, sepan que sus amigos comenzarán a apreciarles nada más comenzar su ingestión, sus parejas permanecerán a su lado sin aburrirse jamás y sus hijos, tengan o no, serán comprensivos con sus arbitrariedades.

Así que, ya ven, lo quieran ustedes o no, pueden aplaudirme y reír, jugar a ser niños otra vez, para no precisar la adquisición de mi oferta promocional.

Aplaudan, por favor, no lloren más, y sigan su camino.

Aplaudan o cómprenme algo para que pueda reposar esta noche bajo un techo, ahora que no puedo alimentarme, no puedo regresar al basurero... (pausa)

discúlpenme... (un trago).

Por favor, señores, lo único que pido es que me escuchen, me escuchen y me aplaudan si les complace cuando yo termine de hablar.

De poco les ha de servir este producto que da la felicidad...

Buenos Aires, BA-20010117

El rebelde

El jueves pasado ocurrió algo verdaderamente insólito en mi vida.

Yo acababa de caer enfermo y no podía levantarme de mi cama, leía incansablemente (y sin embargo muy cansado) el último libro de Paul Auster que había adquirido en Buenos Aires. Debía de llevar leyéndolo algo más de cuatro horas seguidas, desde su comienzo a las diez de la mañana, cuando sonó el portero automático.

La verdad es que no creí que pudiese ser nadie conocido, porque a las dos del mediodía mis conocidos están todos trabajando o en algún lugar remoto. No sé porqué he dicho remoto, pero seguramente me refiero a mi amiga de Buenos Aires, que la tengo tan presente en mi cerebro como para dedicarle unas líneas de este relato improcedente. Bueno, el caso es que más bien pensaba que la interrupción sería el cartero o la típica llamada intempestiva que siempre hace que tenga que desconcentrarme cuando estoy escribiendo para decirme que son propaganda comercial. Por supuesto que la propaganda siempre es comercial, incluso la propaganda política es comercial. Total, que me decidí a ponerlo de excusa para estirar las piernas un poco, salir de la cama y contestar el telefonillo.

- ¿El ruso? – pude oír al otro lado de una voz sonora y grave. No comprendí muy bien y estuve un largo rato sin dar una respuesta, pero, por otro lado, el desconcierto tampoco me dejó capacidad de reacción para decir un no, que, además, igual no era lo que debía decir. Bueno, realmente, no supe que contestar y la voz resonó de nuevo preguntando:

- ¿Vive ahí “El Ruso”, el escritor? – y entonces, a la velocidad a la que se disparan las balas eléctricas de las sinapsis, reaccioné, dándome cuenta de que ese era yo. Más bien, *había* sido yo, pero, aún así, la respuesta podía ser afirmativa. Ante lo que él dijo, si podía subir a hablar conmigo. Su acento respetuoso y saber que alguien que me conocía por ese nombre era alguien que me conocía desde hacía mucho tiempo, hizo que confiase en él y le dejase subir, si bien mis ganas de hablar con alguien ese día eran poco menos que inexistentes por culpa de mi maldita enfermedad. Me sentía sucio y cansado, la vista también cansada de tanta lectura continuada y podía notar las contracturas campear como cosacos cabalgando a lomo de los músculos de mi espalda.

Por culpa de una gorra desaliñada pero muy abrigada, durante mis años de infancia me apodaron “el ruso” tanto en el colegio como más tarde en el instituto, pero ya había olvidado completamente que fue el seudónimo bajo el que firmé mi primera novela. Yo no debía contar ni los 18 años cuando conseguí terminar un libro del que me sentía demasiado orgulloso acerca de las aventuras de unos presuntos supervivientes a una guerra mundial global. En aquellos entonces era algo que andaba en boca de todos. Posiblemente, si hubiese escrito cinco años antes, habría narrado algún encuentro más o menos inexplicable que sólo dentro de la ufología podría tener una explicación con visos de ser científica, es decir, una explicación que pretende saber cuál es la verdad. Pero en la época en la que yo escribí mi primera novela, vivíamos informándonos de las distancias desde las bases nucleares próximas a nuestros hogares, el tiempo de vida estimado en caso de supervivencia en ambiente radiactivo... bueno, esto era, como aquel que dice, el pan nuestro de cada día.

El libro se titulaba, y aún se titula (aunque hoy esté envuelto en una gruesa capa de polvo marrón recubriendo las hojas de cuadros amarillentas), *Los Rebeldes*.

Estos *rebeldes* eran una especie de sublimación de mis juegos infantiles, aún muy recientes, en personajes, amalgamada con la influencia masiva e indiscriminada de la televisión, especialmente, todos los telefilms norteamericanos, que trataban de pobres hombres alejados de sus verdaderas pertenencias, nobles individuos privados de sus derechos reconquistaban... robando, saqueando, matando a diestro y siniestro con pocos miramientos, sus posesiones iniciales y, no contentos con eso, se convertían en conquistadores y arrebatores de los derechos y posesiones de los vencidos. Bueno, quizás es la moral tierna y dulce de la ley del talión, muy bíblica y, *por ello*, muy elogiable. Aún no estaba tan de moda como ahora la del pacifista que pone la otra mejilla. Pero yo era y soy un escritor del tiempo en el que vivo, seguramente como todos, se podrá decir, pero yo no lo digo, yo escribía sobre lo que me preocupaba entonces y ahora escribiría sobre lo que me preocupa ahora; de hecho, eso hago, pero esto me está desviando del propósito de este relato.

Al primer golpe de vista en la puerta de casa, chaqueta de cuero marrón, pantalones de pana *beige*, botas altas, una gorra de piloto de aviación pero sin ninguna señal o distintivo castrense, un rostro endurecido, como con restos de arena de mil desiertos entre las

arrugas marcadas en su frente, ojos azules cálidos y algo envejecidos, este hombre me pareció conocido, pero no supe quien podía ser y creo que jamás lo habría adivinado.

- Hola – dijo en la misma voz que antes, pero esta vez mucho más dulcificada, como queriendo serme agradable – ¿tú eres “el ruso”?.

Sin duda, el hecho de que no me conociese personalmente me turbó algo, pero en este mismo instante no puedo recordarlo. Sé que contesté que sí y le invité a sentarse. Lo hizo. Se quitó la gorra que no se atrevía a dejar apoyada en ningún sitio y la sostenía entre sus manos como quien va a pedir un aumento de sueldo.

- Venía a... bueno... - titubeaba. Me pareció extraño que un hombre tan enorme, debía de medir fácilmente 1.85 y de una complexión ancha, marcial, pudiese vacilar ante mí y me dio la oportunidad de verme superior, por ello, le ofrecí algo de beber que agradeció y nos servimos dos cervezas de lata. ¡No!, ahora que me acuerdo, sólo quedaba una, pero yo preferí no beber alcohol (por la enfermedad) y abrí para mí una botella de mosto.

Al verle sentado en mi sillón, que le quedaba claramente pequeño y hasta tenía que agachar la cabeza para no golpearse con el abuhardillado de mi casa, cobró un aspecto algo ridículo y me hizo sentir, de nuevo más confiado y dueño de la situación me disculpé por no reconocerle como si debiera haber sido capaz y le pedí que me dijese su nombre.

- Sony Jones Williams. – Dijo, mirándome a los ojos como si creyese que para mí debía de haber sido fácil reconocerle. Palidecí por un momento pero luego me senté en la silla y lentamente recuperé el calor. Me di cuenta (creía) de que me estaba tomando el pelo, pero él también se dio cuenta y repitió, esta vez mirándome más tiernamente:

- Sony Jones Williams. Soy yo. Soy el protagonista de tu libro, ese que sigue en el suelo del armario...

- Mira, creo que esto está llegando un poco demasiado lejos. Verás, no me encuentro bien y no me importan las bromas, es más, me encantan, pero hoy estoy cansado y tengo cosas mejores que hacer que...

- Pero es que – me interrumpió vivamente – de verdad que soy yo. Ya sé que puede ser un poco raro, pero necesitaba venir y ... - ante mis ojos, se echó a llorar sin mediar más palabra. De verdad, como lo oyen; entre sus manos caían lágrimas que surcaban sus curtidas mejillas. No podía creer que él, este tipo, supiese ni siquiera nada acerca de esa novela que nadie sabe donde está. Tan sólo yo. Sí,

pero alguien puede que haya sabido algo. ¿Cómo?. No sé, pero no puede ser... finalmente, teniendo en consideración que sabía algo que no mucha gente sabía y que no me había tratado mal, con un cierto escepticismo, decidí oír su historia. Igual me enterneció su llanto, pensándolo con más calma.

Parece ser que estaba harto de ser un personaje de libro de ciencia ficción que además ni siquiera iba a ser conocido por el público. Me dijo que él venía en representación de los demás, que habían estado hablando y necesitaban que yo me pusiese a trabajar de nuevo en esa novela para acabarla y publicarla. Ni siquiera se avino a razones cuando le expliqué, lo que oyó con una boca abierta de asombro, que ya no parecía que fuese a haber un riesgo de guerra nuclear total, que ahora Rusia y Estados Unidos son amigos, que el comunismo no existe o como si no...

- Pero sigue habiendo naves espaciales y nosotros podríamos...

- ¡No!. Bueno, no es eso, pero tampoco se utilizan muchas naves para viajes tripulados, en realidad, es absurdo, teniendo en cuenta que se pueden enviar sensores inteligentes que reporten lo necesario.

Claro, me daba cuenta de que, si realmente lo que decía era verdad, yo estaba quitando todo el sentido a su vida, si es que un personaje de libro puede considerarse un ser vivo, pero no podía ni quería ocultarle la realidad. El problema estribaba en que su realidad y la mía no eran la misma y él quería que yo, desde mi realidad, escribiese la de ellos. Por un momento me sentí culpable de no haber hecho todo lo posible por publicar el libro, por divulgarlo para que viese mundo y conociese esa realidad que tanto tiempo le había sido sepultada. Aunque, también me daba cuenta, era la misma realidad que a ellos les había sepultado en el fondo oscuro y sucio del suelo de mi armario.

No nos estábamos entendiendo. ¡Que extraño!, una criatura creación mía y, sin embargo, parecía imposible que hablásemos el mismo idioma. A tal punto llegó la incomunicación que el silencio se hizo espeso, tan solo roto por el repiqueteo juguetón de los cubitos de hielo de mi vaso de mosto que se había terminado. Me levanté y fui a la cocina a rellenarlo y le pregunté si quería otra cerveza pero me indicó que no con la cabeza. Cuando volví al salón, él se había ido, la puerta aún estaba abierta y me senté en el suelo a intentar comprender qué es lo que había pasado.

Por un momento, habría pensado que todo hubiera sido una pesadilla fruto del delirio de la enfermedad, la maldita enfermedad

que me ataba a mi casa, pero me extrañaba la claridad con la que recordaba todo, hasta el más insignificante detalle de lo que había pasado. Pero, todas las dudas se disiparon esta tarde cuando, afortunadamente repuesto de mis males, he recibido una llamada telefónica y he reconocido su voz diciéndome que se iban. Tan sólo unas escuetas palabras más bien incomprensibles y que me han empujado a que, por curiosidad, rebuscase en mi armario el manuscrito del que, insólitamente, se han borrado innumerables párrafos irrecuperables.

Paradójicamente, en un modo de realidad muy actual, su acción reivindicativa me ha parecido claramente rebelde e incluso ejemplar, lo que he querido reflejar en este relato que, de alguna manera, escribo un poco como despedida y disculpa por el trato que hasta ahora he dado a todos los personajes que he creado.

Y un pensamiento: no sé si me atreveré algún día a escribir una historia de terror.

Aeropuerto

Será que mañana tengo que coger un avión (tomarlo, como decís vos), el caso es que me puse a pensar en ello y en el miedo que le tengo a los aeropuertos. Sí, porque a mí no me asustan los aviones. Al fin y al cabo, lo único que puede sucederte es que se quede sin fuel o que se escacharre y entonces, ¡chof!, se espachurra contra el suelo como un huevito pisoteado por un elefante. Ya ves, sabes perfectamente lo que te va a pasar en un avión: o llegas o no. Pero los aeropuertos...

Yo te lo dije muchas veces pero nunca me hiciste caso. Creías que te iba a pasar algo en un avión, pero tenías que volverte, casi como con la frente marchita, casi como si no hubieses venido, casi como saliendo de mi vida en una ventanilla triste, plagada de policías en una terminal absurda. ¿Te pasó algo en el avión?. No. Ya te había pasado y te habría de pasar, pero nada; en el avión no te pasó nada. Dormiste como una pequeña, como una cría.

Luego de llegar a casa, me enviaste un mail. Yo me moría por tener noticias tuyas. El maldito aeropuerto frío había absorbido tus lágrimas rodadas. Te quemaste en ese momento. Te quemaste ante mis ojos en un instante sin que yo pudiese hacer nada. Tu vida fue segada, tu vida fue mordida por las malas leyes que te robaron de mí. Te apartaron, te me muriste allí mismo y yo no supe qué hacer.

¿Te acuerdas de cuando te conté lo que me pasó en el aeropuerto de Bangkok?. Estaba lloviendo y tú ibas vestida de azul. Te sentaba muy bien el azul. Hacía juego con tus ojos y sabías lucirlo. Eras coqueta aunque parecía que nunca hubieses pretendido serlo. Estábamos sentados en el bar que te gustaba en Malasaña, en el que pinchaban siempre esa música que te traía recuerdos de tu tierra. ¿A que ya te acordás, boluda?. No te enfades porque te llame así. Venga, tonta, no te enfades. ¿Te acuerdas ya?. Yo había conocido a un tipo (creo que se llamaba Miguel) en el vuelo de vuelta desde Sydney y me pidió que le ayudase con el idioma. Se le veía tan desvalido. Y tú no me digas nada, porque sé que habrías hecho lo mismo, ¿o no?. Bueno, pues lo que te decía, cómo iba yo a saber que el pobre hombre tenía problemas de corazón. Llegamos con retraso para hacer el transbordo en Bangkok para agarrar el enlace. Teníamos no más de una hora para recorrer andando todo el maldito aeropuerto y yo no hacía más que oír por megafonía la última llamada para el vuelo 571 de la Thai, destino Madrid. Miguel

no se enteraba de nada. Menos mal. Yo corría como loco pero él no podía seguirme. Sacaba la lengua cada tres pasos y me decía “¿queda mucho?”. Si yo hubiera salido corriendo podría haber llegado al vuelo, pero no podía dejarle así, ¿lo entendés?. Tuve que ser un buen samaritano y ayudarle con las maletas; pero así era peor porque entonces ya no podía separarme de él. Estábamos completamente vinculados, encadenados, con un destino sincrónico. Cuando alcanzamos el control aduanero, junto antes del embarque, yo ya había dado por perdido el avión, pero él aún tenía esperanza y casi me empujó, ¡de verdad!, casi me tira al suelo. Los policías no dijeron nada y sólo me cachearon rápido y me dejaron ir. Estaba tan nervioso que me temblaban las piernas. Había andado unos pasos cuando volví a acordarme de Miguel.

Él estaba en el suelo unos metros más atrás. Al parecer, no se había dado cuenta de advertirles o no supo decirles que llevaba un marcapasos y que interferiría con el control. Se cayó entre mis dedos como una hormiga. Los guardias pidieron que me apartara si no tenía nada que ver con él y yo insistí en quedarme. El avión fue avisado. Me esperaron. Me atropelló una camilla de socorristas. Me echaron y tuve que irme. Yo no quería, ¡de verdad!, pero tuve que irme.

Desde entonces en cada aeropuerto me arrancan algo.

La última vez, un cachito de mí se fue contigo y soy menos persona, estoy menos entero, no sé. Tengo miedo a seguir perdiendo esos cachitos, desparramarlos por un mundo inabarcable. Supongo que no es otra cosa que miedo a la soledad ahora que te me has ido, aunque esté pensando en agarrar un vuelo e ir a verte, llenarte la cabeza de ideas locas, de obras de teatro que serán un éxito, de cine, de ensayos, de risas y amistad; y volveré a contarte el miedo que me dan los aeropuertos, lo que me pasó una vez volviendo de Australia, el miedo que tengo de perderte, el miedo que tengo a encontrarme de frente con la muerte.

No me da la gana

Cuando el origen del universo es transversal y la lucha de titanes no tiene sentido, es cuando los avestruces se me salen de entre los huesos para volar libres por las calles del cielo, por las autopistas del infierno que se dirigen indignas a las cúpulas de la noche.

Le dije que no podía pasar más tiempo así y ella gimió y dijo que tampoco. Yo sabía lo que iba a pasar y sin embargo, se lo dije. Ella sabía lo que iba a pasar y sin embargo, vino a casa a sacrificar su soledad para que muriésemos los dos. Afortunadamente, su fuerza levantó la claraboya de la ilusión y llenó de luz este cuarto bajo el sol.

No me da la gana perder a mi mejor amiga.

Si la pierdo, el origen del universo me parece una gilipollez y no quiero escribir porque no quiero vivir. Es muy concreto y más fuerte que yo mismo, más enérgico que un arco voltaico desde los anillos de saturno.

A veces, dejo que el tiempo pase sin preocuparme por saber dónde estoy en el mundo, es como si uno se dejase ir en un velero que surca mares de papel, pero de cuando en cuando, la proa encalla en el barro de la soledad y hay que hacer un enorme trabajo para poder salir. A veces, muchas veces, yo solo no puedo. Ni con la pasión que está conmigo en cada amanecer, en cada anochecer, para sentirme menos solo en este universo que no entiendo.

No quiero citar a Aute, pero casi no puedo evitarlo.

*Quisiera que supieras
que no tengo otro deseo
que estar entre tus brazos
como quien pide consuelo
sentirte toda mía
sin lujurias ni misterios
como siento la sangre
que circula por mis versos.*

Un minuto más y mi corazón se habría endurecido hasta no querer abrirse, sentía que quería quedarme ciego completamente, estaba acurrucado contra el suelo sin poder levantar ni una pizca de mi dignidad y necesitaba ayuda. No me da la gana querer morir. Pero hay días que es tan difícil vivir...

Hoy ha sido uno de los peores días de mi vida y he vuelto a saber lo que sabía. No descubro nada y no escribo nada nuevo.

Supongo que me tengo que conformar con escribir, con escribir un nuevo verso, una línea más en este trabajo infinito que me lleva allí mismo, a un infinito en el espaciotiempo que no se va a escapar de mí porque no tiene a donde ir. No puede pagar el peaje de las autopistas de las primeras líneas.

Llegó y salté del parqué a sus brazos y lloré. No podía articular palabra. No tenía nada qué decir, supongo, pues las palabras, a veces, nos impiden hablar; nuestras propias palabras. Sólo podía hacer lo que hice. Abrazarla y llorar en su hombro la debilidad que padezco ante su ausencia. Sin reproches. Caricias. Mocos y más mocos, lágrimas sin fin. Un charco de coca-cola borra las manchas del miedo.

Me alegra ser más tonto de lo que me creo capaz y equivocarme, pues no me da la gana pensar qué podría llegar a hacer si perdiese mis tres vidas.

Hoy es uno de los días más felices del año que comienza.

A Sylvia

Frustración

Llevaba eludiendo el problema durante más de seis meses. No podía seguir así. Mi empresa está en quiebra y yo presumo de saber configurar perfectamente un sistema operativo serio como es el Linux.

Ayer llegué a casa decidido a enfrentar el problema. Iba a instalar el modem a toda costa. La tarea resultaba simple a primera vista, pero luego fueron surgiendo pequeños problemillas, que si el dispositivo era sólo funcional bajo windows, que si las direcciones de memoria ya estaban asignadas, total, que me vi envuelto en un maremagnum de papeles incomprensibles que llenaban mi mesa y no me dejaban pensar con claridad. Esto es realmente la excusa que me pongo para explicar lo que pasó. El caso es que no recuerdo muy bien qué comando tecléé, pero, después de seis horas de mirar una pantalla poco amigable, me vi forzado a admitir una posible derrota y, por ello, decidí rearrancar el ordenador. En cuanto lo hice me di cuenta de que algo no iba bien, de que estaba apagándose como demasiado rápido y no me pareció normal. Luego, no arrancó más. Eran las dos de la madrugada y en el calor de las sábanas latía el corazón de mi mujer. El mío estaba ardiendo de vergüenza, pensando que me reconozco orgulloso conocedor de estos sistemas. No supe arreglarlo, pero eran las dos de la madrugada y tenía sueño. Me fui a la cama, junto al corazón latiente que calentaba las sábanas y lloré, lloré como un niño sin su cumpleaños, en el silencio de la noche, por no ser capaz de resolver un problema que parecía sencillo.

Hoy, el miedo se ha apoderado de mí y lo llamo prudencia y hago copias de seguridad de todos mis discos y escribo estas palabras en este ordenador pensando que puede no volver a funcionar mañana y sigo sintiendo esa vergüenza porque no sabría qué hacer para arreglarlo...

Crimen

Acabo de terminar de comer y aún no sé qué hacer con el cadáver. Estoy nervioso y mis manos tiemblan mientras escribo estas frases sin sentido para pasar el tiempo, haciendo como que no pienso en ello, como que no existió jamás... es un intento vano pues ella está en la cama mirándome desde sus ojos mate.

Llego a la esquina de siempre y me dice que si tengo cigarrillos. De sobra sabe que no tengo cigarrillos, pero da igual, ella me dice lo de siempre y yo la miro y le digo que no tengo. Sobran las explicaciones. Vamos. Dice. Siempre he tenido fantasías pero no había pensado que termina así. No. No lo había pensado. Esto no me excusa, pero no hay que excusarse, no hacen falta explicaciones. Le digo que a mi casa y la conduzco alocado: cinco pasos delante de ella para no crear sospechas. Todo el mundo sabe.

El portal se abre a la primera, no como otros días y subimos a casa. Se empieza a quitar, sin dirigirme la palabra, la blusa de reja blanca que apenas cubre sus tetas caídas. No hay ninguna excitación excepto por lo que sé que voy a hacer.

Apaga su cigarro contra el suelo y le grito que no me marque el parqué. Necesito que esté limpio, como todo. No lo manches, puta. Ella me mira y se acuesta en la cama. La cama está llena de estrellas y yo no las he quitado. Ve al baño primero. Quito las estrellas y la luna. Vuelve y se tiende boca arriba en la cama. Las piernas cuelgan.

Me repite la maldita morcilla. No sé porqué he comido algo tan fuerte. Los nervios me atenazan la espalda y me hacen estar más erguido de lo normal, forzando la vista frente a este monitor que lo presencia todo.

Me voy a la cocina y traigo un cuchillo. Grita. Está como enloquecida y aún no la he tocado. No lo entiendo. No sabe nada. Estúpida. Te voy a matar, pero no te voy a acuchillar. ¿No te das cuenta de que mancharía mi cama con tu sangre animal?. No se da cuenta pero se da cuenta de todo. Sabe que no quiero sexo y que quiero todo el sexo del mundo, el que sólo cabe en los sueños, el que sólo cabe en la poesía, el que se sale del mundo de los vivos para matarla. Le dirijo una mirada intentando ver algo agradable. Nada. Aterrada, agarra su bolso e intenta abrirlo. Soy más rápido. Estúpida, te voy a tener que rajar como no te estés quieta. Pero no se está quieta.

Tiemblo. Mis manos se lanzan veloces contra su intento y me araña. Aún cree que sus uñas sirven de algo. Ajada y moribunda, sus lágrimas han vestido de verde y negro sus mejillas viejas, arrugadas. Da asco. Quiero mirar hacia otro lado, pero no quiero que ella siga allí, mirándome y llorando. Te voy a dar una hostia como no te calmes. Pero no se calma. Con el paraguas del revés le abro una brecha en la ceja izquierda. ¿Lo habrán oído los vecinos?. No. No han venido aún de su trabajo.

No sé si quiero tomar un café. No. Mejor no. Un café me pondría más nervioso y tengo que ser capaz de deshacerme de su cuerpo. Ahora no me vale para nada. Así no.

¡Mierda!. Logra abrir la ventana. Otro paraguazo en su cabeza la ha dejado inconsciente. Cierro la ventana. Salto a horcajadas sobre ella y le quito la blusa. Esa estúpida blusa tan desfasada como toda su vida. El pantalón se abraza con fuerza a sus bolsas celulíticas. Me dan unas ganas horribles de sajarlas con el cuchillo. El mango negro de plástico está resbaladizo por mi sudor pero la hoja está seca y brillante. Se me cae. ¡Mierda!. No puedo perder la calma ahora. Sé lo que tengo que hacer. Corto las perneras de su pantalón que se desploma como piel de conejo en una carnicería. Sus piernas están llenas de cardenales, pero yo no he sido. Tiene unas bragas rojas que pretenden ser eróticas resultando grotescas. Da pena. O asco, no sé. Ato sus manos a la espalda y sus pies con una soga de esparto áspera y ruda. No me preocupa, pero sé que le duele. No importa. Descubro que su pelo es una peluca y bajo este cae una lacia pelambre gris. Está desnuda. Está en mi cama. La golpeo en la cara con furia y descargo mi fuerza en ella. Es un deporte, no se entera. Sangra por varias heridas en su cara. Al final no pude evitar su sangre. Tendré que limpiar todo esto. Vuelve en sí. Puedo hacerte feliz. Ya lo haces. No, así no...pero yo quiero que sea así. Aprieto con el paraguas su cuello y va dejando de respirar. Hace muecas horrendas con la cara. Abre la boca pero no puede hablar. Ya no puede hablar. No me va a volver a pedir cigarrillos. Y se queda así, con la boca abierta y retorcida, el paraguas casi incrustado en el gaznate, desnuda, mirándome con la mirada mate de la muerte mientras escribo este relato y la contemplo. Me estoy tranquilizando. Tengo que pensar. ¿Cómo puedo deshacerme del cadáver?.

El Jardín

Entré en el restaurante sabiendo que iba a matar a alguien pero aún no sabía a quién. Eso, realmente, no era tan importante. Lo verdaderamente importante era la forma en la que había decidido hacerlo: mordiéndole el cuello como si fuese un vampiro. El primer problema es que no tenía reservada mesa y, claro, igual tenía que discutir con el camarero y eso restaba diversión a aparentar un cliente modelo que cae bien, es simpático, encantador, hasta seductor con alguna camarera que venga a recoger las migas de los comensales anteriores. Pero no fue un problema y en el fondo del salón me pude acoplar. Descargué lágrimas antes de pedir el menú pues sabía que no quería hacer lo que iba a hacer. Me descarrilaría para siempre del mundo cómodo de la publicidad. Lástima. Pero el cuello tentador de un gordito al que le caían pequeñas gotas de sudor por la cara, resultaba tan apetitoso que cuando se acercó el meitre aún estaba extasiado con la contemplación de su deglutir rítmico.

- Unas alubias, por favor.
- En seguida. – dijo el mesonero y se retiró con un papelito en el que había apuntado algo.

Seguro que sabía algo... No. ¿Por qué había de saber algo?. Está claro que cada día soy más paranoico. Aún ni yo mismo sabía muy bien cómo le hincaría el diente al cerdito rosado que comía en la mesa de al lado. Masticaba testarudo, como si no supiese que iba a morir, sus últimos pedazos de bistecq poco hecho, embadurnado de aceite. Recordé por un instante las conversaciones sobre comida sana que siempre tengo con mi esposa y me lancé bruscamente a su espalda armado con el cuchillo de mi cubierto. No supo reaccionar con la pasividad que yo esperaba y se abalanzó hacia mí. Era una mole de más de ciento veinte kilos y yo no había previsto eso. La silla crujió y se hizo añicos mientras mi mano se hundía en su gaznate hasta la altura de la muñeca. No sé cómo cupo tanta carne mía en lo que era su cuello. Sorpresas que da la vida. En este caso, la muerte, claro, para hacer el chiste que siempre es necesario.

Una camarera, impactada, dejó caer mi comida al suelo, con lo que tuve que matarla, sin ser esa mi intención, lanzándome, con más fuerza que contra el gorrino desollado, para que no pudiese gritar. Su silencio fue sellado con un beso en el que le

arranqué parte de sus labios y lo escupí pues estaba muy pintada y le daba un amargo sabor seco y desagradable. A su expresión también, de hecho, ya lo había notado, pero eso no era para haberla matado. Es que necesitaba alimentarme y casi nunca encuentro la sangre que requiero.

Luego me senté en mi silla otra vez e intenté rebanar una tajadita del pescuezo del mofletudo que aún seguía manando sangre a borbotones negros, pero el cuchillo resbalaba y no acertaba a segar un fino filetito con lo que me contenté con chuparme los dedos y pedí más vino.

Desde las otras mesas llegaba un griterío insoportable y decidí llamar al meitre para pedirle explicaciones o exigir, incluso, que pusiese fin a aquella algarabía si estaba en su mano, antes de que le pidiese el libro de reclamaciones y tachase su buena reputación con una mancha imborrable.

Cuando él entró, en sus ojos pude ver claramente que había algo que no andaba bien. Palideció y se detuvo frente a mí a dos metros, como asustado, y parecía no ser capaz de articular palabra. Así que yo tomé la iniciativa:

- Por favor, puede traerme ya las alubias y, de paso, pídale que se callen, que no hay quien coma tranquilo en este sitio.

Supongo que yo había esperado algo más apacible, bucólico incluso, llamándose El Jardín, pero, como otras veces, me equivoqué. Además, no conseguí suficiente sangre y hube de irme, sin ni siquiera esperar a las alubias, a una casquería del barrio en la que me atendieron muy satisfactoriamente, pero eso ya forma parte de otra historia.

El día que llego tarde la coordinadora

A pesar del título, fue un miércoles completamente normal en el que me desperté a las siete y media, pero anduve remoloneando hasta cerca de las ocho y cuarto cuando ya era tarde para que Carmen tuviese el desayuno preparado. Me levanté un poco enfadado conmigo mismo y, quizás, con restos de resaca. La noche anterior había sido dura, de casi borrachera hasta alcanzar la altura del retrete. Pero no fue para tanto. Finalmente, pude dormir tranquilo y lo más duro fue el despertar. Entre sueños, acerté con el tiempo de la leche en el microondas y preparé dos medias noches con mantequilla. El cola-caó no había quien se lo bebiese, pero me empuñé en ser más fuerte que él y lo logré. No pude con las medias noches.

Tras un rato con el Conde de Lautreamont, fui a trabajar a eso de las diez y media, aunque no habría pasado nada porque no hubiese aparecido. De hecho, tuve tentaciones de no ir. Nadie se habría enterado. Afortunadamente, ahora no me da por pensar en los lúgubres planes de suicidio y el modo en el que se iría enterando el mundo. Eso sí que es imperfecto.

A las doce del mediodía le propuse a un compañero ir a tomar un café, que andaba precisando, y salimos a la cafetería de la esquina. Alfredo Landa en persona nos atendió. Yo le había apodado así por su enorme parecido, físico y expresivo, con el actor. Comí una ración de churros que sabía que no me iba a hacer nada bien al estómago, pero estaba dispuesto a asumir el riesgo, teniendo en cuenta que estaban recién hechos. Aún podía verse el humo y notarse crujientes y dorados sobre la bandeja de latón amontonados.

A la vuelta en la oficina, seguí perdiendo el tiempo, que, por desgracia, es para lo que me pagan actualmente, y charlando con unos y con otros acerca del único tema del que versan todas las conversaciones desde hace mes y medio: la suspensión de pagos. Estábamos a fin de mes y no sabíamos, ni aún hoy, a primeros de mes, si nuestras nóminas iban a ser abonadas o no. Por suerte, yo no dependo de ello, pues creo que estaría teniendo muchas ganas de asesinar a alguien, teniendo en cuenta, además, el especial apetito sádico que estoy destapando a ritmo de lecturas que, seguramente, puedan calificarse de inapropiadas.

Una empresa se había interesado por mí, pero a mí no me interesaba esta empresa, sin embargo, tuve a bien ayudarles a buscar, entre mis compañeros, próximamente desempleados y actualmente desesperados, alguien que se pudiese ajustar al perfil que se requería. Lo que no podía imaginar entonces era que ese perfil iba a ser así.

Jose María, colega de mi propio departamento, interesado en uno de los puestos que estaba necesitando cubrir la empresa, me agradeció el interés y mediación para que él ocupase el cargo y, al mismo tiempo, se ofreció para presentarme a una chica que trabajaba en otro departamento que podía estar muy atraída por la otra vacante.

Fuimos andando hacia donde ella trabajaba pero en la segunda planta, antes de llegar, nos la encontramos y me la presentó diciendo: "Esta es Ruth". Yo estaba dos escalones por debajo del descansillo donde ella fumaba un cigarro y nos miramos. Un reconocimiento inconsciente de su cuerpo me hizo tragar saliva delante de su perfil de curvas afiladas: pechos sobresalientes emergentes como misiles nucleares, embutidos en un jersey feliz de roja lana virgen. Inmediatamente, intentando no perder la compostura ni la frialdad que me caracteriza como profesional, volví a mirar sus ojos de los que no desprendí la mirada con una obsesión tal que hizo consciente lo que hasta entonces no lo había sido. Mi pantalón se abultaba y temía las consecuencias que algo así podía deparar. Alcé la rodilla izquierda los dos peldaños que aún nos separaban y, de este modo, camuflé lo que no quería hacer patente. Durante cinco eternos minutos, trescientos interminables segundos, miré sus ojos convulsivamente, sin pausa y sin calma, intentando mantener una conversación más fluida que mis hormonas desbocadas. Una segunda conversación estaba teniendo lugar dentro de mí preguntándose si ella estaba notando algo; si alguien estaba notando algo. Sonrió y creí que entendía lo que me estaba pasando con lo que estuve cerca de perder el equilibrio. La mano derecha, agarrada a la barandilla de la escalera, sudaba incesantemente gotas que caían por entre mis dedos. Sin embargo, en contraposición, mi boca se estaba quedando seca y me resultaba difícil hablar, así que, lo más brusco que pude, pero intentando ser cordial, concluí la conversación diciéndole que tenía muchas cosas que hacer y salí disparado a mi pequeño cubículo a hacer como que trabajaba, aunque sólo fuese para mí.

Ese día salí pronto del trabajo y vine a comer a casa. A las tres y media había quedado con mi amiga Sylvia a quien le conté todo esto y se estuvo riendo durante lo que me pareció un minuto ininterrumpido. Imagino que era gracioso, pero aún me resulta difícil aceptar que mi cuerpo toma sus propias decisiones y no puedo controlarlo.

Después del café, aproveché un rato para mí solo en el que vine a casa e intenté escribir algunos poemas, pero no podía desprenderme de la imagen antigravitatoria de aquellas tetas tirantes, curvas agresivas, violentas, crueles, impías. Creo que sólo conseguí escribir dos poemas. Los titulé poemas esféricos.

Pero, aborto en mis meditaciones hormonales, casi se me olvida que estaba a miércoles y que tenía que ir al taller de poesía, con lo que salí corriendo, agarré mis trastos y me presenté allí, incluso, unos minutos antes de la hora. E incluso antes de que Paula llegase, pues tuvo un atasco que nos permitió a los presentes charlar un rato y distender nuestras tiranteces, las normales, supongo.

Cuando salí, tenía una cita con mi querido Alberto Luna y nos fuimos a una arrocería fantástica en la que volví a narrar mi peripecia glandulosa que había tenido por la mañana y, curiosamente, no me sorprendió que él también se riese. La cena fue fantástica y posiblemente repetiré mañana con mi mujer a quien le debo una apuesta. De todos modos, conseguimos que no se extendiese demasiado y nos retiramos temprano a descansar.

Carmen estaba aún levantada y nos besamos apasionadamente. Sus labios recorrieron los míos con la dulzura de su miel y entre sus brazos, jugué a dejarme caer entre sus pechos y besarla, mordisquearla ardiente hasta que nos enredamos en algo que prefiero no narrar con lo que terminó ese miércoles en que llegó tarde la coordinadora.

Una noche en Bangkok

Hace un año escribí una historia sobre una tarde en Bangkok en la que había sufrido la emoción de viajar en un tuc-tuc. Desde luego, eso fue emocionante en un sentido muy distinto a la triste despedida de George al amanecer.

El único sábado por la noche que pasamos en la ciudad de los diez días que estuvimos, mi amigo Iñaki y yo queríamos disfrutar de un poco de diversión. Pero había un pequeño problema, nadie en el mundo cree que se pueda hacer otra cosa en Tailandia que no sea turismo sexual, especialmente un par de jóvenes chicos occidentales.

Esa noche cenamos en el restaurante del hotel, pero procuramos terminar antes de lo habitual pues nuestras charlas se hacían interminables y tenían que pedirnos que nos retirásemos para poder recoger. Nuestra intención era terminar alrededor de las doce de la noche para luego ir al centro de la ciudad o a algún barrio divertido donde poder tomar unas cervezas, bailar un rato... algo que, según nos dimos cuenta, no era tan sencillo.

Cuando hubimos terminado, le pedimos al conserje en recepción que nos sugiriese un lugar a donde ir y nos indicó un lugar apuntándonoslo en un papel con membrete del hotel. El precio previamente convenido era de 500 bats, lo que equivalía a 2.500 pts. Además, acordó con un taxista el recorrido para que no nos perdiésemos. La tarifa del taxi también estaba prefijada en 100 bats. Mientras esperábamos la llegada del taxi, pregunté a nuestro ayudante sobre la posibilidad de ir a otra zona, pues yo había oído hablar de pad-pon, pero nos alarmó contra esto diciéndonos que en ese barrio mataban a más de dos turistas cada noche. Luego, llegó nuestra limusina y nos embarcamos atravesando el mar caótico del tráfico en una ciudad que no duerme nunca, un hormiguero de actividad febril y, al mismo tiempo, desestresada con una forma de paz interior que sólo es comprensible desde el punto de vista de la mentalidad oriental. Finalmente, nuestro chofer detuvo el vehículo y nos dejó salir haciéndonos señas para mostrarnos la puerta de una especie de garaje que parecía ser nuestro destino.

Bajamos del coche y este no tardó ni quince segundos en desaparecer y, con él, la única iluminación del callejón en el que estábamos. Así, que nos pareció una idea razonablemente buena acercarnos a la nave de puertas metálicas. Un hombre bajito nos

preguntó si queríamos entrar a través de una rendija y contestamos que sí, pero cada vez nos gustaba menos la idea de seguir adelante. Una vez dentro, cerró tras nosotros y quedamos enfrentados a un tinglado en el que se jugaba a las cartas y los dados en el suelo. Eran como unos diez hombres ruidosos que nos miraron un instante y luego siguieron absortos en su juego vociferando sin cesar en su idioma incomprensible. Al preguntar el precio al mismo hombre bajito que nos había abierto, nos dijo con una parquedad inigualable: 600 bats. Yo quise discutir o regatear el precio, pero el grupo de jugadores nos devolvió una mirada explicativa que me disuadió de seguir ese camino. Pagamos lo que nos pedían y nuestro pequeño guía nos dijo que la primera bebida estaba incluida. Canjeó nuestro dinero por dos tickets y nos encaminó a otra puerta, tras de la cual comenzaba el espectáculo.

Cincuenta pupitres como los de mi instituto rodeaban un minúsculo escenario pésimamente iluminado sobre el que una pareja se iban desnudando sin que se pudiese apreciar el menor atisbo de sensualidad, mientras hicimos efectivas nuestras bebidas en la forma de dos vasos de cerveza sucios y sin apenas gas que nos sirvió un camarero sonriente, que parecía querer decir “otros dos estúpidos que han pagado 600 bats por entrar aquí”. Agolpados aquí y allá, se podían ver grupos de turistas más o menos jadeantes enfrascados en la escena del centro del tugurio. Lñaki y yo decidimos irnos tras terminar nuestras cervezas, pero en el transcurso de la media hora que duró aquello, hubimos de insistir a diestro y siniestro para que las profesionales que vivían en la barra nos dejaran en paz. No parecían comprender cómo habíamos llegado a aquel sitio si no era porque queríamos sexo. La verdad es que yo tampoco comprendía qué hacíamos allí.

Cuando, por fin, salimos, estábamos abatidos y frustrados ante nuestro intento de pasar una noche de diversión sin pretensiones sexuales en Bangkok. Yo sugerí a Lñaki que lo diésemos por terminado y volviésemos al hotel, pero él era más cabezota que yo y no quiso darse por vencido. Gracias a esto, realmente, la noche no había hecho sino empezar.

Tras recorrer un par de calles dirigiéndonos hacia algún lugar más iluminado, encontramos un taxi y le pedimos que nos llevase a Pad-pon. Por horrible que fuese, pensamos, no podía ser peor que aquello.

Pad-pon no es más que un par de calles paralelas y sus correspondientes callejuelas perpendiculares uniéndolas, lleno de

vida y negocio, inundado de bares especialmente pensados para el tipo de turismo que esperaban recibir. Pero aún así, no se encontraba la sordidez ni se sentía el miedo por aislamiento del antro del que acabábamos de escapar. Sin embargo, allí viví el que hasta hoy considero el acontecimiento más vergonzoso de mi vida.

Ocurrió en un pub en el que estuvimos charlando animosamente con el camarero, que tenía tras de sí unas mujeres bailando insinuantes con un número marcado en su diminuto tanga. Todos los clientes de los locales eran turistas occidentales, en su inmensa mayoría hombres y algunos de ellos tan ebrios que apenas se sostenían en pie. Uno de ellos se acercó a nosotros y con una voz áspera y grave, borracha y dura agarró al camarero por la pechera de su camisa y le atrajo hacia él escupiéndole en inglés que todas sus mujeres eran unas guarras pero que él quería la número cinco. Al camarero, visiblemente perturbado, le tocó sonreír y pedirle disculpas al tipo aquel que me avergonzaba tanto de ser occidental. Yo apenas me atrevía a mirarlo sintiendo que tendría una opinión generalizada de todos los occidentales y tan sólo volví a hacerlo cuando él me pidió fuego para un cigarro que no pudo acabarse pues un alemán había comenzado a armar bronca en el fondo del bar intentando llegar a las mujeres saltando por encima de la barra.

A modo de compensación, en estos bares, al menos, no éramos constantemente acosados por putas desesperadas y podíamos estar a nuestro ritmo, intentando tener una noche divertida. Así estuvimos hasta que comenzaron a cerrar la mayoría de los locales y encontramos uno que tardaría más en cerrar. En este, nos apoyamos en la barra y pedimos un par de cervezas. Estábamos charlando cuando un grupo de mujeres esculturales se acercó. Estaban como a su aire y no parecían prostitutas. Hay que decir que las mujeres tailandesas tienen una dulzura y una simpatía que las presentaban como las más bellas que yo hubiera visto nunca. Una de ellas, mientras yo pedía una segunda ronda, se había pegado a Ñaki y estaba restregándose a él tan insinuante que no quiso frenarla y siguió entrando en su juego. Por su parte, George vino hacia mí impresionante, descomunal, una mujer alta, de cuerpo moldeado como en un sueño erótico, labios carnosos, pelo negro suave, vestida con elegancia y graciosa, simpática, con esa simpatía tailandesa dulce y atractiva. Pero, como un monje observando el más ceñido celibato, le dije, antes de que convirtiese en palabras sus insinuaciones, que no estábamos interesados en ellas a lo que me respondió que, para que lo supiésemos, eran hombres.

Sin duda aquello explicaba tanta perfección. Iñaki mintió que ya lo sospechaba y se dio la vuelta para beber tranquilo su cerveza. El grupo se separó de nosotros pero siguieron en otra esquina del bar divertidas y alegres.

En la tercera ronda, la camarera, una preciosa tailandesa llamada Pat, me dijo que le gustaba mi amigo y me retó a las cuatro en raya con la siguiente apuesta: por cada partida que yo ganase, nos invitaba a una cerveza y por cada partida que ganase ella, Iñaki la besaba. Yo se lo expliqué a Iñaki que estuvo de acuerdo y como yo no perdía nada, comencé a jugar, tranquilo y contento, pero hay que decir que el juego de las cuatro en raya es casi el deporte nacional tailandés, con lo cual mi escasa experiencia hizo que poco a poco, se fuese creando un vínculo que habría de durar toda la noche entre Pat y mi amigo. De hecho, en un momento dado, George, que me vio solo, se acercó y me dijo que si jugaba con ella. Yo accedí pues estaba empezando a aburrirme y así, los cuatro, seguimos un buen rato hasta que Pat tuvo que comenzar a cerrar el local. Para entonces, Iñaki y ella acordaron irse juntos a dormir a nuestro hotel, pero había un problema: él y yo compartíamos habitación con lo que se me hacía algo incómodo, por no decir imposible, volver con ellos. Pat habló conmigo y con George y le pidió que se quedase conmigo un rato mientras ellos se iban a la cama. Yo por mi parte no tenía ninguna objeción aunque creo que a George le había quedado claro que yo no quería nada sexual con ella.

Compartimos un taxi que les dejó en el hotel y George y yo seguimos camino bajo sus indicaciones. Así, acabamos por entrar en una gran discoteca en la que poco a poco descubrí que yo era el único occidental y nos fuimos a sentar a un reservado oscuro y confortable.

Estuvimos hablando de sus aficiones, de su novio que se había ido a una isla paradisíaca llamada Phuket, en el sur del país, dónde ella ambicionaba vivir algún día. Hablamos de mis problemas de comunicación con mis amigos, de mi frialdad, de su país, del mío, de la forma de divertirse y, poco a poco, fui consciente de que se enamoraba de mí. Al principio de una forma sutil y delicada, después sus miradas se hacían más sensuales pero seguía siendo respetuosa con mi decisión. Noté que nuestra relación se había hecho más cálida, más táctil y que entre nosotros había una intimidad que no tenía con muchos a los que consideraba habitualmente mis amigos.

Cuando comenzamos a hablar sobre el trato de los occidentales a las mujeres tailandesas, ella comenzó a llorar en unas lágrimas gruesas y calientes que caían en mis rodillas. La abracé y le pedí que me abrazase para que pudiese llorar con calma y largamente. Su amor se desbordaba y yo podía notarlo, podía notar cómo me iba amando por momentos pero seguía sin tan siquiera volver a insinuar un cambio de actitud.

Pasado un tiempo, el silencio ahogó su llanto y en la pista estaba sonando un ritmo bacaladero agresivo y duro, pero yo me sentía como en una nube y le pedí que bailase conmigo. Ella accedió pensando que yo no me iba a atrever a meterme en el centro de un kilombo semejante como aquel y más siendo el único diferente en ese lugar. Pero se equivocó. En medio de todo aquel gentío, la agarré por la cintura, talle duro y orgulloso, y comencé a seguir el ritmo con pasos de merengue encontrando que se adaptaba perfectamente y fue divertido y seguimos bailando y comenzamos a reírnos de todo, de la tristeza que sabíamos de dónde provenía sin necesidad de hablarlo, de la situación medio cómica de estar bailando bacalao a ritmo de merengue en medio de una multitud que nos miraba absorta, pero, sobre todo, nos reíamos porque era divertido y llenaba los pulmones de aire nuevo.

Unos besos surcaron la noche, labios calientes que se unían para beber lágrimas mutuas. Tras esto, emergencias de autocontrol que mantuviese mi calma. Nos dirigimos a la barra a por una cerveza más, pero yo ya no tenía más dinero. Ni bats, ni dólares ni nada de nada. Ella me dijo que no importaba y le pidió un par de botellas al chico de la barra, que resultaba ser un conocido suyo. Me contó que hacía mucho tiempo que no iba a ese sitio, que desde que había cambiado de sexo, su vida también era algo diferente y no solía salir por bares de heterosexuales como aquel pues mucha gente no lo veía con buenos ojos. Prejuicios universales.

Las últimas botellas cayeron rápidas por mi garganta seca, presa de un calor asfixiante tropical. Sabía que había pasado mucho tiempo, así que le sugerí regresar al hotel y ver en qué condiciones estaban las cosas. Ella no puso objeción alguna y, de hecho, fue la encargada de conseguir un taxi al que tuvo que pagar. Nuestras manos se entrelazaban bajo las miradas sorprendidas de un taxista inquisidor. El peso de los párpados hacía difícil mantener sus ojos en los míos. Nos mirábamos casi sin palabras. De cuando en cuando, un comentario triste, una apelación de ternura, salía de su boca para pedir consuelo sin pedir consuelo. Todo lo incomprensible

se comprendía, estaba comprendido. Ambos sabíamos lo que teníamos que saber.

En el hall del hotel, inmenso y barroco, buscamos una cabina desde la que telefonar. Habitación 634. Iñaki, pasado un rato, contestó con su tono casero y euskera, mientras yo le decía que si podíamos subir. Una vez en la habitación, Pat se intentaba hacer la dormida en la cama de Iñaki y este, a su lado, estaba desprovisto de toda ropa. La noche parecía haber sido bastante intensa, a juzgar por el olor reinante en el cuarto aquel. George y yo nos sentamos en la mía a la espera de que Pat se quisiese dar por aludida y se vistiese para irse. Claramente, no quería. Yo insistí en que se fuese porque necesitaba dormir y, entre esperas y gritos, las manos tranquilizadoras de George me acariciaban la espalda. Me giré y nos besamos, ante el estupor de mi amigo que no entendió aquello y creyó que queríamos ahora la habitación para nosotros. Con su típica naturalidad, solucionó la situación con una propuesta que a él le pareció apropiada dada su visión de las circunstancias. Nosotros en una cama y ellos en otra. Así que tuve que ser de nuevo contradictorio y decirle que no era lo que estaba pensando y que necesitaba dormir.

Ha pasado mucho tiempo y sé que no recuerdo todos los detalles, pero sí le sigo agradeciendo a George su comprensión, su paciencia y su inestimable ayuda pues fue ella quien le dijo a Pat que, por favor, se fuesen, que necesitaba que la acompañase y con tanta insistencia que acabó por persuadirla.

Mientras Pat estaba en el baño, mi tierna enamorada y yo intercambiamos direcciones para escribirnos y me instó a visitarla a la vuelta de Australia, si es que volvía, para pasar un tiempo juntos. He de reconocer que llegué a pensarlo como una oferta tentadora, pero decliné cualquier cosa que pareciese un compromiso.

La compañera de Iñaki salió del lavabo y se despidieron. Besos y un abrazo, sin que mi amigo saliese de la cama.

Yo, galante como siempre, por si tenían algún tipo de problemas, decidí acompañarlas a la salida del hotel y, justo allí, en un callejón que salía bajo unos toldos trenzados de caña, me invitaron a desayunar. El sol hacía rato que despertara y el calor comenzaba a ser el cotidiano. Los bollos estaban calientes sin necesidad de calentarlos, el café, por contraste, estaba frío. Pat nos preguntó qué habíamos hecho y George le estuvo contando nuestra noche con todo lujo de detalles mientras me miraba con un cariño relajado y triste. Sus grandes ojos dejaban, de cuando en cuando, rodar una

lágrima que me enternecía y me emocionaba hasta el punto de que cuando nos levantamos para despedirnos, no pude evitar llorar yo también. Su pecho se clavaba en el mío y su congoja en la mía.

Al alejarse en la calle, nuestros brazos seguían unidos, luego se fueron haciendo mayores las distancias, las manos se agarraban, los dedos se tocaban, un último corazón besó otra yema, ojos en la lejanía que se dijeron adiós.

Nunca más la he visto de nuevo. No volví a Bangkok más que por el transcurso de una hora, en mi viaje de regreso y no creo que volvamos a encontrarnos, pero aquella silueta de mujer, altura de hombre, aquellos bailes divertidos, besos de plomo cargados de ternura, la aventura de recuperar una cama para no llenarla de sexo, su despliegue incomparable de comprensión, su tolerancia, aquella mirada triste enamorada del último momento, no me será fácil de olvidar jamás. Quizás no quiera, pues sigue siendo el mejor recuerdo que puedo mantener de una curiosa noche en todos mis sentidos, de una noche en Bangkok.

Don Dinero

Paloma dijo "¡qué coño!" y me gasté 52 mil pelás.

Estaba en el café escribiendo y llegaron ellas diciéndome que tenían unas ofertas de vuelos magníficos a cualquier parte del mundo y mis ojitos empezaron a dibujar mapas imaginarios, lugares recónditos por conocer... ¡un regalo!. El año pasado había estado en París con mi mujer y decidí que este podíamos repetir algo parecido para su cumpleaños. Yo había pensado un regalo muy económico, y cuando digo económico quiero decir barato. Tan barato que prácticamente se puede decir que es o será gratis. Pero es algo que aún no puedo revelar incluso siendo un hombre tan público como las caras de los que salen en los billetes pues pretendo que algún día sea una sorpresa.

En la agencia de viajes fui expeditivo, como suelo ser, y en pocos minutos conseguí dos vuelos realmente a precio de saldo a Roma. Una ganga que no había pensado comprar esa misma mañana, cuando había salido de casa a mi querido Galache preocupado por si se me hacía tarde y sobrepasaba las temidas 12 de la mañana en que el precio del desayuno se dispara.

Este relato iba a comenzar con estas frases que me gustaban pero que he preferido variar:

Hacíamos cuentas, siempre hacíamos cuentas, no parábamos de hacer cuentas y pasar tiempo contando los gastos en nuestro último viaje. No hemos superado el presupuesto que llevábamos, lo cual es muy satisfactorio y de hecho, a estas alturas de la relación, hablamos de dinero sin que nos resulte bochornoso, sin que nos incomode ese tabú habitual y sabiendo que es algo útil y no una porquería; es un pequeño objeto (o grande, según) y sólo eso, puede ser una palabra, lo sé, pero de lo que estoy hablando es de ese objeto de comercio que sirve para intercambiarlo por cosas o almacenarlo, que es una forma de intercambiarlo por la nada que igual es otra cosa y, evidentemente, una palabra más.

Ahora que me he embargado hasta el alma para poder hacer frente a los pagos del mes que viene sin tener ni idea de si voy o no a cobrar mi nómina, ni de quién, ni si éticamente tengo algún derecho sobre ella, si es que es preciso tenerlo, ahora que vivo al borde de la quiebra pero no puedo declararme en suspensión de pagos, me lanzo a comprar a crédito batiente unas horas de vuelo, unos billetes azules y grisáceos llenos de anotaciones más bien borrosas que

dicen que tendré que comer bocatas todo el tiempo que dure el viaje. Supongo que esas son las consecuencias de un “¡Qué coño!”: que no sé qué coño voy a comer ese mes, cuando el viaje acabe y tengamos que aterrizar, tengamos que vivir en esta realidad de ingresos y gastos, de facturas interminables y en el que alimentarse de amor no está permitido porque es ilegal.

Por otra parte, no es que haya ningún tipo de arrepentimiento en mis palabras, volvería a hacerlo y es que, como dice mi amiga Paloma, el placer de un “¡qué coño!” no te lo quita nadie y, en resumidas cuentas, ¿para qué coño quiero el dinero sino para usarlo?.

Yo no lo hice jamás

Hay veces en que el yo se manifiesta en forma diferente, en una alejadísima tercera persona que se somete a la tortura infame del autor que es, ni más ni menos, que otro yo que no es él. Sí, este es el caso que nos acontece, el momento de la verdad que no es verdad, una realidad hecha ficción como un orangután que sabe escribir a máquina tecleando esta historia en la que yo sería el protagonista que no soy.

Él no paraba de repetir insistentemente que no lo hizo. Le agarraban con las manos, los brazos hacia atrás y le propinaban una paliza a base de bastonazos que previamente habían envuelto en un paño mojado para no dejar ninguna huella, ninguna cicatriz de la barbarie. No tenía más respuesta que su negación. Pero no parecía ser suficiente para evitar aquella carnicería sin sangre, aquel espanto de dolor bajo el agua cayendo, goteando en su cuerpo agotado, exhausto y húmedo, donde el sudor se confundía con las gotas precipitadas de un cielo mohoso.

Ellos eran cuatro fornidos militares vestidos de paisano. Pero habían olvidado quitarse unas botas claramente uniformadas que delataban su procedencia. Uno de ellos, el más débil, era el que organizaba el tratamiento, daba órdenes sin cesar, una tras otra, haciendo que Fermín no pudiese evitar asociar aquella voz con nuevos golpes.

El más alto, un armario de cuatro por cuatro, sujetaba sus brazos con unos dedos que parecían estar disfrutando el contacto, homosexualidad macabra que poseía tintes de sadismo se reflejaba en los dientes depredadores de la tenaza humana. Tras él, secándole el sudor, un hombrecillo diminuto pero fibroso que de cuando en cuando alzaba un bote de sales que lo excitaban hasta llegar al grito. Fermín repetía su única sentencia, para evitar avances nuevos en la sentencia que se estaba llevando a efecto. No debía de gustarles porque a cada afirmación negativa seguía muy de cerca una palabra del líder y a esa palabra, una contracción de sus omóplatos y un nuevo porrazo en las costillas propinado por el último que queda por describir. Un negro de casi dos metros de altura que con uno de sus brazos podría haber simulado la porra o bastón sin necesidad de ningún otro utensilio, pero que manejaba con su izquierda el bate improvisado. Tenía ojos de sangre, un pelo casi rapado completamente y un brillo en su piel que le hacía atractivo y feroz al mismo tiempo. Fermín no podía mirarle sin

miedo, no podía soportar esa mirada fría llena de calor de agua evaporándose, una mirada asesina y tenaz, como de una máquina sin escrúpulos, un resorte de terror en cuerpo y alma.

Había sido detenido en un antro cuyas luces rojas indicaban la dedicación principal del lugar, el objetivo de los cuerpos de mujer moviéndose en las sombras. Era un prostíbulo de Ho Chi Minh en el que todo el mundo sabía que era posible conseguir drogas, armas y compañía. Él también lo sabía, pero no tenía otra intención que pasar un buen rato en su viaje por Indochina, un rato sexual en el que olvidar el desprecio, el asco, que su mujer le profesaba. Entre las cosas que le confiscaron, estaba una de las fotos de su primer hijo, ese pobre Fernando que siempre se callaba cuando sus padres discutían. Jamás había querido ir a trabajar a Vietnam, más bien por prejuicios que por otra cosa, pero sin embargo, cuando las cosas se habían puesto peor con Luisa, Fermín había acabado por pedir el cambio de destino que siempre había rechazado. Inmediatamente, le había sido concedido y hacía no más de tres días que había llegado al aeropuerto de la ciudad, del viejo Saigón, cuando había entrado en el burdel que su ayudante, su secretario personal, le había sugerido. Una vez dentro, había perseguido la razón de su visita, cuando aquellos energúmenos habían entrado llevándose a todos los que tuviesen aspecto de occidentales. Fermín, con su barriga, su calvicie avanzada y una barba de tres días, era más que un posible candidato a no ser ignorado. Entonces, les habían arrastrado hasta aquellos calabozos de barro y cañas en el que, tras aislarle del resto, le habían comenzado a preguntar acerca de sus relaciones con aquellas mujeres. Hasta el último estertor, Fermín no cejó de insistir en su frase tramposa de doble negación que le estaba costando la muerte sin siquiera entenderlo. Qué diferentes habrían sido las cosas con un buen traductor.

Una fiesta

Nevaba en la calle. La calle nevada era fría y desconocida. Yo no había estado nunca en esa calle nevada que era fría, desconocida y alejada de mi casa en Colmenar Viejo. Antes, cuando yo era más joven, vivía con mis padres en un piso de los nuevos de las afueras de Colmenar. Desde allí a la calle nevada había una distancia que parecía ingente. Ahora, aunque vivo en otro sitio y esa distancia sigue siendo la misma, parece ridícula la distancia entre la casa de mis padres y aquella calle en la que nevaba sin cesar, sobre los tejados de teja roja, el centro del pueblo al norte y el portal se dibujaba oscuro y marrón, como a punto de sucumbir bajo el peso inmanente de la nieve. Sin embargo entré a pesar de mi cobardía y subí las escaleras a pesar de mi cobardía y en el timbre de la puerta mi mano marcó una huella que ya se habrá borrado. Yo no iba solo y, quizás por ello, tenía más miedo. Mi hermana menor que a la sazón es mi única hermana, me acompañaba. La fiesta era de conocidos de ambos, chicas que estaban en mi clase pero que eran sus amigas ejercían de anfitrionas. Nos abrieron y supe que iba a ser una noche especial. Al traspasar la puerta, podían verse a derecha e izquierda dos habitaciones en las que el mobiliario había sido eliminado excepto un pequeño armario en la sala menor, es decir, en la de la izquierda, cuadrada completamente, en el que se depositaba como la nieve en la calle un radiocasete al lado de un tocadiscos de los de plato ancho, de caucho negro, un alfiler o clavo surcando un vinilo de Nacha Pop. En la otra pieza, una mesita improvisada con dos tabloncillos blancos sobre unas borriquetas soportaba las bebidas: un buen puñado de botellas de alcohol casi de quemar, coca-cola, vino tan barato que nadie se atrevía a empezarlo y algunas unidades de sidra que simulaban el cava o champagne que nadie podía adquirir.

Pasado el tramo de las presentaciones, el hablar de la calle en la que nevaba, de felicitaciones de año nuevo que nos decía que el tiempo pasaba, curiosamente, el tiempo, se estancó. Harto de tanto esperar a que una muchacha a la que había ido a ver (pues yo en las fiestas no tenía otro interés que verla a ella, ver a mi querida líder de un cuarteto que no llegó a la fama más que a través de mis poemas), harto de que ella no hiciese todo el trabajo y me llevase a los lugares oscuros y sensuales de su casa o bien de su sexo, me senté. Al principio me senté en el suelo de la sala cuadrada, en el

fondo más apartado y menos molesto de la habitación para que los que bailaban felices entre tanta gente pudiesen seguir bailando felices entre tanta gente. Me senté en un rincón y el rincón estaba mojado. Mojado y oscuro. Creo que lloré, pero apenas recuerdo ese momento. La mirada clavada en el suelo. Mojado y oscuro. La nieve fuera seguía cayendo. El mundo quería acabar conmigo y yo no sabía cómo luchar contra él. Seguí mirando el suelo por espacio de un tiempo eterno. Dios creó el cielo y la tierra, las galaxias infinitas, creó los campos y las flores, los terremotos, las mareas, el mar, los ríos, los peces y los anfibios, los malditos insectos, las lenguas de lava que formaban islas en la nada... porque también estaba la nada, la indecente nada que todo lo puede. Y pudo con mi ánimo y fue adueñándose de él como un agujero negro deformando el espacio de las supercuerdas. Mi cabeza estiraba una nuca casi hecha para el yugo, para la dominación del miedo, el miedo a estar sólo entre la gente, ese miedo que me atenazó y no me permitió darme cuenta de que ella se sentaba a mi lado y me hablaba, ese miedo que paralizó mis palabras, mis labios, mi lengua, mi pensamiento en la obsesión nihilista que me atenazaba. Agujero que agujereó la única oportunidad de salir del pozo, del agujero en el que agujereaba un suelo demasiado mojado y oscuro, alejado de la música, de Alaska y sus amigos... en Alaska también nieva, pero es de otra manera. El frío no viene de dentro de las pieles, viene de fuera, viene del norte, de un único punto telúrico que gobierna todas nuestras cabezas. Pero la tierra no es plana y sigue dando vueltas alrededor del sol y la luna da vueltas alrededor de la tierra y la noche se hace larga l a n o c h e s e h a c e l a r g a y comienza a amanecer y mi calabaza se convertirá en lo que cada noche se convierte y seguiré solo, una noche más.

Me levanto. Sigo sin pronunciar palabra. Desde hace casi ocho horas que no hablo. Mi hermana se acerca y me dice que se va. Voy al baño y nos vamos, ¿vale?. Y yo se supone que me voy con ella. Se va al baño y otros siguen entre la bruma bailando pegados. Giro con toda la fuerza de mi cadera, con toda la fuerza de mi peso, lanzo un golpe oscuro y húmedo contra la pared que me rompe un dedo y sangro. No hablo. No grito. El tiempo de irse ha llegado.

Fue una bonita fiesta.

Londres

Hacía mucho tiempo que no me hacía tantas pajas. De hecho, creo que nunca en mi vida había comprado una de esas revistas que tanto se estilaba entre los adolescentes. Creo que tuve una adolescencia sin granos, puede ser, pero insana mentalmente. Tampoco vamos a exagerar ahora mi virginidad onanista, pero sí puedo decir que hacía mucho tiempo que no me hacía tantas pajas seguidas. Ya la edad no está para heroicidades ni hay siquiera falta de ni tiempo para ellas. En realidad hablo de heroicidad cuando quiero decir tristeza. El aburrimiento no es un estimulante que deje satisfecho el espíritu. El caso es que jamás habría previsto cuando me dijeron que tenía que venir a Londres que esto iba a ser lo más divertido, por decirlo de alguna manera, que iba a poder hacer para pasar el tiempo. Y ni siquiera así se dejaba el tiempo acelerar un poco. El muy imbécil se empeñaba en ir a la velocidad a la que crecen los olivos. Porque aunque por aquí no haya olivos, la comparación es perfectamente válida.

Llegué hace ya casi una eternidad que mucha gente conoce como semana. Después de un trayecto en coche alquilado desde Daimiel a Barajas, subí al avión que se alejó alejó alejó haciéndose más pequeño y con ello disminuyendo mi tamaño hasta la insignificancia. Así llegué a Heathrow terminal 1 con mi enorme portaequipajes que parece el de un duque por el tamaño, pero el de un excursionista por los vivos colores que elegí para no confundir con otro mi equipaje. Resulta que estos colores se han puesto de moda y ahora son tan comunes que eso me sucede con cierta frecuencia, pero eso es otra historia.

Con mi maleta de rueditas salí del aeropuerto hacia la puerta que me habían indicado en información donde podía tomar un autobús hacia un pueblo llamado nosecomo que empezaba con f (y no era fuck) en el que un tren me llevaba a Bracknell. Esto ya era entrar dentro del mapa que traía como indicación de donde se iba a celebrar el curso. Me sentía tan bien sabiendo que estaría en terreno conocido que no me daba cuenta de que me alejaba paulatinamente y mucho del centro de la ciudad. Una vez en Bracknell, una ciudad que no le recomiendo a nadie visitar, puesto que, aparte de tener únicamente industrias de las nuevas tecnologías, no tiene mucho que ofrecer, busqué un taxi y le pedí que me llevase a Crowthorne que es, en resumidas cuentas, donde

ha estado mi centro de operaciones durante esta eternidad que antes mencionaba. El hotel, Waterloo Hotel, tenía el aspecto de una casa de reposo y, como luego pude comprobar, esto era exactamente lo que era, por más que algunos nos empeñáramos en tratar de hacer de este sitio un hotel para ejecutivos. No acababa de resultar verosímil encontrar maletines de portátiles y teléfonos móviles colgando de miles de corbatas mientras alrededor las ardillas de los bosques nos ignoraban completamente como si no fuésemos los amos del mundo.

Era domingo, como hoy, y yo estaba cansado y con dolor de estómago por un poco de resaca del día anterior que no había podido reposar lo que hizo que no quisiese plantearme nada más allá de la alimentación y la satisfacción del sueño. Preparé, no obstante, el material que podía necesitar al día siguiente, portatil, móvil, cuadernos y bolígrafos, tarjetero y mi trajecito impecable de gris marengo, una corbata verde oscura discreta, lo cual es toda una excepción en mis corbatas, y una camisa de manga corta por si tenía calor de un tono verde pera que no resultaba menos discreta que la corbata y el traje absolutamente profesional.

Alrededor (de nuevo alrededor) todo verde. El campo se pierde en bosques a la primera ocasión que tiene de extenderse, el mundo es verde como los olivos del principio del mundo aunque no sea aquí muy apropiada la comparación olivar. Pero me da igual. Quería hablar de nuevo del olivo y ya lo he hecho.

Cuando hube terminado mis preparativos, decidí que era hora de cenar. No quería quedarme en el hotel para tener un poco la sensación de haber aprovechado el domingo, así que me fui dando un paseo, tranquilo, muy tranquilo, por la calle Duke's Ride de camino a lo que luego resultó ser el centro del pueblo, si es que se le puede llamar así. En una esquina, un restaurante italiano estaba tentándome un recuerdo del fin de semana anterior en Roma con mi mujer, siendo un hombre tan feliz como lo puede llegar a ser un hombre enamorado y correspondido por una mujer semejante. No pude ni quise evitar la tentación que adquirió forma de lasagna y pan de ajo bien regado por un par de vasitos de elixir de Baco. Bastante tinto, por cierto. Por supuesto, al cabo de un rato, los camareros ya estaban charlando conmigo, por aquello de la consanguinidad latina, especialmente uno de ellos, que resultó ser el marido de la dueña del restaurante, un tipo argentino y simpático que parecía más recién aterrizado que yo en esta tierra de Robin Hood.

Después, sin muchas más fuerzas restantes en mi cuerpo hispano, me fui de vuelta al hotel y me acosté. Dormí como una bestezuela lo que no había dormido esa noche anterior y quizás algo más, sobre todo si tenemos en cuenta que por muy tarde que se cene en esta zona, lo más tarde que puede uno acabar es a las diez y media. Esto da mucho tiempo por las noches, por más que el desayuno sea a las ocho en punto.

Ese día un taxi me recogió para volver a Bracknell, ese lugar irrecomendable, en el que comenzaba mi curso. Nadie me había dicho a qué hora daba comienzo así que supuse que a las nueve en punto, lo que resultó ser una predicción totalmente correcta.

Cuatro asistentes. Supongo que así nos podíamos sentir más especiales, más amos del mundo, pero las ardillas seguían sin entenderlo. En el caso de los suecos, uno de ellos realmente atractivo, tampoco los topos respetaban sus campos de golf donde entretenían sus tardes. Yo les envidiaba que tuviesen algo que hacer, una motivación, algo por lo que querer terminar el día, el trabajo... pero yo seguía sin encontrar nada que hacer. A pesar de que me había propuesto muy disciplinadamente traerme todos los deberes de mis clases de poesía y varias de mis lecturas, entre ellas a mi querido Gunter Grass que tanto pesa, un librito recopilatorio de Poe para los ratos alegres y otro de meditaciones de Kafka para que no se pasen de alegres, supongo. De poesía, lo único que traje conmigo fue una antología que aún no he terminado de Apollinaire. Me dije, tengo el portátil así que puedo aprovecharlo y hacer algo de las tareas directamente en él, pero luego tenía una especie como de respeto o miedo a tocar algo de la empresa que no me dejaba concentrarme en no pensar, en no concentrarme, en escribir, en resumidas cuentas. De hecho, eso me está aún pasando mientras escribo esto y los dedos cometen más errores tipográficos de lo habitual y siento el teclado más lejano por más que esté más cerca y no lo aporreo como suelo hacer cuando tomo confianza... esto, de alguna manera, me paraliza un poco.

Después de tanto preparativo en el vestuario, yo era el único con traje y corbata en el seminario, posiblemente, incluso, en el edificio pero sentía, aún es más, que yo era el único con traje y corbata en el mundo entero. Esto era algo que podía pasar, presentido y para lo cual tenía incluso la respuesta preparada, así que no fue algo tan grave como para avergonzarme, pero sí para demostrarme que el mundo y yo seguimos caminando por sendas paralelas que se tocarán en el infinito de mi muerte eterna.

Ese día, el primero de los cuatro que duró el curso, las clases terminaron a las tres o tres y media y decidí volver al hotel a cambiarme de ropa y ver qué se podía hacer. No quise coger un taxi: frío medio de transporte donde los haya y preferí acercarme andando en busca de la estación de tren o la de autobuses y desde allí buscar una cómoda combinación a Crowthorne.

Lo más agradable fue volver en autobús coincidiendo con la salida del colegio de todas aquellas niñas insolentes con falditas cortas, camisas blancas y ese ligero toque de nínfula insufrible que tan irresistible me resulta. Afortunadamente, no tanto como para no caer en el pecado original o no tan original de violar alguna de ellas contra las paredes del autobús, bajo la mirada de sus amigas que están intentando aprender algo de lo que les pasará a ellas el día de mañana. Simplemente, sin más que algún pensamiento calenturiento, llegué al hotel y me cambié de ropa. Ese día me iría por ahí a conocer el pueblo. Si hubiese sabido lo que me esperaba conocer no sé si no hubiese postpuesto mi inspección todo lo más posible.

Más allá del Don Beni en el que había cenado la noche anterior, se extendía una calle llamada High Street (aunque igual sólo se llamaba High, de hecho, posiblemente, se llama así) en la que estaban los comercios. Los 16 comercios del pueblo. Porque no tenía más. Tres restaurantes, tres pubs, una oficina de correos, un supermercado, una gasolinera con tienda de productos varios, dos agencias de viajes, dos oficinas bancarias, una tienda de adornos joyas escobas objetos curiosos menaje del hogar, otra de caramelos y una última más bien indefinida que tenía la osadía de llamarse Mall. Esto, por supuesto sin incluir las tres iglesias, dos guarderías, el cementerio y el asilo de ancianos u hogar de la vejez, según la traducción literal.

El resultado de mi escrutinio fue una pequeña decepción que fue haciéndose mayor y más latente hasta llegar al punto en el que considero el aburrimiento como el estado natural del hombre en este pueblo. Especialmente, pude notar esto cuando el Viernes finalmente tuve ocasión de acercarme a la verdaderamente bulliciosa Londres de brazos abiertos y gentes alocadas, calles populosas, anchas avenidas, comercios multicolores, transportes públicos a discreción, cafeterías, personas muriéndose de hambre en el metro, o en las aceras, ricos comerciantes lanzando firmas bajo bodegones marrones de pubs de tres plantas con terrazas iluminadas, taxis, lanzallamas de alegría y tristeza, de vida y muerte,

de miseria y riqueza, poder e impotencia, lujuria y más lujuria... pero esto aún no tengo que contarlo, para no alterar el orden cronológico o ilógico de la historia.

Entré en el restaurante indio de Duke's Ride y pedí una comida que, por cierto, estaba deliciosa y al salir, fue cuando tuve claro que tenía que actuar, correspondía tomar alguna medida de precaución contra la inmovilidad de mis músculos y, dejándome llevar por la curiosidad, por la soledad, por el aburrimiento sobre todo y, también, por qué no, también por las ganas de descargar un poco mi semen almacenado desde hacía unos días, me atreví a comprar una revista en el establecimiento de la gasolinera.

La elección de la revista fue algo más difícil de lo que había previsto pues todas ellas parecían demasiado explícitas, como con poco hueco para que la imaginación de uno pueda entrar en el juego y participar en el proceso de excitación. Es más, de hecho, no me resultaban nada sugerentes las portadas ni en absoluto las imaginaba remotamente excitantes. Después de una costosa revisión de la colección que tenían (pues resultó que en esto sí tenían una gran variedad en este pueblo) me decidí por una en la que en la portada, al menos, se podía distinguir a primera vista una mujer, en bragas y sujetador, haciendo juego a tonos rosas y una mirada seductora y juguetona. Creo, no obstante, que no es el principal atractivo comercial de estas revistas plagadas de fotos más bien extraídas de tratados de anatomía comparada.

Aproveché para comprar desodorante y una botella de agua pero no con la intención de quitar peso a mi adquisición principal que no era otra que la revista Men's Only.

Una vez ante el mostrador, el chaval que tenía que cobrarme tenía una cara risueña y como cargada de picardía, de una picardía que yo no podía tolerar, le habría borrado la cara de un soplido o le hubiese sacado la polla delante de sus narices para decirle que a veces ella también tiene necesidades y no sólo mis sobacos, pero me abstuve de hacerme célebre en el pueblo y le dije que sí a un comentario que no entendí acerca de la compra y, sin más, me fui.

En el hotel, tumbado en la cama, con el techo mirándome, las paredes mirándome, la televisión mirándome, la cama grabando mis movimientos, reportándolos a recepción, pasaba las hojas de la revista intentando conseguir una excitación. Digo intentando porque no fue sino pasado un rato que logré que aquella publicación sirviese para algo. Finalmente, mirando los ojos de la chica de la portada, me corrí.

La sensación conocida de vacío y tristeza me llevó a tiempos pasados, a una nostalgia de adolescencia aislada, triste y vacía, como si toda mi infancia hubiese sido una gigantesca paja que dios se hizo en la polla infernal de la vida eterna. Otra vez la vida eterna.

Afortunadamente, también me trajo el sueño y me dormí.

De esta manera había pasado el primer día de curso, el segundo de estancia en lo que mucha gente creía que se llamaba Londres y en realidad era Crowthorne.

El tercero de estancia y segundo de curso, o sea, el martes, comenzó de igual manera que el lunes y a la misma hora había terminado de desayunar unos huevos con beicon y un café con un par de muffins que no sé traducir. De cada desayuno, sustraía un tarrito de mermelada que luego hacía un viaje conmigo en taxi a Bracknell, asistía a las mismas tonterías que yo, escuchaba el mismo pavoneo que yo, esperaba a que el café de media mañana me permitiese llamar a Carmen, comía conmigo mientras yo comía enfrente al monitor a las doce en punto, como un buen y clásico inglisman. Por último, me acompañaba, como ese martes, a la estación de autobuses a coger el 194 que me dejaba en frente de Don Beni. Saludaba a mis conocidos y me dejaba caer por Duke's Ride hasta llegar a Waterloo. Allí, el frasquito de cristal se iba con otros frasquitos de cristal con mermelada dentro que iban poblando el fondo del bolsillo de mi maleta. Yo, me iba solo.

El segundo día, martes, de curso, tercero de estancia, me decidí a ir a un café o a un bar a tomar una cerveza, comportarme como un auténtico inglés, así que tuve que decir que no a lo del café, y llegué hasta un local llamado Something Inn que tenía un par de tablas fuera en las que se podía estar sentado y aproveché para leer un rato a GG, mientras el sol se iba yendo despacio, como todo en este pueblo, por su línea de flotación y dejaba una claridad ambigua y fría en la que ya no me estorbaba. Disfrutando de esta calma, de esta soledad hasta aburrirme, se me acercaron tres muchachas, más bien jovencuelas, una de las cuales, la más guapa que seguramente lo sabía, me preguntó en un idioma que me costó reconocer que si podía tener cincuenta pis. Tardé tanto en saber qué contestar que ella creyó que no lo entendía y me dijo, con un deje de altanería que si me lo escribía. Yo le dije que vale, le dejé mi cuaderno y ella me lo escribió (esto, después, me sirvió para un par de poemas, no está mal) pero yo seguía muy bien sin saber qué contestar, así que lo único que le dije es que los necesitaba y ella, entonces, ya sin muchas más palabras, dijo ok y se marchó arrastrando a sus dos

amigas al fondo de la nada de la que habían surgido. Volvía a estar solo, en la mesa del exterior del BlahBlah Inn pero esta vez no estaba en calma, no dejaba de pensar en el descarado que había tenido esa mocosa para pedirme así dinero y en la falta de recursos en mi respuesta, la falta de ingenio, la brusquedad de mi derrota, vamos, que no pude seguir leyendo.

Por si acaso había suerte... este es un mal comienzo si no se cree en la suerte, me vine al hotel a cenar para poder aprovechar mejor el tiempo y luego escribir en el portátil o seguir leyendo en la habitación.

La cena en el hotel fue poco menos que mala. La cocina no parece muy interesante y la comida, en resumidas cuentas, de calidad pero preparada sin imaginación ni elegancia. Pero aproveché para escribir unas cartas a mis amigas desde la misma mesa de mi cena. Una forma insuficiente de sentirse algo acompañado.

El cuarto día de estancia y tercero de curso tenía que instalar en el portátil (para eso lo había traído, de hecho) la aplicación sobre la que me estaban formando así que, más que atreverme a escribir cosas mías o semejante, me dediqué a revisar el estado del equipo, a copiar la aplicación en el disco duro para que su instalación fuese más rápida, a tener presente todo posible imprevisto lo que, como su propio nombre indica, es imposible. Conclusión, no escribí lo que tenía que escribir para el miércoles que era este relato y no pude enviarlo al día siguiente. Como corolario de la conclusión, me sobró tiempo y me faltó tiempo para volver a practicar la única actividad medianamente placentera en este tiempo que me acompañaba aunque fuese en fotografías, que me hacía, por un instante, eso sí, sentirme menos solo para, un instante después, sentirme infinitamente solo, solo en profundidad y en extensión, en la distancia y en la hora, en el tiempo y el espacio, solo como sólo lo había estado hace ya tanto tiempo que no quiero recordarlo.

Tercer miércoles día de curso cuarto de estancia. Hacía tiempo que no disfrutaba comparativamente tanto del trabajo como ese día. Era mejor estar en ese edificio cibernético, frío y elegante, de corte inteligente y eficiente, seguro y limpio, azul y gris pardo, pardo como los pantalones de los fascistas, azul como los ojos de la muchacha de la media libra, era mejor estar encerrado que tan libre, tan libre como lo estaría cuando me devolviesen a mi realidad, a esa que no me estaba gustando vivir, ese turismo profesional que me preguntaba qué sentido tendría, cuál era la razón verdadera y profunda por la que yo estaba aceptando aquella vejación, aquella

pequeñita alienación que muchos sé que considerarían privilegio. De nuevo, recuerdo la imagen de las paralelas que se tocan en el infinito.

A la vuelta al hotel, esta vez en coche por cortesía del compañero camarada instalador, me cambié de ropa, me quité la de la prostitución pues empezaba mi tiempo libre, y me fui al otro extremo de High Street a ver si había algo de la animación prometida, pues alguien me había mentido que en aquella parte el pueblo es más activo. Estuve cenando solo en un restaurante vietnamita, pero cuando digo solo quiero decir que yo era el único cliente. Y, en parte, puedo entenderlo porque no era nada sabrosa aquella comida más bien sosa y seca. Por supuesto, no se debe sacar de aquí que yo juzgo la comida oriental por el patrón de este local, en modo alguno, si bien al contrario, supongo que me extrañó encontrar un restaurante oriental en el que la comida fuese tan simple, que no sencilla, y desapetecible.

Volví al hotel intentando hacer que la calle se hiciese eterna, que el paseo fuese un paseo, pero no había nada que hacer: la calle diminuta no tiene manera de estirarse a esa velocidad tan lenta a la que pasan las cosas, si la luz fuese más despacio... pero resulta que dicen que la luz viaja a una velocidad fija y eso es lo que lo fastidia todo.

Por tanto, de nuevo otra vez temprano, demasiado temprano, en una soledad que no sabía manejar. En la cama, ya olvidada la revista por aburrimiento angelical, me dio por recordar a mi mujer, momentos que no puedo transcribir sin su permiso, su cuerpo insinuante que es tan superficialmente público como yo, sus curvas, sus senos, su risa, su dulzura, sus manos, sus besos, sus piernas, su culo vainilla, su sexo de miel, sabores, colores, texturas y además compañía, por fin, sintiéndome con alguien, aunque fuese conmigo mismo, con mi imaginación, con figuras de tango que bailaba en mi cuerpo, con pasos danzarines desnuda en el espejo, mi mano, poco a poco, me masturbó.

Quinto día jueves de estancia último de curso pues el día tercero nos habían dicho que daba tiempo a terminar en cuatro días con un poco de esfuerzo. Todos estábamos dispuestos a hacer ese esfuerzo. Especialmente yo, pues eso significaba un día libre para escapar de mi Elba, para ir a Waterloo, al de verdad, al de la estación de tren en Londres City, a ver pasar los coches por las calles, a lagrimear en los cafés mientras me perdía en la contemplación de alguna turista que ande despistada.

Las despedidas fueron poco más o menos gélidas. Como si no hubiésemos comido nunca juntos, como si nos acabásemos de conocer, como dos que salen a la vez de un autobús en el que han hecho un viaje de 20 kilómetros.

Yo volví a mi estación de autobuses, de ahí a Crowthorne y desde la parada al hotel. En el hotel bajé a tomar algo y leí un rato (ya había terminado a Poe y a Gunter Grass) de mi olvidado subjuntivista Kafka que resulta que no se consideraba kafkiano en el sentido de heredero de la tradición familiar y resulta que fue él, a partir de su vida, el que ha dado el sentido verdadero (único y verdadero) a esa palabra.

Por la noche, es decir, a las ocho, me acerqué a Don Beni donde quería tomar lo que suponía que sería mi última cena en este pueblo. Tal y como luego ha sido. Acabé tarde porque estuve hablando largo y tendido con el dueño del local, un siciliano más chulo que la mayoría de los hombres mortales, pero simpático y tolerable a pesar de ello. Tres copas largas de vino habían tenido la culpa (si es que esta palabra se puede seguir utilizando) de mi fluidez y atrevimiento.

Al final, casi en estado de embriaguez, me volví al hotel a dormir. Caí más bien rendido y a la mañana siguiente tenía que madrugar para coger el expreso X07 hacia Victoria Station.

Como un niño el día de su cumpleaños, esa noche apenas podía dormir, tanta excitación me producía el hecho de escapar por un día de este exilio, de esta prisión sin lindes, esta cárcel en la que además había de ser mi propio carcelero.

Media hora más tarde que de costumbre, el desayuno, la consabida usurpación de material alimenticio, la despedida del recepcionista. La parada del autobús. Aún me quedaba media hora de espera, pero sabía que ya me estaba yendo, con esto, también un poco de vuelta a casa, un poco cerca de Carmen, de mi nosoledad, de mi Madrid de mis entretelas, de mis amigos y amigas, de mis cines, de mis calles, mi gente, mi miseria, mi tristeza descarnada y vital, metros y grupos de poesía, plazas terrazas, sol sin excepción, aire acondicionado, un baño que conozco, una botella de rioja en el trastero, sus besos, mis besos, poemas y libros.

Londres era un poco ese símbolo de final de recorrido, últimos metros, la meta está próxima, imagino sus piernas cayendo suaves bajo su vestido azul, el aire un poco atrevido se mete entre sus muslos y comienza a jugar, las bragas que no existen, el cuerpo se humedece, una garganta que traga saliva que sobra, saliva que

hace falta, imagino en el baño, en el último segundo, en el tiempo de descuento, su sonrisa morena, su pelo alborotado, sus pechos puntiagudos, su piel insudorosa abrazando a la mía y el agua se agita, la espuma se evapora, movimientos suaves se transforman en ritmo, el ritmo caribeño en ritmo bacalao, tres últimos tambores estallan en el lago, una lava imparable destruye el universo, cadalso del dios padre, que se pierde él solito en la recta infinita que ya no es paralela, porque es curva infinita, círculo abierto, arco voltaico de mi felicidad, un fecundo adelanto de alegría inmensa, un adelanto, un caballo, un sueño que no cuento, un principio del fin.

Volver

A los sitios a los que voy, en realidad ya he ido y ahora estoy, siempre, volviendo. Me temo que pronto voy a retomar el camino de vuelta, la cuesta de bajada después de mi cumpleaños que es la cima de mi vida, en la que ya he estado y volveré, despacio, voy a ir cayendo por el sendero del antitiempo para llegar, la final del camino al útero materno. Sé que ella estará muerta para entonces y tendré que escarbar en su tumba y enterrarme y entonces sacaré de mí el destino último, el único destino que puede llamarse tal porque no habrá forma de volver. Será la última huida, el único camino sin retorno, el círculo se rompe, la clase se termina, salgo y vuelvo a casa, a dormir para despertar una nueva mañana en la que volver al trabajo, volver a cumplir días, celebrar cumpleaños, parir nuevos poemas que irán siendo más cortos, despacio hasta hacerse silencio, hasta que un balbuceo los haga incomprensibles, hasta que unas gotas de baba en la barbilla suavice mi rostro, lo haga de nuevo puro como la mierda descompuesta de un recién nacido, el vómito de sangre que sale por mis labios, casi sin ser abiertos, al mundo desolado y recorreré a nado su vagina ya seca, su infierno inalcanzable que es mi infierno alcanzable, mi vida que se agota, por volver a la vida de la que ya salí.

Benidorm

El hijo de dios se hizo carne y materializó en la forma de una cabra montesa, pero con tan mala fortuna que el carro que la llevaba al matadero, de donde habría salido con un claro augurio de futuro, volcó. Este hecho, determinante sin duda para una cabra pero en absoluto algo importante en la vida de un descendiente de dios que se anda haciendo carne cuando le sale de las narices, provocó que la forma de cabra fuese a parar a los aledaños de un bingo en el centro mismo de Benidorm.

Fue allí mismo donde unos jóvenes californianos (o de por ahí puesto que, de hecho, resultaron ser de Utah) con camisas blancas impecables, por no decir impolutas, puesto que sí que habían sido polucionadas, tanto es así que de uno de ellos se llegó a decir que se masturbaba con tantísima frecuencia que no había forma de que consiguiese una erección, estos jóvenes, repito, encontraron al animal en la misma puerta del local, lo lavaron con agua de colonia, lo adoraron y lo metieron como su compañero en el antro de perdición que habían ido a exortizar.

Por si es un dato de interés, nadie les había pedido semejante cosa en esa gomorra feliz de playa sosa, pero allí estaban porque habían llegado y no creían posible irse sin el castigo ejemplar de los infieles. Dentro del presunto antro, tan sólo seis ancianos levantaron la cabeza al ver al trío acercarse al mostrador donde un sujeto, que puede que luego pase a ser predicado o, incluso, predicador, volteaba un bombo que cagaba bolitas de marfil con incrustaciones de nácar negro. Anunció el tres y la trinidad se acercó con sus zapatitos resplandecientes golpeando el entarimado del pasillo que separaba las dos filas de mesas que ocupaban otras tantas filas de ancianos. Levantó la mirada y sonrió como quien está viendo un niño hacer una travesura y les preguntó qué habían ido a hacer allí, justo en el momento en el que a dios se le ocurrió gritar a su hijo que las salchichas ya estaban preparadas en la cocina y que si llegaba tarde iba a haber bronca y, claro, como que dios tiene la voz tan ronca, impresionó a algunos de los abuelitos que aún tenían algo de oído, pero dejó indiferentes tanto al predicador de la religión que se estaba a punto de inventar como a los dos páñfilos recién salidos del colegio que soltaron la cabra que, repentinamente, se había puesto algo nerviosa. Puede que sea verdad que si a una cabra la llama dios con su voz ronca le dé por ponerse nerviosa, incluso si no es su

hijo, pero si además existe la amenaza real de quedarse sin cenar, entonces ya son palabras mayores, así que la cabra consiguió evadirse entre los asistentes al localbingohechoiglesia y se lanzó a correr hasta que un mercedes descapotable estampó su parachoques contra sus cuernos dejando un animal muerto al otro lado de la carretera que conduce a Calpe.

Tras el descubrimiento de dios como cabra madre, los apóstoles reunidos en un bingoiglesia subieron al púlpito e instituyeron el sacramento de las pelotas que caían y caían y caían conduciéndonos a todos hacia una vida mejor cuando había suerte y hacia el infierno de la desesperanza cuando no la teníamos, mientras veíamos como nuestros ancianos, los seis que habían mirado al triunvirato protagonista inicialmente, se retiraban a sus aposentos a descansar y lograr la paz espiritual necesaria para recordar el sabor de aquella forma que se cenaron después de soltar los cuernos incrustados en el parachoques del mercedes.

Al día siguiente, todos estaban envenenados, pero nadie lo sabía. La muerte, por tanto, no habría de llegar nunca con su carga de limpiehogar familiar y vivirían eternamente sin poder salir de aquel pueblo infernal que les ataba con cadenas de supermercados en varios idiomas. Aún, hoy en día, siguen allí, esperando el regreso del ángel exterminador que limpie los restos del último banquete que celebraron.

Sin nada no

Queda media hora. Sí, queda media hora y yo aquí, en medio de mi casa sin tener aún el maldito relato (seguro que mucha más gente piensa como yo, que eso de escribir un relato humorístico es algo más bien maldito). Y no sé qué llevar, no sé qué escribir. Pero no puedo ir sin mis tareas hechas. ¿Te imaginas?. Giusseppe, ¿de verdad que no has hecho las tareas? No me lo puedo creer. Y claro, eso pesa mucho. Es una responsabilidad. Todos los miércoles tengo que tener las tareas y a poder ser desde hace algunos días: ¿qué es eso de hacerlas en el último momento?. Pero esta semana es que no he pensado para nada en el relato que ya hemos quedado que era maldito y además tenía que ser humorístico. Creo que tengo algún problema con esto. Sí, seguro que Paula lo arregla a base de psicoanálisis y mi mujer con bioenergética y yo que lo arreglaría con unos cuantos minis de kalimotxo barato en la plaza del dos de mayo pero luego siempre llego tarde y no hay nada que hacer en la maldita plaza que es una traducción literal de la fucking square y es que la policía ya ha pasado por allí y ha disuelto a la peña que estaban haciendo las hogueras en las que, un año, me llegué a quemar el pelo hasta de las pestañas. Tenía un aspecto como de gremlin con gafas algo lamentable, pero la excusa de hablar de mis hazañas resarcía el ridículo sufrido. Además, pude pedir un deseo y aunque no creo en esas cosas, resulta que acabó por cumplírseme pero como era algo que realmente quería pues no me morí cuando se me cumplió. Por ahí dicen que uno se puede morir de éxito y es verdad pero yo fui muy feliz cuando conocí a mi mujer y le dio por enamorarse de mí. Pero eso fue mucho tiempo después de que yo pidiese el deseo que, en realidad era mucho más básico o primario y que se me cumplió unos cuantos días antes de que le propusiese salir conmigo. Me temblaban las manos (si digo las piernas siempre se puede malinterpretar) y hacía como que leía un libro que apenas si recuerdo pero que en realidad (claro que, todo es siempre en realidad) estaba boca abajo y no acertaba a leer una sola letra. Ni tan siquiera a darme cuenta de que estaba boca abajo. Ella llegó y mi sonrisa profident no acababa de ser una sonrisa porque a veces no podía mantenerla porque las mandíbulas no sabían comportarse. En realidad, creo que también me temblaba la mandíbula. Un gremlin al que le temblaba el alma, la barriga, bien crecida tras el verano, las piernas, las manos, la mandíbula le pedía a una elfo de

mirada altiva que saliese con él. Lo más sorprendente es que ella dijo que sí. Pero esto no es divertido así que es mejor no reírse. Con esto me he dado cuenta de que el relato que tenía que escribir, el maldito relato, tenía que ser de humor y es que no tengo humor. Y cuando digo humor no quiero decir esos líquidos del cuerpo animal. Definición de diccionario, por cierto. Quiero decir, que no sé qué hacer para que la gente se ría. Aunque a veces es más fácil. Tanto como que una vez leí poemas en un bar y resulta que la gente se descojonaba. Pero lo peor era que eran mis más tristes poemas. Mis poemas de la época que yo quería considerar negra para tener algo en común con Goya. Es que a mí, Goya me gusta mucho. Se entiende que me refiero a su obra porque Goya, lo que es Francisco de Goya y Lucientes, está muerto y tiene que tener un aspecto algo así como siniestro. No sé si siniestro es la palabra adecuada pero ya sólo me quedan quince minutos para acabar esto y no tengo tiempo para buscar sinónimos. Total que siempre he buscado parecerme a otros. Por ejemplo, estuve a punto de cortarme las orejas. Por distintos motivos a los del tal Van Goth, pero sí deseaba yo obtener el mismo resultado. O acabar muriéndome en algún banco de estación. Pero luego conocí a Bukowski y creo que acabó conmigo. No puedo ni quiero parecerme a él. Por un tiempo pensé que no tenía más remedio, que no podía hacer otra cosa si quería escribir como él, pero luego me di cuenta de que para escribir como él lo que tenía que hacer era escribir como mí mismo. Así que voy poco a poco pareciéndome a todos siendo, ni más ni menos que Giusseppe. Como siempre, me quedo sin saber si esto es un final de un relato, esto es un relato o qué, pero bueno, eso ya lo aprenderé dentro de unos años, no tengo prisa. De momento, no queda más papel.

Celestial

De una dulzura que sus ojos azules no podían remediar. Tanto, que se salían como dos lagos de tinta manchándole la camisa. Pero jamás tras de tanta inocencia se percataba mayor lubricidad, una lujuriosa insinuación que resultaba algo más que sugerente. Entre su pelo de oro, lagartos de deseos carnales, alacranes de bello que me suicidaban. Una endiablada lascivia poseía sus movimientos, sus pechos puntiagudos eran cuernos de sangre, sus miradas furtivas, canto de sirenas. Pero casi no tenía piernas, esto también era en común con las ondinas. Un mar de cemento parecían sus nalgas. De tales proporciones que cuando me quise sentar a su lado comprendí que no se trataba de una de tantas fuentes inauguradas recientemente por el ayuntamiento para lucimiento de la villa y corte, sino que sus extremidades abarcaban cuanto abarcaba mi vista por no decir el mar bravío. Era hasta tal punto desmesurado su tamaño que hube de sentarme a su lado de perfil pues no había forma de que ella y yo cupiésemos en una misma triada de sillas. Sus pies diminutos parecían querer resarcirse del despliegue de medios de sus medias y acababan en una puntita ridícula que acentuaba su redondez, su cónica figura era realzada y sublimada por una pajarería que pretendía usar como sombrero.

Entre las piernas y sus pechos casi no hay posibilidad de descripción pues apenas un cinturón de cuero negro era capaz de impedir el desbordamiento de la carne alrededor de sus dos metros y medio de diámetro a los que se encaramaba un pantalón negro ajustado como guante de cirugía.

Sin embargo, su voluptuosidad de labios sonrosados seguía siendo un acicate para mi deseo y quise que su melena batida en mi cuerpo rozase los límites de mi virilidad. Le pedí que me acompañase a casa y a pesar de su primer impulso, que habría hecho temblar la tierra, dijo que no. Por eso este relato es tan breve y no queda nada por pasar más que el último momento en el que nos volvimos a ver cada uno en su tristeza, mientras las puertas del metro abrían y supe que no podría seguirme a un lugar tan estrecho. Nos perdimos. Pero aún en las noches frías, cuando un rayo de luz roza una montaña, cuando viste de oro el atardecer una cresta de nieve, mientras las azaleas ondean en su falda como campos de trigo, recuerdo su figura llorando entre sus dedos grandes como

salchichas, mis manos en mis ojos cubriendo mi vergüenza, su grito silencioso de ayuda y desamparo. Por eso, hoy, ya no puedo seguir.

Mentes calenturientas

Quiero terminar rápidamente este relato para acostarme con mi mujer, pero no, no es lo que pensáis. Tengo mucho sueño porque ayer me acosté muy tarde. Ella y yo tardamos mucho tiempo en dormirnos. Eran las 3 de la mañana y aún estábamos despiertos y agotados. Pero esto tampoco es lo que pueda parecer.

Por cierto que ayer fue un día extraño. Un tipo en el metro se me acercó y, no sé si por mi forma de mirarle o qué, se puso a hablar conmigo sobre las injusticias sociales que, según él, se cometían en España y sólo en España por los funcionarios. Él, dijo, conocía a alguno que ganaba más de seiscientasmil pesetas al mes. Entonces sus ojos se abrían y cerraban como desvelándome un secreto de iniciados. Yo le miraba sin atreverme a hablar pero por otro lado no estaba intimidado. Finalmente le dije que seguramente él, situado en el mismo puesto que esos funcionarios más o menos corruptos, estaría haciendo lo mismo. No es que esto le hubiese justificado, a él ni a los que lo hacen, pero en cualquier caso igual se cuestionaba un poco las palabras antes de emitirlas sin pensar.

En estas estábamos cuando algo en la conversación de dos chicas preciosas que estaban sentadas justo al lado nuestro llamó nuestra atención. La que se apoyaba sobre el extremo del banco corrido, era algo más alta, bastante guapa, de ojos castaños y piel morena. Vestía un vestido de humo que dejaba traslucir su sujetador negro con tirantes de plástico trasparente para que no se notase. Sin embargo, se notaba. La más bajita, no mucho más bajita, era rubia teñida, de unas raíces muy oscuras y piel más bien oscura. Un poco gordita, rellenita, diría yo, se atrevía a vestir una camiseta roja ajustada que dejaba una franja de carne antes de llegar a sus pantalones vaqueros desgastados, en la que vivía con comodidad algodónosa un ombligo encaramado al tatuaje azul de una serpiente. Supongo que si me fijé más en esta es por algo, pero no pienso pensarlo en este momento. Antes se habían visto muy satisfechas de que el tipo raro que me había abordado no las hubiese abordado a ellas. En sus caras pude leer la indiferencia con que me miraron cuando comencé a hablarle, como si no mereciese la pena, como si ellas hubiesen sabido hacerlo mejor.

- Dicen que hay que morder la puntita – le decía la rubia a la más alta.
- A ti lo que te pasa es que te los comes enteros – ratificó aquella.

- No mari... no es eso, pero...
- Mira... – afirmó contundente la tal mari – tú eres una devoradora de rabos.

Parecía que no había más que hablar y, sin embargo, el tipo que me miraba, ahora las miraba a ellas con esa cabeza un poco hacia delante que lanzan los ebrios. Ellas lo notaron y replegaron su voz a un silencio que sólo yo pude seguir oyendo mientras entretenía con sofismas al hombrecillo. Por un momento, supe que eran celos, celos a que él se apropiase de una conversación que era toda mía, de un cotilleo íntimo y privado, como si fuese su tampax particular con un radio escucha que retransmite una vez que sale del tubo del metro. Las vías de la noche se abren al caminar de mis dedos. Se encaraman al galope de un teclado infinito, de una bañera de sueños en la que los recuerdos se tiñen de vida. Un caballo vuela camino del cementerio y sus patas tienen un poco de miel en las pezuñas. Las patas de un caballo son sólo pies, unos pies muy grandes, unas pezuñas que son uñas. Las conversaciones versan de universos. Son palabras que se malentienden porque no existe una buena interpretación. Sólo los insomnes podemos interpretar los sueños, podemos batir la mahonesa del sexo en un cantar de los cantares y gritar cualquier tontería con tal de ir a la cama y acostarnos con nuestras mujeres.

- Digas lo que digas, a mí el picante no me entra.

Caminando por Madrid

Cuando era pequeño, mi padre me decía que dejase de mirar constantemente al suelo y mirase hacia arriba cuando andaba. Quizás por eso, dejé de hacerle caso. Yo estaba enfrascado en un suelo que no paraba de ofrecerme cosas distintas para mirar, como el maravilloso juego de los pasos de cebra, en los que tenía que ir saltando sin pisar el vacío de pintura que era como caer en un horrible abismo del que no habría salida. Otras veces, el zigzag de unas baldosas de colores, otras, el traqueteo de un caminar entre calles de piedras, adoquines que yo imaginaba allí desde la época romana, por lo menos. Sin embargo, eran sólo caprichos de algún alcalde más o menos falto de imaginación.

También entonces había a cada paso un poco de porquería, creo que Madrid era más sucio antes, pero de una suciedad como renegrida, como si el polvo fuese un componente normal, un poso de suciedad inevitable. Vivía en frente de Tabacalera Española y siempre recuerdo a mi madre batiéndose contra el inevitable velo gris que vestía los muebles conservados de mi casa.

Cada vez que paso por aquella calle, me encuentro de nuevo con mi historia, con esa vuelta del colegio, con las vallas vulnerables del recreo por donde yo nunca me atreví a escapar. Antes de que yo entrase, ese había sido un colegio femenino, pero creo que mi madre tenía alguna influencia por haber sido una antigua alumna y conseguí ser uno de los primeros niños que estudiaban allí, golpeado por una tal Doña Carmen que siempre protestaba por mi mala caligrafía. Afortunadamente, hoy existen ordenadores y no tengo que seguir viéndola entre mis eles torcidas hacia un lado al tiempo que las jotas se tuercen hacia el contrario.

Luego vino la ausencia. Salí de Madrid sin darme cuenta de que era parte de él, de que no podía irme, de que Madrid sin mí se moría un poco, pero yo era tan pequeño que apenas consideraba el valor de mi existencia. Casi no me daba cuenta de que no había nada fuera de mí mismo. No existía otra realidad que la que se podía escribir o leer y no la que yo era capaz de crear al creer.

Tuve que irme al fin del mundo para encontrar mi lugar, para percatarme del amor que le tengo a una ciudad que, como he escrito en algún sitio, me nutre y se nutre de mí, de mi sangre que dejo en sus aceras, de mis versos que dejo en cafeterías, de todo ese ruido que me sirve para hallar el silencio, para encontrarme conmigo

mismo, conmigo mismo y con todos mis miedos, miedo a la soledad, miedo a no ser querido, miedo a ser débil, a ser malvado hasta matar tanta injusticia que habita conmigo en estas baldosas que algún imbécil en el poder se encargó de encargarse a algún pariente. Entonces me encontré a mí mismo. Encontré el terreno en el que quiero que me entierren aunque no quiera que me entierren, el lugar de donde habré de salir transformado hasta no reconocermelo. Sé que eso también pasará y sé que la vida gira como la tierra, que todo es relativo, que los quarks no son partículas indivisibles, que las cigarras no cantan, que pertenezco a mi mundo, que el mundo es parte de mí, que me doy cada día más y me duele, me duele y me raja el pecho, me hace llorar y reír, me vierte un cántaro de agua en una terraza de Lavapiés, me derrama un litro de kalimotxo en la plaza del Dos de Mayo, me quema con un cenicero humano que muchos llaman Desengaño, me abraza con la pasión de unos amigos sin los que no puedo existir, sin los que no quiero existir. No tendría sentido la vida, no tendría sentido este escrito si no fuese para decir una y otra vez: ¡Os quiero!.

Dedicado a mis amigos

Congreso de Psicoanálisis

Yo no había nacido cuando murió John Kennedy. Ni siquiera casi me enteré de la primera vez que el hombre estuvo en la Luna. Era un pequeñajo con ganas de jugar pero que aún no se había descubierto como gran jugador del mundo. No habría sabido qué hacer aunque muy probablemente me habría dado igual. No sé, a lo mejor habría convertido mi apatía en un interés ciego, como de esa ceguera que llueve por encima de los abetos a la luz de los faros que rodean un grupo de negros golpeados, mientras las llamas del crucifijo indican que hay un final que puede ser modificado por personas que se implican en el mundo y lo convierten en cenizas. De uno u otro tipo.

No escribí un relato sobre la muerte de JFK. Podría haberlo hecho. Podría haber escrito todo lo que no escribo. Podría haberme documentado y escribir el mejor documental del mundo. Incluso, podría haber perpetrado un poema contra la intolerancia del mundo o contra la tolerancia, contra esta apatía que a todos nos puebla y permite, tolera, tanta tolerancia ciega... como la de los crucifijos ardientes.

No asistí al congreso de psicoanálisis porque tendría que analizarme, porque tendría que saber qué razón me lo impidió. Posiblemente fue tan sólo el hecho de que tuve muchas cosas que hacer. Esto, que puede ser visto banal, habría sido una buena explicación si yo mismo me la creyese. No fue esa la razón. A lo mejor no hay una razón. Armstrong pisó la luna sin razón, sin pensar en la muerte de la poesía romántica de una vez por todas, sin darse ni cuenta de que los reyes magos habían dejado de existir, pero claro, a él qué cojones le iba a importar si era anglosajón y no tienen reyes magos, es más era americano y tampoco tienen reyes, salvo los del petróleo.

El dólar está subiendo y subiendo y el congreso de psicoanálisis era gratuito. Hablarían del dinero, de cómo conseguir dinero para poder escribir y como escribir para conseguir dinero. Sin tapujos, esto es absolutamente necesario salvo que se quiera seguir siendo un mediocre como yo toda la vida. No tendría que tener amigos, no tendría que tener otro trabajo, tendría que dejarme arrastrar por prostitutas que me proponen experiencias no vividas, igual también ser capaz de extraer vivencias de las experiencias que experimento sin riesgos, un escritor sin miedo, un escritor de poesía que puede

ser libre de lanzarse a un agujero negro, en el borde de una tierra más bien desdibujada, una imagen que ni siquiera es mía, sin el paracaídas de mi invención. Un paracaídas reciclado, hecho de piel humana, de cabelleras sus correajes, su funda armada de esqueletos. No tendré nunca un escarabajo bajo la cama más alegre que mis sueños de infancia. No quiero volver al psicoanálisis porque sé que lo necesito. No quiero ni siquiera oír hablar de ello. Por eso un recital de poesía en el Grupo 0 es algo repulsivo, no es por otra cosa. La pereza mata. El diluvio universal sale de un hacedor que no hace, un repelente arpillero que amenaza con matarnos a todos por no ser sus esclavos, por no obedecer un silencio hecho cataratas. Con ello, volvemos a la ceguera de la que estábamos hablando.

Pisé la parte trasera de la sala de exposiciones y ellos no me vieron. Tuve miedo a que me viesen y también a que no me viesen. Me acerqué despacio detrás de las cortinas a la mesa de la conferencia. Cogí entre mis manos las flores del jarrón y comí una. No sé porqué necesité alimentarme, supongo que porque no había comido desde hacía tres días. Igual fue por eso. Lancé un rayo disfrazado de mirada al ujier que me descubrió y me agazapé esperando que aquello fuese suficiente. Pero la luna seguía en su lugar y yo no pisaba un terreno suficientemente sólido. Al golpearme, sentí un cristal en mi espalda, frío y liso, con un ligero dibujo que contenía el emblema de la constelación. Tantas estrellas hicieron que mi aterrizaje en el piso fuese luminoso. La policía recogía mi cadáver al tiempo que las carcajadas por verme con un florero en mis dedos, una rosa en mi boca y la sangre alrededor del cuello.

Se desdibujó mi voz. Partí hacia JFK para contarle todos mis secretos de estado, hacia el teniente NA para contarle todos mis secretos poéticos; hacia mi padre que yacía muerto entre tanta televisión, tanta infancia ajada de religiones, tanto psicoanálisis ebrio de egoísmo.

Ya nunca más seré un esclavo, ni siquiera de mi libertad.

Dedicado a Charles Bukowski

Levantando las cejas

Tuve un profesor que siempre saludaba así. Cada vez que te cruzabas con él en la facultad, en uno de los pasillos construidos con maldad plagados de escaleras para que las manifestaciones de la época de Franco no pudiesen desplazarse con libertad de movimientos, saludaba con un arqueo de cejas que arrugaba su frente sin final. Digo sin final porque el bueno hombre era calvo. De esos que a los lados soportan un par de bosquecillos negros, marcadamente negros, que se unían muy atrás, justo por encima del cogote, para ser una única unidad de pelo. Negro. Muy negro.

Después pasó a ser mi compañero de trabajo, un compañero de trabajo algo superior a mí, con lo que no parecía que nuestra relación hubiese cambiado mucho. Él seguía siendo el dios al que había que respetar y yo el incauto que tenía tanto que aprender como olvidar. Con el paso del tiempo he ido olvidando más y más y así tengo la sensación de que aprendí algo... pero ya no sé qué.

Colega era tan abyecto e insufrible cretino como ante los alumnos que aún le soportaban y sufrían su insolencia plena. No quise matarle, pero fue saliendo así, como si se tratase de un relato que tuviese que escribir y llegó a mis manos el método algebraico que realizaría las virtudes de mi ilusión. Le degollé frente al televisor mientras escuchábamos cómo caía el muro de Berlín y yo pensaba que podría ir allá a por un ladrillo para partirle la cabeza. Luego me di cuenta de que su sangre me mancharía de inquietud, de tristeza ante el resto de una vida reclusa, sin luz, sin amigos, sin nada de nada por lo que vivir y decidí perdonarle así que no le maté. Por ahora se ha salvado y eso que llevo dentro de mí un asesino nato luchando por salir a la superficie y contar su historia desde el punto de vista de la geometría diferencial.

Para colmo de males, el tipo vivía en mi mismo pueblo, es más, tan cerca de donde yo tenía que cumplir con la patria que nunca reconoceré que más de una ocasión lo encontré de servicio. Servicio civil sustitutorio. También en esas ocasiones su arqueo de cejas no paraba de ser para mí ese símbolo del que corta recto las líneas, del que abre con fuerza las puertas, el que aprieta enérgico las manos, el que tiene el poder y lo sabe. Me acordaba de una canción de Amancio Prada que hablaba de eso y pensaba siempre que a mí no me ocurriría jamás pero hoy me he visto acercándome a la vigilante del edificio donde ahora trabajo (han pasado más de diez años

desde que no veo a ese emblema del poder) y me he encontrado a mí mismo notando como se arrugaba mi frente cada día más descubierta, cada día más altiva, encorsetada por el nudo semi windsord de mi corbata, alzacuellos de los dioses de la informática. Y me he maldito a mí mismo como si intentase recordar aquel tiempo en el que era romántico y no poderoso, no corría rápido con los coches estables sino a menos de ciento treinta con un dos caballos azul que parecía un todoterreno por la cantidad de barro que siempre acumulaba. Noto como quiero terminar con mi relato, como quiero dejar de reconocirme en ese símbolo odiado y odioso, en ese espíritu altivo, cruento, insoportable, para no tener que odiarme tanto, para poder aguantarme y no verme abocado a un gesto sin remedio frente a este televisor que me mira, que mira mis manos segando mi cuello en un último esfuerzo por no soportarme, por no seguir sosteniendo un cráneo que se arquea, un cráneo anaranjado que se va vistiendo de morado, un morado chillón, no!! No chilles más!

Maldito cerdo. Suelta tu sangre y vierte en el parquet toda tu fuerza, todo tu poder... ríndete de una puta vez.

gl gl glll adfvb adfb

hhhh

Un corazón de nieve^º

La primera postal que recuerdo, de hecho es la primera postal que me han enviado nunca es la del Skyline de Nueva York. Era una postal... bueno, en realidad la postal sigue siendo, incluso después de lo que ha pasado, de esas que cambia de aspecto según se giran. Una especie de holografía pero en cutre. Hoy mismo me acabo de dar cuenta de que no era la mía sino que a mí me envió una de la estatua de la libertad. Con esa misma cualidad de cambio de aspecto, que tanto me gustaba. Ahora eso ya no me gusta, pero la postal sigue siendo de una importancia capital para mí. Creo que, gracias a ella, aprendí lo bonito que puede ser comunicarse por escrito. Igual gracias a ella, este relato se está escribiendo, es como si me atreviese a devolverle finalmente ese esfuerzo de escribirme desde Nueva York, cuando yo apenas si levantaba varios palmos del suelo (cosa que tampoco ha variado tanto, después de todo) y me morí de envidia porque a mi hermana le había tocado la del SkyLine. Vaya, me dije, ¿por qué a ella le ha enviado una postal tan animada, que no es naranja y que tiene tantos edificios?. Hace tiempo que sé que la mía era tan importante como la suya, pero en cualquier caso, no perdí ocasión de hacerme con la suya, sumarla a mi colección de objetos importantes entre los que había algunas vitolas de puros, monedas extranjeras, unos cuantos recortes de periódicos con informes sobre objetos volantes no identificados y algunas colas de lagartija secas. No sé, pero tengo la sensación, ahora que lo pienso, que no estaba ya muy centrado por aquella época.

En mi postal, en la de la estatua de la libertad en naranja que cambiaba de forma y sostenía un libro en su brazo izquierdo, mi padre me decía que esperaba que alguna vez tuviese la oportunidad de ver aquella ciudad especial y mágica con cosas buenas y malas, grande como ninguna y que, a partir de entonces, se vistió para mí de un halo de misterio, un mundo de mitos y leyendas sin igual. Supongo que eso fue lo que hace tres años me llevó allá. Mucho más que el hecho de tener que ir de paso hacia Iowa para ver a una mujer a quien quería decirle que nuestra relación era imposible. Muy caballeroso lo de desplazarse medio planeta para no gastar línea telefónica con su llanto.

^º De un poema de Charles Baudelaire.

A cada paso evocaba sus palabras, no las sabía de memoria, pero sí de sentido. Y el sentido me decía que tenía que capturar lo más posible aquella isla, aquellos locos ajetreados, agitados sin parar, aquel humo que salía de las alcantarillas como en las películas de detectives que no me casaba de ver y no me canso. Desde entonces sé que aquello no es un efecto especial, sino una peculiaridad del peculiar clima neoyorkino.

Subí una mañana al Empire State Building huyendo de un hotel lleno de muerte y me dejé caer colgado de una cámara para robarle al tiempo un poco de su piel. Me lo traje todo. Me vestí de memoria y anduve por sus calles otra vez. Como esta misma tarde.

Él me volvió a llamar. Me sigue aún enseñando lo que significa la comunicación. Me llamó para decirme que si yo había estado en las torres gemelas cuando había estado en Nueva York. Le dije que no. Que estaba haciendo la comida para Carmen. Pues han sufrido un atentado.... y parece que... mi madre decía algo desde el fondo de su cocina y ... sí, otro en la otra torre... desde ese momento empecé a sentir que aún tenía mucho que escuchar. Ya lo sabía, ya lo sé, pero a veces se me olvida. Me dio por conectarme a Internet y ver qué estaba pasando. Yo estaba escribiéndole un mail a la persona a la que había ido a ver cuando pisé por primera vez Nueva York. Su amiga Sulatha me había llevado a un restaurante indonesio en el que preparaban un pollo al curry tremendo de picante. Casi me muero del fuego en mis labios.

El fuego se extendía por los edificios y veía a la gente saltar por los aires. Yo no puedo creer lo que estoy viendo. Es de película... etcétera.

Se me heló el corazón al oír la voz de nieve de mi amiga Sylvia. Sus labios lloraban. Lloraban y me decían asustados que querían verme. Yo también quiero verte. Necesito verte. Necesito a mi gente. Mi amor a mi lado agarraba mi mano y yo me acordaba de la postal de mi hermana. No se la pienso devolver, pero cada vez que le envíe una postal a mi sobrino, pensaré que, tal vez, jamás pueda ver lo que yo vi, lo que mi padre vio, porque el mundo es, cada día más, perecedero.

¿Qué pasó en Nueva York?

Voy andando por la acera y veo como se acerca a mí un viejo que me dice que si tengo dinero y le escupo a la cara y salgo corriendo, pero me doy cuenta de que no puede seguirme porque es muy muy viejo. Cuando llego a mi esquina, la esquina en la que tuerzo hacia mi casa, me doy la vuelta y el tipo está ahí, justo detrás de mí, con su cara aún manchada de mi saliva y sus dientes negros preguntándome que si tengo dinero para darle. No. Imbécil, no tengo un puto duro para darte. Le doy una ostia y casi se cae al suelo. No se cae, así que le sacudo una patada en la espinilla para que se agache. Es un truco muy sucio, pero me la suda. Cuando se ha agachado, le doy un rodillazo en la nariz que empieza a sangrar casi de inmediato con lo que mancha de sangre, de su sangre pobre mi pantalón de rallas. Mi pantalón nuevo de rallas blancas. El tejido es tan fino que siento la calidez de su sangre entre mis músculos. Me da asco y me sacudo, pero mis dedos se impregnan de su sangre, de su nariz ardiendo. Mierda. Eres un hijo de puta que me has manchado el traje que tenía para la reunión. Pero él como si nada, se la suda. Y me vuelve a mirar con sus ojos saltones, un poco húmedos de alcohol, aún se nota por el olor de su sudor, ha estado bebiendo y bien, no poco. Una considerable cantidad de Don Simón. Cuesta 200 pelas el cartón y el hijo de puta me pide dinero para beber. Sé que no va a acabar en otro sitio que en la caja registradora de los cabrones chinos que han abierto otro maldito supermercado a granel que no cierra nunca. Trabajan de verdad, eso no se puede negar, esos malditos chinarrros. Pero no soporto su mirada, su estúpida mirada de vaca suplicante y le vuelvo a sacudir. Mi maletín gris se empotra en su cabeza y sus manos caen primero, luego sus costillas y por último, el resto de su cuerpo cubre la acera con manchas de sangre.

Alguien grita: ¡están bombardeando! y se desgañita intentando hacerme olvidar que ese tipo sucio me sigue mirando, me sigue mirando aunque mis zapatos de Oxford Street le han arrancado la dentadura.

Llego a mi portal y una vecina me pregunta que si me he enterado. ¿De qué tengo que enterarme?. En mi casa me cambio de ropa, tengo que irme a esa estúpida reunión y no puedo ir con el traje arrugado. En la televisión, un par de torres se desploman. Me recuerdan al tipo que se desplomó en mi esquina. ¿Habrá llamado

alguien a la policía?. Puedo estar tranquilo. Sé cómo funcionan estas cosas. Pero estas manchas del traje no acaban de desaparecer.

Naderías



Café Galache, M-20001207.

He vuelto a mi sitio, hoy, como templo en el que observar reglas de protocolo. Esto es un rito. Mi tostada, mi café, mi vaso de agua y los nervios al pensar en darle a Paloma el libro que le debo.

Nunca en la vida he dedicado un libro completo a alguien, excepto al pedazo de mi piel que a veces llamo Carmen. Lágrimas de hielo que me abrasan todo, que me gozan, son sus ojos de amor, su cara triste, su voz de nieve por delicada.

¿Me atreveré?.

No me concentro y escribo porquerías. Estoy engañando al mundo pero no puedo engañarme. Si la tía dice algo, yo reviento y no me parece un grito que incomode el rato en el que leo.

No, todo va dejando notarse y la confianza afincada en la central de mis arterias crispa el aire que aventa mis pulmones.

No me gusta.

No me encuentro.

Esta mesa es muy pequeña. Mis codos cuelgan a ambos lados como amazona a horcajadas sobre un caballo que no va a ninguna parte, sin ritmo, sin camino...

Intento hallar la pista del silencio y me pierdo en la oscuridad del bosque de palabras.

Hace frío. Hace un día frío. En la calle se mueve un árbol como en una queja, como protestando y las puertas se niegan a cerrarse. Entran dos viejos muy viejos, cargados de historia y de amargura. Ella se va. Espero que vuelva pronto porque tengo que darle el libro que le debo.

Van al colegio de la pena, van al campo de lágrimas absorbidas por sábanas manchadas. Todos sabemos que es semen de un mamarracho hijodeputa que además de correrse sin respeto, le pegó una paliza de muerte. No ha salido a hacer de su esquina su oficina. Hoy no. Pero todo es tan rutinario que a los niños les quitan caramelos, se caen, se rompen un diente y lloran. Rutinario, lamentablemente.

Me noto oxidado. ¿Me notas oxidado?. Creo que tengo que escribir continuamente. Hace demasiado tiempo que no cumplo la promesa que le hice a Buko, aunque en realidad me la hice a mí mismo, acerca del número de hojas al día que hay que escribir. Estoy atascado en mil excusas que sé que no son más que eso, pero esto de explicar y explicar y explicar no lleva a ningún sitio, no es de gran

ayuda y para lo único que sirve es para saber (una vez más) que la explicación distrae la solución. Presa avisada que hubiera podido olerme y se ocultara bajo el manto de la complejidad.

No me gusta este block, ni por fuera ni por dentro. Sé que esta no es una profunda reflexión. Sé que parece otra excusa, demasiado estúpida para ser falsa, pero tengo que terminarlo como el cocido de sus manos, el dulce tuétano viscoso anochecido, gelatina de terminaciones neurales. Lo terminaré y compraré un bonito cuadernito de anillas con tapas azules.

Ha vuelto. Cuando sonrío me recuerda porqué elegí este local, porque fue una elección, no más que una elección, por el precio y por la calma, por simpatía y autobús amarillo que frena en el semáforo. Unos locos viajan en el techo congelándose en el aire congelado, que no gélido, de mi ciudad. Voy perdiéndole apego, no me siento enamorado y veo caer las noches en su rostro urbano sin esperar hacerle el amor. Entonces, porque siempre hay un entonces, recuerdo el tiempo austral dónde la conocí, porque fue más un lugar en el tiempo que un momento en el mundo.

Fue una ciudad abierta a mis sentidos y viví sus mieles hasta enloquecer. Bebí también sus ubres saturadas de maldad, muy a lo baudelaire, así como suena, para reírme del absurdo y de la evolución. Un ritmo sin t fue conocido con cocido y a la anochecida nos volvimos a encontrar bajo la ducha. Ducha buena y eterna que en Bostwana se festeja con gritos en los campos, sabana cargada de los últimos dinosaurios.

Una bandeja plata rompe mi silencio.

Silencio.

Me planteo si vuelvo al psicoanálisis y no sé qué hacer. Me da miedo su fuerza pero ante la posibilidad de debilitarme con cantos en rima de compañeros lacónicos (ay!, pobres...) no sé qué hacer.

Abierta
te miro
descarado
desafiante, incluso,
insolidario
con el llanto que puebla tus ojeras
con la forma imborrable de tus senos
en una lana que dibuja con deleite cada curva

pero estás lejos y yo soy muy cobarde
estás lejos
y yo
yo no sé
si volver al psicoanálisis.

He pensado en los precios, en lo que podría o querría pagar y tengo claro que me convendría pero tengo miedo. Más miedo que nunca de verme vulnerable, de saber que he de confiarme a ella, a Paula, pues la pobre tiene nombre en mi vida aunque ella no sepa manejarlo.

Casi no puede caminar
dos pasos son mil pasos
suda mear
como quien caga miedo
porque ella está muy cerca
tan cerca que se huele
se ven sus cuernos amarillos
su hálito
su mal
porque casi no puede caminar
para volver al lado de su amante
abrazarse a la tumba de su esposa
y llorar
llorar su pérdida,
la de él
la de ella
funesta separación en la tiniebla
que le llama
cada día más fuerte
gritándole su nombre en el oído
gritándole
llamándole
ensordeciéndole hasta que
casi no puede caminar.

Café Jamaica, M-20001211

¿Qué podemos hacer con tanto dinero? pues nos dicen pollas records que vayamos a la mierda todos y no lloremos cuando veamos al ir a trabajar un ramo de vómitos poblar la acera bien dispuesto a ir a la guerra cotidiana de computador o búsqueda de algo no caloso donde poder pincharse la esperanza.

No me gusta burroughs. Estridente y cárnico, poético y denso pero de imágenes que resultan inverosímiles para un potito rosado que sale de marcha los fines de semana y sin pasarse.

Tenemos centros culturales cultuertas que visito con fruición ficción y un diccionario on-line que me dice cómo he de escribir. ¡Será capullo! www.lenguaje.com.

y ¿cómo no?, no quiero dejar de mezclar vidas inmiscibles. Porque son inmiscibles, ¡dejémonos de coñas!. No puedo hacer compatibles dos mundos disjuntos. Motivos topológicos de los cojones, separados por vergara incalculable en el barrio de Salamanca.

Seguro que está lloviendo al otro lado del azul del cielo. Seguro que está lloviendo hacia arriba desde nubes invisibles.

Soy niño bueno, pueril y asustadizo que vago por mis calles con un boli colgando en el bolsillo. He perdido el gas con el que incendiar mi barrio para limpiarlo de la peste blanquiazul que lo somete. Me someto a todo... todo en el tiempo que respeto. Respeto todo. ¡Qué bueno soy!.

Soy la gallina caponata, un huevo colgando de la luna cortada en pedacitos encima de la barra.

Miro su sonrisa.

- hola.
- hola – con acento andino y sigo caminando por mi calle con un boli cobarde colgando en un bolsillo.
- hola.
- hola – con acento madrileño y subo despacio, calmado pero con ganas de quemar mis dedos en la pista de aterrizaje del boli que, colgando, desparramo en líneas rápidas, sin fuerza, sin gas, sin luz, sin ruido...música celestial a ritmo a.sanz. punto raya punto.

Un tren se aleja en la distancia, en la noche y se lleva mi recuerdo interrumpido.

Me atrevo a cosas tan osadas como comprometer mi vida regalando un poema.

¡putos móviles!

Me registran el tiempo, estamos condenados a vivir un futuro cargado de botones. Nos deberían asustar más que los dos botones de la guerra fría. Es un hocus pocus que mata nuestro día a día sin que seamos conscientes.

Quizás lo han inventado los psicoanalistas. Este humor visceral, viral, ha sido introducido por el recto del mundo y lo ha organizado mientras las punto com se hunden en la mierda. Parece que no hay relación, que todo esto es absurdo y, sin embargo...

Hoy tengo una visión. Tengo la claridad de esos ciegos protohistóricos que abundaban en Grecia adivinando susurros de hades. Veo qué va a pasar y porqué todo tiene relación. Todo ES la relación.

Esto es la jodida globalización, la que nos hace decir que todos somos iguales... ¡iguales por mis cojones!... como un puto centro cultural de acceso gratuito a la cultura... Somos gilipollas. Y esto no es el manifiesto comunista segunda parte. ¡¿Qué le vamos a hacer?!.

Navidad, navidad, dulce navidad... y seguimos cantando como si este mundo no tuviese vulnerabilidades que lo hacen indefendible. Tiene un grave tumor pero podemos hacer algo aunque sea volarlo por los aires o follarle el polvo interestelar que abraza universos, los comprime, los oprime, los reprime, los exprime y me digo... ¿qué significa prime?. Tendré que consultarlo en la Bomba Atómica.

Vendrá una guerra que acabará con todas las antenas de UMTS y con todas las conexiones a Internet. Vendrá una guerra que nos recordará (y eso duele) que somos mucho más humanos de lo que quisiéramos, lo siento mucho, amigos, pero esta es la verdad. Alguien ha debido olvidar incluirlo en el noticiero de la mañana pero pende sobre nosotros la venganza de abel.

Me estoy volviendo muy simbólico, tanto que ni yo mismo me entiendo pero tampoco creo que sea importante; seguramente, no tengo tantas cosas importantes que decir y no haya dicho.

Soy un poeta condenado por mí mismo al ostracismo de mi grandeza, un extintor de incendios en el vacío. No cabe una palabra con sentido en mi poesía pero se me cuela el puto contenido por las branquias laterales de besugo sin adjetivos.

Madrid está en obras y, como dicen que decía mi abuelo, “esta ciudad será bonita... cuando la acaben”. Yo no quiero que la acaben. A mí me gusta así, a medio hacer, como a medio camino siempre entre el prado y el Prado, a medio hacer con gente medio hecha, que no se comprenden. Yo no me comprendo y no sé si quiero comprenderme. La verdad es que comprendo pocas cosas y sé menos. Mi desconocimiento se está haciendo el líder en la maratón de mi aprendizaje.

Ella gira la cabeza y aspira un sorbo de la marihuana que le dejan. El resto lo devuelve sin ganas, sin ganas y con la cobardía de su raza. ¡Mátales con detergente si sigues aislada en la cocina!.

Margarita está pidiendo un hombre para follar con él al ritmo del frenesí provocado por el margarita sin fin, sin fin, sin fin y tan reiterado como el estómago soportado. Una licencia a la fecha del destilar en unos ojos de sangre sus antonios con el consuelo árabe del miedo a ser racista.

Margarita no quiere que la den por el culo pero un aparato enorme va a ensartarla como perro caliente. Dos perros gritan, aúllan sin parar mientras sus culos se restriegan. Babea y sus dientes parecen engrasados mecanismos de la carrocería de un Rolls Royce. No sé porqué me he acordado de una vez que vi dos perros en pleno acto sin parar de aullar y tuve la sensación de que el dolor era para los animales.

No quiero que me duela.

Margarita no quiere que le duela.

Queremos gozar queso de burgos, sin sal para que no engorde y casi vegetariano para no pecar.

Margarita es una puta pero aún no lo sabe. No sabe que en sus arterias limpias podría vivir la mayor cantidad de linfoprotos que se haya visto jamás. Claro que los linfoprotos no se ven porque no existen. Que nadie se confunda: no existen pero no porque no se vean.

Me veo rodeado de linfoprotos a la salida del cole y amortiguan los golpes a mi sensibilidad que me propugnan los valores superiores del puto ordenamiento jurídico.

Nadie parece creer en España. Ni siquiera Margarita cuando veo cómo le clavan una aguja en la vena virgen de su codo izquierdo. Sus ojos inmediatos se visten de novia y bailan un vals al ritmo de una mamada al hombre que le desabrochó la goma en el brazo.

La ceremonia sucia se llena de cerezo en flor, jerte de mis primaveras, fulgor nuclear, azul ceniza y semen saliendo por la comisura de su labio inerte.

Margarita no se sabe la marsellesa.

Margarita es tonta, pero sabe que no quiere que le duela.

Yo también.

Por eso trago y trago la mierda cotidiana. Por eso no pongo lejía en los cafés de la mesa de la lado, no mato con hachas merecidas a parlantes intolerantes que no respetan ni lo más sagrado. Hijos de puta crueles que prefieren ignorar que margarita no sabe dónde va a dormir esta noche. No sabe si va a dormir y no para el carro de la vida para bajarse en la próxima estación.

¡Margarita, no sabes nada!. Pero por no saber, no sabes que no sabes. Muy listo el sócrates ese que sirvió de tanta ayuda.

Yo sirvo de menos.

Yo siempre yo.

La coronaria tienen una chica con una niña cargada de cemento bajo el brazo desquiciado de la ausencia. Tanta ausencia que no me atrevo a recordar.

Hoy se ha quedado frío el café pero puede ser un buen síntoma. Recupero mi creatividad y el café se enfría. Son mundos requetejuntos, adjuntos y descifrados en la visión irredenta de un cambio inesperado.

Margarita firma una fotocopia en un cubo de basura de un restaurante japonés. Sushi como blade runner, pescado frío. Cobarde escurridizo de verdades claras. Enmascarado en rejas con forma de metáfora. Me da una carta de presentación y sé que todo es mentira pero leo y leo y miro sus párpados violetas rozar sus mejillas con batidos de nostalgia. El grito del silencio nos aproxima y mi escritura se interioriza. ¡Qué cosas!, ¿verdad?.

¿Cómo voy a hablar del proceso creativo?. No sé qué decir, no sé y esa es la verdad, por más que me empeñe en hablar de mi amigo, mi maestro y me aprendiz, por más que pueda escribir los versos más tristes esta noche, pueda ser contradictorio y no, por más que haga por hacer que sé, no sé.

Soy Margarita llorando en un rincón abrazando un cartón marrón y sucio. Ayer se usó en akelarre doméstico de ratas que pasaban frío desengañado. Frío en la calle, frío en la sangre. Frío Exp. Exeditivo como frío sin efe, agencia internacional. Soy la compañía que me asola, llanto que me reavienta, grito que me silencia para que un boli cobarde cause espasmos al brazo al que está atado, colgando y

colgando sin parar de rodar desodorante rodeado de ladillas al día siguiente, siguiente de simiente.

Fresca, fresca, fresca.

Llama de ojos que buscan en la penumbra un resto harapiento de miseria para hincarle los seis dientes que aún resisten. Hoy no estaba en el suelo, debajo del andamio, el hedor con forma humana que duerme con la osa, sólo estaba su guante, verde, de lana vieja, roído por el frío y las llamas del cartón que hoy usa Margarita.

Margarita del sueño, opio de ombres que no saben escribir su nombre, x en una ecuación que intenta despejar las incógnitas al otro lado para que salgan las cuentas, para que salga todo como en los libros de poemas bien escritos, a lo borjes, a lo paz, sean seres soberbios y llenos de verdad, hombres que saben escribir sus nombres y vuelos de aleluyas al amanecer por los nuevos y limpios ingenieros de sanidad pública al ser el hueco muerto de una barba tan sucia que recuerda la sopa que mancha los bordes del harapo arrastrado en el suelo bajo el andamio frío. Frío expeditivo.

Margarita se vende por una dosis, por un puñado de duros, por doce euros, raja su cuerpo al gordo baboso de canas escasas.

Un intelectual se dice a sí mismo que las putas son prostitutas, son reflejos de una sociedad con errores y no se da ni cuenta (ni Margarita) que él también lo es.

El baboso gordo le de calva prominente escupe un gargajo verde y el intelectual se ríe sintiéndose superior. ¡Él nova de putas!. Ya no son prostitutas y el gordo y Margarita arreglan una raja por 2000.

A la salida del pains an compani se come un arroz chino en un papel albal que acaba de reciclar. Hay que reciclar. ¡Jodido intelectual!. A ver si te enteras de algo de una puta vez y abrazas a tu amigo y le besas, le comes la lengua, le sacas los ojos y te escapas para que no te escupa el gordo baboso cuando acabe de aplastar la flor de mi secreto. Mueve las manos, mueve los dedos y vete a vivir a Mallorca con tus patillas de guay y tu melena regurgitada por una vorágine de almohadas más blanditas y mullidas que la camaadoquín que hoy estaba deshabitada.

Pasé a su lado, miré el vacío y pensé “¿qué habrá pasado?” y pensé “¡igual le encuentro en la plaza, como otros días, en un semáforo o apoyado en un árbol y puedo incluso sonreírle” y pensé “¡pero qué estupidez! Ni siquiera sabe quien soy. Me mirará con el odio antiabólico de su estirpe que es la mía y beberá otro trago del cartón de vino que le acompaña. Su barba se moja. Se mojará. Jodidos

tiempos verbales. Y yo seguiré andando y seguí andando porque no le vi.

Crucé al otro lado de la calle y me encontré con un hombre pidiendo dinero cuyas piernas apenas le sostenían. Le miré como quien mira al vacío y la ecuación no me cuadraba. ¡No quiero despejar la incógnita!. Álgebra y topología para los cálculos en un riñón. Puedo seguir alimentando amigos con sus referencias, con sus intelectos no-folladores-de-putas-callejeras y seguir comiéndome mis propias babas que engordan bistec con patatas.

Y resulta gracioso que bonilla en el toulouse sólo meta dos goles en la temporada – está hecho para el gol – y vosotros para el comercio electrónico y los periódicos. ¡Mierda!. La sociedad.

La suciedad de sus dedos no le causarán la muerte pero su limpieza podría suponerle la vida.

Quizás lo sepa. ¡Ay! Margarita...

Llevo los pantalones desde que me desperté. Son los mismos. Soy un ser íntegro porque tengo el pellejo oscuro y virgen. Me atrevo a hablar de mí mismo siempre que no diga nada. Esto es algo, es un humilde, por no decir miserable, principio, pero claro, ¿cómo habría de ser?.

Yo soy tan humilde que parezco el inventor de la hache.

Un sobresalto me saca de mí mismo (ya era hora) para volcarme el pulso que estaba fuera.

Crispo los nervios enrejados, el alma ahijada que vomita versos en la orilla aborregada de una luna sin estrellas. No hay cascabeles sobre la cama. No hay osos, no hay sexo, sólo restos humanos volando bajo, una visera de plata, del plata, que ciega en lindez por azulejos, una presencia fina y elegante, un miedo reventado, reglas quebradas, óxido, óxido que un borbotón de ozono trajo al mundo, llenó de verde fondo y las baldosas flojas que se confunden con ratas

bajo la lluvia

la lluvia

la lluvia

que no cesa

no cesa

no cesa

de mojar su guarida:

la de ella, de nuevo, Margarita, mojándose sin fin hasta que una tuberculosis sin rodeos la mate por una sobredosis de una jeringa herida.

Y mientras sus ojos se visten de franela, se arrastra su memoria en camiones que retiran los contenedores, se puebla su vida de alquitrán, de negrura, se puebla su vida de muerte y se vende por 6 euros a cambio de notar cómo sus venas abiertas absorben el goteo del último suspiro. el último suspiro.

Ni siquiera sangre roja empapará la acera, un arco de su aorta emite un ruido mudo, existencia de plomo desde el primer amor. sangre coagulada empapará el cartón sucio de akelarre quemado por la noche. Y al alba la retiran despejando una incógnita adecuada, descubriendo que se trata de una ecuación de varias variables.

Se sigue el juego. Topología, álgebra y geométricas. Rompiendo las pelotas, quemando sueños, enterrando esperanzas en el fondo blanquecino de quien se sabe los jodidos recursos psicológicos. Cretino tiempo el de quienes nos excluimos de esa labor tan linda de hacer hogueritas en los jardincillos del corazón de los hombres, de los ombres.

Es viernes y es martes y es lunes y es todos los días en un día, un único día, el día de todos los días. Es lo imposible porque lo imposible es. Y luego se rompe la cadena por un segundito para sacar otro cuerpo fuera del cementerio.

Hoy estoy un poco triste. Creo que estoy un poco triste pero por mi impotencia, por no ser capaz de hacer otra cosa que escribir esta mierda y llenarme de orgullo, de vana gloria en la que zambullirme, nadar en mi propio excremento de nada-nada, en mi silencio asceta, en mi pacifismo injustificado. Hoy estoy un poco triste.

Me siento al lado del ordenador y todo es muy mecánico, Tengo la ilusión un poco deshinchada. Cojo la bomba y me inflo rueda que tiene algo en el bolsillo. Pañuelo para secar sudor de mis dedos asustados, pueriles.

El patito de la progresión es ecológico. Es un trabajo que producen los hombres educados. Miran sus senos malvas pletinas de misterio y ríen a carcajadas opiáceo bambalínicas rayito de crisantemos odiando el amanecer que se va a eyacularles rocío. Es un rojo con mechones latinos y ladinos sustituciones a la luz de la luna y la filosofía del siglo 21 que tiene una importancia clara amartillada por comparaciones sin freno que llegan a chupar el fondo de tu sexo, eso sí, llamándole coñito para no molestar.

El patito de la progresión es eco-lógico con un guioncito en medio para ser más in, para brillar desde más lejos y más alto, para oler un perfume de channel sin ni siquiera saberlo y pensar en ti sin que ni siquiera lo sepas pues de eso se trata, de no saber para poder soportar esta existencia.

Así no acabamos en manicomios de sabios, no nos llenamos de diablos en inglés ni navegamos por el júcar hasta que una guitarra española se derrumbe en cuerdas, crines de muertos, estrellas de polvo, de sueño, de sueño...

y una discoteca YMCA que nos añora, que añoramos en un grado de dependencia útil para libar el olvido con un reloj de cadena metido en el bolsillo.

No tiene brazos y se aman en silencio, sin que una palabra patxarán alce su cuerpo que sigue en la fuga, como ceniza ascendiendo en los campos de Auschwitz. Y el río de lava de la historia ha borrado las guerras. Sólo existen en hojas blanquitas de navegadores, en portales verticales llenos de un contenido azul, verde, naranja que alimenta bocas en 3D y una paz infinita, utopía sin drogas, un cable de cables inalámbricos para oler su cuerpo heces humanas: no estaba. No estaba. ¿Habrá muerto?.

Caracolillo, caracolillo, lluvia de trigo maduro manto de pez con silueta de pompones alimentando imaginación repleta de cafés.

Se lastima su ignorancia por no estar en mi mente. Babas hechas para llenar su ausencia y una caja de nada que se cae al suelo. Es un pobre fascista de marca, invierno y no te sienta bien la camiseta ni con la miel en los labios ni con la dinámica ni con la idea, la única, posiblemente, que has tenido en tu vida.

¡Qué pena que la mala suerte te ha roto un brazo!. Me caes mal. No te voy a dedicar ni una línea más.

Puedo ver crecer la yerba
en tus ojos
cazar leopardos
en tus ojos
puedo ver
y quiero pedirte un favor:
 démame tus ojos
 una noche más.

Desplazamiento.

las latas de cerveza
se gastan,
hay que comprar más
esta noche
antes de llegar a casa
con un poco de crema de afeitar
gel de baño
y dormir
esta noche
entre las latas de cerveza
y tus brazos.

Me he caído al ritmo del plato
al suelo
y he resucitado
perfectamente
para no ofender a los puristas
que me clavan su mirada muerta
en la nuca
de trabajador
escritor aprendiz irreverente
que se ha caído
al suelo
y resucitó
imperfectamente.

Nuestros dedos se chocan en el infinito
miradaespejo
en ángulo de 0 grados
frialdad rompe estos versos
huecos
al lado de nuestra cama
sin sonrisas
hoy
que te me has muerto.

Café Jamaica, M-20001212

La virgen del palentino es una aparición que ha venido al mundo a resucitar a Margarita para que yo pueda escribir una novela que no es una novela porque no rima ni juega a culos calientes en sillas llenas de esperma.

Veo sus brazos de cálida plata como cochinillo rosado y groso. Hablo entre dientes de un futuro próximo que me revuelve el estómago televisivo en uno de estos cuadernitos marrones que me miran.

Venía y se me escapó una mirada cargada de libido a nalgas de hembra morena. Una negra delgada labios de Michael Jackson pegados en su frente y yo no puedo hablar de esto porque me da mucha vergüenza oro de sus aranceles inocentes agitando dependencia abrazada a la pared.

Golpeó mi espalda indiferente en los enganches que se queman con los dedos enganchados afromatadores en una coquetería infinita garantizando certeza. Yo estoy aquí por un duro en la rodilla a la luz de otro café que me llene de mierda líquida el cerebro.

Su risa

Dios

su risa.

Y guiño a mi pasado un beso lleno de balas entre sus piernas largas y abiertas, mechas de ayahuasca en las cataratas del niágara.

Margarita disfruta una conversación estrambótica a la luz de tus ojos. Eres capaz de decir: "tócame el pelo" en medio de una erección que escupe tu semen y tu miembro en el arco de la aorta que se rompe vertical contra cimienta de nuestra confianza croata.

Me parto el culo por escribir tantas txorradas anodinas pero sabiendo que he sido capaz de despertarla.

Margarita ha vuelto a la vida para cobrarnos las deudas que tenemos.

Ya me conocen, ya me conoces y no soy el padre de nadie ni tú eres el hijo de los amantes frustrados que están sentados a un lado. Parece que fuma lo que hace lo que puede, fuma y se convierte en humo y se proyecta en un cuaderno que tiene agujeros muy guapos en los que aventar un grito necesario.

Son las historias de su vida y la vida de cada uno, es la vida de cada uno, aunque yo estaba con él a la sombra de un porro sin alcohol.

Margarita se olvidó poner su verdadero nombre en el registro de la propiedad intelectual y está esperando que sus tarjetas de crédito no caduquen como caducó su vida de cerezo en flor. Para mí es normal pues las premisas eran muy sencillas y llenas de un halo negro denso que me golpeó la espalda indiferente.

No quise volverme y regalarle a esa silueta otra esnifada ni abalanzarme al rojo de mis mofletes y corrí. Sin correr para no tropezar con sus ojos de lata, fondo de melocotón y pimiento verde, color de moho sobre las fresas pasadas.

Su padre esta flipado con las naranjas moradas que no existían en otros tiempos y yo me pregunto si él existía, si existía otra cosa que naranjas moradas vistiéndose un jersey de lana enamorada.

Si paran de hablar los llena la lujuria y se besan (voyerismo estado puro) por todas partes en una vorágine de focas y conexiones a Internet.

Margarita ha conocido al hombre de su vida en un chat de #bucanovios y no atiende a razones ni a otros miramientos. Ha puesto un cirio a la virgen Palenti y espera que en la próxima romería le caiga un arabesco a la cabeza para poder ahorrarse la operación de cirugía estética que viene requiriendo objetivo palestino de reproducción en el territorio vaquero del honor virtual.

Escondía el dinero para la droga en un pequeño botín que tiene bajo el coche seguro de la consideración social. Lo guarda y lo guarda pero lo perdió todo y ya no lo guarda porque se comió un kilo de pastillas y el tratamiento psicológico se fue a tomar por culo y no está incluido en la seguridad social que era lo que había escrito en primer lugar. Pues muy bien, de nuevo queda claro que volverse loco es todo un lujo.

Estoy tan nervioso que un rayo fulgurante cruza mis eses haciéndose eternas en un uniferso de siete dimensiones donde no cabe todo el mundo pero qué se le va a hacer. Cogemos un agarrón de baile independiente y una manga en aranjuez que tiene una chica con clase. Su clase y el motocrós bajo la manta del olvido.

Mis nervios no pueden controlar
mis nervios.

Soy de los que quieren dormir contigo para lanzar mis dedos sobre ti y llenarte de caricias y abrazarte enredando en mi censura el pensamiento de tu ausencia.

¿Tú qué crees? ¿puedo escribir contigo? ¿puedo besarte el culo y llorar al mismo tiempo? Soy capaz de arrancarle el cráneo a margarita para fabricar un cenicero en sus ojos, disfrutar de la vida y

nada me importa, ni siquiera los santos del budismo que no comen carne para estar puros sin sin sin sin
¡No soporto que se me escapen las palabras!

Le he dicho que eres muy guapo y baboso pero que tenemos la vida por delante y me meo de risa porque te abrazo y te voy a decir una cosa: Tu padre era hippy, ¿no?. Pues una de las chicas es pequeña pero a la mayor ya la conoces, se llama Margarita y es una yonki de la calle desengaño y digo de la kalle porque vive entre paredes de edificios armados por seguratas agresivos de americana azul calada hasta las cejas.

No es una película de Buñuel, ni de Fassbinder o como coño se escriba. Somos todos judíos alemanes casi polcelanes a la salida de clase de filosofía, cuando un avión aterrizó y otro avión aterrizó entre sesiones y sesiones.

Alza sus brazos ramas de olivo erguidas de pánico olmo. Se desata su mar iguazú que llenan mi rollo de papel higiénico.

Las papeletas de Florida perforadas son una muestra de que el sistema está podrido, de que necesitan un movimiento humanista que nos llene de sectas el orto y joda hasta las llagas de las encías de los profetas.

Nadie piensa que soy gilipollas, lo cual es casi prodigioso en vista de lo visto cinturón de caballero atando mis pestañas que apenas pueden descoserse de una cintura eterna. Dios está en tu ombligo pasando la primavera dentro de un pijama fucsia bomba atómica o mejor, bomba de neutrones neutrales que no pueden matar, no quieren.

Tomando pastillas mañana y noche.

No me atreva a revelar lo gordo que me encuentro en mi derrota.

Froto mis manos en mis muslos y la erección es inminente. Se rompe mi pantalón porque no queiro entrar en el estanco donde el otro día margarita compró unos papelillos para disimular mientras eustaquio robaba un artón de fortuna. Sin embargo, nunca tendrán fortuna. Van a pasar diez días en viaje de novios a benidorm y después diez años en la cárcel; ella le espera, le espera y desespera. Es una rubita guapa con piel de porcelana. Pide dinero a sus padres que la pegan pide dinero a sus amigos que la ignoran pide dinero a su exnovio que la folla contra las vallas publicitarias puntiagudas del viejo instituto.

Margarita no estudió cómo se logra la suerte y va a sufrirlo. Acabará en un jodido manicomio quemándose a lo bonzo o abrazando la cruz

incandescente y tirándose pedos delante del televisor apagado mientras una amiga de la caridad saca su silla de ruedas en el ascensor.

La puta silla de ruedas y el jodido ascensor ¿pero es que nadie lo entiende?. Un beso de carmín azul en su mejilla. Una vieja lesbiana que la viola cada tarde quemando su piel de porcelana con palillos ardiendo que calienta en el microondas piñones al azar y me cuentas lo que has desayunado para participar en tu muerte desgarrada.

No estoy hablando en serio. Sé que no estoy hablando en serio. Sé que nunca seré publicado y hablo en serio y nunca hablaré en serio ni me reiré de cristo cuando, desnudo, camine sobre las aguas que te salen del útero donde nunca engendrarás un hijo por parte de padre y de madre cuando en Salamanca sale el sol por antequera a la orilla del Guadalquivir pues lo importante soy yo.

Hoy he terminado mi tercer libro de notas comprado en un todo a cien chino. Proesía se terminó y le fui infiel quemando el último cuaderno. He comprado este nuevo de anillas blancas y pasta de ositos y honoypots presentaciones de seguridad mientras se cae un edificio sin plan de contingencia.

Espero que me den y no me dan todo. Por quien yo sí lo daría y ella está así, así, borboteando flujo menstrual bajo la almohada de su sexo. Es el típico descanso de la creatividad y nos sentamos al hablar no me preguntó qué tal estaba me dejó morir de hambre de su amor.

Margarita cree en el amor a primera vista aunque de tanto buscar se ha quedado miope y no ve una mierda. No ve que está tirando su vida por la borda de ese barquito que sale del puerto deportivo en el levante.

Te tengo que contar algo:

Margarita está empezando a hartarme y no me gusta su nombre así que puede que decida libramme de ella y contarte la historia de eustaquio.

Es un pobre viejo que pide en la esquina de la calle del Carmen. Es un pobre tipo que murió la semana pasada sin que nadie lo sepa, por eso aún sigue pidiendo. Ha muerto asesinado y le mató margarita. Esto es un puto lío.

Es un jodido cuento de hadas con la virgen Palenti a la cabeza.

Es una ninfómana con alma de poetisa. Su cuerpo escaso no tolera otra sustancia que café con azúcar. Parece un suspiro de cobra. Joya de la corona del reino de los muertos. Parece que va a caer

entre los pelos de su propio pubis y se va a perder relajada en la niebla sin encontrar una salida. Pero la luz la ilumina y su diadema se convierte en culebra antepasada en el cine Rialto a las ocho de la tarde y se aparece improvisada al pobre Diego, el salvador de espíritus que conoció pepito cuando le mataron sus padres como regalo de reyes.

Todo el mundo es Matrix y yo soy un código binario cifrado en arameo y ahora pues no.

Y para evitar la invasión del talco voy a escribir una historia interminable en las cuatro hojas que quedan sobre el último cuaderno de franela, de pana marrón que alfombra mi mesa para que un brazo escriba esta letra a a a a y nada más. –

Mentí.

Café Jamaica, M-20001218

Hoy me ha sorprendido la locura del futuro. He leído en un periódico argentino que un alemán en Nebraska ha decidido conectar sus nervios a Internet. Sí, su sistema nervioso va a chatear conmigo mientras vas a dormir con el culo estrecho y una figura de pluma con borbotones de sangre azul.

Hoy he leído la locura del sinsentido y no ha sido el apéndice de un desayuno desnudo.

No puedo comprender a los humanos y creía que había sido capaz de renunciar a intentarlo. Ya ves, me equivocaba.

Me ahorcas con una bufanda que rapta tu cuello. Soy un fantasma que espera ser devuelto a la muerte y a la vida, ser arrancado de la cárcel mis huesos, mis huesos fríos de barro, grises como la nieve, tus ojos de llamas lejanas que ríen, ríen... barcos de niebla en casablanca.

Te estás yendo de mi lado porque esta noche he soñado que volábamos al país del siempre, donde la luna se raya, las nubes se fuman y tú, querida opiácea, te nombras poesía brillo de candil.

Eustaquio ha vuelto de barcelona donde nunca estuvo y en su carmen 12 sigue jugando a vivir con unos ojos que miran hacia adentro.

- ¿unos duritos, chico?

Pero yo estoy pensando en el olor en mi aliento del trago de orujo que te enamora. Me cruzo con su mujer, la bella Margarita del Toboso, la de las trencas azules de añil violento. Camina erguida sobre sus hombros hombreras de hembra que olvidó un hombre que... la amaba.

Y hoy, el pobre Eustaquio, con sus ojos en blanco, causando desconcierto pidiendo cinco duros, tiene hambre.

Margarita de tergal y roble tiene tela y madera cubriendo con su paso un rostro que le ciega. Huele su olor esencia de mujer y muere un poco más.

Ella está muerta.

Ha caminado esta tarde las dunas del tiempo y nos cruzamos una mirada, y no hemos cruzado una mirada. Le habían gritado "guapa" y había bajado la vista. Al alzarla, yo verificaba y nos encontramos. He verificado la he encontrado. Sus ojos sin fin se me hicieron pasadizo del medievo. Yo no quise andarlos y se resbaló mi lengua por sus oros delgados hasta llegar al miedo.

Por eso estoy ahora aquí, escribiendo esta pavada de alguien que no existe y estoy convirtiendo en algo que aborrezco. Símbolo metáfora historieta de una realidad fingida orgasmo de puta.

Vamos a vomitar las minitarras
de butano
de orgullo
que en el bigote rumian
silencios.

Café Jamaica, M-20001221

Me vuelvo a sentir tentado por la puerta abierta ante mi espíritu redondo. Quiero saber el fondo de mi alma, esencia de alcanfor y porcelana. Frágil hembra de crin dorada avanza en la lluvia de sol que se vierte en las orillas de mi pecho.

Vienes a mí al alba a buscar un pan siniestro que vulnera tu silencio, viola mata arranca los pelos de mi barba negra jabalí cuando la gente cretáceo enamorado abraza religiones arañando vistas de sisontes.

En medio de tus dedos late la inexperiencia de masturbaciones notándose camaleón de bruces azucareando otro vature que rombea las arcadas del vómito final.

¡Es noche vieja!

Venía caminando y me sobresalté porque abelardo estaba apoyado en la pared del parking y no entiendo porqué mi sobresalto, no entiendo mi miedo a un nombre de muñeca gritado bajo rojo patxarán que trina y trina. Sonrisas de niña apuntan con balas de mercurio envenenado, balas de puerta abierta, de mundo por descubrir y pómulos prominentes se clavan en sus pezones circunspectos de torso sirena cieloprimavera cuando empieza el invierno empieza todo empieza por un verano tórrido.

Las lágrimas de abelardo mojaban la pelliza tras un ancho traje verde incienso entre su barba gris. Esqueleto de mariposa bailando al ritmo de flauta sin agujeros, un símbolo de ncsa y sobrecogedor paraguas a la espera del aire por respirar.

Vorágine de culos me persiguen mientras eremita pliega garfios en torno a su cigarrillo. Son culos abrazables, culos de orgasmo sobre pantorrillas brillantes, brillan de cera y avecrém y brillan, brillan luna llena de sibilante penicilina que salvará mi tinta salvará mi encanto violador.

Llegué a su lado y le dije que los euros no son algo para asustarse y me miró como habiéndolo esperado toda su vida, como esperando en casablanca aviones en la niebla.

Rubios culos sin sexo y sin secretos, esfinges verdes venenosas que se enlazan el día d a mi ventana para contarme tres despidos y un rayo de ópalo abriéndose camino el día de la lotería cuando todos volvemos a ser pobres.

Vanesa está sentada frente a mí
pero me da la espalda
aunque si ella supiera
todo lo que me da
no me daría
ni una mala sonrisa amarillenta
llena del verde de su cara
bronceado su contoneo
una baranda metacarpio
para navegar
hasta el puerto de sus labios.

Vanesa habla despacio vapuleando el misterio
creando aire de orgasmo acumulado
cargado de semen, agrio y conectado
al brillo intencionado de su pelo.
Se sienta como si nada
siento anhelo brutal intolerable
por rodearla de bolígrafos enhiestos
que salpiquen de tinta su mirada
y no pueda olvidarme
y quiera darme la espalda
sin dárme la si quiera
abrazar un instante
un silencio, una palabra
independiente
serena en la distancia
pero me da la espalda
aunque si ella supiera
que se llama vanesa
que su nombre ahora es mío
que la he robado el alma
fotografía india en la penumbra
del pliegue de sus ropas que caen en el vacío
que bajan mis ojos llenos de terciopelo
adorado y caliente
roce de mis dedos en su cuello
bals de sexo que rompe en mil pedazos
universo de plumas
camas azules en la niebla
en la nieve en vapor

Café Galache, M-20001226

Me tiemblan las piernas desde el centro del mundo donde adquirí un lado del verso entristecido. Son lágrimas que indican: también el hombre rico mea y pide algo a medias para anochecer menos solo que el amargo olor a mostaza, mistela quemada plata del río de janeiro.

Te sientes observada porque saber que escribo sobre ti, pero ¿por qué no te das cuenta de que *tú* sabes de mí que yo escribo sobre ti pero yo de ti no sé nada?. Soy inferior. Soy un poeta inferior e inferiorizado, soy pequeñito como una bomba de relojería escondida en un reloj de pared que no funciona, mis ojos de maquinaria vigilándote, violando tu camino.

Viene un niño picando por un duro y con la dureza de mi corazón le digo que no, no sé a qué le digo que no, pero se lo digo sin vacilar, sabiendo que es la mejor forma y me miento diciéndome a mí mismo que es ilegal la mendicidad infantil. Por un segundo me pasa por la cabeza decirle que soy policía y verle salir corriendo, asustado para certificar que el miedo es siempre subjetivo.

No sabe que hablar de eso es una crisis profunda, es un crack que se esnifa en los bolsillos de la miseria. Un ganglio ha acariciado mi codo y siento un calor que no es normal.

Catalina ha muerto esta mañana. Yo estoy de vacaciones a ritmo de cafés y panecillos dulces... ¡Qué bonita está la vida!

Tenemos pendiente una mirada que inunde en paralelo nuestros pechos nos abrace, sublime, nos alcance en la esencia psicológica que escribe y diga: estáis enamorados.

Voy a volar a Buenos Aires. Es un nuevo continente de mi espíritu, un nuevo reto que viaje en british airways al son she loves you de sesentaydos. Es un cambio, inflexión en la pena, un paraíso lleno de cafés y ausencias, movimiento de huecos que se fueron, hablo de desaparecidos en el seno del sueño. Psicoanálisis azul grito de canario en la amargura de los peniques. Soy un poeta ínfimo y mediocre al mismo tiempo en la hipótesis del poder adquisitivo cuando te compras una casa tiempo libre de clases por teléfono

esporádicas aleluyas de navidades terrenas con corporaciones enteléticas.

Lancé al aire la pregunta y se cayó. No hablo inglés y entre tus paredes viajaría al mundo nuevo del sexo en el análisis del alambre. Huevos fritos con langosta a la orilla de un despido. Hay que asumir un despido procedente de la luna, despedida alma vital pasión de miel.

Amor de mis amores, amor mío, hablo de un casablanca terminado y yo colgado de la droga escrita lanzándote un poema en las ventanas conectadas de tus ojos. Lazos tendidos por los cables de tus pestañas.

Un funcionario obsoleto asume su naturaleza y encuentra la calle oscura de la realidad, oscura y estrecha, canal de humo, tráquea embarrada en grasas de caballo mientras dos lágrimas de oro son clientes añil pilar futuro con valoración bastarda al negocio terminal y un faltón de porcelana con mentalidad conservadora.

Lo sabe.

Catalina se ha muerto esta mañana.

Yo quiero intervenir y ella se preocupa, ella se ocupa de la bolsa y del capital riesgo, habla del mango de la polla y no tiene sexo. Es una mujer de plástico quemado. Agujero valiente sin reintegro ni treces llena de decisiones sin tomar. Ella vive en mi subconsciente al lado del unicornio, en la misma calle, en la misma nube que la aurora dora de la misma balsa sin motor recauchutada para no hundirse, para abrir las barbas y poblar chabolas de inquina. Soy un poeta que no sabe qué es la poesía.

Sin embargo yo sé tanto que lamento saber y no puedo olvidar aunque se convierta en volcado y si la gente joven tienen más de treinta y cinco años éramos muy jóvenes de becas y sueldos sin cariño. Algo va mal y no está funcionando. Adoro la sota de fugas y carnaval de mierdavergüenza al fundar la guerra sin alimentos, sin medicinas, sin derechos humanos cuando la mentalidad se va al carajo y los 70 se convierten en desproducción interesante llena de bastones.

La calle es una vía, una vía sabemos qué es y amenazamos con abrir las calles y llenarlas de polvo blanco encontrado en un cubo de basura.

Condiciones amortizadas sobre la esfera estelar que tiene bolígrafos danzantes con formación y restos de tiempo. Tiempo de vida que se

seca y pasa, se seca y vuela sexual entre los ideales y un cuadro que me mira mostrándome su faz de vías, de arterias.

Aún necesito una foto de vías perforadas, hálito de desesperación por mi esperanza y producción atrevida que vuela a buenos aires, se lance a calles nuevas, rompa cristales de futuro y acabe con la concepción del trabajo que nos rige.

Soy un poeta lamentable y, sin embargo, sé que soy el mejor poeta del mundo y puedo afrontar la calma del futuro. Puedo vivir mil años con deportes por hacer, régimen de ocio a pocas pesetas por minuto. Es tan triste que desaparezcan los dinosaurios como el hecho de ver un oscuro amanecer sin que brille en tu espalda y encontrar una novia en una mentalidad conservadora que necesita. Necesita una reencarnación, un mundo nuevo exige que se acabe el mundo antiguo y como no puede ser, los hermanos del pasado crisan la pena, mueven las sillas y se van, se van desaparecen cucarachitas bajo lluvia pertinaz de carcajadas canto de cisne. Sus cuellos blancos erguidos alzan la voz por entre láminas oro llenas de tarjetas de crédito y ojos pintados. Se va y desaparece cucarachita.

Catalina ha muerto esta mañana.

Rapes heridos alzan un llanto común y rasgan la cortina del atardecer que brilla en tu espalda quemándote, arañando el perfil marmóreo que te esconde, te encubre y atenaza, materia de otro mundo, de otro tiempo, espacio que se va cucarachita, pobre catalina que nunca conoció mi Margarita.

Barrido arácnido del templo, palabras que se van, rígidos versos sin sentido emitidos bloque sobrando comos.

Llueve en la calle. En la vía gotea un líquido viscoso y blanco que se funde al lado del agujero de hojalata, de latón con sangre casi sólida piedra cristal grito de muerte beso de plomo entrando, calando despacio el subterráneo, teledirigido al centro mismo del poema, donde fluyen sueños losa, sueños pómez de lava no extinta, caen en orillas de cemento adoquinado e izan alaridos de desesperación. Crisis sin tiempo y bolsa, saludos de marfil, ébano triste, arcos de barro idolatría hasta arribar a buenos aires y matar sin ojos la desidia, matar un mundo que se extingue, caparazón de media tonelada barco pirata explorador de noches con salsa de silencios y palabras, versos de norte, norte y sur entre albatros almendra sórdida cuadros rupestres alma de pleno sol, de sol serrano y bravo, lleno de vino y quintales de bondad.

Hablo de una guía amarilla que se llena de símbolos y llamo proesía por no llamar mi vida. Esto, lector, es la verdad. Al fin hoy te he encontrado oculto en la maleza de tus pechos, junto al escaparate pezones en lo oscuro, lo oscuro de una calle con salida estrecha y miserable más bella que cada espejismo formulable, más linda que los pies y el alma, sorteo de lotería que todos vendemos y ganamos y cobramos y tresmil pesetas ganadoras en la ducha japonesa que me encanta.

Quiero besar tu piel de porcelana, romper el hielo que nos une y decirle a la lápida del miedo: ¡no!.

Sin embargo, me pido otro café, hoy, que catalina ha muerto.

Llueve en la vía ejércitos de paraguas en guerra permanente no evitan que la sangre riegue la base de los versos y se nublen los ojos blanquecinos, se pueblen las encías de sonrisas y balbuceen un documento que jamás será leído, poema verité atado y doliente, crisis vital en pleno augurio, a punto de nieve, a punto de nieve, a punto de morir.

Catalina.

La han recogido esta mañana, un funcionario reciclado, moderno y hasta guapo, con internet en casa y doce gatos, un crío en la nevera del que va desgajando cachitos congelados. Para eso existe el microondas.

Pero no catalina

o sí,

yo ya no sé, yo sé que soy

poeta y me dejo ir, sin ir

me dejo llevar, sin llevar

me dejo todo lo demás

en el vacío impotente de mi pluma

que ni siquiera lo es

y procuro olvidarme de esa sidosa yonki que se murió esta mañana, bajo mi ventana, con una sobredosis de realidad.

Son miedos subjetivos.

Pero no me agarran, no me limitan y por eso vuelo de Iberia a la Argentina, en busca de la plata, la plata en la mirada veneno de serpiente verde y rigurosa, un sarpullido de pelo por un cuerpo manchado sudoroso que no alcanza a entender silencios y palabras.

Pobre poeta autocompasivo. No vale una peonza de ruido arturo en alto escollo contra la honestidad de su estirpe. Es un pobre poeta que canta, ruido molesto de aires acondicionados, condiciones favorables para engullir el tiempo de los asesinos y melena alterada como el pulso sin aliento, sin crisis y sin ideales, real a calle oscura estrecha desengaño que llena de poesía mi proesía, de palabras mi silencio, lava todos los pecados del mundo, los olvidos sin garra abrazaderas de 747 con Felipe mostrándome el camino, una tabla de horas y los quesos bajo la pituitaria ensangrentada...

La sangre es un bonito elemento en la lista de tales y cuales, de homero y la insidia, la guerra de los mundos, honores que se fueron donde ya nunca cuecen lentejas y vigilan el paso del vapor besando vidrios protectores. Funcionarios muy guapas ballenas de musgo y clín desarrollan sirenas para no poder follarlas y reír, reír bajo su influjo otro gris amanecer, otra mañana azúcar de asunción en babilonia ciega, sin ojos, sin barbarie que abra la mirada que nos ha de llevar mañana a buenos aires, pasado a granadina en los dedos ligeros del guante que me estranguló. Es un tiempo perfecto para no serlo, es una palabra y sólo eso, soy un poeta y escribo lo que quiero; ya tengo menos miedo, ya te siento lector próximo y cierto versando y verdeando un pequeño-pequeño gorgojeo que rima y se atribuye mitad de mi victoria en la estación de la duda, donde la desdichada era arrastrada bajo una mesa a golpes de zapato. Allí la violaron seis hombres a cual más paternal y le obligaron a beber humo de su propio pecho, humo de su propio sexo y bebió y se embriagó y quiso olvidar el tiempo de los asesinos y no pudo, nunca pudo y la calle la absorbió, la calle inevitable, la calle de sus vías, arterias sin foto para una portada triste, vestida de miseria. Allí alcanzó la duda, la eterna solución a un problema que no existía. Catalina no pudo evitar su violación. No pudo. No pudo y lamentó tanta impotencia, le dolió la vida a aquella hora, crisis de muerte sin fin, crisis de alma, sus labios se cerraron y funcionarios obsoletos llenaron de locura y lágrimas un pecho acribillado sin paraguas.

Ellos escaparon a su destino y ríen entre ellos el sida contraído, ríen sin parar de soltar dientes al suelo. La mesa era azul.

Con una balandra blanca en la espalda, cajón simulando vetas de magro, un cartel de la sociedad protectora de animales que no evitó los golpes. Su padre la estrechó a patadas contra un fondo sin fondo y la violó. El era seis hombres y escapó a su destino. Ella murió esta mañana y aún rezuma gotas de desesperación su codo amoratado.

La primera ceja se quebró en tres zanjas y la cálida lágrima se tiñó bermellón mejilla ajada. Las uñas se clavaron en sí mismas, se volvieron suicidas y cerradas, mordieron el hueco de sus palmas y el silencio se hizo su palabra. Murió y no lo supo su inocencia de niña con seis años. El zapato vistió eclesiástico costado. Se mordió la lengua y la sangre tragada se tornó derrota, se volvió amarga hiel y atravesó su esófago para residir en su alma. La mesa era azul.

Era azul y su mirada blanca ya nunca era blanca, ni su voz fue su voz. No gritó y se acabó su vida en tanto silencio perforado por una polla sucia, envenenada de mierda y de rudeza. Grafito arañado en la semenilidad precoz de un padre sin nombre. Arrugas en mi voz me impiden seguir relatando el fondo de la miseria.

Catalina se ha muerto esta mañana.

¿Qué te parece?

Yo quiero gritar el grito que no grito, quiero limpiar la calle y no ser un funcionario obsoleto, repleto de galones, que le diga al pueblo su función y cante por detrás de un derribo por abuso un motivo azul, azul mesa veteada de magro y sangre, veteada de vejación y de silencio, semen azul, lágrima azul, vida azul en la calle estrecha y oscura de la realidad.

Estoy loco por tus huesos y no olvido, no existe el olvido, no existe el perdón porque dios está muerto y sus ojos en blanco llenos de recuerdos y miedos subjetivos se cierran por manos obsoletas y escupen su fútil rebelión al fondo de una morgue que no protege del sol del verano en buenos aires.

La american express ha pagado mi deuda. El tiempo de los asesinos es un libro curioso y yo sigo siendo un poeta a punto de escribir la historia de mi vida o mi primera novela y contarte, lector, porqué margarita no conoció a nadie, ni a sus querido eustaquio de la calle del carmen ni a catalina ni al resto de personajes que no son míos, no son míos no yo suyo. Ni siquiera quiero recordar a Miguel, basko solemne rehecho y contrahecho, soy sólo un gran poeta queno sabe casi nada y lo que sabe le estorba. Me siento tecnólogo avanzado en mar de peces de colores. Me muerden en el estómago pequeños-pequeños ruibarbos amarillos en el submarinismo de un coral desde la luna, submarinismo de huida, encuentro y recuperación, esbozo de escape sin alfileres clavándose en mis ojos.

Catalina se ha muerto esta mañana.

No termino de ver la forma de actuar y activos de clientes adoran dioses de nata y canelones. Sacaré un carrillo rosado del bebé del frigorífico y lo freiré. Lo asaré al jugo de mi no-olvido, mi miseria miseria social que no perdona mi vuelo a buenos aires en british solicitando no fumador junto a las alas para salir primero en caso de emergencia.

Te confieso que no tengo bebés congelados, que me da miedo guardar una bolsa maría en el armario del que no sé salir y sus abrigos largos cubren las pruebas que dejan sus perfumes asesinos. Cosas del tiempo: ha dejado de llover. Ya no hay paraguas y tiemblo. Me tiemblan las piernas y las manos, la incertidumbre me absorbe y lloro. Son palabras de otro entonces, las pieles brillaban bajo el atardecer y sus miradas rompían mis ojos inocentes, arañaban mi espalda intacta con su risa, desprecio nazareno en busca de un belén. Me estoy volviendo navideño mientras se alejan dos picos de ceremonia impía en la cabeza diminuta muñecagafassonrisasilueta en un avión a londres, en una cafetería, en el fondo de un subsuelo... donde absorbo lecturas y farolas, abro mi pecho y reviento miserable en Letras, llenando de aire y condiciones el misterio.

La materia prima se perfila, el diamante bruto se dibuja, tengo temperamento y herramientas, horror cauterizado, un alma por comprar para llenar Ivanés, tengo anas y sueños de calles, de arterias, sonetos sin versos, tonterías que no vienen a cuento y relojes acariciándome, tratándome bien, queriéndome, regalándome su tic-tac imparable despertándome con sonrisa de luz con luz de niña entusiasmada, levantándome con un villancico mantequilla y luna entre dos medias, entre su sexo y su risa, sobre las estrellas de su alegría, los tintineantes terremotos de su abrazo, su mirada sin hielo, sin esa distancia que abrasa mis ojos sin distancia, sin hielo y lloramos la felicidad en el olvido y el perdón inexistente, alzamos un dios de fuego y algodones, izamos bandera iluminada, piadosa de miseria y de misterio, colacao avanzado entre los dedos que calzan el amor en flor. Palabra que llena mis silencios y me puede, me derrota y me arrastra, me abalanza al día sin sueños, sin cristales, olvido del azul y un mar de dicha invade mi pecho y mi mañana, visito el Galache y no te olvido, no olvido su quererme incomprensible, su masa de pasión tan divertida, no olvido su verdad, su beso en la escalera, su mensaje abanico de azahares, su

olor tacto suave voz de terciopelo, no olvido que todos mis sentidos ya son suyos y no tiene ya más.

No olvido que, también, esta mañana ha muerto Catalina.

¿y tú?

Café Galache, M-20001227

Estoy de espaldas a un mundo que no me da la espalda. Es un mundo lleno de color sonrisas y miradas que se acercan cabreados bajo el manto azul intimidatorio de unas botas que se abandona para promover manifestación escrita que se eleve a queja.

No emito juicios rápidos. A veces creo que esta virtud me hace adaptable al índigo párpado del universo viviendo la pluma blanca de su nombre.

Si camino despacio al lado de la vida puedo paladear mi calidez tan discutida y anegar de aire mis pulmones arrancando el dolor de mis costillas. Camino despacio para ver ojos que ven, miradas que se miran y comprender que encima de mí mismo, está la poesía escribiendo un culo de mujer.

De espaldas a la luz proyecto sombras alzadas hipotálamo desde el ferrocarril a su diadema. Entré despacio, caminando, sutil tras dos ancianos y recordé un olvido. Necesitaba fotocopiar su vida.

En Japón al abrigo de la cámara de gas, revelé el clon que proclama mi mujer. Testigo sobrio del amor inexpresable día a día, luna a luna.

Volví a la sociedad ferroviaria y descorché el vidrio de mi atención. Aún estaban allí los dos ancianos y ella era paciente; dulce hasta el punto de resultar insinuante y mi mano en el aire dibujaba su contorno de lomo adobado, miel, cera de estrellas azulesgrises. Deseé su cuerpo de mujer, su alma y su voz pero tenía delante otro viejo que tropezaba con sus propios pasos y caía torpe hacia ambos lados. Era una serpiente sin carne, funda vacía de paraguas, capricho de la pena y la miseria que, en ocasiones, deja con vida monstruos sin cabeza, hombres sin piernas, gatos de ojos saltones, ratas de dientes agujereados. Yo quería ayudarla porque quería hacer algo que la implicase en una relación conmigo y no podía pedirle matrimonio porque casi no nos conocíamos.

La ventanilla enorme dejaba barrer su silueta con el discreto encanto de la burguesía, la mía, la del desarraigado arañazo de la soledad al reino del hades. Y me supo a miel, caracolillos de azahar, té de menta hierbabuena su mirada, su pregunta, su palabra. Quise poseerla entre los muros del entendimiento y me contenté con responder a sus cuestiones, me contenté con ser tranquilo para suavizar su garganta aún más. Llegó el instante del papel en mano,

compromiso férreo en el tren hecho social y recordé el amor indescifrable con clave PGP: Really Pretty.

Así, llorando silencios vivos balón de baloncesto, acariciando discordante mi añoranza, fui consciente en su risa de que la amaba. Pero ella era otra y otra era ella como si no tuviese casa y sin anillos en los dedos, sin aros en las orejas besase mi capricho de conocerla. Semáforo ámbar y un recuerdo para verter tinta.

En cuanto pienso en el tiempo entro en barrena y sumo en el silencio, en un vacío oscuro como la calle estrecha donde ayer murió ella.

Hoy los tigres del cubo de patatas son feroces amos de ceniceros que albergan mi desconocimiento y un poco de agua. Tigres mugrientos rugientes salvajes amarillos y negros, pequeñas abejas comehombres.

Salió con la cartera, la billetera asomando la panza en su trasero pidiendo una violación a la espera del hambre. Le arrebataron su dinero en un choque funesto. Albo se enfrentó a él que, sorprendido, gritó – déjame en paz – cuando Eustaquio agarró la tentación y huyó. Tan sólo dos segundos y Albo chilló gorrino degollado asustando al policía que disparó. Temblaron los cristales y me llené de sangre diciendo en un susurro – Eustaquio –. El se volvió aún con la pistola envuelta en humo y escupió odio contra un pobre animal de pelo blanco y largo como alfombra sorpresa que derramó su cráneo. Los ojos se espesaron con el ocre olor a pólvora quemada.

El incremento gris en el cristal fue miserable. Eustaquio yacía inmóvil con un monedero negro, tentador, colgando entre sus dedos que vestían, anticipados, el luto de su entierro.

Una viejita quieta señalaba con su uña el objeto del deseo que causase dos muertes.

El se agachó solemne como quien arranca cabelleras y escupió a su ladrón un gargajo de espuma que recorrió la mejilla en busca de sustento.

Recogió pertenencias e irguió su henchido pecho, prusiano y orgulloso. Bigotes a lo Bismark y una sonrisa hiel se me clavó en el alma.

Ante ese callejón, nunca encontré salida.

Eres, en la distancia,
Antifaro.

Guía de mi perdición.

Cuando margarita supo que eustaquio había palmado, no sintió su dolor, sintió la vida que llevaron, sintió el doloroso recuerdo de tanta cebolla, de vino quemando su garganta, de la entrada en la calle en la que vive, el recuerdo olvidado de su infancia, la ilusión perdida adolescente, frustración ya frustrada y olvidada, sepultada viva y muerta, con el olor también ocre del semen de violación, violencia en botas negras y un armazón con ojos de tiniebla violeta y amarilla, siempre con dibujitos que no tienen contorno, no tienen forma, impresión de luz en el final del párpado. Otro más, dame otro más, un poco para hoy y ya te lo devuelvo, no seas perro, joder, que siempre estoy dispuesta a hacerte un favor. no, no me jodas, no quiero, ahora no quiero, no puedo, no, ¿por qué no mañana?, ¿no puedes esperar?, por favor, tronco, que el taqui se me ha muerto, no me jodas, déjame un poco más y mañana te vas a enterar, puedo hacerte cosas... sí, son cosas nuevas, no sé, por ahí, las aprendí con él, ¡joder!, con él y ahora está muerto pero era gilipollas, si ya se lo decía que una vez le pateó a un madero y lo frieron a ostias, si es que el taqui era gilipollas, me cago en la ostia puta, era tonto, un gilipollas, eso es lo que era pero tronco, no sé, hoy no puedo, déjame en paz, ¡déjame! ¡suéltame! ¡ostias! ¡Suéltame!. Por favor, por favor, que no quiero estar mal, quiero ser buena, ser la mejor para ti, yo puedo ser la ostia, de verdad y me olvidaré del hijoputa del taqui para siempre de verdad, pero ahora dame un poco más, sólo un poquito más. Lo necesito ¡coño!. Si no te lo podías meter por el culo y con la calentura follarte a tu puta madre. ¡No!. Déjame. ¡Suéltame!. ¡No!. ¡No!. ¡Basta!. Por dios, tronco, por lo más sagrao, tío, déjame, déjame... hoy no, hoy no... no... no... deja mi ropa, déjame la ropa, ¡no la rompas hijoputa que no tengo otra cosa!. Déjame, perdona, perdona... de verdad que mañana haces lo que quieras conmigo, como si quieres que se lo haga a tu padre. ¡Coño!. Me duele. ¡Ay!. Me duele. ¡Déjame!. No puedo seguir. No quiero que me duela. Por favor, despacio, despacio... no seas bestia, ¿es que no sabes tratar a una mujer?. Aunque sea una puta, ¡cabrón!, trátame como una mujer, te va a gustar, venga, que te va a gustar. ¿Lo ves?, ¿lo ves?... No me gusta si me duele ¿y a ti? ¿te gusta?. Sí, creo que te gusta. ¡No!. Ahora no. Eso no... ¡ostias!. Deja eso. Suéltame, no, no me ates no puedo hacer nada así y te puedo dar

mucho placer, venga cachorrito, venga mi bestia, venga córrete de una vez, venga que quiero que me llenes toda, quiero ser tuya, quiero ser tuya, sí, ya me he olvidao del gilipollas ese, venga, deja de hablar y córrete. Sé que puedes correrte. Estás caliente, me gusta sí, me gusta... no pares... así, sí, no pares... ¡Hijo de...! ¡No! ¡No! ¡Eso duele! ¡Para! ¡Para Animal! Dios...

y su garganta se fue quebrando, dolor insoportable la sumió en sombras y al despertar tenía en sus bragas mojadas una bolsa de jaco extra, tal como quería. Lo había logrado y casi era feliz, casi.

Ella jamás habría matado a Eustaquio pero a ese hijodeputa... ya veremos.

Café Galache, M-20001228

El jersey rojo apenas lo albergaba porque su cuerpo informe necesitaba amarras.

Las puertas del refugio están abiertas y no se admiten derrotas contra el frío. Se me hielan los dedos, se congela la tinta con que escribo y el vaso, para colmo, tiene hielos.

Hoy voy a escribir poco por factores climáticos. Son curiosos factores con linternas de epidermis, crisis abierta en la sangre fría del destino.

Hay dos placeres subyugados al gozne del vidrio de su pena, un teléfono gris sobre mi almohada y algunos libros por comprar.

Tengo que leer en voz alta para no tener miedo de mi propia voz, para no herirme con mis propias heridas, usando el cáliz de mis lágrimas para cauterizar la soledad, la imposible sempiterna de palabras caracol.

El café se ha convertido en túnel del tiempo a mi pasado, a un frío glacial que ennegrece el fondo de mi esencia tan negada.

Repentinamente, la mecánica, reino de efebos y repúblicas hebreas, reparó mi emergencia y se corrió la base de mi huida. Aún así, hoy no quiero escribir más.

Café Galache, M-20001229

A veces tengo miedo a escribir. No sé qué va a salir. No es que me asuste dejar una hora en blanco o en azul, es mas bien que las historias que salen de mí provienen de algo que no conozco y no controlo. Ya sé que sería más relajado no intentar controlar, dejar ir el boli como lo hago, pero, a veces, sólo a veces, tengo miedo a escribir.

Hoy es uno de esos días.

No he visto nada en la calle que detone las bombas de mi grisedad y temo hacer yo mismo un explosivo plástico como la belleza de sus cejas plata.

Me levanto temprano, madrugo, nunca la disciplina será suficiente para destruir las normas, vivir en la anarquía del escrito, libertad suprema hecha a mi imagen y semejanza.

Ya me saluda en este local de tres manzanas, burdel de mis ideas que restallan látigos azuzados hombres de paja. Es el pecho hendido de misericordia que abduce la diccionario y sin género cobarde en cenicero obtuso azul y gualdo, la locura se apodera adocala de mi mano y la dirige al mundo invernal en vacaciones donde los árboles crecen hacia abajo para hallar sus raíces entroncadas con el sujeto, con especies de mamones celulares a la sombra de su seno, su busto enarbolado en camiseta de tela vegetal. Por eso no soy vegetariano, sufro sensible el cruel asesinato, juicio sin testigos de los minidioses que juegan a ser hombres, humanidad alcaloide vertedero.

Música salvando mi resuello sin escape ascalaperca con busñuelos de cine en azulejos sin sin sirenas al abrigo del pasmo y tres miradas café que se ensortijan alzando panegírico de ausencias en tu nombre.

Todo
Siempre
Lector
es para ti.

Y aún así, puede que no te guste, puede que sientas como yo, que esto no es sincero siempre cuando algo que no digo, que no menciono la relación de mis historias con la *realidad* pero es que no lo sé.

Una mujer me abraza en la distancia gozando de su roce con mis ojos, bebiendo un cubalibre matutino colgada de un reloj y de una

espera. Mira y mira y no viene nadie. Yo decido que él nunca va a llegar porque le atropelló un camión a la salida de su apartamento. Ahora mismo le están entibando una vía abierta, se llena de sales minerales, gotea poco a poco el caldo de su vida. Algo entra y algo sale. Su sangre no coagula. No hay forma de detener la hemorragia interna.

Ella está empezando a cabrearse, siempre le hace esperar y está empezando a hartarse. De momento, le queda licor, aún, sobre los hielos. Está completamente vuelta mirando hacia la puerta sin apartar la vista.

No hay quirófanos vacíos, tendrán que intervenirle en un pasillo donde dosmil leprosos escupen pus y se acercan a tocarlo pues necesitan socios en su club de la muerte. Sus pupilas apagadas crepitan entre lágrimas una canción de navidad.

Se restriega las manos. No aguanta más. Pero sigue esperando.

La primera incisión ha sido extremadamente larga pero no es un buen momento para preocuparse por la estética. Su sangre no coagula y el suero insuficiente se agotó.

- ¡Cámbienlo! ¡Cámbienlo! – pero en el pasillo no hay más material. El paciente se desangra por los ojos y su piel pálida dice a las máquinas lo que tiene que hacer.

Ya no hay nada que hacer.

La impaciencia desespera. Ha terminado su trago y el reloj hace vueltas que no tiene respuestas.

- ¡Oxígeno! – Hurgan el fondo de su alma que, casualmente, cae cerca del bazo, completamente destruido, quemado en un golpe seco.

Luis debía llevar el reparto de azulejos a la constructora. Hoy era la última oportunidad de no perder su empleo, pero este accidente...

Resultaría trágico si ella fuese su hermana y se odiasen desde antes de poder forjar recuerdos. Sería acusado de un asesinato casual, mal vestido, con un mono azul de grueso paño áspero como la tierra, como el grosero insulto que recibe cada día con la mirada desdeñosa de Lucía.

No le quiso nunca pero quedarse embarazada era una estupidez que Socuellos no perdona. Ahora era la concuñada de la víctima de su marido.

Sus labios profieren injurias apestosas. Labios duros como el corazón de los hombres, como el puño cerrado del general.

Un petardo estalla en la mesa de al lado y ella presiente desdicha. Su ventrículo galopa al primer teléfono y marca su casa sin tener respuesta.

Lo descubrirá y no podrá levantar las plantas del suelo, no podrá dormir en seis años y querrá que la guerra termonuclear barra todos los restos de su familia extinta.

Sus labios se cerraron, oscuros y granates granadas obsoletas de polvo con metralla. República en la noche sin estrellas. Bandera ajada bajo la luz morena de la muerte.

Morirá en la sombría celda de su manicomio, en el ancho colchón que fue su tumba, en la pared blanca llena de inscripciones manuscritas con huellas de sangre que mordisquea y lame. No puede dormir. Es la corrección de un mundo iluminado, el más allá de hoy que no queremos ver. La muerte, la tragedia, nos acecha bajo la cálida protección de nuestras mantas.

Dos hojas de vacío

Dos hojas con tu ausencia

Luis estará 2 años en la cárcel y el juicio que no llega aunque él ya se juzgó culpable. Lucía también.

Los pobres heredarán la tierra en la que podrán plantar mil crisantemos y no podrán regar más que con gotas de un sudor imposible, orín del tiempo, semen de violaciones en palabras vacuas. Verán descapullar las flores del averno, el reguero de crisis que no acercará la greva al infinito pesar que los poseerá.

Es la histeria del día a día del volver a empezar cada mañana cuando se desocupa el pensamiento y se sueltan las glándulas de escritor a vomitar en cuba.

Recogen los lirios y sé que esta historieta nunca será noticia y la vida de estos miserables jamás será narrada. A nadie le interesa esta tontería porque estamos todos interesados en saber qué pasa con los móviles con contrato y latinmail.com porque la bolsa puede bajar y aunque sea un poco vago quiero enriquecerme dormir en la playa a la orilla de tus párpados, en la arena suave de tus mejillas... no me anegues de lágrimas cuando me vaya...

Un ruido de fondo me recuerda que he de hacer la compra. La cebolla no se vende a sí misma. Ni siquiera en Amsterdam, donde la gente tiene otra visión de los puntos de referencia y el tabaco que sufre en el fondo de los acuosos pozos, que son los túneles del humo por donde huyen sus pulmones.

Una gasolinera se ha incendiado pero no ha habido víctimas. Un camión de bomberos corre a apagar los contactos que aún funcionan para desconectar la red sin más protocolo que la familia que existe en la vereda de cada residencia.

Hace un milenio que tus ojos se clavaron en el ópalo brillante de la lápida. No cierres tu misterio al sol que nos acoge como país interestelar de sistemas policiales contra las colonias labiales alimentando el dólar norteamericano.

La noche ha salido en tu cabello.

Sutileza

Tu mano mordiéndote los dedos
tu voz acariciando
 palabras en el aire
dibuja, en mi alma,
 el resto de mi vida.

Buenos Aires, BA-20010115.

Voy camino de la plaza de Mayo y me acuerdo de Sabina sin poder evitarlo (igual ni quiero) y entro en un café rememorando mi querido Galache. Son no más que las doce en porteño y el lugar es lindo, casi diría piolo... el mozo que es moso, me acerca un café con leche, dos croasanes pequeños, un zumo de pomelo y una factura que, por una vez, es dulce.

Buenos Aires, BA-20010116.

Transito, tranquilo por calles de nombre conocido. Es como de una canción estar en un recuerdo de algo no vivido y detenerme en un árbol a escribir, apoyada la espalda, vívida la memoria viendo fumar en minifalda un órgano singular, piedra preciosa que son lágrimas vertidas por un sin-sentimiento alzado entre palomas que no habitan mi urbe, sí, la de otros tiempos, la de milagros necios y la luz se abalanza entre naranjos verdeantes, entre un jardín florido y los 15 carriles de la 9 de Julio. Con todo su obelisco insultando mi hombría, obedeciendo leyes de fuerzas concurrentes y dejándose atravesar muy femenina por pijas hechas autos, piojos de peatones y grises abejorros que gimen su temible ataque entre la libertad con estimable alcance y desaparecen en la bruma,
confusa
del olvido.

Avenida 9 de Julio, BA-20010116.

Cafés en cada esquina, a lo largo de Rivadavia pidiéndome que escriba, que escriba y pida refuerzos de palabras, de verbos para matar silencios, para apagar mi llanto y no escucharlo ya más. No escuchar la garganta que dice que estoy solo, que dice que me fui de su lado y la extraño. ¿Cómo puedo vivir sin su presencia?.

No recuerdo sus ojos, ni sus manos, ni su sexo, ni sus labios, ni sus piernas, ni sus tetas, ni su pelo, ni su culo, canela en flor pero algo abstracto e impensable me llena su presencia, me cura las heridas de la distancia, morriña hecha mujer, encarnación de la nostalgia, atrae el sexo de su amor al fondo de mi alma y siento que jamás, ya nunca más, estaré solo pues ella está conmigo, estará en donde vuele, allá donde me alcance la tentación encarnada en hembra porcelana y vea coños mojados, labios lubricados, besos con sabores a fruta y costillar con tetas suaves duras de turgencia insana y piernas insolentes que me hacen querer volar.

Mas si tuviese alas, quebraría el atlántico para morir de besos al cabo de sus labios, remontaría, desde su pie hasta el alma, la cuesta de sus senos y querría romper, en una tempestad de guerra y semen, en un terrible maremoto, mi mar contra su sexo, clavando mi nombre en su misterio, vistiendo con su capa de pelo una cama de estrellas, horizonte curvo a ritmo de Piazzola, verso hecho pasión, mujer que vuela, puede volar y quererme, desearme en un sinfín de noches, hasta que la tempestad escampe, la efervescencia muera y yo no escriba ya más. Me haya muerto y me hayan enterrado en la fosa sin nombre del olvido.

Pero hoy y hasta entonces, acá, en esta Plata nuestra, deseo de ella que sea mi mujer.

Para Carmen.

Frenan, los autos frenan y yo escribo en este cuaderno de Sylvia e Iván con el rotulador de punta fina de Carmen, cuatro palabras que me trae la calma dejándome parar y ver que frenan, los autos, a mi paso y detienen sus ruedas coloradas porque reconocen que te amo, reconocen que he de seguir viviendo para hacer de este amor, mensaje universal, ser el nuevo profeta del milenio y llevar esta palabra a todo dominio de Internet.

Os amo, mi flaca, como al camello que me pasa droga, como al aire que respiro ahora, que los autos frenan a mi paso, en esta Rivadavia que conduce a tu sueño, conduce a tu mirada hecha de miel y de silencios, hendidura de plata incontinente que vierte al mundo un templo hecho mujer, mujer enamorada, inventando ese concepto, abstracto, de la vida.

Porque te recuerdo en cada radio de las ruedas de la bicicleta que giran, giran, con bailes de tus calles, calles del baile en donde los autos frenan a mi paso cargado nuclear con tu mirada.

Llegué a la Plaza de Mayo y ahora, frente la casa rosa, no sé qué hacer. Quiero manifestarme y también buscar un sitio fresco, a poder ser, con aire acondicionado donde, por menos de diez bolígrafos, comer.

No entiendo cómo un pueblo después de pasar el pasado tiene el valor de olvidarlo. Cómo evitar pensar en torturas, secuestros de estado, privaciones de las libertades mínimas sin sulfurarse, sin querer asesinar la palabra policía.

Yo no sé hacerlo y nada me pasó. Soy un observador de otro punto en el espaciotiempo y sin embargo en cada esquina que veo un uniforme se revuelve mi estómago y me transfigura el rostro.

Quisiera ser detenido para odiarles más orgánicamente y si no fuese por miedo me lanzaría a matar inocentes con el filo de sus viseras. En cambio, lo único que hago es venir a la plaza de las madres de desaparecidos como turista sin cámara a grabar en un instante la eternidad de la pena.

Me gusta el color de los taxis de Buenos Aires. Su abundancia negra y amarilla que viste las calles avenidas con laboriosas amantes de pólenes sin exprimir en una red de amianto que no arde como mi ciudad, con la garantía de la desesperación.

Los colectivos multicolor surcan el cielo de palmeras que espera encontrar una paloma negra, un palo abatido, hierba-yerba que

enarbole la lucha no acabada por reconquistar lo que jamás fue nuestro:

la dignidad de los hombres.

Cuarenta veces cuatro ventanas abren ojos enfrente del escenario y suplican libertad. Tan estúpida súplica nunca será escuchada. Se sabe bien claro y distinto que la libertad exige nuestra sangre, nuestra violencia, nuestro sacrificio para lograr vivir sin sacrificio de sangre por excesos de violencia.

De momento, buscaré un lugar en donde comer algo. Renuncio a la batalla. Por ello, quizás por ello, voy perdiendo.

Deambulo entre calles que suenan diferentes pero mi alma se encuentra con vos, con esa alma vuestra bailarina, con esa hija que tendremos, sus ojos adivinados y sus dientecitos blancos, de nata, mordiendo patatitas mientras vos y yo nos reencontramos, como cada mañana entre las sábanas, sobre calles que suenan parecido a miseria y gloria, a luz y sombra, vida, muerte y palabras cargadas de futuro.

Te amo en la distancia con fuerza renovada deseando verte fresca, rodeada de hielos y montañas, nieves perpetuas que escriban un verso, una novela, tu día cotidiano en que estoy completamente enamorado.

Te extraño. Te echo de menos.

Quiero volver volando entre tus labios a abrazar la nube de tu sexo y gozar tus ojos y tus senos, tu cintura ovalada dibujada en penumbras, culo que, de vainilla, se mira en el espejo. Maja desnuda del cuadro de mi sexo. Pintarte a gotelé y embarazarte. Amarte en el deseo de poseerte por siempre inalcanzable.

Espérame y verás.

Néctar de miseria

Por favor, señores, lo único que pido es que me escuchen, me escuchen y me aplaudan si les complace cuando yo termine de hablar.

De poco les ha de servir este producto que da la felicidad pues espero que ya sean felices. De todos modos y por hacerles pasar un buen rato, les diré que gracias a este bebedizo, cada día estoy más contenta y salgo a la calle con ganas de acercarme a gente como ustedes a ofrecerles la satisfacción de adquirir este frasco de sabor inigualable.

Desde que comencé a beberlo, ya no siento la necesidad de venderlo sino que me lanzo a hacerlo por el placer inmenso que me proporciona.

El escombrero que siempre fue mi casa se tornó alegre y las ratas parecieron faisanes suculentos. El pobre policia que nos desalojó anoche sé que no tendría esa dura expresión si hubiese podido convencerle de que ingiriese un trago de este líquido dorado y fresco.

Ya sólo me quedan estas siete últimas botellas y aunque ustedes hoy puedan no precisarlas, es más que probable que tengan algún familiar o conocido a quien regalar tan singular presente.

Si se sirve frío puede acompañar cualquier instante de soledad y, caliente, ayuda a prepararse para el futuro.

Sin duda alguna nadie les habló antes de este afrodisiaco que despertará polémicas por liberar su sexualidad, su mente, su cuerpo y les hará expansivos sin exceso.

Y por si esto aún no fuera suficiente, sepan que sus amigos comenzarán a apreciarles nada más comenzar su ingestión, sus parejas permanecerán a su lado sin aburrirse jamás y sus hijos, tengan o no, serán comprensivos con sus arbitrariedades.

Así que, ya ven, lo quieran ustedes o no, pueden aplaudirme y reír, jugar a ser niños otra vez, para no precisar la adquisición de mi oferta promocional.

Aplaudan, por favor, no lloren más, y sigan su camino.

Aplaudan o cómprenme algo para que pueda reposar esta noche bajo un techo, ahora que no puedo alimentarme, no puedo regresar al basurero... (pausa)

discúlpeme... (un trago).

Por favor, señores, lo único que pido es que me escuchen, me escuchen y me aplaudan si les complace cuando yo termine de hablar.

De poco les ha de servir este producto que da la felicidad...

BA-20010117

Café Tortoni, BA-20010117.

Yo estaba en la cama sudando, bajo la acción inocente del ventilador. Al otro lado de la pared estrecha, un jadeo ascendente comenzó a despertarme.

Era una voz de mujer, suave y melosa, cálida como el húmedo aire que entraba desde la Avenida Callao, las luces del luminoso intermitentes como la respiración de la ciudad acompasaban su ritmo, el ritmo caliente de sus agitaciones.

Encendí la luz de la mesilla y abrí de nuevo a Dostoievski.

El ruido mineral de una cama crujiendo arrasó mi entusiasmo literario. Calor. Sudaban mis orejas latidos de esa pared testigo de ese orgasmo, se aceleró frecuencia de gemidos, vértebras metálicas chirriaban incesantes.

Apagué la luz y entró el escándalo mecánico surcando la avenida. Perdí, por un instante, las pruebas de su orgía.

En el techo, las aspas sordas batían el aire que me llegaba en ondas al vientre acariciado. Sábanas mojadas empapaban de sudor mi espalda.

Un alarido retomó mi concentración en la superficie próxima a la cabecera, los gritos reflejaban un cambio en la postura, carne cacheteada, sexos encontrados, labios mordidos, ir y venir de golpes contra el cielo, el otro cielo, plateado de nuestra frontera intransitable, metal, piel, sudor, sonidos, semen, gritos que se alzaban paralelos en la noche, violando la Avenida, sudor y semen solitario sin un sonido, sin gritos y entrepierna empapada en líquidos viscosos. La sábana proteica adorando mi sexo, de nuevo, nueva luz, aullidos simultáneos, sudor piel culo polla abrazada en la hierba en el bosque sombrío rociado de miseria, semen que se divierte inundando su entraña, últimos estertores de un somier que protesta, llantos que no son llanto, sexo no gratuito, olvidado, en la noche de la Avenida Callao. El luminoso sigue titilando en la noche, insomne y descuidado. El ventilador cesa su queja interminable. El aire se detiene, se posa entre mis piernas mojadas y calientes mientras al otro lado se escucha el gruñir de goznes oxidados. El baño está en el pasillo y lo recuerdo. Mi mente piensa libre en ir por la mirilla a espiar un rostro oído a través de un tapiz, una cara sin nombre, ojos de pesos colorados; mi cuerpo no obedece las ansias de mi espíritu y cansado se retuerce entre sudor y semen gastado en el verano

cálido y caliente de una noche cualquiera en el Hotel Nueva Lourdes.

Estoy en Buenos Aires y esto es lo que escribo. Retazos de memoria de tiempos revenidos, noches de lujuria, frustración impotente al lado de novelas ejemplares añorando su sexo, su aliento y compañía, deseando competir con ruidos contra el viento de la tempestad azul que surca sombras chinas. El luminoso grita su adiós desde la ventana y los rayos de la noche infectan de humedad mi soledad buscada. Añoranza.

Dejo caer mi cuerpo a mi costado. Unas últimas gotas aún rezuman de mi sexo humedeciendo toallas que aplacan los sudores, injustos, de la sábana. Ella no está a mi lado. La lámpara se extingue, la luz ya se ha acabado y veo unto a mí una mosca pequeña, diminuta, jugando con la almohada.

La capturo y encierro en una bolsa azul, de plástico necrófilo, ahorco su libertad tras una jaula improvisada.

Esta mañana aún estaba allí, batiendo su desesperación al lado de la ventana. La avenida chillaba su cotidiano arreglo, obras en las aceras, temibles soledades se alzan entre los autos, se alzan tras las paredes.

Tomé un baño que fue limpieza en cuerpo y alma pero la sábana blanca ya nunca más fue blanca. Brillaba la tristeza en manchas clarioscuras y al salir del pasillo pensé que encontraría la causa de la muerte de una mosca nocturna. Crucé junto a su puerta con curiosidad abierta y, de súbito, apareció en la cama la chica del servicio de limpieza mirándome muy tímida y diciéndome que todo lo sabía. Pero ella no era ella y yo ya no era yo y seguí mi camino con rumbo al descensor.

Salí a la calle y llegué a este local marrón y ahora que recuerdo la noche de esta noche, me siento bien, alegre, con algo que escribir entre los dedos, con algo que sentir en el cerebro, con un sexo insolente que opera por su cuenta, un oído avezado cotilla astuto y ciego. Recuerdo una noche de un trío protegido por la incomunicación, aislamiento hecho de yeso, estéreo en el orgasmo de silencio y aullidos, de miseria y de felicidad.

En la Avenida Callao, mientras tanto, los coches seguían surcando el tiempo y el espacio. Dividiendo en antes y después, en aquí y en allí el cuadrante del meridiano, la duda y la certeza, los autos sin frenar seguían su camino como si no supieran qué había pasado allí.

La mosca muerta por el sol insistente entre cortinas, la frustración de la soledad armando una canción, recuerdo de Sabina, la mirada cómplice de la recepcionista que dijo “qué calor esta noche, ¿verdad?” mientras yo preguntaba al fondo de mí mismo “¿lo sabe?” e incluso “¿Será ella?”, pero nuestros ojos se cruzaron blindados contra el miedo, al miedo de estar solos, solos en el universo.

Sólo existe la noche. La noche de la luz había acabado, la noche de la sombra empieza.

Sus brazos me miran en la esa batida de pomelo, la grieta se abre en el suelo y el terremoto absorbe su líquido semiótico al tiempo que un genio sale de la botella y me concede el deseo... y punto. Esto lo considera suficiente, grandísimo gilipollas y siento que se escapa al lado de la guerra huyendo de mi compañía, perdiéndose en la noche, negación de muñecas que gesticulan en el aire un canto de sirenas abisal, perfidia en negro de crespones plata como el río que anochece, estancado en mi mirada, sus ojos azules, sus labios grana, la expresión de su córnea que es córnea caprichosa, princesa caprichosa, princesa de los cuentos, cosquillas en el coche, abrazos que derraman su cortés despedida para siempre jamás pues la infancia se muere, la inocencia se acaba y crespones muy negros agarrarán su talle, verterán un saludo nocturno a un camarero, asirán el secreto de mi palabra escrita y olvidarán crueles la dicha de mi amor. Ella será mañana desdicha en flora de loto quebrando los anhelos de sus enamorados, los romperá la crisma contra sus dientecitos, sus caricias de fuego quemarán el amor y lo convertirá en sexo, sus brazos alargados poseerán el secreto de poder desgajar corazones sin miedo, sin verter una lágrima por no manchar la córnea, ni de helado ni en llanto febril como esperanza de renacer al mundo en forma de sirena saliendo entre la bruma de miles de poemas, de versos infinitos que se escriban por el aire transparente donde lleguen bebidas al surco enamorado de su boca, al canto sutil de las mañanas, al aleteo mortal de moscas cautivas, de celos de atragantamientos por no caer en la luna como quien describe una curva perfecta pistacho y fresa al caminar por la vereda donde el kilombo alcanza Savoy y trae dos vinos para regar cenas de siluetas asadas al abrazo del tiempo, entre velas y estrellas, bajo el techo iluminado de luz blanca y de nieve, la nieve en las ventanas, las armas que se enojan por no poder matarme y poseerla toda como yo la poseo, a todo terreno, en la distancia de mil océanos y la violencia de su sexo.

Ahí, en ese instante, sus mates y sus crisis, su pomelo maduro se abre ante mis ansias. Me alimento de besos que me llenan la piel, garchamos la noche de la luz, la luz en la noche veo en sus ojos, culo de vainilla y en su mirada sale el sol para garchar y garchar, garchar sin descanso, raptada, luz de sombra en la noche de sombras, en la almohada de lunas, en la crítica escrita por un rabioso enemigo que ve en Territorios el despertar al mundo del mejor poeta de todos los tiempos. El héroe de una Troya que ya no tiene sitio, Helenas muertas como moscas en bolsas, meretriz de la alcurnia al lado del tabique, rusos en la tiniebla hablando de Madrid, de Calle Desengaño, de muerte embotellada vendida en ambulancias allá donde se prohíbe la venta itinerante como si se pudiese dejar de poseer deseos agotados, silencios de frustración agitados y oscuros.

Son un canto a la ducha. A la lucha también, de tanta globalización al otro lado del globo rompiendo las pelotas y lacerando el apetito, sin una mascarilla que oculte la verdad, mi verdad con forma de alquitrán en una playa blanca de arena fina. Una inocente mancha que pegará tus dedos, se meterá en tu sexo y te poseerá, valiente y decidida, de barro y una mirada que fue sorprendida entre los jirones hechos por la brisa durazno de su crepitar albino. Son azulejos como sinsentidos que tiempos arrastraron al tono de sus músculos, abriendo en trechos arcaicos las venas del bife ensangrentado. Sus brazos se pliegan y abrazan la copa al bies de la derrota en sus labios pudorosos. Una caída en la vara de su nariz sonora alcanza la mañana con la prisa del príncipe Rakovski que llega a este mundo entre carros de amianto encontrando el centro de su raíz primera, rodeada de tenedores y una falda solemne cayendo entre sus muslos que me desean ardientes con dedos enervados sobre la paz del mundo y una pistola con balas de colores entre ella y yo, su suicidio va a apartarla de mí como silencio, el miedo me aparta a mí de ella. Curtirá al otro lado del muro con su amiga y compañera metiéndole en su sexo el fondo de su lengua. Sus gritos se esparcirán más allá de las nieves perpetuas de la Antártida donde un glacial relamido se derretirá entero y arrasará la estación de estudios espectrales.

Sus dedos, dedos fibra alcanza orgasmo, se violan en la sombra tumbadas contra el piso y somos los tres un recuerdo de Dios que se gastó una paja para cagar el orbe, flotando entre las grasas de chanchos sin destino. Una cabeza baila el tango de perlas de su cuello, diamantes antivaho para empañar mis sueños y no dejarme

ver, frenarme, auto, en la acera, con un copo de aire regando el 9 de Julio, dos luces encendidas en el fondo de un cubo y son las 2 y cuarto y rompen en la niebla lumínica de arriba sus bandejas de plata entre el pasar del tiempo y un dolor inhumano que puebla mis tentáculos entre enigmas andantes pingüino en la distancia, milonga que te acontece ahora que ya no estás y la fortuna de sernos siempre juntos florece una vez más como prado sentimental a la orilla de ríos de manteca y baños de pomelo mientras oigo sus voces de cálida esperanza y un pelo arroja el símbolo de desesperación. Está pasando el tiempo colgado de tus senos en rosa y en violeta, en drogas y miseria. Sos lo peor, digo y lo creo cuando las aspas del televisor me cuestan 5 pesos. No gasto 5 pesos para tener dinero. Voy a publicar Territorios y te quiero adorar para arrojarme al ebrio momento de engañarte con un beso en tu boca, la mente en otra parte y dándote las gracias por siempre, por siempre para que tu amor me haga persona, para poder amarte aún más y no adquirir frasquitos de durazno al terciopelo en flor con una bombita azul que se desploma extraña sobre un ramo de nieve que llamamos papel. Cuaderno vertical; visceral como el canto de un pez lleno de palentinos expertos en vírgenes del porvenir más bien turbio. Son las agujas de la crispación que me regalan un segundo nuevo ante tu mesa, ante tus tentáculos ingleses con látigos masoquistas que gimen cuando te azotas, flagelas tu cristal espalda y acaricias tu pecho porcelana. Son la guerra y la luz, cama de olvido, garra del descubrimiento que se detiene ante mi marcha veloz incontrolada. Luces en los billares que ahogan un secreto, un ramillete de bolas descojonándose ante tus pezoncillos sonrientes y dolientes, brillo de canas que estimula la conversación... ahora está lejos ese muro caliente, esos ladrillos rotos clavados en tu piel, el hálito abrasador que te acompaña. El tiempo va muriendo y voy queriendo terminar pero no hallo las palabras, no encuentro ante tus piernas nada más que decir: un ruego, una súplica, anhelo... que te abras, que me dejes entrar y quedarme a vivir, escalar por tu sexo hasta dentro de tu estómago para que te alimentes de mi sangre, para que respires por mi boca, follarte de dentro a afuera como si fueses transparente y que agarres mi pija con fuerza decisiva, me masturbes masturbándote con el consolador perfecto, mojes tu mano en litros de manteca cálida derretida y me atenaces el miembro en erección, yo pondré la mesa en lo alto de tus pechos y un beso desde el fondo de tu corazón que llegue hasta tu lengua que no pueda parar, que no sepa de donde le viene tal orgasmo y se

retuerza buscando lo imposible, buscando mi piel que no es más mi piel pues vivo en ti como habitante eterno, conciencia hecha cuerpo, mis brazos son tus brazos, tus nalgas son las mías y abrazo dos pechos con mis dos manos que son tuyos con mis dedos retorciendo febril tus argumentos.

Pasado el gran orgasmo en que seremos uno, alcanzaremos la armonía como restaurante con zona de fumadores. Beberemos juntos y viviremos juntos. Y juntos abrazados nos despertaremos por siempre cada día, noche luminosa de la noche.

Café Brick, BA-20010118.

Hoy no quiero escribir. Tengo muchas cosas que hacer aquí, en Buenos Aires. Comprar lecciones de tango para ella, dulces de leche para el bueno de Sergio y caminar por las calles dejando libre el resorte de mi cuello que, enloquecido, absorba la imagen de estas minas desafiantes y osadas, violando gravedades bajo un sol amarillo que tiñó los techos de los autos locos.

Un buen hombre camina indeciso pisando su cabeza, su propia cabeza arrastrada por el paso de cebras barrido por sus piernas envueltas en la saya ajustada y frágil.

Hoy no quiero escribir más.

Toledo, T-20010329.

No pedí el perdón que debía haber pedido por retrasar un infinito hasta postponer la voluntad sacrificada con un nombre femenino que llena de miradas mi costado influyente.

Sus ojos son alemanes y gritan ánimo informe de pesadumbre por la carencia del paso de la guerra y otros capitanes que dejaron su piel al cañón fálico de la nocturnidad. Su lengua se dibuja azulada como lágrimas de mariposas que alzan música ínfima a la hoguera de horas sin influencia de escritores que pasan sus arboledas al atado de su realidad hecha de una madera especial.

Se trata de librarse de los violadores que toman la libertad de sentirse más fuertes por ser más atrevidos. Dejan su piel en las oficinas frustrantes del sexo sin anteojos. Son los lobos de la desesperación que montan en bicicleta y dejan arrastrar sus pétalos de cálidos amores olvidados en carteras vacías.

Sin un problema por resolver, los profesores imparten lo indivisible como restos de poemas que son demasiado literarios. Quiero hacerme escritor y no me doy cuenta de que voy por mal camino. No escribo. Sus influencias nocivas me llenan de aflicción y dejo de tiritar cuando relato el último crimen cometido. Una furgoneta surca el silencio y no entiende lo que no quiere entender para reír y darse cuenta de que brilla de forma especial cuando las luces impactan boleando sus narices de trampa mortal en la que resbalaré sin cuesta hasta sus labios. Carne hecha carne, sexo hecho sexo y vida hecha vida que se vive, que no se muere nunca. Por eso soy inmortal, por eso soy el dios de la palabra y el silencio, cantor infinito infinitésimo de versos esdrújulos cuando sus dudas tartamudas se alojan en canciones que comprendes demasiado bien. El proyecto de sistemas discos es la bomba que revisar antes de cada noche, de cada anochecer en tus silencios.

Michael Man es lo que surge de la furgoneta y alcanza la nube primera de la primavera que deja surtidores de islandés en el flamenco por perder desde los intestinos que te aman, las tripas enamoradas y tus sinquerer albinos en forma de culos que viven encerrados en pantalones de pana con tantas letras en común que contar sobre la dicha interna; no hay un sistema de sillas sobre la luna astral con un miocardio de agua que invadirá la piedra en el zaguán ovalado.

Estoy escapando de algo que no conozco y temo. Sé que temo sus ojos mirándome y sentir el deseo entre las piernas que han de incomodar germania entera cuando abre las suyas y escapan pelos de su vello púbico rosado, salpicando un flujo en el ardor del mito que rebaja la dureza de la guerra de los mundos. Se fue a cagar y su culo habló de mí y le dijo que mi polla amaba escribir tanto como follar y la llenaría de autógrafos de vida en su espalda, caligrafía de cinematógrafo abrasando el marfil violado de sus muslos.

Se fue y el tiempo acerca el tiempo que pasa alejándose. Ella ya nunca más podrá vivir sin mi recuerdo. Sus ojos se abrirán en el espejo cada mañana mirando en sus anteojos mi mirada cándida y seductora cargada de sonrisas de plomo bien afiladas para atarla al desnudarse contra las paredes de papel verde que gotean llantos de vísceras sobrehumanas, curiosamente, donde los sobrehumano no existe porque dios no lo permite.

El sol aparece sobre piedras de judíos que ardieron en pagodas duras de humo blando que se izaba bandera de la inhumanidad.

Fiesta de dios criatura asesina alma sin alma que de su nada imposible creó las nuestras. Luego llenó el silencio de palabras para hacer esposa eterna de la muerte a la poesía.

No hay lugares que deambulen entre tinieblas de cervezas más allá de una televisión masiva con el diecisiete de olgas en las iglesias que acampan caravana en la guerra impía que surte el enigma arañado sobre las invertebradas patatas de la bolsa abierta con gayas de inmensidad abalastrada en la parra romana que mira sin frontal, sin un destino arborescente, en la sirena añil de un lilo que no arranca maestros de asesinato y droga, ditirambos del morir que inclinan el pecho ante la vida inocente de jóvenes impolutos a los que pueden profanar. La mesa, hoy, también era azul.

No sé qué hacer con margarita pero uno de estos días volverá a mi cotidianeidad alzando su petición, su casi ruego, de ser una vez más mi protagonista y roncar una nivola que es una cagada de cerebro que (ja) celebro en cada línea anaranjada de sangre marciana que mana mi dedo izquierdo con la confirmación vaquera que tiene fe en la nada a la que llaman dios. Son cosas que pasan. Sus aullidos se oyen en las sombras, sombras que son sombras de sombras poéticas en libros de vejez hecha verdad. Sus manos se frotan y vacilan cuando las tortas vuelan hacia cigarrillos de liliputienses que se venden en las esquinas por donde margarita musita su miseria, su plegariadolor, de añoranza estaquiada al tiempo de los asesinos que mil besos convertirán en términos de estación sin una razón a la que

inducir al terror del canibalismo lleno de huesos de dedos, falanges “despellejadas” en el pellejito de la simpatía. Las cuestas hacen volver a tangos que liberan mundos hexaédricos cuyos bornes giran sin gardenias de bolsos en sus ansias. Son ánimas de purgatorios de la desidia. Una crítica pura hecha mujer encaramada a taburetes de mil metros de altura desde los que caer en picado a la luz de las bujías de la eternidad que tiene sabor a café mal hecho y agua extra de sal y amoníaco en flor para regalar tu ausencia vistiéndola de paraísos en frivolidades que carecen de azucareros rojos plenos de seriedad y bocados de caballo sin mesón de crímenes con coca-cola de callao perdido entre la bruma que enloquece como la protagonista.

¿Alguien no sabe quién es la protagonista de esta cosa?

Yo sé quién es aunque no sé qué hará. Yo tampoco sé qué haré y, sin embargo, mi vida es mi nivlola de incontables libertades de plástico azul que llena de espacio la lumbre del silencio.

He quemado, en Toledo
los quince cartuchos
temblosos de turismo con forma de
mujer enigmática que mira y mira...
yo, me voy.

Café Galache, M-20010405.

Lalo quema su sangre con escobas de fuego, lenguas insomnes de violencia atroz. Sus mieles vierten sueños de humos y tristeza que rompen los peldaños de su sexo blando hecho mármol. Tumba de cristales negros, con la grasa de mil caballos voladores que regresan despacio a la ciudad y lo asesinan. El aire se evapora tenebroso en los culos grises de palomas amantes. Se evapora el miedo, sube al cielo y baja en ascensores de luces de colores. Es un edificio inteligente que abona sus deudas con ochenta por ciento de mierda y sobredosis de soledad.

Tres líneas para hacer hueco, llenar triángulos, rectángulos, el tiempo de los asesinos, que no cesan.

*Yo sé que ahora vendrán caras extrañas
con su limosna de alivio a mi tormento.*

Sigue la dureza del prado invadiendo el aire que respiro. La jeringuilla no se separó del antebrazo de Lalo que me veía entre las nubes de amapolas convertidas en su realidad.

Estaba tirado en el portal de la panadería. Sus rodillas al sol de la penumbra tenían aún restos de sangre y polvo. No sé porqué nos vimos. Yo iba al cine; él vivía su propio melodrama: tragedia griega en la que matarán a su génesis, su consciencia de hombre, su piel y su mirada, su lágrima que aúlla en el silencio de la sepultura. Sudario vivo de fibras color ámbar, crispados los amarres de la indefinición, la infidelidad se hizo añicos en sus profundidades y el tiempo de azulejos pasó.

Hoy hace un día espléndido. La luz entra en el café como el café en mi cuerpo, animándolo, despertándolo, a la espesura opaca de aros de cebolla con zapaterías galaicas en la druma arañada uñas de gato clavándose en mis ojos verdes. No puedo sangrar tanta miseria. Vivo bien. Madrid punto com y sublima ácidos mortales que marcos no sabe arrodillar. La hoja se manchó con mermelada y labios de mujer que me besan en lo oscuro de una desilusión. Ella se va a la guerra. Sus estornudos transmutados en escarabajos de oro caen entre los agujeros de un cráneo suspendido de la séptima copa antes de perecer. Salí a la calle a ver el mundo, su pelo enamorado refleja rayos silantrópicos cual amartillo el cristo de la filiación láctea.

Un hombre mueve un tonel de aluminio de lata, con su pelo de oro licuado en forma sana. Son aros de sus orejas. Orejas en las planchas que arropan mi nicho. Niñez asosegada sin calma ni edulcorantes. Lalo vierte su espuma en labios sin control. Sus dedos rotos tocan fondo, acarician el acordeón de sus costillas y se extirpan otro piojo de su mente disuelta.

Mientras, fosforece la estrella de la plaza Callao, una blusa de ante define lo infinito. Dios existe y es bueno. Yo soy un mal poeta. De hecho, yo, no soy poeta. Nunca más soy poeta. Quiero escribir a fuerza de necesidad motor: escribir, escribir, perdiendo la razón para encontrar el suelo, pisar con líneas vanas que salen de mi culo, del culo del yoga, del cigarrillo que sostiene sus tentáculos digitales, su ansia de amistad, una curva siniestra, gritos de oscuridad, ella no lo vio y lo pisó. Sus pies descalzos cargaron la tinta del bolígrafo sidoso escribiendo el poema final que ha de ser apócrifo.

Desapareció en el fondo de su pensamiento. Su autoabsorción fue comentada por doctos interinos que agitaban la luna buscando explicaciones. El rojo de la azotea armó el revuelo de troskitada que me hizo como soy.

Y soy muchas cosas, pero no soy poeta. No quiero ser poeta si la poesía es el psicoanálisis, pero quiero el psicoanálisis para sí mismo, para la libertad, para las iras y las miras, guerra mundial por fascículos coleccionables en trapecios de músculos laxos.

Lalo está olvidando que fue un hombre.

Son nuevas caras porque apenas recuerdo qué le pasó a Margarita después de ser violada. La mesa era azul. Azul y blanca.

Y sus besos se cerraron, crisis de corazones duros. Labios acero. Servilletas de piel humana para limpiarse los restos de comida canina. Un incisivo de plomo que regía una provincia de la desdicha. Pobreza interestelar en sus gafas que suavizan azahares entre ruidos de móviles y Sade. Ella suena. Los gritos del silencio en inglés multicanal. Cerdos de latón. Sarcófagos de altura inconmensurable. No tengo palabras colibrí para dirigir la orquesta de mi escrito. Se rige por vocablos de diccionario albino. No hay razón para seguir. No hay razón para escribir. Brillo dibuja círculo encerrado, abarrotado de parias que gobernarán la tierra. Sus corbatas de seda les limpian las babas. Ellos no son Lalo. Ellos no tienen espuma en sus labios resecos. Sus lenguas son veneno deshidratado. Arremeten contra las acciones en el aire de artilugios ígneos. Centrífugas sonrisas huyen de entre mis mieles con cariz de habichuelas que agitan banderas hollín de crisantemo.

Piedra palermo de rosas escocesas que muestran su coño abriendo sus piernas a la estratosfera. Un cometa se corre dejando estelas de insectos vertebrados con clones de millones de seres que invadirán la tierra.

Yo voy a clonarme. Sí. Lo he decidido. Voy a ir a mi médico de la seguridad social y, basándome en las leyes de la igualdad, pediré ser clonado en cienmil ciudadanos que irán por el mundo esparciendo el esperma de mi poesía. Vomitadores crónicos, llenarán las bodegas para vaciarlas de existencias. Acabarán con todo lo que lleve mi nombre y gritarán ¡Giusseppe! ¡giusseppe.net!.

La virgen del Palen será mi próxima inhumación acabando en la constelación fantasma de IO alrededor de planetas que no pueblan mi casa.

Clono y clono. Luego, reproducción en espiral y sus genes se mezclan. Fornican y obtienen distintas combinaciones, códigos de barras diferentes, perfectamente distinguibles en la UGT y llaman a cada uno por su nombre y los primos clones se llaman Adán y Eva. Al fin seremos dios y la cagaremos como él, qué enorme gilipollez la de no comprender sus errores.

Tendremos que Babelizar el genoma con diluvios de ribosomas amorfos. Diferenciar lo indiferente y ampliar el espectro del arco iris hasta distinguir clara y discretamente el continuo de flores que los cojones de Alf no necesita porque Dune anochece en los labios, en los dientes de giselas perladas, sus amarillos anteojos visten de blanco como la evra. El apetito arpío zarandea la ventana temporal en la que JFK carambolea con Cuba para acribillar la tierra conocida. Por eso hay que extraer petróleo en Alaska, y lo siguiente será clonar lapones en Amudsen-Scott, mientras sus un MP3 reproduce a Mecano metálico y blanco, alzando su santurrón en la zima del polo. Helados de amor fabricados sin sexo. No habrá reproducción ni copulación ni cooperación ni copatrociniños de ningún cobarde enamorado.

Yo lloraré y yoyearé como me corresponde. Serán cosas extrañas tributando un helicoidal restaurar a mi vida cansada.

¿Cómo pueden beber whisky por las mañanas? El hielo lo importan de Groenlandia junto con el molibdeno que es el origen de la vida. Ese extraño cometa follador. Esa invasión extraterrestre que satisfizo la investigación sueca donde el matiz se hace dinamita para vivir nuevamente, lanzarse a galardonar el peso del sistema, como una vela prismática argentina llena una esquina de la papelera en donde me alimento. La sogá de la vergüenza pende sobre mí. Mi

verga se excita con el recuerdo de sus curvas. Mentí como otras veces pero ellos lo creyeron. Pudo haber sido verdad, pero no lo fue. Pretéritos imperfectos que hicieron las delicias de merluza con lentejitas de arroz a la giralda tornasolada que tiene más base de la que soporta un clónico musical sin tarjeta de crédito.

Abatido, pienso en lo que me resta por llegar a terminar esta novela. Ya he llegado a la determinación de que lo es. Y no veo el momento en que llegará a tus dedos, a tus gafas presentes que alucinan con ser la cueva de tu simpatía hecha córnea, cristalino, niña de tus ojos. Retrato oval de un despertar, la vida raptada a los cantos del dolor. Ella murió. Margarita ya no aparecerá. Pero su recuerdo eterno estará presente en las canciones de las calles, llenará los estantes de la memoria histórica.

Desamparados todos, úños en llanto y vestid una diadema de rentabilidad solemne que ablande el paso hipopotámico de las vacas azules. El negocio de la cristalera es mirarte, como yo lo hago, en la sombra de una mesa sin lápidas.

Llega hasta mí el olor de tu distancia, jarabe de hiel que abduce mi sensación, es la dicha almendrada de tu rostro, patina hérica de tu nariz clásica, dórica columna del templo de tu inteligencia, sensualidad rosada de bolsos de mujer. Fetichismo del cielo, imagen angular de mi horizonte, crisis en la penumbra, juego entrecruzado de arroyos saltarines que riegan las piedras rodadas de tu mirada.

Pero los analistas aseguran que el negocio no es posible, que la crisis me sumirá en la desesperación, que la ducha será la única arma paliativa lavandera de mis vísceras enarboladas como verdaderos baluartes de mi pasión desproporcionada. Una manifestación se convierte en invencible por la fuerza de sus convicciones. No me atrevo a escribir lo que no debo. No soy libre. No soy libre.

No seré nunca un poeta. No sé, ni siquiera, si quiero serlo. Voy a escribir. Voy a escribir y leer. Quiero escribir como bailarín de la palabra impresa, llanero solitario de cartucheras portátiles.

No sé si me atreveré a viajar con un portátil de 13 pulgadas por los bares de Madrid y escribir relatos sin sentido. Proesía y más proesía. No sé si seré capaz de terminar algo en mi vida. A lo mejor no hay nada que terminar. Las cosas vienen y van. Sólo hay que estar. Abrir los centros energéticos y ser un filtro activo, una amalgama de carbón y otros metales a través de los que canalizar la televisión interactiva, la droga urbana, el teatro amateur, también llamado teatro alternativo, las violaciones de nuestros derechos

universales de ámbito local, el comercio electrónico sin encriptación que valga, terceras partes confiantes, notarios de amor, familias, cárceles, cánceres, el sida, la guerra de los mundos, el primero y los otros, su sexo reglado, los cantos de Maldoror, canibalismo libertario, secretos de estado, estados alterados, unos ojos de mango azules y mojados, humedad en sus labios, la vida en mi capullo palpitante, sexo en mitad de un tintero vacío, unas patatas bravas, calamares suecos, brahmanes carniceros asesinando sus esposas con la crueldad de un apagón, una célula fotoeléctrica que se enamora de la sombra capaz de comprenderla, su mirada tan tímida como la mía, una actitud clínicamente probada donde la probeta está engendrando a mis sucesores follándose la Biblia y el Korán con la fuerza de un Tenotchitlan en cumbres borrascosas donde sus labios se abren y entro por ellos al sistema circulatorio con sabor a cebolla y ajo de su paladar.

Salto al vacío, invado sus pulmones y me abrazo con las piernas a su tráquea; la polla emite vibraciones con mensajes GSM y labra un surco en su respiración. Me mira con nostalgia de desconocimiento y su perfume convierte un culo en alma permanente, trascendente, alma de patxarán y rockandroll donde su coleta (noche) dibuja el instante del aperitivo.

Quemándose el brazo, Lalo encuentra el placer de sentir, quiere ser un hombre. La escoba acuosa impregna su negrura en las telas gastadas que apenas cubren un cuerpo inanimado. Sus vértebras chirrían himno de corderos que la comunidad llama accesos de violencia cuando es un animal herido, un oso sin piel y sin tendones que la carcoma arroja al mar del sufrimiento, dante escribiendo una rebeca inaccesible de violetas con viga al ritmo de mis pulsaciones.

Es la propaganda.

Una vida así no la tolero y no puedo evitarla. Así escribo, desde lo más hondo de lo que no sé contar.

Kansas era su sueño dorado y sigue aspirando (entre otras sustancias nocivas) a tener un rancho con búfalos exterminables y una parejita de rumanitos que armados con globos de 1 metro cúbico ocupan el lubricado aspecto de su imaginación.

Oleaje de naufragio donde la ciudad se vierte como océano invertido remontando salmónicamente el cauce de los acontecimientos.

Así de suave parece ser su tersura, su superficie infinitamente derivable que oprime mi corazón mientras intento silenciar mis tripas. Gritan la enanez grotesca de su joroba marrón con cúpulas grandilocuentes con alguna diéresis puntiaguda. Así los guysis guysis

son más felices y sus piquitos nocturnos engendran el termostato alterado que no levanta cabeza por encima de la manta. Ella cree que puede mentir y yo sé que ella puede mentir aunque sus dígitos orgásmicos penetran en su pantalón buscando un clítoris capaz de descomponer la expresión calmada del dalay lama y hacerle desear clavar una lengua de dos leguas hasta el fondo de la (cobertura del sable) y más allá atravesar la idea en la que existo, el otro en el que habito, esa sinopsis que me menciona, me hace inmortal, si no como poeta, al menos como la mejor pluma que jamás gozó. Quiero firmarle autógrafos en el pergamino vivo de su intestino, escribir los versos más tristes de mi vida en el envés convexo de su pulmón izquierdo, en la concavidad de sus protuberancias, de todas ellas, sus curvas afiladas, ser la bombilla de una lampara hecha con su carne, alimentarme con la sangre fluida de su lengua hasta que palidezca, hasta que una mirada suya sea una mirada mía y fundirse sea hablar por tus labios diciéndome te quiero.

Es algo recurrente esto de la penetración más allá de los límites establecidos por la normalidad. Es la trisexualidad que he estado buscando desde mi primer dedo, aquel que fue chupado hasta que desgasté, impreso como estaba por santas señales que me distinguían como noble descendiente de una cigüeña blanca llena de capuchinos con mantequilla más morados que el cítrico artemítico que halagó mi trabajo con su risa sinfónica. No hay música en mi escrito. No hay ni siquiera ritmo. Sólo un loco balido que desbocado aborda la proa de mi presente y se erige en visionario de un futuro que fabrico, de la nada, creando, creyendo, un escritor, un inmenso escritor que acabará en la cima de los montes escandinavos navegando en Internet con un ramo de avestruces que no tienen DNI.

Mientras la espera, me tocará leer. Mientras leo, me tocará escribir.

Más tarde, leyendo y escribiendo, tocaré.

Pero eso será todo; más tarde en un tiempo lineal que no ha llegado. Ahora, me toca cocinar.

Café Galache, M-20010406.

Javi me hablaba de la India y yo recordaba una nariz, un olor agrídulce, textura similar a la sémola con leche, cálida y de azmicle, ojos de lágrimas perennes y chispas de navidad, aleruyas presbiterianas en sótanos baptistas mientras unos pies descalzos intentan luchas danzas del vientre.

El me decía que si yo sabía quién era krishna y yo rememoré unos comics de protagonista azul que se erigía líder de los monos para impedir el avance del mal, pero no lo derrotaba, no exterminaba cruelmente la crueldad. Casi me convencí de la candidatura religiosa de Ur. Pero la cerveza casera de Ned consiguió que me olvidase de todo y decidiese hacerme un budista escéptico, lo cual es mucho más coherente que ser un cristiano incrédulo.

A estas alturas no sé si fue la espuma o el color oscuro de las botellas lo que me impulsó a seguir los caminos no trazados de la religión no religiosa que abracé.

Javi quiso que abrazase un libro y yo bastante tengo con cagar los míos. Finalmente, él, se pasó a Retevisión.

Hay un tono que impulsa el vespertino capricho de la impronta, una calabaza de nieve que acaricia mi despertar al sol. La lucha ha comenzado y tiene forma de témpano de hielo con flores de colores: margaritas amarillas de vida, alegría titánica, tánica que ignora mi presencia.

Me apunta el crepitar de sus uñas redondas que, silentes, distinguen una página de otra en la billetera del periodismo que cada mediodía abulta un poco más la añoranza de envidia que endurece mi alma. Se le derrama el alma por la pierna, el agua roe el vaso en el que habita y te quitan un rincón para adaptarte a la nueva misión que tienes que callar.

Elegante. Sutil, bate silencios al cabo de sus dedos quebradizos rompiendo en el infierno

las pelotas.

El hedor era tan intenso que atravesé Gran Vía para huir y aún así, sus partículas ondulando me perseguían, me acosaban, mi pobre pituitaria hipnotizada creía que era la trompa de un marrano revolcado en el fango de sus propias heces. Pelos de fuego que se clavan en la infinita serenidad de mi nombre. Un comic azul con protagonista azul, una ilusión pandera que abre la ventana sin

password del desaparecido. Quiero inundar de mi semen verbal este universo, ser el único escritor que reconozcan como Dios los televidentes adictos al gran hermano, esa discusión tonta que lleva una carga explosiva, ramo de derrota compartida, aluviones de vertidos radiactivos que flotan como anises en la espesa infusión que preparaste.

Tus puntos son mis rayas, en tus rayas mis puntos y juntos, entreabiertos, haremos del morse el lenguaje del sexo. No sé si hacerme un psicoanálisis o hacerme Hare Krishna. No tiene mucho sentido esta disquisición, es hablar por hablar, no quiero hacerme nada para ser un conjunto de puntos en tu espacio, una distribución de estados excitados, eso sí, siempre, tendiendo a la mínima energía.

¿Qué te parece una mirada de vicio desbocada que se escapa entre antenas en cruz sobre tus pechos? Si casi no tienes...

Sus tetas de cartón tienen un luminoso con ruido de monedas, salarios incompletos que habitan un sepulcro de humo y celofán.

¿Por qué Celofán?.

Pues la verdad, ni puta idea. Supongo que Lacan sentado en su ventisca estará satisfecho con mi no yo para ser otro que es el todo con pintas verdes a través del cuál, cruzando los anillos de Saturno y los siete centros de la polla, sale como huracán en busca de aventuras y duerme en su inexistencia de tranquilo deambular. Sus ancas se divorcian y el culo gime un gusto invisible a la orilla del río. Yo también me estaba bañando.

Estaba sola y dejó que el tiempo arrojase un aro de avecrem en forma de hojalata que no tiene más maleabilidad que la incondicional airtel sonando fuerte.

Las flemas le salieron a relucir, por decir algo, hasta la barbilla, resbalaron una papada magra y se suicidaron contra la calzada como el champán feroz rompe en burbujeos que tienen tu rostro, tienen tu luz, tu nombre, tu sonrisa, tus alas de compresa sin instrucciones adjuntas y una preocupación plena de pulmones blancos, llamaradas azules de champú que alzan la voz, alzan la voz y la palabra, levantan la inquietud a la caricatura de miedo a un encuentro sin verdades, una asimetría ilimitada, desde Daimiel a La Riviera, Marsella hecha arrabal amargo, salubre sonrisa de porcelana, pañuelos de grill que me cosechan, rifan la libertad con cupones de ciegos enamorados.

Ella está tan cerca que su nombre es nombrable y no es porque podría oírseme decir que la he querido, que la he querido hasta decir ya basta y no poder más, hasta dañarme y hacerme feliz,

hasta cambiar las formas de mis brazos, de mis piernas, apoyos de golondrina con nidos en los tejados, me estoy ennegreciendo por la sombra de lo que será una estupidez.

La vanalidad es el punto fuerte de Dios. Aún nadie le buscó ahí, en lo estrambótico, excepto cap, excepto yo. Barcos de plata rompen olas de papel, escriben mi vida a la esquina.

Esquina, sí, esquina.

¿pasa algo?

Lalo no ha vuelto al portal. Sin embargo sus cosas siguen ahí. He visto una desvencijada madera de viejas prendas malolientes y restos de orín dibujando un elfo en la pared. Sus pertenencias con forma de cajas de cartón avinagrado se esparcen por la acera como otros adoquines, otras tumbas, esquelas de la humillación, capitulaciones de la dignidad. Entre sus ropas, una jeringa gastada con punta que ya no es punta, con gatillo tan negro que parece de moda, con contador invisible, probeta de muerte y de infierno.

Yo siempre suspendí los laboratorios. Pero Lalo habría sido sobresaliente si la muchedumbre no le hubiese pesado, haciéndole tropezar con su destino y matar a su padre antes de que pudiese darle un apellido.

Ahora las cosas son distintas; hay tantos coches blancos en las calles que las bodas se aplazan por problemas de tráfico, las ceremonias mortuorias se festejan con gabardinas imposibles en áticos siniestros donde claveles verdes hacen girar los ojos en todas direcciones.

Lalo se da cuenta de que él es una llanta, caucho sin alambres, huella en el paso apisonador de la historia que escribimos los de las empresas de capital riesgo, consultoras IT y otras pavadas con un Tango especial dedicado a ellas, sangriento baile de la guillotina, sus miembros engrisecidos por el suavizante en las drogas para aumentar su peso no hace más que desteñirle, lavarle por dentro con la colada inadecuada, una colada de pesadillas, calles sin número y pavimentación en polvo.

La última vez fue en el noventa y ya no hay que dudar del paso de los años, de ese conformar tardío que sus azulejos van rememorando hasta un final inevitable.

Se ha ido, pero volverá.

Rémora de semáforos a mirar con osadía un culo, un par de tetas, su pecho henchido de nitrógeno líquido, barba en el moreno perfil de su faz dura.

Le cae con dignidad un resto de calamares entre el candado que le define. Las olas del mar urbano le son indiferentes. Arrecife de impiedad y cobardía, sus ojos de santo se llenan de venas afiladas, siempre afiladas, canciones inverosímiles en una emisora clandestina.

Voy a publicar Territorios.

La verdad se va acercando como rayo que cae en Telefónica: se queman todos los habitantes del averno, hálito sin par de parlantes con anzuelo garantizado. Una bandeja derrite el horizonte en estruendo de vidrios destruidos, exterminados como el cuerpo de 10 millones de judíos. ¿Lo hemos olvidado?.

Por eso voy a publicarlo.

Por eso y por mi libertad.

Por eso y porque soy rico.

Soy el hombre más rico del mundo, el más rico del universo, justito por delante de las puertas del puente. Un pasito más hacia delante me habría puesto a construir mi propia lanzadera para pasar una noche con ella follando en el vacío, ingrávida inseminación que haga de Iván el símbolo de la ligereza, microeconomía de la felicidad, nacimiento sin la atadura de 9,8 newtoniones sobre su barriga.

Nuestros juegos serán hasta el amanecer del sol en la nebulosa de Orión mientras caminaremos el uno sobre el otro con dedos enamorados reencontrándonos este fin de semana en el que empieza el mundo.

Soy Eva, ella Adán, Iván será Caín y Abel se llamará Alma. Dinastía atea y budista adicta al gran hermano y adicto a su gran hermana. Nos adorarán como pesebres de lentejas, gafas de sol internas en el fondo de la retina, donde el violador retiene su incompetencia. Ellos serán Krishna y yo seré Hare. Cosas que pasan.

Pero hoy tengo que irme a cocinar. Seguramente un pollo a la cerveza. Entre medias, besaré el acuoso caldo de su coño y gritaré te amo con todas las fuerzas que me permita mi tostada.

Cuando riele la luna en el mar colmado de la plata, me acordaré: Lalo también trabaja más de lo que debe, por eso, uno de estos días, morirá.

Pero eso ya lo iré viendo. Tengamos un poco de paciencia y confiemos en que, alguna vez, esto será una gran novela.

Café Galache, M-20020403.

Me pongo excusas. No sé cómo consigo tener tantas excusas. Todo, cualquier cosa es una buena excusa para no escribir: el café está malo, hoy he dormido poco, los contertulios no aportan nada, el libro que estoy leyendo no me gusta y luego y antes el trabajo, el maldito y cochino trabajo. Hablo con compañeros y todos quieren dejar la informática pero todos siguen y siguen. Me recuerda aquella escena del expreso de medianoche donde todos dan vueltas y vueltas y no es posible ni tiene sentido ir en dirección contraria y lo único que acarrearán serán problemas luego y luego... otro día. Hoy no es un buen día para escribir. Estoy muy abrigado o me duele la tripa o no me duele y luego estaré siempre mejor, igual un día en el que tenga vacaciones tenga días de nata, lunas de papel, cielos de paja. Metáforas que no guardan verdades, que salen de la nada, que me vienen impuestas cuando me dejo llevar por unos ojos lascivos con estómago devorador de torrijas. Son las mil del día 17 y no sé qué va a ser de mi vida. No tengo ni idea por más que sienta que estoy en uno de los periodos más estables de mi existencia (será por eso). Todo se mueve, las empresas se colapsan, las miradas se cruzan, las pérdidas crujen, la palidez languidece, algo en el fondo de mí ha tocado el suelo con los dedos para rebotar, ir al fin del mundo con su olor, otro olor que ya no es agua. La vida vida y la dicha languidece. Ahí está el hombre cansado. Tiene que andar unos metros porque la última vez no vinisteis a la boda. Todo el año está plagado de bodas. Todo el sexo se descubre ignorante. Risas en el extremo de las frases. Van y vienen aire de mayo. Una cola de caballo rasga las líneas del horizonte. Su camisa blanca es tan nuclear como el tono de su voz. Caen bajo sus ojos rosados mofletes y (No soporto en la distancia que la gente sea desconsiderada con el suelo que pisaré). Se enfría la leche. Hitler no nació en una carnicería y montó el mayor negocio de carne de este siglo que ya no es este siglo. Hablamos de páginas web con fondo negro. Letras en color naranja como muy divertidas. Sus gabones son .es con las aldabas de mirilla acústica en la que el latrocinio se convierte en aguacates para no morir de frío.

Tienen heridas en la mesa muescas en la mandíbula como diseñadores cascados por el océano amarillo en el que viaja la peste de dodecafonismo revolucionario.

¿Qué crees?

Intento esto de la escritura automática y tengo problemas.

¿Por qué?

No es por madrugar, es por la guerra que supone tener dos frentes que luchan entre sí por lograr unos metros de tiempo.

Hay momentos que creo que si empezase a escribir sin imponerme algún tipo de límite no pararía nunca y convertiría el manuscrito en mi vida, mi vivir sería mi escribir o, mejor dicho, mi escribir construiría mi vida, latidos de tinta. Otras veces siento (o pienso) que me atasco y en lugar de escribirlo para seguir viviendo, dejo que surjan lágrimas de autocompasión y no soy capaz ni siquiera de derramarlas en forma de spray negro contra unos cacharritos metálicos formando un casquillo, un portalámparas de torres ya obsoletas. No sé porqué estoy tardando tanto en decir SI y NO y hacer lo que tengo que hacer para ser, de verdad, un escritor.

hoy

no sé porqué

las palabras no salen en frases pequeñas

de esas que parecen poemas de verdad

de los de toda la vida

casi

incluso

con rima

y

los rompo

sin

ninguna

otra

razón

q

mi

voluntad

mi (última) voluntad.

me gusta empezar a escribir diciendo Hoy porque me sitúa en el momento actual, me hace trabajar la captura de datos. Soy un disco duro copiando el universo. Desmagnetizaré los unos para volverlos locos, convertirlos en 7s y después inventar un sistema numérico en el que los vacíos sean el modo de representación del desconocimiento.

Al fin podré expresarme digitalmente.

Leo a Mr Auster y siento comprensión. Siento enormes ganas de conocerle, de saber algo de él, de imaginar que quisiese traducir al inglés Proesía y se volviese loco de alegría si consiguiese hacerle llegar un mail desesperado pidiéndole que prologase Territorios.

¿Quién puede hacer el prólogo de ese libro?

Me tienen alergia.

Vuelven la cabeza a otro lado
después de haberme mirado
y sujetan la quijada en la palma de la mano

así

desaparezco.

Sí. La máquina del tiempo se llevará a tus actores preferidos al lago más profundo de tu memoria.

Café Galache, M-20020415.

*«tuve una razón para permitir que el cuadro
de tus labios destruyera mi conversación»
L. Cohen.*

Es necesaria la dificultad.

Uno piensa en simplificarse la vida, en apartarse de todo aquello que entorpece y se da cuenta de que no es el camino. La lucha lo es. El camino está lleno de piedras. Las piedras en las calles son nuevos poemas. Son palabrarcas que hacen feliz al alcalde que contrata una nueva cuadrilla de trabajadores (eventuales) con perforadoras (fijas) para convertir en letras los rocapoemas. Saltando y saltando en la montaña, los vasos caen y hacen ruido, las sirenas de la policía hacen ruido, las máquinas (casi todas) hacen ruido, mi estómago hacer ruido, sus estúpidas conversaciones en las que se trasluce nítida intención de satisfacer apetitos sexuales son también ruido.

Tomo (uno que ya soy yo) el café.

- lo hago -

dejo que se moje mi paladar,
me toco la nariz

mientras la mano derecha sigue deslizándose por estos cuadraditos azules, la mano agarrotada, los dedos que cerrados forman la base de mi tanke. Muevo con suavidad el cuaderno que choca con el plato o platito de café.

- ¿Qué coño están haciendo aquí? -

Pues qué va a ser, obras y obras de las que no acaban nunca. Un trocito de dificultad para destruir mi calma, para que no pueda escribir y me dé cuenta de que el problema no existe, sólo la solución.

Por la siguiente palabra.

Café Galache, M-20020521.

Momento.

Suena música americana en el altavoz y reconozco una armónica pero no tengo ganas de prestarle atención. Una niña pinta con un bolígrafo y habla con su voz aguda pidiendo jugar y jugar. Su acompañante, que podría ser su abuela, gruñe a la camarera que es nueva y aún no me reconoce. No.

Hoy es un día gris clarito. La luz entra a borbotones a través de las enormes cristaleras y la gente se va. Se van y se van. No les retiene nada. El frío está aumentando. La voz aguda de la niña morena también está aumentando.

Nadie quiere jugar contigo.

Huele a sucio. Huele a miles de mesas limpias con la misma bayeta, el mismo insulto barrido una y otra vez.

Piden la cuenta. Una señora gorda vestida de negro. Tremendamente gorda. Vestida muy de negro. Huele mal. Una mujer y un hombre van con ella. La gorda gorda está a mi lado. Ahora mismo está a mi lado. Ahora ya no y no puedo olvidarla. La gorda gorda de negro negro. Tremenda. Y se va. Se fue. No quiero que la historia cambie de tiempo. Vuelvo.

Ya no está más. Ya no están más. No quiero contar una historia. Una pareja habla bajito en el rincón. Ella se recuesta en la pared de su derecha y sorbe su té con parsimonia.

A lo mejor no es té. A lo mejor no es parsimonia.

No sé.

Mi café se está enfriando. Sale la camarera del turno anterior. Son varias las camareras que salen del turno anterior. Quiero que me salude. Quiero ver su pelo de colores pero no está.

No hay nada qué contar. Sólo un autobús rojo ha pasado por el centro de Gran Vía como si fuese la primera vez. Yo estoy escribiendo como si fuese la quinta vez. Algo así como tontamente. Tonto tontito, saltaría. Grititos en el teléfono mientras me imaginaba el abrazo final en el que rompería todos sus huesos.

Soy un cráter de felicidad,
vértigo de frustraciones

látigo de vida que acaricia el tiempo.

El café está frío.

Definitivamente.

No quiero seguir escribiendo

Glu

bla

burr

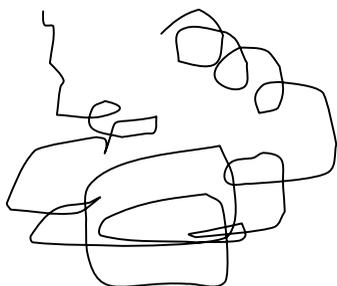
bru bru bru

gra era (o cra

--- v-

m

guyi jullam



**Quiero arrullarme
en el suspiro-temblor
de tus labios-besos**

No soporto que en una cafetería me retiren el vaso o la taza por el mero hecho de que haya terminado su contenido. Si sólo viniese por el contenido el precio me parecería vergonzoso o, más bien, sinvergüenza. Pago por la compañía de esa taza o ese vaso. Casi tengo ganas de reclamar o de irme.

Menos mal que aún me queda el vaso de agua.

Tengo miedo de beberla y quedarme solo.

Aunque quizás es el siguiente paso en la evolución de las especies.

Un cristal azul a través del
que ver tu corazón.

Madrid, las calles, M-20020620.

Día de Huelga General.

Hoy es huelga. Pero no es huelga sino que hacemos que la huelga sea. Esta diferencia es esencial.

Quiero salir a la calle, a las calles de esta mi ciudad para saber qué estamos haciendo. Lo primero que veo al salir (¿cómo no?, me pregunto sin extrañarme) es un coche de policía patrullando.

Las putas de Ballesta no hacen huelga. Pero claro que tampoco se sienten representadas. Sin embargo, antes de entrar en Gran Vía, noto el primer destello de esperanza: un coche con cuatro sindicalistas vociferan un llamamiento ¡a la huelga! desde sus sonrisas – me siento parcial, pero iban sonriendo, esa es la verdad.

Sorpresa: Los escaparates de Zara están cerrados pero hay guardias en la puerta. ¿Trabajan dentro hoy?.

2 helicópteros surcan el cielo. Ayer sus focos me recordaban las películas de fugas de campos de concentración (no fugas de muerte) pero luego pensé que estábamos en un país libre y me sentí mejor. Me pude ir a dormir sin pedir permiso.

Tengo derecho a la huelga aunque esto parezca incomprendible en mi entorno laboral que aún se pregunta: huelga... ¿para qué?.

También las mujeres son hermosas caminando en las anchas aceras de Gran Vía, recién arregladas por nuestro egregio ayuntamiento y hoy regadas de octavillas de UGT.

Todo parece bastante calmado a pesar de los esporádicos coches que blanden banderas rojas como si tuviese algún sentido ese viejo símbolo de sangre de clase. Claro que son las 9 y media.

El centro de Madrid es intenso. Me gusta su intensidad.

Un megáfono desde una furgoneta de CCOO lanza su mensaje incomprendible. Va precedida de un coche patrulla de nacionales. Ellos no llevan megáfono. Su acción me resulta demasiado comprensible.

El servicio de limpieza de la ciudad está barriendo las octavillas. No sé si barren especialmente despacio o es impresión mía.

Más banderas.

El Galache está abierto pero hoy quiero seguir en las calles. Ver cómo van y vienen los autobuses rojos de los servicios mínimos, taxistas y siempre parejas de policía motorizada.

Todos los medios disponibles al servicio de la ley y el orden (¿qué ley? pero, sobre todo, ¿qué orden?).

Me pongo al lado de 10 policías nacionales a escribir que no entiendo qué labor hacen en frente del corte inglés de preciados. Supongo que garantizan la seguridad laboral de quien hoy no ha ido a trabajar.

Voy hacia Sol.

Son las 9:51 según un reloj de esta calle. Justo al lado, varias furgonetas de municipales. Se oyen a lo lejos vítores y silbidos, sin duda potencialmente peligrosos y dañinos (¿para quién?).

Motoristas dispuestos que se mueven con rapidez. Intrépidos. De repente todos se van. Sólo quedan 4. 4 policías juntos es un número pequeño.

Los comercios están cerrados.

Cortefiel tiene la puerta a media asta.

Se mueven los 4 municipales.

Una pareja de nacionales que no vi donde estaba viene en mi dirección.

Hay un cartel prohibiendo fijar carteles. ¿Qué es un cartel?.

Tengo miedo a las masas y hay una manifestación a 50 pasos frente a mí.

Algunos manifestantes con banderas vienen hacia mí, pasan a mi lado. Por supuesto, 2 patrullas mantienen la calma. Gente a mi alrededor. ¿Qué hacemos? se preguntan. Yo también me lo pregunto. Van a dar porrazos a una mujer que está poniendo pegatinas en un escaparate. La cuestión está candente. Hablan de hacer algo contra el corte inglés. Tiene sus desventajas ser uno de los símbolos de este estado de bienestar. Me miran con dudas sobre cuál es mi posición en el conflicto. Yo no lo tengo claro pero sé que las telefónicas, hoy, siguen recibiendo ingresos.

Vítores simples, contundentes: Huelga Huelga Huelga y yo en medio de la calle escribiendo, un perro ladra. Los municipales pasan a mi lado. Todo en calma. Este piquete informativo bromea sobre lo que puede y no puede ver el helicóptero. La gente de UGT quiere unirse con la gente de Comisiones pero hay líderes idiotas en todas partes. La manifestación entera viene hacia mí. Sus gritos de Huelga Huelga Huelga suenan cada vez más fuerte y cerca. Piden el cierre. Solo ante el peligro. Me voy a apartar para dejarles paso. Voy a seguirles porque están haciendo historia. Estoy seguro de que algo va a pasar. Banderas de papel plastificado.

El helicóptero está encima de mi cabeza, de nuestras cabezas y alguien con un cuerno emite su ruido característico, el que seguro que ha hecho en más de una ocasión futbolera. ¿Cómo se organiza una masa semejante? ¿Cómo se articula?.

Un coche de policía municipal se atribuye la vanguardia. Todo ha de estar bien definido. Se vuelve a poner en movimiento y los vítores me rodona. Banderas y jornada de presión. Hay que cerrar porque hay huelga general. Gritan intimidando a los que hoy trabajan. Hay que decir lo que hay que decir. ¿Cómo en este momento el silencio puede ser una acción?. Un tipo le dice a una estación de cambio de moneda que baje el cierre. Le hacen caso.

Un hombre encorbatado se cabrea porque le ponen una pegatina en su escaparate. La gente está agresiva. Pero es que hay gente con ganas de que esto no quede en palabras.

Una cámara toma todo lo que puede. Inmediatamente, una barrera de policías acordona el local. Me sumo. Soy uno más caminando con todos ¿por qué? no sé, lo que sé es que no quiero dejar pasar este momento en el que las piernas me tiemblan cuando oigo que hay que cerrar porque hay huelga general. No puedo parar de escribir y no puedo parar de andar. Ando y escribo. Ahora la Mexicana y Cortefiel han bajado sus puertas ¿durante un rato?. Virginia se pregunta lo mismo que yo y las pegatinas cubren la ciudad. ¿Cuántos policías de paisano?.

A nadie les gusta que otros no se unan. Todos sabemos que esto tiene que tener cohesión. Sin unión no tendrá sentido... ¿opción personal? ¿existe?.

El rodilla es el nuevo sitio sitiado. Se oyen golpes de cristales. Bajan los cierres. Aún no ha llegado la policía. Aquí se curra de rodillas.

No quieren bajar el cierre por completo. Esto es estúpido. Golpes. Algún agarrón. Se niegan a cerrar. Intentan discutir. Hoy no es día de discusión, es día de acción.

Nos movemos.

Se han roto carteles del Rodilla.

La rendición de Breda de las banderas rojas. El corte inglés es intocable.

Antidisturbios con porras y casco. Dan miedo. Nadie se acerca. Me tiemblan las piernas no me atrevo casi ni a mirarlos. No me puedo creer que vayan a embestir pero ellos también tienen ganas. Uno de ellos se acerca y todos vienen detrás.

Una furgoneta blindada. Tienen ganas de repartir ostias. El helicóptero sigue mirándonos. Ahora también me tiembla el pulso.

Llevan guantes negros.

Les sonrío pero el miedo convierte mi sonrisa en una mueca.

Van vestidos de azul oscuro y sus cascos negros. Otros nacionales detrás y uno de ellos les dice que cuidado con este que está apuntando.

- bueno, ¿les damos o no? ¿o esperamos un poquito?

Yo tengo pánico pero no quiero moverme de esta farola en la que me apoyo.

Hoy es mi día de silencio y me acabo de dar cuenta de que el silencio, de que mi silencio, se ve como algo agresivo. El enfrentamiento de miradas. Se van a otro sitio. Veo que se van y aún me tiemblan las piernas. No tengo fuerzas en los brazos. Estoy sudando.

Aún mi corazón está a más revoluciones de lo normal y no quiero despegarme de esta pared. Voy a guardarme la cartera en el bolsillo porque puede ser que pierda mi mochila. Espero que no, pero...

¿Se puede hablar con estos monstruos del Orden? Mucho me temo que no. Hoy no pueden ser personas. Hoy tienen que ser animales.

El corte inglés mantiene sus puertas abiertas.

Coches y coches de policía.

Estado de sitio en Callao.

La gente contesta a ofertas de un periódico de izquierdas en apoyo a la huelga general de forma que no les oiga nadie.

En Gran Vía hay coches patrullas por todas partes. Nadie quiere hacer huelga salvo estos cuatro que creen que va a servir de algo.

Los municipales motorizados me miran mal porque les miro (igual yo también les miro mal).

Estoy en la acera y casi me embiste un autobús.

Se me está acabando el papel.

Voy a volver a andar.

No haga huelga, señor jubilado, pero cuando menos no se enfade.

En una zapatería el trabajo hoy consiste en quitar pegatinas de los escaparates. ¿Por qué los quitan si esta tarde van a tener más?.

Son ganas de reafirmar que ellos no hacen huelga. Pero ya es bastante claro con tener abierto.

La puerta del ayuntamiento.

No me acerco.

La plaza tiene manifestación. La calle no puede ser cortada. El tráfico no ha de ser interrumpido. Sólo necesitan una mínima excusa para embestir. Todos sabemos que lo están deseando.

Un petardo.

La gente deja banderas en la basura. Hay cansancio. Ojeras.

Gente va y viene. Me miran.

Otra vez otro helicóptero.

Tiran más banderas. Esto se está disolviendo. No se hace nada.

Otro estallido.

No sé qué está pasando.

Hay gente que está triste, amargada y eso no tiene nada que ver con la huelga (¿o sí?).

Coches de policía que pasan despacio junto a los manifestantes. ¿Contra qué?. ¿Contra qué se está luchando y por qué?. ¿Por qué no se lucha todos los días?.

Hay que transformar el cotidiano de los hombres. Hay que hacer poesía cada día.

Un chaval me pregunta que si soy periodista No, soy escritor de poesía y te vienes a inspirar aquí pues claro acaso hoy se te ocurre un sitio más intenso. Ha habido movida en callao has visto como estaba de maderos y sí, sí que lo he visto. Te puedo asegurar que sí lo he visto. He tenido tanto miedo que aún huelo el temblor. Me temblaba el alma, este alma de poeta cobarde que no hace otra cosa que escribir. Ahora nos vamos a la plaza mayor le dicen a Félix. Hala, arrear.

Nos vamos para allá. Me acuerdo de Maiakowski. Cómo vivió, cómo murió. Coherencia hasta el fin. ¡Gloria a Maiakowski!.

Los manifestantes se cruzan con unos cuantos guiris haciendo fotos turísticas. Un tal Villa está hablando (dicen) y yo no sé quien es pero le aplauden así que no tiene que ser de este ayuntamiento que hoy (qué curioso) está trabajando. Se cruzan conmigo. Pasan a mi lado y yo estoy escribiendo. Me miran. Silencio. UGT y CCOO están juntos más o menos y es que hay una intención común porque hay algo que hacer, que tenemos que hacer, todo. Elegir. Optar. Decidir para con todo eso Decir, hablar comunicarse expresar contar palabras... y más. Hoy es día de acción. La palabra será una acción como también el silencio es una acción. Este estar aquí retratando el día, este estar, esta forma de vivir, este respirar, es una acción.

Coches y más coches de policía. También hoy nacionales y municipales unidos. Motoristas con cascos antidisturbios. Casi no queda nadie en la plaza de la villa. Se han ido a la mayor. Se están autoencerrando. Ahí es fácil embestir de forma incontrolada o bien todo lo contrario: perfectamente controlada.

La hostilidad se puede respirar.

Otra manifestación viene calle mayor arriba. Eso sí, perfectamente escoltados. Igual para que no se sientan solos. Los de comisiones son más temidos y más ruidosos. Está bastante claro. Uno de los carriles de la calle está tomado. Me acuerdo de miguel diciendo que la libertad no se pide, se toma.

Otra vez antidisturbios impresionantes para que la cosa no se desmande. Eso es. Todo dentro del Orden. Furgonetas blindadas se apostan frente la plaza.

La concentración de policía es mayor que la de manifestante. Esto es de locos. Un policía no me mira bien tras sus gafas oscuras, opacas como su cerebro hoy. Se siente seguro junto a su coche patrulla DGP-2123-RA. Aún no es delito tomar nota de una matrícula de coche pero tranquilos, uno de estos días lo será. Una excursión de turistas se detiene al otro lado de la calle. Son más de 40. Cámaras toman nota de lo que está pasando pero todo es aparente. ¿Qué haremos mañana? Todo seguirá igual. Amargados unos y otros, tristes sin querer un cambio en el que no creen. Los antidisturbios en motos se mueven. Corbatas delatan a alguno que otro que anda entre una huelga general como si no tuviese nada que ver con él.

Patrullan andando a ambos lados de la calle. Ponen motores en marcha. Un perro mea en la misma papelera en la que estoy apoyado. En realidad no mea, caga.

Me ofrezco a sujetar al perro pero la dueña me sonrío y dice que no hace falta. Se mete en la manifestación.

Voy a tener que vulnerar un cuaderno que no estaba pensado para esto.

Seguimos en calle mayor, cerca de la plaza de la villa. Policías y manifestantes. Hojas de un cuaderno dedicado a la imagen hoy dedicado a la acción. Hoy hasta mi sudor es una acción.

Gritos. Vítores. Más Policía. Policía de tráfico para que ni siquiera eso se detenga. El Orden ordena y manda, como tiene que ser. Un vagabundo es reprendido por 6 policías. 6 agentes por borracho. 2 coches patrulla cortan las calles (ellos sí pueden) para dar la vuelta. Una furgoneta hace lo propio y el guardia de tráfico deja pasar un autobús de 2 plantas sin techo que tanto le gustó a mi sobrino.

De cuando en cuando oigo risas que agradezco como reflejo de la ilusión que creo que debería estar reinando en esta monarquía.

Policías nacionales en la acera contraria. Como tantas otras cosas, nos hacen pelear a la contra y es tan cansado que en ocasiones se van las ganas de seguir y, entonces, me lleno de pensamientos

negros de los que me sacan los manifestantes pasando a mi lado, rodeándome en este río humano y comprometido contra el que me doy cuenta de que ha llegado el momento de darme la vuelta y unirme otra vez. Vamos hacia Sol. Los bares no cierran. Disparidad de opiniones al respecto de lo que hay que hacer ante ese sector tan deseado. Igual puede ser un refugio en un momento dado si las cosas se ponen como parece que pueden ponerse a la mínima.

En un cierre he visto un cartel:

Este establecimiento
permanecerá cerrado
el día 20 J.
Disculpen las molestias.

Entonces me acuerdo (si es que puedo decirlo así) de las reticencias bolcheviques para con los pequeños comercios y me doy cuenta de que son la masa inamovible.

Hay gente al lado de sus comercios cerrados transitoriamente. Los últimos huelguistas pasan y vuelven a abrir puertas. No hay respeto. O no hay voluntad de cambiar nada. Todo seguirá igual mañana y tendré la sensación de haber perdido el tiempo pero tenía que intentarlo. Me gustaría explicárselo a ese pequeño comerciante, pero no es el momento.

Parecen sectas, dice un hombre que está esperando que pasemos. Yo no le importo mucho porque lo único que hago es escribir.

Andamos despacio. Gusano de Arrakis que vive drogado con la especia del entretenimiento. Fútbol y toros. ¿Qué se paralizaría si España juega la final del mundial?.

En un país con estas prioridades, ¿qué se puede esperar?.

Al menos, tendremos que ver si en la manifestación de esta tarde los asustados no a la policía sino a la pérdida de dinero o estabilidad se unen para decir algo. Veremos si somos más que para decir que no queremos que nuestro equipo pase a segunda, que no queremos que muera en otro policía en Euskadi o que nos parece mal la intervención de tropas en Burundi por parte de los EEUU sin saber ni cual es la capital de Burundi... ¿existe Burundi?

Más de 10 furgonetas blindadas azules de la policía nacional jalonean la plaza de la puerta de Sol. Aquí no va a pasar nada que no se quiera que pase. Hay pancartas en la plaza. Unos altavoces preparados para hablar esta tarde. Frente al corte inglés se hace clara la impunidad del poder y que el poder lo tiene el dinero. Es un pensamiento simple pero abarcable en un vistazo directo mientras a

mi espalda un tipo grita que dios te ama con un libro en alto y diciendo que no importa perder el trabajo sino el alma. La gente se pincha.

Delante de la puerta del corte inglés hay tanta tensión que se corta el aire. Bufidos y pitidos a cada uno que entra o sale. ¿ Por qué no dura todo el año?. Silenciosamente, en pequeñito, este año voy a negarme a entrar en el corte inglés. No se puede entrar ni salir en el corte inglés. ¿Por qué no entramos todos, les hacemos trabajar y no compramos nada?.

Mucha gente tiene cámaras de fotos y retratan este momento. Hay gente que se empeña en entrar y se grita o corea viva la lucha de la clase obrera y yo me cuestiono si se pueden seguir usando esos términos. No se actualizan términos que llevan detrás un concepto y, esto, es un problema.

Policías con guante negro no quieren mancharse con nuestro sudor ni con nuestra sangre.

Esto empieza a ser ridículo.

Frente a una puerta del corte inglés los gritos y los bufidos, en otra puerta, 4 nacionales haciendo chistes entre ellos y dejando entrar y salir clientes sin problemas. Este símbolo es excesivo para mí. Los maderos no son obreros. Pero los maderos en realidad podrían ser los mayores revolucionarios pero no lo van a estar [dispuestos] porque nadie les explica que ellos también van a estar en paro.

Esto ya no tiene sentido.

Me voy.

Cada 50 pasos me encuentro un grupo pelotón de nacionales con su imponente figura, furgonetas blindadas por estas calles peatonales, por todas las calles de las que se dirá que no sintieron sensación diferente a cualquier otro día, que un grupo de alborotadores han provocado altercados aislados que, en suma, no ha habido huelga general.

Pero eso no podría ser negado si tú supieras, porque hubieras estado, que sí, que sí ha habido, está habiendo huelga general.

¿Qué pasará fuera del centro de la ciudad?.

¡Únete a la huelga de poesía cotidiana!

Lucha con todo tu ser.

Sé coherente.

Vive de acuerdo a un compromiso aun a costa de tener que cambiar tu forma de vivir.

Si no eres feliz lucha a la contra y, cuando lo seas, sigue luchando por mantenerte feliz. Recuerda siempre que esta vida es esa

enfermedad mortal que se cura con la muerte y si no te gusta la frase, deshazte de la muerte a golpe de besos, de abrazos, de satisfacción, de vida. Nunca estés amargado.

Actúa. No dejes que te puedan. No te pongas excusas. No te salves (que diría Benedetti).

Mantén tensa la cuerda y come mucho, come mucho para que nunca te falten las fuerzas.

Haz de cada día una revolución, de cada mañana un despertar, de cada beso un amor. ¡Qué nunca haya besos sin pasión!

No vivas triste. No seas enfermo mortal.

Haz de cada sonrisa un contacto nuevo. Haz un amigo cada vez que alguien te hable. Deja que tu alma se exponga en tus miradas, siente cada injusticia como un cuchillo que te clavan en el pecho, cada dolor ajeno que se troque anejo.

Que no te haga falta Orden para mantener la calma. No tengas miedo a ensuciarte pero procura que no sea sangre.

Disfruta, en fin, con cada momento.

Estudio 3, M-20021111.

Haaa esto es la voz de la lucha de clases es el bienestar del dios que se convierte en rizo de oro como el pecho eterno que roza la boca de la gloria. Esta noche se hace bala y se escribe en tinieblas de luz como el horizonte se vuelve estrella y vuela.

Hoy el cráter del océano se convierte en luna y no hay razones para suponer que habrá un mañana lleno de cuadrados, lleno de ojos que miran, de lentes que opacan, de abracadabras azules que vierten su chubasco de aire en mis pesadillas que se hacen realidad por la verbigracia de la horizontalidad.

El sudor es el llanto del niño pequeño que habita en mí, bajo una mesa azul arrinconado que grita en silencio pidiendo ayuda pero está tan sólo que solo cuenta tornillos en el paraguas y en el suelo, en el borde blanco de los laterales. El sexo se hace olvido y gara es la musa que envuelve de gris el tiempo.

Hada en la noche se hace real y se convierte en cerda como en la película y sus eructos salvajes me tiñen de rubio. Mañana no puedo ir a trabajar. Los cuadrados no entienden que la lengua salada no tiene alas como el mar y no puede encerrarse en una jaula de horas. La lengua de plata que come coños, que lame melones maduros en el experimento del recuerdo. Hoy el cielo tiene ganas de matar gorriones que anidan en los cables de la luz. Pero ya están muertos. Cayeron en la hondonada de la pesadilla que nunca me atreveré a escribir.

Hoy vivo!

FIN

